

Boletín Oficial

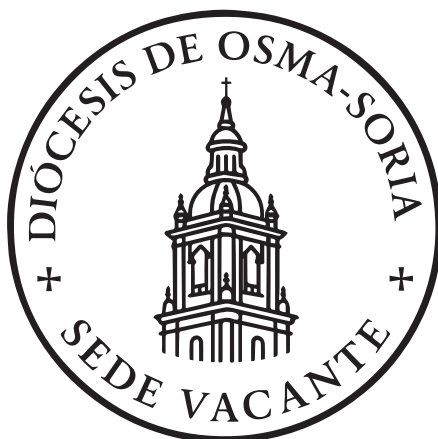
AÑO 167
ENERO
JUNIO
2026

AÑO CONMEMORATIVO DE SAN PEDRO DE OSMA



En el 925º aniversario
de la elección episcopal de San Pedro de Osma

Diócesis de Osma-Soria



BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLXVII (167) N° 1

| enero - junio 2026 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 42
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

Sumario

ADMINISTRADOR DIOCESANO	9
HOMILÍAS	9
Homilía del II Domingo después de Navidad (Fiesta de San Manuel González)	9
Homilía en las exequias de D. Agustín del Pino Luis.....	11
Homilía en las exequias de D. Martín Zamora Borobio.....	13
Homilía en el 75 aniversario de las Cofradía de la Oración en el Huerto.....	16
Homilía en la Jornada de la infancia misionera	18
Homilía (Semana de oración por la unidad de los cristianos)	20
Homilía en la fiesta de la Virgen de la Paz.....	21
Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor. Jornada de la vida consagrada..	24
Homilía en la fiesta de la Candelaria	26
Homilía en la Jornada de Manos Unidas	28
Homilía en la Jornada mundial del enfermo	31
Homilía en el Domingo VI del Tiempo ordinario.	
Clausura de la Semana del matrimonio	33
Homilía en el Miércoles de ceniza	35
Homilía en la misa de clausura del encuentro Bartimeo	36
Homilía en la misa con los colegios concertados	39
Homilía en el 350º aniversario de la Cofradía del Santo Entierro	41
Homilía en la vigilia de oración por las vocaciones	43
Homilía en la Asamblea diocesana de ANFE	46
Homilía en el Día del Seminario	47
Homilía en la Jornada por la vida.....	50
Homilía en el Domingo de Ramos.....	52
Homilía en el Jueves Santo.....	53
Homilía en el Viernes Santo	55
Homilía en la Vigilia pascual.....	56
Homilía en la Pascua de Resurrección	58
Homilía en la misa por el P. Francisco Jimeno Martínez, O.F.M.	60

Homilía en la misa de clausura de Emaús mujeres.....	62
Homilía en la misa con el Colegio de abogados de Soria	64
Homilía en el 75º aniversario de la Cofradía de La Soledad (Soria)	66
Homilía en la Pascua del enfermo	68
Homilía en el día de las familias del Seminario.....	69
Homilía en la fiesta de San Juan de Ávila.....	71
Homilía en la vigilia de Pentecostés	74
Homilía de Pentecostés (Conclusión del Retiro de Emaús hombres).....	76
Homilía en la clausura del curso con los profesores de religión	78
Homilía en la clausura del curso de la pastoral de la salud de Castilla	79
Homilía en la clausura del curso pastoral	81
Homilía en la clausura de los Centros de cultura popular.....	82
Homilía por los frutos de la visita del Papa.....	84
Homilía en la peregrinación diocesana a Lourdes.....	87
CARTAS SEMANALES.....	89
El tiempo que se nos da	89
Venezuela y la manipulación del derecho.....	90
Una semana por la unidad	91
El cansancio pastoral y el cuidado de quienes cuidan	92
España, país sin responsables.....	94
Declara la guerra al hambre. Jornada de Manos Unidas 2026	95
Una sociedad sin silencio	96
El fenómeno therian	97
Una alegoría.....	98
La fe de los jóvenes.....	99
“No a la guerra”..., ¿y a lo demás qué?.....	100
Semana Santa: más que una tradición.....	101
La Cruz en la Babel del mundo.....	103
Cuando una nación olvida quién es.....	104
La verdad en crisis	105
La misión del Papa en un mundo polarizado	106

Primeras comuniones y confirmaciones	107
Una generación que vuelve a buscar sentido	108
Con la Guardia civil.....	109
El laberinto de la impunidad	110
Tecnología y humanidad	111
Carta al Papa León.....	112
La emoción de un Papa	113
El corazón del mensaje de León XIV a España.....	114
Ejemplaridad	115
OTRAS CARTAS	116
Celebración del Domingo de la Palabra de Dios.....	116
Convenio con Caja Rural para la restauración de imágenes	117
Carta a los sacerdotes sobre el Encuentro con los animadores de celebraciones dominicales en espera de presbítero.....	119
Apertura del Centro jubilar “San Saturio”	120
Año conmemorativo de San Pedro de Osma, restaurador de la diócesis	121
Con motivo de la Solemnidad de San José	121
Celebración de la Misa Crismal. Colecta por los Santos Lugares el Viernes Santo	122
Campaña de la “X” en la declaración de la renta	123
Carta de apoyo al Santo Padre	123
A los sacerdotes de la diócesis con motivo de la fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español.....	124
A los sacerdotes y seminaristas de la Diócesis.	
Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno sacerdote.....	125
Carta sobre la importancia de la clase de religión.	
“Son tantas las razones... apúntale a Reli”.....	126
Sobre el Seminario Menor	127
Solemnidad de San Pedro y San Pablo y colecta del Óbolo.....	127
OTROS.....	128
Presentación de la Jornada de Manos Unidas	128
Deja tus redes y sígueme. Día del Seminario 2026.....	129
Bendición e inauguración del Centro jubilar “San Saturio”	131

Saludo en el encuentro de formación de animadores de Vida ascendente	132
Palabras en el acto de clausura del curso pastoral.....	133
Inauguración de la exposición “Petrus, Episcopus Oxomensis. Vida, fe y legado en el Año de San Pedro de Osma”	136
DECRETOS	138
Decreto de nombramiento de administrador parroquial	138
SECRETARÍA GENERAL	141
NOMBRAMIENTOS	141
IN MEMORIAM	141
Agustín del Pino Luis	141
Martín Zamora Borobio	141
VIDA DIOCESANA	143
Fiesta de San Manuel González	143
La Cofradía de la Oración en el Huerto inició los actos de su 75º aniversario	143
Confirmaciones en la parroquia de Ágreda	144
Jornada de la infancia misionera.....	144
Asamblea anual de la CONFER diocesana	144
Semana de oración por la unidad de los cristianos	145
Jornada de oración, reflexión y convivencia en el arciprestazgo de Tierras Altas ..	145
Nuestra diócesis celebró la jornada de la vida consagrada	146
67ª campaña contra el hambre de Manos Unidas	146
Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora del Espino de Soria	147
Encuentro diocesano de animadores de celebraciones en espera de presbítero	147
Jornada del enfermo 2026	147
Charla testimonio en la semana del matrimonio	148
Testimonio sobre amar y acompañar a un hijo hasta el final de la vida.....	148
Renovación del convenio de colaboración entre Caja Rural y el Obispado de Osma-Soria	148
El Colegio de consultores abordó diversos asuntos pastorales, organizativos y conmemorativos en su tercera sesión	149
La Diócesis abrió el Centro jubilar San Saturio, fruto social del año jubilar de la esperanza.....	149
Taller de formación de vida ascendente	150

Retiro de cuaresma para los sacerdotes	150
Reunión de la Comisión diocesana para la administración del Fondo para la sustentación del clero.....	150
Segundo retiro Bartimeo.....	151
Jornada de las escuelas católicas en la Diócesis	151
Charlas cuaresmales y 24 horas para el Señor	151
350 años de la Cofradía del Santo Entierro de Almazán.....	152
400 diocesanos peregrinaron a Javier	152
Testimonio sacerdotal de Ramón Mirada	153
Hora santa por las vocaciones sacerdotales.....	153
Asamblea anual de ANFE.....	153
Retiro espiritual de cuaresma para laicos.....	153
Encuentro de cofradías	154
Día del Seminario 2026: “Deja tus redes y sígueme”	154
Formación de sacerdotes	154
Jornada por la vida.....	154
Entrega de premios del V concurso escolar de dibujo de la Semana Santa	155
Operación bocata y chocolatada solidaria.....	155
La Diócesis celebró la Misa Crismal.....	155
Presentación del año conmemorativo de San Pedro de Osma.....	156
El Administrador diocesano expresó su cercanía y comunión con el Papa ante recientes críticas públicas	156
Eucaristía de funeral por el Padre Francisco Jimeno.....	157
Celebrado el octavo retiro Emaús para mujeres	157
El Administrador diocesano participó en la plenaria de la Conferencia Episcopal Española.....	158
Encuentro diocesano de catequistas	158
Asamblea de Iglesia en Castilla en Ávila	158
Carta sobre las primeras comuniones y confirmaciones	158
75º aniversario de la Cofradía de la Soledad	159
Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora del Pilar de Soria	159
Día de las familias y confirmaciones en el Seminario diocesano	159
Pascua del enfermo.....	159

Fiesta de San Juan de Ávila	160
Nueva sesión del Colegio de consultores	160
Confirmaciones en la parroquia de Santa María la Mayor de Soria	160
Cena del hambre de Manos Unidas.....	161
Formación sacerdotal en el Seminario	161
Una conferencia abrió los actos del año conmemorativo de San Pedro de Osma ...	161
Confirmaciones en la parroquia de San Esteban de Gormaz	162
Celebración de la vigilia de Pentecostés.....	162
V retiro de Emaús	163
Final de curso pastoral de los profesores de religión.....	163
Encuentro de delegados de pastoral de la salud de Iglesia en Castilla	164
Confirmaciones en la parroquia de San Leonardo de Yagüe	164
Jornada de fin de curso pastoral.....	164
Confirmaciones en la parroquia de Almazán	165
Semana de la caridad y presentación de la Memoria 2025 de Cáritas	165
Clausura del curso de los centros de cultura popular	165
Carta del Administrador al Papa León	166
Vigilia de oración por la visita del Papa León XIV a España	166
Confirmaciones en la parroquia de El Burgo de Osma.....	166
El Administrador diocesano anima a apuntarse a la clase de religión	166
Los Obispos y Administradores diocesanos de Castilla y León se reunieron en Valladolid	167
Confirmaciones en la parroquia de Duruelo	167
“Petrus, Episcopus Oxomensis. Vida, fe y legado en el año de San Pedro de Osma” .	167
Ejercicios espirituales para sacerdotes	168
Fin de curso en el taller diocesano de restauración	168
Segunda peregrinación de la hospitalidad de Lourdes.....	168
El Administrador diocesano pide oración y solidaridad con Venezuela	168



ADMINISTRADOR DIOCESANO

HOMILÍAS

Homilía del II Domingo después de Navidad (Fiesta de San Manuel González)

Capilla de las Hermanas Nazarenas (Soria), 4 de enero de 2026

Queridas hermanas:

Seguimos aún envueltos en la luz de la Navidad. No es una luz ruidosa ni deslumbrante, sino una luz que permanece, que se deja habitar. La liturgia de hoy nos invita a contemplar el misterio: no tanto lo que Dios hace, sino cómo Dios elige estar entre nosotros.

El evangelio de san Juan nos conduce al origen de todo y al corazón de la fe cristiana: *“El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1, 14). Dios no se conforma con comunicarse desde fuera ni con enviar un mensaje: entra en nuestra historia y decide quedarse. No se protege frente a nuestra fragilidad, sino que se expone, se hace vulnerable y se entrega. En este modo de estar de Dios se encuentra la raíz más profunda de la espiritualidad eucarística y, al mismo tiempo, el manantial del carisma que hoy celebramos.

9

1. La Sabiduría que pone su tienda

El libro del Eclesiástico pone palabras antiguas y luminosas a este mismo misterio cuando hace decir a la Sabiduría de Dios: *“Puse mi tienda en medio de su pueblo”* (Si 24, 8). Dios no elige lo excepcional ni lo llamativo para hacerse presente; prefiere lo cotidiano y lo cercano. No se instala en alturas inaccesibles, sino que busca una morada humilde, una presencia estable y fiel que acompaña la vida de su pueblo día tras día.

Navidad es esto: Dios poniendo su tienda entre nosotros. Y la Eucaristía (lo sabemos bien) es esa tienda prolongada en el tiempo, ese modo silencioso, fiel y vulnerable que tiene Dios de seguir quedándose.

San Manuel González comprendió esta verdad de un modo decisivo cuando, siendo un joven sacerdote, se encontró con un sagrario descuidado y abandonado. Allí descubrió no sólo una ausencia humana, sino una presencia divina que esperaba. Aquella experiencia, es decir, la mirada de Jesús callado, paciente y amante, marcó toda su vida y se convirtió en el eje de su ministerio, de su palabra escrita y de sus fundaciones: un Dios que está, que ama y que espera ser acompañado. Desde ese momento, san Manuel no dejó de repetirlo con su vida entera: el mayor abandono no es la pobreza material, sino la soledad del Señor en la Eucaristía.

2. Un Dios que bendice y nos elige

San Pablo, en la carta a los Efesios, nos recuerda hoy una verdad fundamental: *“Bendito sea Dios... que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales”* (Ef 1, 3). Todo comienza ahí. Antes de cualquier respuesta por nuestra parte, está la iniciativa de Dios; antes de cualquier misión, está un amor que ya nos ha alcanzado. La vida consagrada (y de un modo muy especial la vuestra) no nace ante todo de una tarea que se acepta o de un compromiso que se asume, sino de una experiencia interior que se acoge: saberse miradas, elegidas y bendecidas en Cristo, y dejar que esa verdad habite el corazón y vaya configurando toda la existencia.

Así lo entendió san Manuel cuando invitaba a *“dar limosna de cariño a Jesucristo Sacramentado”*. No pedía gestos extraordinarios ni obras llamativas, sino corazones disponibles, vidas que, permaneciendo junto al Señor, se dejaran poco a poco transformar por su presencia. Por eso vuestra misión no comienza primero en la actividad ni en el envío, sino ante el Sagrario. De ahí brota todo. La adoración no aparta del mundo, sino que abre a él; no es un paréntesis en la misión, sino su manantial y su impulso. Como expresa con tanta verdad la espiritualidad de san Manuel: de Jesús nace todo lo que sois y a Jesús conduce todo lo que hacéis.

3. La Palabra que se hace silencio ofrecido

El prólogo de san Juan nos presenta a Cristo como la Palabra, pero no como una palabra que se impone, sino como una palabra que se expone. *“Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”* (Jn 1, 11). Aquí aparece un rasgo profundamente eucarístico y profundamente nazareno: el respeto de Dios. Jesús no obliga, no reclama, no grita. Se queda. Espera. Ama.

San Manuel quiso que su vida (y la de quienes siguieran el carisma que el Señor le confió) fuera una respuesta a ese amor no correspondido. Por eso soñó con almas capaces de ser compañía, reparación, presencia fiel, especialmente allí donde Jesús es menos buscado o más olvidado. Vuestra vocación nace precisamente de ahí: de quedaros, de velar, de acompañar; de ser (como María, como Juan, como las mujeres junto a la cruz) presencia que no huye.

4. Nazaret, escuela de la Eucaristía

Nazaret no es sólo un lugar geográfico. Es un estilo. Es la vida escondida, el amor sin aplausos, la fidelidad sin testigos, la santidad del día a día.

Vuestras comunidades quieren ser pequeños Nazaret eucarísticos: casas donde la Eucaristía es centro real, donde la fraternidad se convierte en anuncio, donde la misión nace del silencio orante y se traduce en una cercanía concreta y humilde.

En un tiempo marcado a menudo por la prisa, la sobreexposición y la búsqueda de respuestas inmediatas, vuestra vocación recuerda algo decisivo y profundamente evangélico: Dios sigue salvando desde lo escondido; no desde el ruido, sino desde la permanencia y la entrega silenciosa; no desde el protagonismo, sino desde la comunión.

Celebrar hoy la Navidad del Verbo encarnado y la memoria de san Manuel González es renovar una convicción tan sencilla como exigente: Dios sigue habitando en medio de su



pueblo; Dios sigue esperando compañía; Dios sigue confiando su presencia al amor fiel de corazones disponibles.

Pidamos la gracia de no pasar nunca de largo ante los sagrarios, de reconocer la gloria escondida en la sencillez de la Eucaristía y de vivir (como san Manuel y como Nazaret) una existencia que proclame, sin necesidad de palabras: “Aquí está Jesús. Aquí nos quedamos con Él”. Amén.

Homilía en las exequias de D. Agustín del Pino Luis

Parroquia del Carmen (El Burgo de Osma), 5 de enero de 2026

Queridos familiares de D. Agustín, sacerdotes concelebrantes, hermanos todos: nos reunimos hoy con el corazón herido por la despedida, pero sostenidos por la fe. Queremos expresar de manera especial nuestra cercanía a su familia y a todos los que lo habéis acompañado a lo largo de su vida.

Las lecturas que hemos escuchado no esquivan la realidad de la muerte, pero la colocan en un horizonte más amplio: el de la esperanza que nace de Dios. No estamos aquí sólo para despedirnos, sino para confiar, para poner en manos del Señor la vida de nuestro hermano sacerdote, D. Agustín del Pino, y para dejarnos sostener por la fe de la Iglesia.

El profeta Isaías nos ha ofrecido una imagen profundamente consoladora: el Señor prepara un banquete para todos los pueblos, elimina el velo del dolor, enjuga las lágrimas de todos los rostros y destruye para siempre la muerte. No se trata de una visión ingenua ni evasiva, sino de una promesa firme: Dios no crea al ser humano para la muerte, sino para la vida. La última palabra sobre nuestra historia no la tiene el sufrimiento ni la tumba, sino Dios mismo.

San Pablo, en la primera carta a los Tesalonicenses, baja esta esperanza al terreno concreto del duelo. Habla a una comunidad que llora, pero no les reprocha su tristeza. Sencillamente les recuerda algo esencial: *“no os aflijáis como los que no tienen esperanza”*. Es decir, el cristiano también llora y sufre, pero no sin esperanza. Cree que quienes han muerto en Cristo están en sus manos porque su destino es el encuentro definitivo con Él.

El Evangelio nos sitúa ante una escena especialmente adecuada para este momento. Jesús llega a Betania cuando Lázaro ya ha muerto. No llega a tiempo y Marta se lo reprocha con palabras llenas de dolor y de fe a la vez: *“Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”*. Es una frase profundamente humana, en la que se refleja el desconcierto y la oración herida de quien sufre una pérdida.

Jesús no corrige a Marta ni minimiza su sufrimiento. La lleva, poco a poco, a un plano más profundo. Primero le dice: *“Tu hermano resucitará”*. Marta responde con una confesión correcta, pero todavía lejana: *“Sé que resucitará en la resurrección del último día”*. Entonces Jesús da un paso decisivo y pronuncia una de las afirmaciones más densas de todo el Evangelio: *“Yo soy la resurrección y la vida”*.

Con estas palabras, Jesús nos hace ver que la resurrección no es sólo una promesa para el final de los tiempos, sino una realidad que comienza ya. Allí donde hay fe y comunión con

Él, la vida nueva está presente. Quien cree en Cristo no evita la muerte, pero vive sostenido por una vida que la muerte no puede destruir.

Y entonces Jesús formula la pregunta que da sentido a toda la escena: “¿Crees esto?”. No es una pregunta para comprobar ideas o conocimientos, sino para tocar el corazón. No se responde con palabras bien dichas, sino con una confianza vivida incluso en los momentos difíciles. También hoy, en esta misa exequial, el Señor nos hace esta misma pregunta. Nos la dirige cuando sentimos el dolor de la despedida y cuando sentimos la ausencia y el silencio que deja la muerte, para invitarnos con delicadeza a apoyarnos en Él y a confiarle también nuestro dolor.

D. Agustín del Pino nació en 1932 en Medinaceli. Recibió la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Saturnino Rubio Montiel el 29 de junio de 1958 en la Capilla de nuestro Seminario diocesano. Ejerció el ministerio sacerdotal en Espeja de San Marcelino y Orillares tras recibir la ordenación, y más tarde en Ágreda, Navaleno, San Leonardo de Yagüe y San Pedro Manrique. Ya en Madrid colaboró activamente en iniciativas pastorales y educativas vinculadas a la puesta en práctica de las disposiciones del Concilio Vaticano II. Fue la suya una vida entregada al servicio del Evangelio y del pueblo de Dios, vivida con sencillez, constancia y fidelidad.

Hoy no hacemos el elogio de una vida perfecta. La Iglesia no canoniza en las exequias. Hoy sencillamente presentamos ante Dios una vida entregada, un ministerio ejercido con fidelidad en lo cotidiano, y lo hacemos confiados en la misericordia del Padre. Por eso el salmo nos ha hecho repetir: “*El Señor es compasivo y misericordioso*”. Esa es nuestra esperanza última. No nuestros méritos, no nuestras obras, sino la misericordia de Dios.

Para un sacerdote, esta celebración tiene un significado especial. Quien tantas veces presidió la Eucaristía, proclamó la Palabra de Dios y anunció la vida eterna, es ahora confiado humildemente al Señor. El sacerdote se presenta ante Dios como hijo, necesitado de la misma misericordia que anunció a los demás.

Y ahora, al despedirnos, lo hacemos con sencillez y con afecto. Damos gracias a Dios por la vida y el ministerio de D. Agustín, por todo el bien que sembró en tantas personas y comunidades. Queremos expresar también, en este momento, un agradecimiento sincero a las Hermanitas de los ancianos desamparados, que lo han cuidado con dedicación y ternura en los últimos días de su vida, y a la Casa diocesana de Soria, que ha sido su hogar durante estos últimos años. En esos lugares ha encontrado atención, cercanía y cuidado fraterno, signos concretos del amor de Dios en el tramo final de su camino.

Lo dejamos ahora en manos del Señor, confiados en que Aquel a quien sirvió durante su vida lo acogerá con misericordia y con amor. Que esta fe consuele especialmente a su familia y a todos los que hoy sentís más de cerca su ausencia. Y que el Señor nos conceda a todos vivir (y morir) sostenidos por esta misma esperanza.



Homilía en las exequias por D. Martín Zamora Borobio

Parroquia de Nuestra señora del Espino (Soria), 14 de enero de 2026

Queridos hermanos:

Con el corazón conmovido, pero sostenidos por la fe, celebramos esta tarde la misa exequial por D. Martín. Nos reúne el dolor de la separación, la gratitud por una vida entregada y, sobre todo, la esperanza cristiana que no defrauda. Permitidme, ante todo, un saludo y un abrazo especial a su familia, particularmente a su hermana María del Carmen y a sus sobrinos. Gracias por lo que habéis sido para él a lo largo de toda su vida y por lo que habéis aportado a su vocación y a su ministerio sacerdotal. Quisiera hacer llegar también, de manera sencilla, el pésame y el recuerdo orante de D. Abilio, que ha acompañado como obispo a nuestra diócesis durante estos últimos años y que hoy se une espiritualmente a nuestra celebración.

Y saludo también a todos los que os sentís hoy especialmente unidos a D. Martín: feligreses de tantos pueblos, compañeros sacerdotes, miembros de la HOAC y personas a las que acompañó en el centro penitenciario y en la pastoral ordinaria de la diócesis. Es hermoso que hoy podamos decir con verdad que era un hombre muy querido. Y que se le quería no por haber buscado aplausos, sino por algo mucho más hondo: por su cercanía, por su trabajo constante y por su corazón de pastor.

1) *“Yo sé que mi Redentor vive”* (Job 19, 25)

La primera lectura nos pone delante a Job: un hombre herido, probado, que no entiende muchas cosas, pero que se aferra a una certeza esencial: *“Yo sé que mi redentor vive”*. Job no pronuncia esa frase desde la comodidad, sino desde el límite. Por eso su fe es tan real, y hoy esta palabra se vuelve especialmente luminosa. Al contemplar la vida de D. Martín reconocemos una fe sencilla y firme, tejida día a día. Nacido el 14 de agosto de 1942 en Tajahuerce, el Señor fue conduciendo su historia hasta convertirlo en sacerdote de esta diócesis, formándolo en el Seminario de El Burgo de Osma y en Comillas, donde fue ordenado sacerdote en 1967.

Desde entonces, su vida quedó marcada por un *“sí”* mantenido en el tiempo. Un *“sí”* vivido con alegría en algunos momentos y con cansancio en otros, pero siempre sostenido con fidelidad. No fue la suya una disponibilidad teórica, sino real y concreta: estar cuando y donde hacía falta, seguir adelante mientras tuvo fuerzas y servir hasta el final, sin cálculos ni reservas.

2) *“El Señor es mi luz y mi salvación”* (Sal 26)

El salmo 26 nos ha hecho rezar con confianza: *“El Señor es mi luz y mi salvación”*. La luz no evita la noche, pero permite caminar dentro de ella. Quienes tratamos de cerca a D. Martín sabemos que fue un hombre de carácter afable, templado, conciliador, con una presencia que serenaba, que facilitaba el encuentro, que buscaba la comunión. Con D. Martín se podía hablar: te escuchaba sin prisa, te dejaba decir y, con esa calma suya, te ayudaba a poner orden por dentro. Eso también es pastorear.

Pero su mansedumbre no fue nunca conformismo. También fue un hombre reivindicativo y justo. Y esa dimensión se entiende especialmente desde su vinculación al mundo obrero cristiano: siempre estuvo unido en su ministerio a la HOAC. Desde ahí vivió una convicción evangélica: que la fe no puede desentenderse de la dignidad del trabajo, de la justicia, de los derechos de las personas, de las heridas sociales que reclaman una palabra y una presencia cristiana. Fue un hombre de diálogo, pero no tibio: sabía cuándo había que hablar claro, y lo hacía sin herir, con justicia y con corazón.

3) *“La tienda se deshace... y Dios nos prepara una morada”* (2Cor 5, 1)

San Pablo nos ofrece una imagen llena de esperanza: nuestra vida es frágil como una tienda que un día se recoge, pero Dios nos prepara una morada definitiva. Y lo dice con una certeza que sostiene el corazón: *“El que resucitó al Señor nos resucitará también a nosotros con Jesús”*. Esta fe ilumina la forma con la que D. Martín vivió sus últimos años: trabajando y sirviendo mientras tuvo fuerzas, entregado, literalmente, a sus fieles hasta el final.

Su biografía, además, muestra una extraordinaria disponibilidad. Su primer encargo pastoral fue como coadjutor en esta Parroquia del Espino; después vinieron otros destinos en la zona de Ólvega. En 1969 atendió Medinaceli y otras parroquias cercanas. En la década de los setenta, su ministerio se desarrolló en tierras adnamantinas. Y hay un capítulo decisivo que hoy conviene recordar con gratitud: su etapa misionera en Campeche (México). Esta etapa misionera no fue un paréntesis, sino un capítulo que le ensanchó el alma. Allí aprendió que la Iglesia es una familia más grande que nuestras fronteras y que el Evangelio crece cuando se comparte. A su regreso, volvió al servicio diocesano como coadjutor de El Salvador y como Delegado de misiones, desde donde ayudó a sostener el alma misionera de la diócesis, a despertar conciencias y a tender la mano a la Iglesia universal.

Durante muchos años (1991-2005) fue también capellán del Centro penitenciario de Soria. Este dato no es sólo un detalle más, sino que habla de un sacerdote capaz de entrar en lugares donde la vida duele y donde hay historias rotas, para ofrecer allí una presencia de misericordia. Ser capellán en una prisión exige paciencia, humanidad, discreción y esperanza. Y eso fue D. Martín: un hombre que no se asustaba del sufrimiento ajeno y que sabía que el Evangelio es, ante todo, buena noticia para los heridos.

Todo esto describe a un sacerdote que creyó en la Iglesia como Pueblo de Dios, que confió en los laicos, que acompañó procesos, que animó espacios de formación y de presencia cristiana en la cultura y en la vida social. Y, finalmente, su tramo más reciente también habla por sí solo: fue pastor de varios pueblos en torno a Buitrago de Soria, y, en la etapa última, estuvo al frente de Sotillo de Rincón, Valdeavellano de Tera y otras parroquias del Valle.

Quien conozca nuestra tierra entiende lo que esto supone: muchas veces el ministerio sacerdotal en nuestra diócesis se mide en kilómetros. Y él los hizo. Se mide también en casas visitadas, en sacramentos celebrados con frío y en acompañamiento, aun con pocos fieles. Y él lo hizo.

4) *“No se turbe vuestro corazón... Yo soy el Camino”* (Jn 14, 1.6)

El Evangelio nos ha permitido recordar hoy las palabras que Jesús pronuncia en la hora de la despedida: *“No se turbe vuestro corazón... En la casa de mi Padre hay muchas moradas”*.



No son palabras para borrar las lágrimas, sino para sostenerlas. Jesús no nos ahorra el dolor, pero nos abre un horizonte; no nos quita el duelo, pero nos regala una esperanza. Y añade algo decisivo: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*.

Al mirar la vida de D. Martín, entendemos mejor lo que el Señor quiere decir cuando habla del camino. Su vida fue un caminar constante, sin grandes gestos, pero sin detenerse; un caminar humilde y entregado. Paso a paso fue dejando algo de sí en cada lugar y en cada persona. Por eso hoy podemos afirmar algo que nace de la fe y de la experiencia: su vida ha dado fruto. No fue la suya una vida guardada, sino ofrecida. Y una vida así no se pierde, sino que queda para siempre en las manos de Dios y en la memoria agradecida de quienes lo conocieron y trataron.

5) Gratitud concreta: la Casa diocesana

En una Eucaristía como esta, la gratitud no debe quedarse en lo genérico. Por eso hoy quisiera expresar un agradecimiento sincero a la Casa diocesana, donde D. Martín ha vivido tantos años: ahí no sólo ha sido atendido, sino cuidado. Y cuidar así (con respeto, con paciencia y con cariño) es también Evangelio. Gracias a quienes lo han acompañado día tras día: a los responsables, al personal, a los que han estado pendientes de su salud, de sus necesidades, de su bienestar, de su humanidad cotidiana. En el final de la vida, el cuidado es una forma altísima de amor; y la Iglesia también se edifica así: sosteniendo a sus sacerdotes mayores o enfermos, acompañándolos como ellos acompañaron.

6) Orar por él... y orar por las vocaciones

En las exequias de un sacerdote, la Iglesia hace siempre dos movimientos del corazón.

El primero es orar por él. Aunque creemos en la misericordia de Dios, pedimos para D. Martín el descanso eterno, la purificación si hiciera falta y la plenitud definitiva. Rezamos por quien ha administrado sacramentos, por quien ha predicado, por quien ha acompañado tantas vidas.

El segundo movimiento es orar por las vocaciones. Pedimos al Señor que no falten pastores para su pueblo, que siga llamando a hombres generosos dispuestos a entregar su vida en el ministerio ordenado. Y pedimos también comunidades capaces de acoger, acompañar y sostener esas llamadas con oración, cercanía y responsabilidad.

7) Conclusión

Esta tarde ponemos a D. Martín en las manos del Señor con gratitud, gratitud por una vida gastada en servir, por una fidelidad mantenida en lo pequeño y por una entrega sin ruido que ha dejado huella. Todo eso no se pierde, sino que queda recogido para siempre en el corazón de Dios.

Confiamos en que el Señor, a quien siguió, lo reciba ahora y le conceda el descanso prometido. Que se cumpla en él la confesión de Job: *“Yo sé que mi Redentor vive”*. Que se cumpla en él la promesa de Jesús: *“Voy a prepararos un lugar”*. Y nosotros, que seguimos caminando, lo hacemos sostenidos por esta fe sencilla y profunda: que Dios cumple sus promesas, que la vida dada no se pierde y que el amor vivido y ofrecido es siempre más fuerte que la muerte.

Homilía en el 75º aniversario de la Cofradía de la Oración en el Huerto

Iglesia del Carmen (Soria), 17 de enero de 2026

Queridos hermanos:

Saludo cordialmente a los miembros de la Cofradía de la Oración en el Huerto, que celebráis hoy el septuagésimo quinto aniversario de vuestra fundación; a los cofrades de otras hermandades de nuestra Semana Santa; y a todos los fieles que os habéis reunido en esta iglesia del Carmen para dar gracias a Dios por esta historia compartida.

Saludo también, de manera especial, a las comunidades carmelitas (masculina y femenina) que comparten este templo y que, con su vida de oración y su presencia fiel, sostienen espiritualmente este lugar y han acompañado durante décadas el caminar de esta Cofradía. Gracias por hacer del Carmen una casa abierta, un espacio de oración y un santuario de interioridad para la ciudad de Soria.

Setenta y cinco años son muchos rostros y muchas historias entrelazadas. Desde 1951, muchos han aprendido a rezar aquí, ante el Cristo del Huerto. Hoy esta Cofradía sigue viva como una familia creyente que ha atravesado épocas distintas sin perder lo esencial.

Algunos de vosotros lleváis toda una vida vinculados a esta Cofradía. Otros la recibisteis de vuestros padres o abuelos, casi sin daros cuenta, como se heredan las cosas importantes. Y hoy también hay quienes comienzan a dar sus primeros pasos, aprendiendo a mirar al Cristo del Huerto con los mismos ojos con los que otros lo miraron antes. Esa cadena silenciosa de fidelidad es uno de los mayores tesoros de esta hermandad.

Las lecturas que hemos escuchado están escogidas expresamente para este momento, porque tocan el núcleo de vuestra identidad y de vuestra misión.

El Evangelio nos ha conducido al Huerto de los Olivos, a esa noche decisiva en la vida de Jesús, una noche que no es gloriosa ni triunfal, sino densa, oscura, cargada de miedo y de abandono. Allí vemos a un Cristo profundamente humano, arrodillado en la tierra, con el corazón oprimido, rezando al Padre con palabras entrecortadas, deseando que pase el cáliz, pero dispuesto a aceptar su voluntad. Y en medio de esa angustia, Jesús no se encierra en sí mismo, no se endurece, sino que busca a los suyos, los necesita cerca, les pide algo muy sencillo y a la vez muy exigente, que se queden, que velen, que no se duerman, que lo acompañen.

Esa súplica del Señor atraviesa los siglos y llega hasta nosotros hoy, aquí, en esta iglesia del Carmen. “Quedaos aquí y velad conmigo”. Esta frase resume el alma de la Oración en el Huerto. Porque esta Cofradía no nace de un gesto espectacular, sino de una actitud profundamente evangélica, la de permanecer junto a Cristo en la noche, la de no huir cuando llega el sufrimiento, la de no abandonar cuando el silencio pesa y el cansancio aprieta. Durante setenta y cinco años, vuestra Cofradía ha querido decirle al Señor, con hechos más que con palabras, que no está solo, que siempre habrá hombres y mujeres dispuestos a acompañarlo en Getsemaní.

Cada Martes Santo, cuando el paso del Huerto recorre las calles de Soria en el silencio de la noche, la ciudad entera parece recogerse. El frío, la espera, el silencio y el esfuerzo



compartido convierten esa procesión en una confesión de fe sencilla y profunda: acompañar a Cristo en su hora más oscura para no dejarlo solo. Soria vive su Semana Santa sin estridencias, con una sobriedad que no necesita explicarse, porque nace de su carácter. Por eso el silencio del Martes Santo no es vacío, sino un modo muy nuestro de confesar la fe, de unir la noche, el frío y la oración en un mismo gesto creyente.

Si nos paramos un momento a mirar el paso, entendemos mejor lo que hoy celebramos. Vemos a Jesús de rodillas en Getsemaní, vencido por la angustia, y a su lado un ángel que lo sostiene y le muestra el cáliz. El rostro de Cristo habla de miedo y de entrega; el gesto del ángel, de consuelo y fidelidad. No estamos sólo ante una imagen: es el Evangelio hecho visible, que nos invita a entrar en la oración de Jesús.

La segunda lectura nos coloca en el centro de la vida cristiana. San Pablo nos recuerda algo esencial: la Iglesia vive de una memoria concreta, la de un amor que se entrega hasta el final. *“Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”*. Cada vez que celebramos la Eucaristía no recordamos simplemente un gesto del pasado, sino que entramos en una entrega que sigue viva, que se nos confía hoy y que pide ser vivida con coherencia y fidelidad.

Aquí se deja entrever el sentido más profundo de vuestra Cofradía. Acompañar a Cristo en Getsemaní va educando el corazón para la entrega, y velar con Él va enseñando una forma de estar en el mundo. La Eucaristía y la Oración en el Huerto caminan unidas, porque ambas hablan de un amor que no se guarda nada y de una fidelidad que se construye día a día.

Los primeros cofrades lo comprendieron con una claridad admirable. Aquellos hombres sencillos, ferroviarios en la Soria de la posguerra, hombres de trabajo duro, de jornadas largas y de vida sencilla, que no separaban la fe de su vida cotidiana, supieron levantar una hermandad que no buscaba protagonismo ni reconocimiento. Y lo hicieron desde una realidad muy concreta: la Hermandad ferroviaria de Soria, que buscaba alimentar el espíritu cristiano entre los empleados de RENFE, solicitó poder hacerse cargo de un paso en la procesión, iniciando así un camino que llega hasta hoy.

Nada de lo dicho se entiende sin este lugar. El Carmen no es sólo la sede de la Cofradía, es su casa espiritual. Aquí se respira una forma concreta de vivir la fe, marcada por la interioridad, por el silencio fecundo y por la amistad con Dios. La espiritualidad carmelitana ha impregnado la vida de la Cofradía durante décadas, recordándole siempre que la oración no es evasión, sino raíz, que la fe no se sostiene sin tiempos de silencio y que la fidelidad cotidiana es el verdadero camino de santidad. La presencia constante del prior del Carmen como consiliario ha sido signo de esa comunión profunda entre la vida conventual y la vida cofrade.

Celebramos este aniversario en un momento significativo de nuestra historia. La Cofradía de la Oración en el Huerto cumple setenta y cinco años en un tiempo de cambio y de oportunidades. No siempre es fácil mantener el entusiasmo, asumir responsabilidades o encontrar relevo. A veces se experimenta el cansancio, la falta de tiempo o la dificultad para implicar a otros. Precisamente por eso, este aniversario no es sólo celebración, sino ocasión para renovar el sentido profundo de lo que somos. Vivimos tiempos distintos a aquellos en los que nació esta hermandad. La sociedad ha cambiado, la transmisión de la fe se ha vuelto más compleja y también la Iglesia se siente llamada a renovarse sin perder su alma y a discernir caminos nuevos permaneciendo fiel al Evangelio.

Nuestra diócesis vive hoy un tiempo de espera y discernimiento, sostenido por la fe cotidiana de sus fieles, por el trabajo silencioso de parroquias y comunidades, y por la fidelidad de quienes, como vosotros, cuidáis una tradición que no mira atrás con nostalgia, sino que sirve a la Iglesia de hoy. En este contexto, vuestra Cofradía no sólo conserva una devoción querida, sino que la vive como un testimonio de fe orante, adulta y comprometida, que ayuda a sostener la vida cristiana de nuestra diócesis.

Celebrar este aniversario es una gracia y también una responsabilidad. Una gracia, porque somos parte de una historia que nos precede y nos supera; y una responsabilidad, porque nos obliga a pensar cómo transmitir a los más jóvenes no sólo una procesión, sino el sentido profundo de velar con Cristo, de acompañarlo en la noche y de sostener con la oración la vida de la Iglesia. Los jóvenes no necesitan sólo heredar una tradición, sino encontrar un testimonio vivo y creíble que les muestre que la fe no es una moda, sino una manera de vivir.

Celebrar setenta y cinco años es dar gracias, pero también aceptar una pregunta que no admite excusas: *“¿no habéis podido velar una hora conmigo?”*. Esa pregunta mide hoy nuestra verdad. El hábito distingue, pero es la coherencia la que convence. La Iglesia necesita hombres y mujeres que sepan permanecer, que no huyan del dolor, que acompañen en silencio y sostengan con su fe la noche de los demás. Ahí, y sólo ahí, se reconoce si de verdad hemos velado con Cristo.

Hoy damos gracias por quienes nos han precedido y por los que sirvieron sin hacer ruido. Y al mirar al futuro, sólo queda una pregunta ante Dios: ¿habrá quienes permanezcan cuando llegue la noche del cansancio, de la persecución y de la prueba?, ¿habrá quienes velen con Cristo en Getsemaní cuando se vuelva difícil vivir la fe y el corazón se sienta solo? Que esta Cofradía siga siendo en Soria ese signo humilde y fiel que recuerde, sin palabras, que el Señor nunca debe quedar solo.

Que María, que guardó todo en su corazón, y Santa Teresa, que atravesó la noche de la fe, caminen con nosotros y nos enseñen, con su silencio y su fidelidad, a permanecer junto al Señor y a vivir desde la hondura de la fe.

Homilía en la Jornada de la infancia misionera

Parroquia de El Salvador (Soria), 18 de enero de 2026

Queridos hermanos, quisiera saludar de una manera muy especial a todos los niños que hoy estáis aquí, venidos de las distintas parroquias de Soria, reunidos en esta iglesia de El Salvador como cada año para celebrar juntos un día muy especial.

Hoy esta iglesia está llena de niños y de mayores, y eso ya nos dice algo muy importante: Jesús nos ha llamado a todos, a los pequeños y a los grandes, para estar con Él. Nadie sobra en la Iglesia y nadie es demasiado pequeño para Jesús.

Hoy no es un domingo cualquiera. Escuchad bien esto, hoy celebramos la Jornada de la infancia misionera, y lo hacemos todos juntos, niños y familias de las parroquias de nuestra ciudad, reunidos en un mismo lugar para recordar algo muy importante: los niños



también sois misioneros, porque de esto va la Jornada de la infancia misionera: niños que ayudan como Jesús.

Un misionero es una persona que quiere mucho a Jesús y que intenta vivir como Él, ayudando a los demás con lo que dice y, sobre todo, con lo que hace cada día. Sabéis que hay misioneros que van muy lejos, a otros países, pero también se puede ser misionero aquí, en casa, en el colegio, en el barrio y en la parroquia.

Dios os conoce a cada uno de vosotros. Fijaos qué estupendo es esto: Dios sabe vuestro nombre, sabe cómo sois, lo que os gusta y lo que os cuesta. Dios os mira con cariño y hoy os dice algo muy importante: vuestra vida es un regalo y también una misión.

La vida es el regalo más grande que tenemos. No nos la hemos dado nosotros, sino que Dios nos la ha regalado porque nos quiere. Y una misión es algo bueno que alguien nos pide que hagamos porque cree en nosotros. Atentos a esto: por eso el lema de hoy dice *“Tu vida, una misión”*. No es la misión de otro, no es la misión de los mayores, sino la vuestra, la de cada uno.

Jesús quiere contar con vosotros tal y como sois. Cada niño tiene algo especial que puede ofrecer. Escuchad bien: a veces pensamos que para hacer cosas importantes hay que ser muy fuerte o muy listo o muy mayor, pero Jesús nos enseña que no es así.

Pensemos en los superhéroes. Seguro que los conocéis. Los superhéroes ayudan, protegen y cuidan porque tienen poderes especiales. Seguro que conocéis a algunos: Spider-man o el Capitán América, o los héroes de dibujos animados que veis en casa y que siempre intentan salvar a alguien.

Pues fijaos bien en esto: Jesús nos dice hoy algo muy bonito: cada uno de vosotros tiene sus propios “superpoderes”. Son superpoderes sencillos, pero muy importantes: compartir lo que tenemos, ayudar en casa, preocuparse por un compañero que está triste, pedir perdón cuando no nos hemos portado bien, rezar por alguien que necesita ayuda.

Estos superpoderes no se compran ni se aprenden en un juego. Son regalos que Dios os da para hacer el bien cada día.

En la primera lectura hemos escuchado cómo Dios nos habla con cariño, como un padre o una madre que quiere mucho a su hijo. Fijaos: Dios nos dice que nos conoce desde siempre, que ha pensado en nosotros con amor y que confía en cada uno. Y nos dice algo precioso: quiere que seamos luz.

Ser luz no significa hacer cosas difíciles ni extraordinarias. Ser luz es hacer el bien allí donde estamos. Cuando tratamos bien a los demás (también a los que no nos caen muy bien) somos luz, cuando ayudamos a todos somos luz, cuando compartimos nuestras cosas con los compañeros somos luz, cuando decimos la verdad siempre somos luz, y cuando perdonamos, especialmente cuando más nos cuesta, somos luz. Aunque seamos pequeños, fijaos qué importante, podemos iluminar mucho.

En el Evangelio aparece Juan. Escuchad bien esta parte. Juan quiere mucho a Jesús y lo conoce bien, porque eran familia y porque sabe que Jesús viene de Dios. Juan podría hablar de sí mismo y querer que la gente le mire a él, pero no lo hace. Juan hace algo muy

bonito y muy importante: señala a Jesús y dice a los demás que lo sigan a Él. Gracias a Juan, muchas personas conocen a Jesús y empiezan a caminar con Él. Juan es un buen amigo porque no se guarda a Jesús para sí, sino que ayuda a otros a conocerlo y a seguirlo. Eso es algo extraordinario.

Jesús nos enseña a amar, a perdonar, a ayudar a todos y a confiar en Dios. Atentos: vivir como Jesús es la mejor manera de ser misioneros. No hacen falta palabras difíciles; lo más importante es lo que hacemos cada día.

La misión no está lejos. Fijaos bien: la misión empieza muy cerca: en casa, en el colegio, con los amigos, en la parroquia.

Cada pequeño gesto cuenta. Para Dios no hay cosas pequeñas cuando se hacen con cariño. Un saludo, una sonrisa, compartir un juguete, ayudar en casa, decir “perdón” o “gracias”... Todo eso, aunque parezca poca cosa, le importa mucho a Dios y hace el mundo un poco mejor. Hoy la Iglesia nos recuerda que el mundo necesita lo bueno que cada uno de vosotros puede dar. Vuestra alegría, vuestra amistad, vuestra manera de ayudar y de querer hacen mucho bien.

Y ahora, escuchad bien para terminar. Quedaos con esto, que es lo más importante: Jesús os quiere mucho y confía en vosotros. Cada vez que compartís, que ayudáis, que tratáis bien a los demás o que perdonáis, estáis siendo misioneros y estáis haciendo lo que haría Jesús. No hace falta ir lejos para ser misionero: las cosas pequeñas hechas con amor cambian el mundo. Pidamos a Jesús que nos ayude a querer como Él y a hacer el bien cada día. Amén.

Homilía (Semana de oración por la unidad de los cristianos)

Iglesia de San Juan de Rabanera (Soria), 24 de enero de 2026

Queridos hermanos, estimado Padre Sergio, señor Delegado de ecumenismo:

Esta tarde nos hemos reunido para orar por la unidad de los cristianos. Y la Palabra de Dios nos ha hablado con una imagen clara, sencilla y muy fuerte: la luz.

No se trata de una luz para admirarla desde lejos, sino de una luz para caminar en ella. Una luz que orienta los pasos, que da dirección, que libera y que reúne.

La Escritura nos ha recordado algo muy concreto: la luz de Dios nunca es decorativa. Cuando la luz de Dios llega, la vida cambia: se rompen cadenas, se abren prisiones injustas, se devuelve la dignidad a los oprimidos, se comparte el pan con el hambriento. La luz de Dios sana relaciones, reconstruye lo que estaba roto y nos enseña a mirarnos de otra manera.

Por eso, cuando el Señor promete que *“brillará tu luz en la tiniebla”*, no está hablando sólo de sentimientos interiores. Está hablando de una vida distinta, de una fe que se nota, de un pueblo que vive de otra manera.

Esa luz tiene un nombre: Jesucristo. Él es la luz que ilumina a todo ser humano. Una luz que no excluye, que no pertenece a unos pocos, que no se guarda para sí misma. Es una luz ofrecida a todos. Por eso Jesús nos dice hoy con claridad: *“Mientras tenéis la luz, caminad”*.



No nos invita a quedarnos quietos, ni a refugiarnos en seguridades, ni a confundir fidelidad con cerrazón. Caminar en la luz significa dejarnos guiar por Él, renunciar al orgullo y soltar aquello que nos separa.

Ahí nace la unidad por la que hoy oramos. No nace de estrategias humanas ni de acuerdos calculados, sino de una conversión compartida a la luz de Cristo. Por eso el apóstol nos exhorta a la humildad, a la mansedumbre, a la paciencia, a sobrellevarnos unos a otros con amor. La unidad no se fabrica: se custodia, porque ya es obra del Espíritu.

No se trata de inventar una unidad nueva, sino de cuidar la que Dios ya ha sembrado: un solo bautismo, una misma fe en Cristo, una esperanza común. En este sentido, nuestra oración de hoy es muy concreta. Estamos aquí como comunidad católica y tenemos la alegría de contar esta tarde con la presencia fraterna de la Iglesia ortodoxa rumana. Queremos acogerla con gratitud y con respeto, porque su presencia entre nosotros no es algo secundario. Nos recuerda, de manera muy concreta, que no caminamos solos y que la búsqueda de la unidad tiene rostros, nombres y encuentros reales. Muchas gracias, padre, por compartir este momento de oración: Ne rugâm împreună ca lumina lui Hristos să ne unească (NE RUGAM / IM PREU NA / CA LUMI NA / LUI HRISTOS / SA NE UNI AS CA): “Oramos juntos para que la luz de Cristo nos una”.

Sabemos que la comunión entre nosotros no es todavía plena y que la historia ha dejado heridas y distancias. Pero precisamente por eso este encuentro es valioso: porque nace del deseo sincero de caminar juntos ante el Señor, sin ocultar las diferencias y sin renunciar a lo que ya compartimos. Orar juntos nos acerca, nos ayuda a mirarnos como hermanos y nos pone, a todos, bajo la misma luz de Cristo, que sigue llamándonos a la unidad.

21

Esta luz de Cristo, elevada en la cruz, sigue atrayéndonos hacia Él. Y cuanto más cerca estemos de esa luz, cuanto más caminemos en ella con verdad, más cerca estaremos también unos de otros. La unidad no nace de la simple cercanía humana, sino de la cercanía común al Señor.

Que esta vigilia no sea sólo una experiencia que recordemos con emoción, sino una llamada que nos comprometa. Una llamada a dejarnos iluminar por Cristo, a sembrar palabras de paz y a caminar juntos allí donde la humanidad herida espera un signo de esperanza. Y que, mientras la luz permanece entre nosotros, avancemos en ella unidos, para que el mundo crea y la Iglesia refleje la gloria de Dios en la comunión a la que está llamada.

Homilía en la fiesta de la Virgen de la Paz

Casarejos (Soria), 24 de enero de 2026

Queridos hermanos:

Hoy nos reunimos con alegría en esta iglesia de San Ildefonso para celebrar con gratitud a la Virgen de la paz, a quien tantas generaciones han amado y honrado en Casarejos. En estas tierras de Pinares, la fe ha encontrado expresiones profundas: en la oración, en la convivencia comunitaria y también en tradiciones que hoy revivimos con devoción, como el paloteo, que une la vida de nuestro pueblo con su historia, su ritmo y su identidad.

1. Dios toma la iniciativa: no nos deja solos

La primera lectura del profeta Isaías nos sitúa ante una verdad fundamental de la fe: Dios toma la iniciativa. Es Él quien se acerca, quien habla, quien propone una señal. El rey Acáz no quiere pedir nada, quizá por miedo, quizá por desconfianza, quizá por cansancio. Y entonces Dios responde con una promesa que supera cualquier expectativa humana: *“El Señor mismo os dará una señal”*.

Esto es clave para nuestra vida cristiana. Muchas veces pensamos que creer consiste en cumplir bien y en esforzarnos siempre. Pero la fe empieza de otra manera: empieza porque Dios da el primer paso, porque sale a nuestro encuentro y no se cansa de buscarnos, incluso cuando nosotros estamos distraídos, cómodos o con el corazón cerrado.

La señal que Dios ofrece no es espectacular ni poderosa según los criterios del mundo. Es algo frágil: una mujer, un niño, una vida que comienza. Y ese niño recibe un nombre que lo dice todo: Emmanuel, *“Dios con nosotros”*. No un Dios lejano, no un Dios que observa desde arriba, sino un Dios que camina con su pueblo, que entra en la historia concreta, en las casas, en las familias, en pueblos como el nuestro.

También hoy, Dios sigue estando con nosotros en nuestras preocupaciones reales: el trabajo, la falta de trabajo, la soledad, la enfermedad, el envejecimiento, la despoblación, las tensiones familiares, el futuro de los jóvenes. La fe no nos saca de la realidad, sino que nos ayuda a vivirla con esperanza.

2. *“Aquí estoy”*: una fe que se vive desde dentro

El salmo nos ofrece la respuesta adecuada a esta iniciativa de Dios: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”*. Estas palabras no son una frase bonita ni una fórmula piadosa. Dicen algo muy concreto: no quiero vivir de espaldas a Dios, no quiero que mi vida vaya por un lado y mi fe por otro.

María es la que mejor encarna esta respuesta. Ella no lo entiende todo, no lo controla todo, no tiene todas las garantías, pero confía, y esa confianza le da una paz profunda, una paz que no depende de que todo sea fácil, sino de saber en manos de quién está su vida.

Aquí tocamos el corazón de la fiesta de hoy. Cuando hablamos de la Virgen de la paz, no hablamos de una paz ingenua ni superficial. No es la paz de que *“no pase nada”*. Es la paz de quien se sabe sostenido por Dios, incluso cuando la vida se complica. Y esto tiene consecuencias muy concretas para nosotros: paz para escuchar antes de responder, paz para no vivir siempre a la defensiva, paz para aceptar que no todo depende de nosotros, paz para convivir con quien piensa distinto, paz para no romper lo que cuesta años construir: relaciones, familias, comunidad, etc.

3. El *“sí”* de María y la vida cristiana cotidiana

El Evangelio nos sitúa en el corazón del mensaje: la Anunciación. María no aparece como un personaje lejano ni como un ideal inalcanzable, sino como una joven de un pueblo sencillo, inmersa en una vida normal, hecha de tareas cotidianas y de proyectos humildes. Y es justamente en ese marco sencillo y cotidiano donde Dios sale a su encuentro.



Esto es muy importante para nuestra fe. Dios no suele hablarnos a través de cosas llamativas o extraordinarias, sino en lo de cada día: en una conversación, en una preocupación, en una decisión pequeña. La Anunciación nos recuerda que Dios no espera que todo esté perfecto para actuar, sino que busca corazones abiertos y disponibles para decirle que sí.

María pregunta porque no lo entiende todo y eso muestra una fe madura. Se toma en serio la llamada de Dios. Y, aun sin tener todas las respuestas, confía. Por eso su *“hágase”* no es resignación, sino una decisión libre: me fío de Ti.

Aquí hay una clave muy concreta para nuestra vida cristiana. Muchas veces buscamos la paz queriendo controlarlo todo, tenerlo todo atado, evitar cualquier incertidumbre. Y, sin embargo, la paz que nace de la fe surge justo cuando aceptamos que no todo depende de nosotros y que Dios puede obrar incluso en medio de lo que no entendemos.

Decir *“hágase”* hoy significa, por ejemplo, aceptar una etapa de la vida que no habíamos previsto, vivir con serenidad una enfermedad o una limitación, cuidar una relación que requiere paciencia y perdón o seguir haciendo el bien, aunque no veamos resultados inmediatos.

La Virgen nos enseña que la paz no consiste en que todo sea fácil, sino en vivir reconciliados con la realidad, sabiendo que Dios está ahí, acompañando cada paso.

4. San Ildefonso y una fe que se transmite

Celebrar esta fiesta en una iglesia dedicada a San Ildefonso no es casual. Vivió tiempos difíciles y, sin embargo, supo mantener una fe firme, clara y coherente. Su amor a María no fue sentimental: entendió que honrarla era conducir al pueblo a Cristo y cuidar su fe.

San Ildefonso nos recuerda que la fe necesita raíces concretas (palabras, gestos, fiestas y símbolos) para poder transmitirse. La Iglesia no se construye sólo con ideas, sino con comunidades que viven y celebran lo recibido. Honrarlo hoy es preguntarnos qué fe dejamos a los que vienen detrás y qué imagen de Dios transmitimos con nuestra vida, para que la paz que pedimos a la Virgen no sea sólo para nosotros, sino una herencia de esperanza.

5. El paloteo: fe que se hace gesto y comunidad

Y aquí entra, de manera muy hermosa, la tradición del paloteo que tendrá lugar al final de la celebración. El paloteo habla de ritmo compartido, de coordinación, de respeto mutuo. Nadie baila solo. Si uno se adelanta o se retrasa, todo se desajusta. Es una imagen preciosa de la vida cristiana y de la vida comunitaria: caminamos juntos, al mismo compás, sosteniéndonos unos a otros.

Además, es una tradición que pasa de mayores a jóvenes, de padres a hijos. Y eso hoy es un mensaje muy fuerte: la fe, como el paloteo, si no se transmite, se pierde. Pero cuando se cuida, se enseña y se vive con alegría, se convierte en raíz y en futuro.

6. Conclusión

Pidámosle hoy a la Virgen de la paz que nos regale su manera de estar en la vida: con confianza, con sencillez y con fidelidad. Que nos enseñe a decir *“aquí estoy”* no sólo en la

iglesia, sino en casa, en el trabajo y en la convivencia diaria. Que esta fiesta no sea sólo un recuerdo bonito, sino un impulso para vivir con más paz por dentro y más paz entre nosotros. Y que todo lo que hoy celebramos (la Eucaristía, la Palabra, la tradición y el paloteo) nos recuerde que Dios sigue estando con su pueblo. Amén.

Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor Jornada de la vida consagrada

Iglesia de Santo Domingo (Soria), 2 de febrero de 2026

Queridos hermanos y hermanas, miembros de las distintas familias religiosas que camináis en comunión en nuestra diócesis de Osma-Soria junto a las comunidades contemplativas que sostienen a la Iglesia con su oración: recibid un saludo fraterno en este día de luz, en el que damos gracias al Señor por vuestra vocación y vuestra entrega.

El Evangelio de hoy nos conduce al interior de un templo y nos invita a detenernos ante un gesto casi imperceptible: unos padres que presentan a su hijo. Nada extraordinario, nada que llame la atención. Y, sin embargo, en ese gesto humilde se concentra toda una vida. Jesús entra en el templo no por sus propios pies, sino llevado por otros y puesto en las manos de Dios. Así comienza el camino del que será luz para las naciones. Y así nos recuerda hoy la Iglesia que toda vocación verdadera (también la vida consagrada) nace de este movimiento interior y exigente: dejarse llevar, dejarse ofrecer, dejarse poner en manos de Dios para el bien de todos.

No es casualidad que la Iglesia haya querido unir esta fiesta a la Jornada de la vida consagrada. Porque la vida consagrada no es, en el fondo, otra cosa que esto: una vida presentada, entregada día tras día al Señor, a veces en la claridad y muchas veces en la penumbra, sin seguridades propias y sostenida únicamente por la fidelidad de Dios.

1. El Señor entra en su templo... ayer y hoy

Hemos cantado con el salmo: *“Va a entrar el Señor, el Rey de la gloria”*. Y hoy entra sin estruendo, como siempre. Entra en esta iglesia de Santo Domingo, entra en esta ciudad de Soria, entra en la historia concreta de una diócesis pequeña, antigua y perseverante como la de Osma-Soria.

Este año, además, nuestra Iglesia diocesana recuerda el 925º aniversario de su restauración, iniciada en 1101 por san Pedro de Osma, tras un largo tiempo de ruptura y desolación. Aquella restauración no fue inmediata ni triunfal. Fue una restauración lenta y paciente, casi silenciosa, sostenida por la fidelidad cotidiana, la comunión humilde y la confianza perseverante en que Dios no abandona su obra. San Pedro de Osma no reconstruyó la diócesis con grandes medios, sino con la certeza de que el Señor seguía actuando en la historia, incluso cuando todo parecía frágil y precario.

Esta efeméride no es sólo un recuerdo agradecido, sino una palabra que nos alcanza hoy. Porque también ahora la Iglesia (y la vida consagrada en su seno) atraviesa tiempos de



intemperie: secularización, cansancio, disminución e incertidumbre. Y, sin embargo, como entonces, el Señor sigue entrando en su templo, sigue confiando su obra a hombres y mujeres sencillos, disponibles y perseverantes.

2. El silencio que sostiene la Iglesia

Aquí, en este templo, la presencia orante de las hermanas clarisas se convierte en un signo elocuente de esa fidelidad silenciosa que restaura la Iglesia desde dentro. Como Simeón y Ana, no ocupan el centro, pero lo señalan. No protagonizan, pero sostienen. No alzan la voz, pero interceden sin descanso.

La vida contemplativa (tan escondida, tan frágil en apariencia) ha sido siempre uno de los pilares invisibles de la Iglesia. También aquí, también hoy. Sin estas vidas entregadas en silencio, la restauración sería imposible. Porque la Iglesia no se renueva sólo con palabras o estructuras, sino con oración fiel, con perseverancia humilde y con una esperanza que se mantiene encendida en la noche.

3. “Tenía que parecerse en todo a sus hermanos” (Heb 2,14)

La carta a los Hebreos nos recuerda algo decisivo: Jesús no se apartó de nuestra condición, no la contempló desde lejos. La asumió. Compartió la carne, el cansancio, el dolor y la prueba. Aquí se sitúa uno de los grandes desafíos de la vida consagrada hoy: parecerse verdaderamente a Cristo, también en la fragilidad; no vivir al margen de la historia, no refugiarse en una espiritualidad desencarnada, no protegerse del sufrimiento del mundo.

La vida consagrada está llamada a ser presencia compasiva, cercana y humilde, a cargar con las propias debilidades y con las de la Iglesia, como san Pedro de Osma, como tantas generaciones de consagrados y consagradas que quizá no vieron frutos inmediatos, pero custodiaron la fidelidad y mantuvieron encendida la lámpara.

4. Simeón y Ana: la esperanza que no se apaga

Simeón y Ana son ancianos. Han esperado mucho tiempo. Han visto pasar generaciones. Pero no han perdido la esperanza. Siguen yendo al templo. Siguen atentos. Siguen abiertos a la visita de Dios. ¡Qué imagen tan honda para la vida consagrada!: una vida que no se rinde, que no se endurece, que no se encierra en la nostalgia.

Simeón puede decir con paz: *“Mis ojos han visto a tu Salvador”*. Eso es lo que sostiene toda vocación auténtica: haber visto, aunque sea fugazmente, que Dios es fiel y que vale la pena entregarle la vida.

5. “Vida consagrada, ¿para quién eres?”

“Vida consagrada, ¿para quién eres?” La pregunta que sirve de lema a esta Jornada no busca una respuesta rápida: ¿para quién eres? La vida consagrada no se pertenece a sí misma. Es para Dios, buscado cada día, incluso en la sequedad; es para los hermanos, especialmente los pobres, los solos, los descartados; es para la Iglesia, como memoria viva de que Dios es lo primero.

Y aquí aparece otro desafío esencial: la comunión. Comunión entre las distintas familias religiosas, tan diversas y tan necesarias. Comunión con la Iglesia diocesana, con su obispo, con las parroquias, con los procesos pastorales y con las fragilidades reales de esta tierra. En una diócesis como Osma-Soria, cuya historia nos enseña que la Iglesia se ha levantado muchas veces desde la precariedad, nadie puede caminar solo. La vida consagrada no es un añadido ni un vestigio del pasado: es parte viva de la restauración continua que el Espíritu sigue obrando en la Iglesia.

6. Acción de gracias y envío

Esta celebración nos invita a mirar el pasado con gratitud y el presente con esperanza, reconociendo que es Dios quien sostiene a su Iglesia y la renueva, incluso cuando el camino se hace lento y oscuro. En ese horizonte, la vida consagrada, en todas sus formas, permanece entre nosotros como signo discreto de fidelidad, presencia orante que acompaña y esperanza que no se apaga.

María, que ofreció su vida sin reservas; Simeón y Ana, que supieron esperar sin cansarse; y san Pedro de Osma, testigo de una restauración paciente, nos señalan un mismo camino: vivir con el corazón disponible.

Así, nuestra vida (consagrada o laical) podrá ser cada día ofrenda silenciosa, luz humilde y esperanza fiel, al servicio del Evangelio, en esta Iglesia de Osma-Soria sostenida por la fidelidad de Dios.

Homilía en la fiesta de la Candelaria

Parroquia de San Leonardo de Yagüe, 2 de febrero de 2026

Queridos hermanos sacerdotes, fieles de esta parroquia de San Leonardo de Yagüe, excelentísimas autoridades:

Hoy no hemos venido sólo a misa. Hoy hemos venido a reconocernos como pueblo. Porque en San Leonardo de Yagüe este día no pasa desapercibido. Estamos en pleno invierno, rodeados de pinares, con el frío todavía muy presente, con los días que poco a poco empiezan a alargarse. Y en medio de esta estación dura, celebramos la luz. No una luz que deslumbra, sino una luz que resiste, que acompaña, que anuncia que la vida sigue, aunque el invierno apriete.

Aquí, entre pinos, sabemos bien lo que es esperar. Esperar la primavera, esperar que el trabajo llegue, esperar que el tiempo cambie. Y por eso la Candelaria y San Blas tienen tanto sentido en este lugar. Son fiestas nacidas del ritmo de la vida, no de ideas abstractas. Hoy la Candelaria; mañana San Blas: dos días unidos, como dos respiraciones del mismo cuerpo. Hoy miramos la luz que llega. Mañana cuidamos la vida concreta, la salud, la garganta, la voz. Hoy celebramos lo que Dios hace. Mañana pedimos que eso se note en nuestra carne y en nuestra vida diaria.

El Evangelio nos ha llevado a una escena muy sencilla, casi doméstica. José y María



entran en el templo con su hijo en brazos. No llevan nada extraordinario. Llevan lo que tienen y lo que son. Y eso ya es una enseñanza grande para nosotros: la fe no empieza por hacer cosas complicadas, sino por presentar la vida tal como es, con lo bueno y con lo difícil.

Ellos cumplen la Ley, sí, pero no de forma fría. Cumplen confiando. Y en ese gesto humilde sucede algo que nadie esperaba: Dios se deja reconocer en un niño pequeño, frágil y silencioso. Dios no se impone; se ofrece.

Y ahí aparece Simeón. Un hombre mayor, cansado quizá, pero no resignado. Un hombre que ha sabido esperar sin endurecerse. La vida no le ha quitado la fe. Y cuando toma al Niño en brazos, entiende que ya puede morir en paz. No porque tenga todo resuelto, sino porque ha encontrado el sentido. Y Simeón no dice: “he visto al más fuerte” o “al que lo va a arreglar todo”. Dice algo mucho más profundo: he visto la luz.

La luz, hermanos, es algo muy cercano para nosotros. Sabemos lo que es levantarse cuando todavía es de noche, salir al monte o al trabajo con poca claridad, caminar entre pinos cuando apenas se distingue el sendero. En esos momentos, uno no ve todo el camino, pero agradece poder ver lo justo para no tropezar, para dar el siguiente paso con un poco más de seguridad.

Eso es la fe. No nos da todas las respuestas. No nos quita el esfuerzo. No nos ahorra el cansancio. Pero nos impide caminar a ciegas. Nos permite avanzar sin perder el rumbo, sin dejarnos llevar sólo por el miedo o la costumbre. La luz no elimina la noche, pero hace habitable la noche. Y eso es lo que Cristo hace en nuestra vida: no nos promete una vida sin dificultades, pero sí una vida con sentido, con dirección, con esperanza.

La carta a los Hebreos nos ayuda a entenderlo mejor. Dice algo muy importante: que Jesús no se avergonzó de hacerse como nosotros. Compartió nuestra carne y nuestra sangre. Entró de lleno en nuestra condición humana. Conoció el cansancio, el miedo, la fragilidad y el sufrimiento.

Esto es clave para la vida cotidiana. Porque a veces pensamos que Dios no entiende lo que nos pasa. Y la fe nos dice lo contrario: Dios sabe lo que es vivir, sabe lo que es tener miedo, perder, sufrir. Por eso Jesús no es un juez lejano, sino un hermano cercano. Por eso puede sostener a quien cae, comprender a quien duda y acompañar a quien está cansado.

María, por su parte, escucha una palabra que no es fácil: *“Una espada te traspasará el alma”*. Y es que no todo es luz brillante. Hay también sombra. Hay dolor. Hay heridas. Pero esta palabra no destruye a María; la hace más profunda. María aprende que amar de verdad implica sufrir, pero también que ese sufrimiento no es inútil. La fe no elimina las dificultades, pero evita que nos rompan por dentro.

Y aquí es donde la Candelaria se une de verdad con San Blas. Porque la luz que hoy contemplamos no quiere quedarse en lo alto, en lo espiritual entendido de forma abstracta. Quiere bajar al cuerpo, a la garganta, a la voz, a la salud concreta. Mañana pediremos a San Blas protección para la garganta. Y eso es muy humano. Porque la garganta es frágil. Pero también es profundamente simbólica: por ella pasa la palabra, el aliento, el canto, el grito, el silencio. Cuidar la garganta es cuidar la vida que se expresa, la vida que se comunica, la vida que se comparte.

La fe no es muda. La fe se dice, se canta, se transmite. Y también se puede dañar con palabras duras, con silencios injustos, con voces que hieren. Por eso estas fiestas nos invitan a revisar también cómo hablamos, cómo nos tratamos, cómo nos decimos las cosas.

Y en esta fe encarnada, vivida con el cuerpo, tiene un lugar muy especial la Danza del Paloteo que viviremos al final. No es un adorno. Es un lenguaje. El cuerpo habla. El ritmo habla. La tradición habla.

El paloteo exige atención, constancia y aprendizaje. Nadie nace sabiendo bailarlo. Se aprende mirando, repitiendo y equivocándose. Como la vida misma. Nadie puede bailar solo. Nadie puede imponer su ritmo. Hay un compás común que hay que escuchar y respetar.

Los palos chocan con fuerza. Y eso nos recuerda que la vida también tiene golpes, tensiones y momentos duros. Pero cuando esos golpes entran en un ritmo compartido, no destruyen: construyen. Dan forma. Dan belleza. Dan sentido.

El paloteo nos enseña que la fuerza sin control rompe, pero la fuerza compartida sostiene. Que la vida no se improvisa del todo, que hay que aprender a esperar, que hay que coordinarse, que hay que pensar en el conjunto.

Así es también la fe vivida en el día a día. Nadie cree solo. Nadie se sostiene solo. Cuando cada uno entra en el ritmo común, la vida se vuelve más habitable.

Pidamos que esta Candelaria, celebrada aquí, entre pinares, en pleno invierno, nos ayude a no perder la luz interior, esa que no se apaga cuando los días son cortos o cuando la vida aprieta. Una luz sencilla, fiel, que no hace ruido, pero que permite seguir caminando.

Que San Blas, mañana, nos recuerde que la fe cuida la vida concreta: el cuerpo cansado, la voz frágil, la palabra que a veces cuesta pronunciar. Que sepamos usar esa palabra para bendecir, para animar, para unir, para no herir.

Y que, al contemplar y vivir la Danza del Paloteo, aprendamos también para nuestra propia vida a entrar en el ritmo común, a no ir por libre, a sostenernos unos a otros, a transformar los golpes en compás y el esfuerzo en belleza compartida.

Que María nos enseñe a presentar a Dios nuestra vida tal como es, sin engaños, y que Cristo, luz que no se apaga, siga iluminando los caminos de este pueblo, hoy, mañana y siempre. Amén.

Homilía en la Jornada de Manos Unidas

Parroquia de Santa María La Mayor (Soria), 8 de febrero de 2026

Queridos hermanos:

Este domingo, la liturgia nos invita a mirar la realidad con los ojos de Dios y a dejarnos interpelar por una palabra que no se queda en lo intimista, sino que toca de lleno la vida, las relaciones, la justicia y la responsabilidad que tenemos unos con otros. Celebramos, además, la Jornada de Manos Unidas, un día especialmente significativo para la Iglesia.



1. Una palabra de acogida y gratitud

Antes de entrar en el comentario de las lecturas que acabamos de escuchar, quisiera comenzar esta homilía con una palabra expresa de cercanía, reconocimiento y gratitud hacia las mujeres de Manos Unidas de nuestra diócesis de Osma-Soria. Muchas de vosotras lleváis años (algunas décadas) sosteniendo con fidelidad esta tarea. Lo hacéis sin protagonismo, con constancia, dedicando tiempo, energía y corazón; organizando campañas, sensibilizando, preparando materiales, animando colectas, informando de proyectos, insistiendo cuando hace falta y perseverando cuando el cansancio o la falta de relevo se hacen notar.

Vuestra labor es profundamente evangélica. Es la fe hecha servicio. Es la caridad organizada. Es la Iglesia que no se desentiende del sufrimiento del mundo. Gracias por no cansaros, por no resignaros, por seguir creyendo que el Evangelio puede cambiar la vida de las personas cuando se traduce en gestos concretos. Gracias por ser memoria viva de que el hambre, la pobreza y la desigualdad no pueden dejarnos indiferentes.

Esta celebración quiere ser también un abrazo, un ánimo y un reconocimiento público a vuestro trabajo, tan necesario hoy.

2. «Parte tu pan con el hambriento» (Is 58)

La primera lectura, tomada del profeta Isaías, es de una claridad impresionante. No deja lugar a equívocos ni a interpretaciones cómodas. El profeta no habla de ritos, ni de discursos piadosos, ni de gestos religiosos vacíos. Habla de partir el pan, de acoger, de no desentenderse del hermano, de romper las cadenas de la injusticia.

Y entonces, dice el texto, *“surgirá tu luz como la aurora”*. La luz no nace de la indiferencia, sino de la compasión activa. La luz aparece cuando alguien decide que el sufrimiento del otro también le concierne.

Este texto podría ser perfectamente el programa espiritual de Manos Unidas: combatir el hambre no sólo como una carencia material, sino como una injusticia estructural que niega la dignidad de millones de personas. Por eso Manos Unidas no se limita a la ayuda inmediata, sino que apuesta por la educación, la promoción de la mujer, el desarrollo comunitario y la defensa de los derechos humanos, como camino real hacia una paz duradera.

3. «El justo brilla en las tinieblas como una luz» (Sal 111)

El salmo responsorial nos ha recordado que el justo es luz en medio de la oscuridad. No porque no existan las tinieblas, sino porque hay personas que, con su modo de vivir, las atraviesan y las combaten.

¡Cuántas veces el mundo parece dominado por la violencia, el egoísmo, la desigualdad o el olvido de los más débiles! Y, sin embargo, ahí están tantos hombres y mujeres que siguen creyendo que vale la pena trabajar por un mundo más justo, aunque no siempre se vean los frutos inmediatos. Esa es una luz humilde, pero firme, una luz que no deslumbra, pero orienta.

4. Cristo crucificado, centro de nuestra fe (1 Cor 2,1-5)

San Pablo nos ofrece una clave fundamental para no desvirtuar el sentido de esta Jornada. Él dice: *“no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado”*.

El compromiso cristiano no nace de una ideología, sino de la contemplación de Cristo crucificado. Y Cristo crucificado hoy tiene rostro: el del niño que pasa hambre, el de la mujer excluida, el del pueblo indígena amenazado, el de las comunidades olvidadas.

Cuando apoyamos a Manos Unidas, cuando colaboramos económicamente o cuando ofrecemos nuestro tiempo como voluntarios, no estamos haciendo filantropía, estamos respondiendo al Evangelio. Estamos diciendo, con hechos, que la cruz de Cristo no nos resulta ajena cuando la vemos prolongada en el sufrimiento de los pobres.

5. «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,13-16)

El Evangelio es claro y exigente: *“Vosotros sois la luz del mundo”*. Jesús no dice *“deberíais ser”* o *“si os esforzáis seréis”*, sino *“sois”*. Es una responsabilidad que nace del bautismo.

La luz no se enciende para esconderla. Una fe que se guarda sólo para uno mismo acaba apagándose. Una fe que no se traduce en compromiso pierde credibilidad. Por eso Jesús une inseparablemente fe y obras: *“que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre”*.

Manos Unidas es una manera concreta de poner la fe en práctica, de hacer visible la luz del Evangelio en medio del mundo.

6. Una llamada concreta: colaborar y comprometerse

Y llegados aquí, quisiera hacer dos llamadas claras y directas, sin rodeos. La primera, a la colaboración económica. Este año, nuestra diócesis apoya dos proyectos muy concretos: uno en Brasil, con pueblos indígenas del Javari, y otro en la India, orientado a mejorar las oportunidades educativas y laborales de niños y mujeres en comunidades rurales.

Son proyectos serios, bien planteados, con socios locales y con un impacto real en la vida de las personas. Nadie piense que su aportación es insignificante. En la lógica del Evangelio todo cuenta. Hoy se nos invita a compartir no de lo que nos sobra, sino desde la conciencia de que lo que tenemos es don recibido.

La segunda llamada es al voluntariado. Manos Unidas en Soria necesita nuevas personas, nuevas manos, nuevas voces. Si no hay relevo, el trabajo se debilita. Si no hay implicación de nuevas generaciones, esta luz corre el riesgo de apagarse. Quizá el Señor esté llamando hoy a alguien (joven o no tan joven) a dar un paso más. No hace falta ser experto; hace falta disponibilidad y corazón. No miremos a otro lado.

7. Conclusión

Queridos hermanos, hoy el Señor nos recuerda que la fe ilumina cuando se comparte y que la luz del Evangelio se hace creíble cuando se convierte en compromiso.

Demos gracias a Dios por Manos Unidas y por las mujeres que, con constancia y discreción, la mantienen viva en nuestra diócesis. Apoyemos con generosidad su trabajo y pidamos



al Señor que nos conceda un corazón sensible al clamor de los pobres y una fe comprometida, capaz de iluminar la oscuridad de nuestro mundo. Amén.

Homilía en la Jornada mundial del enfermo

Capilla del Hospital del Mirón (Soria), 11 de febrero de 2026

Queridos hermanos:

La Palabra de Dios de este día nos conduce al corazón mismo del Evangelio. Un maestro de la ley pregunta a Jesús qué debe hacer para heredar la vida eterna. Y la respuesta termina en una escena que todos conocemos: un hombre herido, abandonado al borde del camino, y tres personas que pasan junto a él. Dos pasan de largo. Sólo uno se detiene.

Pero lo más importante no es la historia, sino la pregunta final de Jesús: *“¿Quién se portó como prójimo?”* Y después, el mandato: *“Anda y haz tú lo mismo”*. Este es el sentido genuino de la Jornada mundial del enfermo, cuyo lema este año lo expresa con claridad: *“La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”*.

El Evangelio no nos pide sólo sentir compasión. Nos pide hacernos prójimos. El Papa, en su mensaje para esta jornada, nos recuerda algo muy actual: vivimos en una cultura de la prisa, de lo inmediato, donde es fácil ver el sufrimiento..., y seguir adelante. El sacerdote y el levita del Evangelio no hicieron daño al herido; simplemente no se detuvieron. Y esa es también hoy la gran tentación: la indiferencia.

El samaritano, en cambio, hizo algo sencillo y decisivo: se detuvo, se acercó y le regaló su tiempo. No se limitó a un gesto puntual. Vendó las heridas, lo llevó a una posada, pagó por él y se hizo responsable de su cuidado. Como dice el Santo Padre, la verdadera caridad no es un sentimiento pasajero ni un gesto filantrópico: es implicarse personalmente, darse a sí mismo y dejar que el sufrimiento del otro nos toque y nos comprometa.

Esta parábola, por tanto, no responde a la pregunta *“¿quién es mi prójimo?”*, sino a otra más exigente: *“¿de quién quiero hacerme prójimo?”* Hoy esta pregunta resuena de modo especial en nuestra Iglesia diocesana. En esta celebración estáis presentes, entre otros, los capellanes de los hospitales, los responsables y voluntarios de la Delegación de pastoral de la salud y los miembros de la Hospitalidad diocesana de Lourdes, recientemente creada, y que ya ha acompañado al santuario mariano a nuestros enfermos en la peregrinación del pasado mes de junio.

Vosotros habéis entendido algo esencial: la compasión cristiana no es individualista. El samaritano no actúa solo; busca al posadero y le confía el cuidado del hombre herido. El Papa subraya que la compasión necesita un *“nosotros”*, una red de personas que cuidan, acompañan y sostienen, porque el cuidado de los enfermos es una acción eclesial. Toda la comunidad está llamada a formar ese *“nosotros”* que no deja solo al que sufre.

Cada visita, cada acompañamiento, cada peregrinación, cada tiempo ofrecido es Iglesia en acción. Es el Evangelio vivido.

La primera lectura nos ha ofrecido una palabra que ilumina todo lo anterior. Dios dice a su pueblo: *“No temas, yo estoy contigo... te tomo de la mano”*. Esta es la promesa que sostiene a todo enfermo. Dios no siempre elimina el sufrimiento, pero nunca abandona. Y muchas veces su mano se hace visible a través de manos humanas: la del familiar, la del sanitario, la del voluntario, la del que escucha, la del que permanece.

El salmo lo expresa con una imagen llena de consuelo: *“El Señor es mi pastor...y repara mis fuerzas”*. La verdadera sanación comienza cuando alguien deja de sentirse solo. Por eso no es casual que hoy celebremos también a Nuestra Señora de Lourdes. Lourdes es un lugar donde se aprende algo esencial: no todos reciben una curación física, pero todos reciben algo que el corazón necesita profundamente: cercanía, dignidad, ternura y un motivo para seguir adelante con esperanza. Allí los enfermos no son una carga, sino el centro. Allí la Iglesia muestra su verdadero rostro: el de una madre que cuida.

La hospitalidad, el servicio, el acompañamiento, la oración compartida..., todo eso hace visible lo que el Evangelio nos pide: detenernos, acercarnos y hacernos prójimos.

El Papa afirma en su mensaje una idea que merece ser recordada: el dolor del otro no es un dolor ajeno. En la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sufrimiento de uno es el sufrimiento de todos. La compasión cristiana nace de esta conciencia: somos un solo cuerpo y el amor al prójimo es la prueba concreta de nuestro amor a Dios.

Por eso, esta Jornada no es sólo un día para pensar en los enfermos. Es un día para preguntarnos qué tipo de Iglesia queremos ser. Y también es un día para dirigir una palabra especial a quienes viven la enfermedad, el dolor o la fragilidad. La Iglesia dice hoy a los enfermos que no son un peso, que no están al margen. En ellos está Cristo sufriente; su vida tiene un valor inmenso para Dios y para la comunidad. Y la Iglesia necesita su fe, su paciencia y su ofrenda silenciosa.

Al acercarnos a la Eucaristía, pidamos hoy al Señor tres gracias: que no pasemos de largo ante el sufrimiento; que tengamos un corazón capaz de detenerse y de implicarse; que, sostenidos por la ternura de María, sepamos vivir una fe samaritana, cercana, valiente y comprometida.

Y que cada uno de nosotros escuche hoy, como dirigida personalmente, la palabra final de Jesús: *“Anda y haz tú lo mismo”*.

Hoy esta palabra se hace también gratitud. Gracias a la Delegación diocesana de pastoral de la salud por sostener y animar esta presencia de la Iglesia junto a los que sufren; gracias a los capellanes de nuestros hospitales, que llevan cada día la cercanía de Cristo en la Palabra, en los sacramentos y en la escucha paciente; gracias a los miembros de la Hospitalidad diocesana de Lourdes, que habéis comenzado vuestro camino haciendo de la ternura y del servicio vuestro estilo; gracias a tantos voluntarios que regalan tiempo, presencia y corazón; y gracias a los profesionales del ámbito sanitario, que con competencia y humanidad cuidáis la vida en sus momentos más frágiles. En todos vosotros la Iglesia se hace samaritana y el Señor sigue inclinándose sobre la humanidad herida.



Homilía en el Domingo VI del Tiempo ordinario. Clausura de la Semana del matrimonio

Parroquia de Santa María La Mayor (Soria), 15 de febrero de 2026

Queridos hermanos:

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos sitúa ante una realidad decisiva: la vida cristiana (y de modo particular la vocación matrimonial) es una respuesta libre a la llamada de Dios. El libro del Eclesiástico lo ha expresado con claridad: *“Si quieres, guardarás los mandamientos... Ante ti están el fuego y el agua; extiende la mano a lo que quieras”*. Dios no impone. Dios propone. Y el amor verdadero sólo puede nacer y crecer en la libertad.

Esta Eucaristía del último domingo antes del inicio de la cuaresma, tiene un significado especial, porque con ella clausuramos la Semana del matrimonio. Durante estos días hemos contemplado la belleza y también la exigencia del amor conyugal, que no es sólo un sentimiento, sino una decisión que se renueva cada día.

1. El amor como elección cotidiana

La experiencia lo confirma: el matrimonio no se sostiene únicamente por la emoción de los comienzos, sino por decisiones concretas y diarias: escuchar cuando cuesta, comprender cuando hay tensión, perdonar cuando nos han herido, permanecer cuando sería más fácil distanciarse.

El amor conyugal crece en lo cotidiano. Y en esa fidelidad de cada día se va construyendo una historia compartida, a veces marcada por dificultades, pero sostenida por la confianza y la entrega. En el fondo, esta dinámica no es exclusiva del matrimonio; toda la vida cristiana es una historia de elecciones: elegir el bien, elegir el perdón, elegir el amor.

2. Jesús nos lleva al corazón

El Evangelio nos presenta hoy una enseñanza exigente. Jesús no se limita a recordar la Ley; la lleva a su plenitud. No basta con evitar el mal exterior; es necesario cuidar el corazón.

Nos advierte de que la ruptura comienza dentro: en el resentimiento, en las palabras que hieren, en la dureza del trato, en la falta de verdad, en la indiferencia que enfría la relación. Esto es especialmente importante en la vida matrimonial. Las crisis no suelen aparecer de forma repentina. Con frecuencia se gestan en lo pequeño: falta de tiempo compartido, silencios que separan, distancias que no se afrontan. Por eso el Evangelio de hoy es una llamada a cuidar el amor desde dentro y a proteger el vínculo en su raíz más profunda.

3. La sabiduría del amor fiel

San Pablo nos ha recordado que existe una sabiduría que no es la del mundo, sino la de Dios. En una cultura marcada por lo inmediato y lo provisional, el matrimonio cristiano es un signo contracultural: proclama que el amor puede ser fiel, que el compromiso no empobrece, que el perdón no debilita y que la entrega hace crecer a la persona.

Porque el matrimonio no es sólo un proyecto humano. Es una vocación y un camino de santificación. En él, el Señor acompaña a los esposos con su gracia y hace posible lo que humanamente resulta difícil.

Por eso la Iglesia no sólo anuncia la belleza del matrimonio, sino que quiere acompañarlo de manera concreta. En nuestra diócesis contamos, entre otras iniciativas, con el Proyecto Amor Conyugal, que ofrece a los matrimonios espacios de formación, oración y renovación para profundizar en su vocación. Y contamos también con el Centro de Orientación Familiar, que presta ayuda y acompañamiento profesional a matrimonios y familias que atraviesan dificultades. Porque el amor no sólo hay que celebrarlo: necesita ser cuidado, sostenido y, cuando es necesario, también ayudado.

4. La santidad de lo cotidiano

La grandeza del matrimonio no suele manifestarse en gestos extraordinarios, sino en la fidelidad silenciosa de cada día: sacar adelante la familia, educar a los hijos, afrontar dificultades económicas, acompañarse en la enfermedad, recomenzar después de cada conflicto. Ahí se vive una verdadera vocación. Ahí se construye una forma concreta de santidad.

Por eso hoy queremos dar las gracias por tantos matrimonios que, con su perseverancia y su entrega, son un signo de esperanza para la Iglesia y para la sociedad.

5. Una palabra de esperanza

Pero esta celebración quiere ser también una palabra de consuelo para quienes atraviesan momentos difíciles: matrimonios cansados, situaciones de conflicto, heridas acumuladas, soledad dentro del propio hogar. El Evangelio de hoy nos recuerda que el Señor mira el corazón y que siempre es posible recomenzar. Mientras exista un deseo sincero de reconstruir, la gracia de Dios puede abrir caminos nuevos.

6. Conclusión

La primera lectura nos ha dicho: *“Ante ti están la vida y la muerte”*. También en el matrimonio se plantea cada día esa elección: el egoísmo o la entrega, la indiferencia o el cuidado, el distanciamiento o el encuentro.

Pidamos al Señor en esta Eucaristía que renueve el amor de los esposos, que fortalezca a quienes atraviesan dificultades, que acompañe a los novios en su camino de preparación y que todos nosotros aprendamos a vivir el amor con un corazón más verdadero. Porque cuando el amor se vive con Dios, lo ordinario se llena de sentido y se convierte en camino de santidad.

Antes de concluir, quisiera expresar mi agradecimiento a la Delegación diocesana de Familia y Vida por la organización y el impulso de esta Semana del matrimonio. Gracias por vuestro trabajo, por vuestra dedicación constante y por vuestro empeño en acompañar y anunciar la belleza del amor conyugal. Mi reconocimiento también a los matrimonios y a los miembros del equipo que habéis colaborado con generosidad y testimonio. Vuestro servicio es una siembra de esperanza para nuestra Iglesia diocesana. Amén.



Homilía en el Miércoles de ceniza

Iglesia del Carmen (El Burgo de Osma), 18 de febrero de 2026

Queridos hermanos:

Hoy comenzamos la Cuaresma. Y lo hacemos con un gesto muy sencillo, pero lleno de significado: la ceniza sobre nuestra frente. Un gesto que habla sin palabras.

La ceniza nos recuerda, ante todo, nuestra fragilidad. La vida pasa, el tiempo corre, nada es definitivo aquí. No somos eternos, no lo controlamos todo, no somos autosuficientes. Y esta verdad, lejos de ser triste, es profundamente liberadora, porque cuando reconocemos nuestra fragilidad, dejamos espacio a Dios.

Pero la ceniza no es sólo un recordatorio de nuestra debilidad. Es, sobre todo, una llamada a volver a Dios.

El profeta Joel nos ha transmitido hoy la voz del Señor: *“Convertíos a mí de todo corazón”*. No dice: haced cosas extraordinarias. No dice: sed perfectos. Dice algo más profundo: volved a mí.

La Cuaresma no es un tiempo para complicarnos la vida con propósitos imposibles. Es un tiempo para volver a lo esencial. Para preguntarnos con sinceridad: ¿dónde está mi corazón? ¿En qué estoy poniendo mi vida? ¿Hay espacio para Dios en mi día a día?

Porque, seamos sinceros, vivimos corriendo, preocupados, distraídos, llenos de cosas. Y sin darnos cuenta, Dios va quedando al margen, no porque lo rechacemos, sino porque lo vamos posponiendo.

Por eso san Pablo nos ha hecho una llamada urgente: *“Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación”*. No mañana. No cuando tenga más tiempo. No cuando las cosas se tranquilicen. Ahora.

El Evangelio nos propone tres caminos muy concretos: oración, ayuno y limosna. Son prácticas antiguas, pero profundamente actuales.

La oración nos devuelve a la relación con Dios. No se trata de rezar mucho, sino de rezar de verdad. Tal vez esta Cuaresma podamos reservar cada día unos minutos de silencio: abrir el Evangelio, hablar con el Señor de lo que vivimos, poner en sus manos nuestras preocupaciones, a nuestras personas queridas, nuestras luchas. La oración no es decir muchas cosas, sino aprender a estar con Él. Y cuando uno hace oración, el corazón se ordena y la vida encuentra su centro.

El ayuno no es sólo una práctica exterior ni únicamente dejar de comer algo. El verdadero ayuno consiste en aprender a vivir con más libertad. Ayunar del exceso de consumo, del ruido constante, del móvil y las redes sociales, de las quejas, de las palabras negativas, de la impaciencia. El ayuno nos ayuda a recuperar el dominio de nosotros mismos y a recordar que no todo lo que queremos lo necesitamos.

La limosna es el fruto natural de la conversión. No se trata sólo de dar algo de lo que nos sobra, sino de abrir el corazón. Tal vez ayudar a una familia necesitada, colaborar con

Cáritas, visitar a una persona sola, escuchar a quien necesita hablar, dedicar tiempo a alguien que lo está pasando mal. La limosna no es sólo dar dinero: es dar tiempo, atención y cercanía. Porque la verdadera conversión siempre nos hace más sensibles al sufrimiento de los demás.

Pero Jesús añade algo muy importante: todo esto debe hacerse sin apariencias, sin buscar reconocimiento. La Cuaresma no es un espectáculo religioso, sino un camino interior. El Padre, que ve en lo secreto, es quien transforma el corazón.

Hermanos, la Cuaresma no es un tiempo triste. Es un tiempo de oportunidad. Porque nuestro Dios no es un Dios que acusa, sino un Dios que espera. No se cansa de perdonar. No se cansa de empezar de nuevo con nosotros.

Quizá hoy cada uno puede hacerse una pregunta sencilla: ¿Qué necesito cambiar en mi vida? Tal vez dedicar más tiempo a Dios, tal vez reconciliarse con alguien, tal vez dejar una actitud negativa, tal vez recuperar la esperanza. No hace falta cambiarlo todo (además, no es posible). Basta con dar un paso. Uno solo. Pero un paso real.

Dentro de unos momentos recibiremos la ceniza. Es el comienzo de un camino. No sabemos cómo lo viviremos ni si nos resultará fácil, pero sí sabemos algo importante: no caminamos solos. El Señor nos acompaña, nos sostiene en el esfuerzo y nos levanta cuando caemos.

La Cuaresma no es sólo tiempo de renuncia, sino de oportunidad. Dios quiere renovar el corazón, devolver la paz y despertar la esperanza. Basta con dar un paso sincero y dejarle actuar.

Que este tiempo sea para todos un verdadero camino de regreso a Jesús y de renovación. Y que, al llegar la Pascua, no sólo celebremos la Resurrección de Cristo, sino también una vida más sencilla, más confiada y más llena de Dios. Amén.

Homilía en la misa de clausura del encuentro Bartimeo

(Basada en Ex 17, 3-7; Sal 94, 1-2.6-7.8-9; Rm 5, 1-2.5-8; Jn

Capilla del Seminario diocesano, 8 de marzo de 2026

Hay una sensación que todos conocemos: no es tristeza exactamente, no es que todo vaya mal; es algo que, por dentro, no termina de encajar. Es decir, todo funciona (amigos, planes, estudios, risas...), pero a veces aparece esa sensación: "Me falta algo". Eso tiene un nombre. Se llama sed: sed de que alguien te entienda de verdad, sed de no tener que aparentar, sed de sentir que tu vida tiene un significado, sed de saber quién eres y hacia dónde vas.

Y lo curioso es esto: intentamos apagar esa sed con muchas cosas: más móvil, más redes, más planes, más ruido, más distracciones... Pero pasa algo raro: cuanto más llenas el tiempo de estas cosas, más vacío te sientes. Es como beber agua salada: cuanta más bebes, más sed tienes.



1. La pregunta que todos llevamos dentro

En la primera lectura el pueblo elegido está en el desierto y lanza una pregunta: “¿Está Dios con nosotros o no?” Esta es la gran pregunta. ¿Dios está... o no? ¿Sirve de algo creer? ¿O esto es sólo cosa de momentos intensos como este?

Si somos sinceros, todos hemos tenido esta duda: cuando en casa las cosas no van bien, cuando nos sentimos solos, aunque estemos rodeados de gente, cuando nadie parece entendernos o cuando la fe se vuelve lejana o fría.

Pues bien, la buena noticia es esta: a Dios no le asustan tus dudas. Dios no se escandaliza de tus preguntas. Dios siempre te responde.

2. El encuentro del Evangelio

En el Evangelio aparece una mujer que también tiene sed. Va al pozo a la hora en que no hay nadie porque su vida es complicada, porque se siente juzgada, y allí aparece Jesús y hace algo sencillo pero impresionante: no la juzga, no le suelta un sermón, no le recuerda sus errores.

Hace algo muy bonito: la mira a los ojos, habla con ella, la trata como a alguien importante y le dice: “Yo puedo darte agua viva”. Agua viva es eso que llena por dentro, eso que no depende del ambiente, eso que no se acaba cuando termina el momento bonito.

3. Lo que habéis vivido aquí

Eso es lo que muchos habéis experimentado este fin de semana. Quizá en un silencio (sí, el mundo no se acaba sin el móvil), quizá en la oración, quizá en una confesión, quizá en una conversación que te tocó por dentro, quizá en ese momento en el que pensaste: “Dios está aquí”, “siento que Dios está conmigo”.

Eso es el agua viva: no es sólo una emoción pasajera, no es simplemente sentir algo bonito durante un momento. Es algo mucho más hondo: algo que te toca desde dentro y empieza a transformar toda tu vida. Toca tu corazón, sí, pero también tu inteligencia porque empiezas a ver la vida con otros ojos, toca tu voluntad porque empiezas a querer vivir de otra forma y toca tu afectividad porque cambian tus deseos, tus amores y tus prioridades. La Iglesia acaba de recordar algo muy importante: la fe no es sólo sentir algo fuerte en un momento concreto; la fe es la respuesta de toda la persona a Dios. Es creer con la cabeza, confiar con el corazón y decidir con la vida. Las emociones pueden ser el comienzo, pueden abrir una puerta (como quizá ha pasado aquí estos días), pero la fe verdadera va más allá: se convierte en una forma nueva de pensar, de elegir y de vivir cada día.

Hace unos días una actriz española decía públicamente que le da pena que hoy haya jóvenes que se acerquen al cristianismo, que “necesiten creer en algo y se agarren a la fe cristiana”. A mí, sinceramente, lo que me sorprende es lo contrario: que a algunos les moleste que los jóvenes busquen la verdad. Porque, en el fondo, lo que a algunos les incomoda no es que los jóvenes crean, sino que piensen. Porque durante años se ha repetido que todo es relativo, que cada uno inventa su verdad, que lo importante es seguir lo que se siente o lo que está de moda en cada momento. Y muchos jóvenes -quizá vosotros- han empezado

a darse cuenta de algo muy simple: que todo eso promete mucho, pero llena muy poco. Por eso algunos se incomodan cuando un joven vuelve a hacerse las preguntas grandes: quién soy, qué es el amor de verdad, cómo merece la pena vivir. Y cuando un joven descubre a Cristo ya no se conforma con cualquier ideología pasajera ni con lo que hoy es tendencia y mañana nadie recuerda. Así que si a algunos les da rabia que los jóvenes crean, quizá es porque todavía no han entendido algo muy sencillo: que la fe no es un refugio para débiles, sino una rebelión profunda contra la superficialidad del mundo. Y tal vez lo que de verdad desconcierta es esto: que haya jóvenes que ya no quieren beber de cualquier charco porque han descubierto dónde está el agua viva.

4. El detalle que lo cambia todo

El Evangelio menciona un detalle curioso: “La mujer dejó su cántaro”: el cántaro era su rutina, su manera de sobrevivir..., lo de siempre.

Cuando alguien se encuentra de verdad con Jesús, no se vuelve perfecto automáticamente, pero deja de buscar la vida en los mismos sitios de siempre.

Y esto es importante ahora. Porque el encuentro termina y vuelve la vida normal: las clases, las prisas, las redes, el ruido, la rutina. Y habrá días en los que pensarás: “Lo de Bartimeo fue bonito... pero ya pasó”. Aquí está la clave: la vida cristiana no es no tener sed: la vida cristiana es saber dónde ir a beber.

Conclusión

Hoy no termina el encuentro, sino que empieza lo importante. La pregunta no es: “¿Qué he sentido este fin de semana?” La pregunta es: cuando tenga sed... ¿dónde iré a beber? Porque sed vas a tener: días de vacío, días de dudas, días de ruido, días en los que todo saldrá mal... Y el mundo te ofrecerá muchas bebidas: con brillo, con likes, con promesas rápidas y facilonas. Pero tú ya lo sabes: algunas cosas entretienen, otras distraen, muchas enganchan, pero muy pocas llenan.

Hoy Jesús no te pide que nunca dudes, ni que nunca caigas. Sólo te dice: cuando tengas sed... ven a mí. Porque el problema no es tener sed. El problema es olvidarte del pozo.

Así que llévate una decisión, sólo una: cuando me sienta vacío, cuando me sienta perdido, cuando nada me llene..., volveré al pozo: un rato de oración, una Eucaristía, un silencio, un simple: “Jesús, amigo, aquí estoy”. Porque Jesús no es un momento bonito. Jesús es el manantial.

Y lo más importante: el manantial no está en el encuentro, ni en el ambiente, ni en el grupo. El manantial ya ha empezado a brotar dentro de ti. Y cuando lo olvides (porque lo olvidarás) recuerda esto: no tienes que ir lejos. Sólo tienes que volver al manantial. Sólo tienes que volver a Jesús. Y, abrazado a Él, verás que el agua sigue brotando.



Homilía en la misa con los colegios concertados

Parroquia de El Salvador (Soria), 12 de marzo de 2026

Os voy a hacer una pregunta. Pero tenéis que responder levantando la mano.

A ver... ¿Quién de aquí ha oído alguna vez a su madre o a su padre decir: “¡Recoge tu habitación!”? (*esperar un momento*)

Veo muchas manos...

Segunda pregunta: ¿Y quién ha oído eso..., pero ha hecho como que no lo oía? (*esperar un segundo*)

Bueno... aquí hay menos manos... pero creo que hay más culpables de los que se ven.

A veces nos pasa eso: oímos... pero no escuchamos.

Y algo parecido le pasa muchas veces a la gente con Dios: lo oímos, pero no queremos escuchar lo que nos dice.

Fijaos, en la primera lectura aparece un chico llamado Samuel. Probablemente tendría más o menos vuestra edad, era alguien como vosotros: un chico normal.

Una noche oye una voz que dice: “¡Samuel!”

Y él sale corriendo donde está el sacerdote Elí y dice:

—“Aquí estoy, me has llamado”.

Pero Elí responde:

—“No te he llamado”.

Esto pasa tres veces. Hasta que Elí se da cuenta de lo que ocurre y le dice: “Mira, si vuelve a llamarte, di: habla, Señor, que tu siervo escucha”. Y Samuel respondió exactamente así.

Hay una frase muy importante que hemos repetido en el salmo. ¿Alguno la recuerda? Vamos a decirla todos juntos: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad” (*esperar a que respondan*) Otra vez. “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”.

Eso fue lo que dijo Samuel. Y eso es lo que Dios espera de cada uno de nosotros. Decir “aquí estoy” significa algo muy sencillo: estoy disponible; puedes contar conmigo. Es como cuando en clase el profesor pregunta: —“¿Quién quiere salir a la pizarra?” Y alguien levanta la mano y dice: “Yo”. Pues delante de Dios también podemos levantar la mano con el corazón y decir: “Aquí estoy”.

Pero para escuchar a alguien hace falta una cosa muy importante. ¿Sabéis qué es? En efecto, el silencio.

Vamos a probar algo. Durante 10 segundos vamos a estar todos en silencio total. A ver si somos capaces (*pausa breve*)

¿Veis? Cuando hay silencio... es más fácil escuchar.

A Dios también se le escucha así: cuando el corazón está un poco más tranquilo. Hoy vivimos con mucho ruido: vídeos, música, mensajes, juegos... Todo el tiempo algo está sonando o vibrando. Por eso el silencio es como cuando bajas el volumen para poder escuchar algo que realmente te importa.

Os hago otra pregunta: ¿Quién tiene móvil o tablet en casa? (*casi todas las manos*) Cuando alguien os llama al móvil pueden pasar dos cosas. Si queréis hablar... respondéis. Si no queréis... dejáis que suene.

Pues con Dios a veces hacemos eso. Dios también nos llama. No al móvil, claro... sino de otras maneras. Nos llama:

- a través de nuestros padres, cuando nos aconsejan o nos corrigen,
- a través de los profesores, cuando nos animan a esforzarnos,
- a través de un amigo que necesita ayuda o alguien que está solo en el patio,
- a través de esa voccecita interior que nos dice: “esto está bien” o “esto no está bien”.

Es como una pequeña notificación dentro del corazón que dice: “Haz lo correcto”. “Di la verdad”. “Ayuda a ese compañero”.

Muchas veces sabemos perfectamente lo que deberíamos hacer y lo hacemos. Pero a veces hacemos como cuando el móvil suena y no queremos responder. Miramos la llamada... y pensamos: “Luego” o “Ahora no” o “Paso”. Y dejamos que la llamada siga sonando.

Pero Dios no deja de llamar, porque cuando Dios llama siempre es para algo bueno.

En el Evangelio pasa algo muy bonito. La gente acercaba a los niños a Jesús para que los bendijera. Pero los discípulos decían: “Quitadlos, están molestando”.

Y Jesús dice algo muy claro: “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Es como si dijera: “Ellos entienden bien lo que es importante”: que para acercarse a Dios no hace falta ser perfecto. Hace falta algo más sencillo: tener el corazón abierto, como Samuel.

Jesús no dijo: “Que vengan sólo los mayores o los que saben mucho”. Dijo: “Que vengan los niños”. Porque los niños sois capaces de algo muy importante: confiar.

Hoy celebramos, además, el Día de las Escuelas Católicas. Y eso significa algo importante: que vuestros colegios no están sólo para enseñaros matemáticas, historia o inglés...

También están para enseñaros algo más grande: a ser buenas personas amigas de Jesús. Personas que saben decir:

- aquí estoy para ayudar
- aquí estoy para estudiar
- aquí estoy para ser buen amigo

Es decir, en el colegio aprendéis muchas cosas, pero hay algo que vale más que todas las buenas calificaciones: aprender a ser buena persona. Porque un buen compañero mejora toda la clase, igual que un buen jugador mejora todo el equipo.

Ya para terminar, os voy a dejar un pequeño reto.



Pensad ahora en una cosa en la que podríais decir esta semana: “Aquí estoy”. Quizá:

- ayudar más en casa
- tratar mejor a alguien de la clase
- estudiar con más ganas
- no meterse con quien está solo, sino ayudarlo

Solo una.

Si cada uno de vosotros hace una cosa buena más esta semana, vuestro colegio será un lugar mejor: las clases serán mejores, el recreo será mejor, y también vuestras casas.

Porque Dios sigue llamando, no con un altavoz, no con cosas raras. Dios llama muy bajito, como llamó a Samuel. Y lo único que espera es que alguien responda: “Aquí estoy, Señor”.

Homilía en el 350º aniversario de la Cofradía del Santo Entierro

Parroquia de Almazán, 14 de marzo de 2026

Queridos hermanos:

Hoy celebramos 350 años de historia. Y una celebración así podría quedarse en el recuerdo, en los números, en el orgullo legítimo de una tradición, en la emoción de lo que hemos recibido de nuestros mayores. Pero la Palabra de Dios que hemos escuchado nos lleva más hondo: nos dice que una cofradía del Santo Entierro no existe para conservar un pasado, sino para custodiar un misterio. Y ese misterio tiene tres rostros.

41

1. El misterio del dolor redentor

Isaías nos ha presentado al Siervo sufriente: *“Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes”*. La cofradía del Santo Entierro nació para no olvidar esto: que nuestra salvación no es una idea, ni un sentimiento, ni una tradición cultural. Nuestra salvación es un amor que ha pasado por el sufrimiento, por el abandono, por la muerte y por el silencio del sepulcro.

Durante 350 años, generaciones de cofrades han llevado por las calles de Almazán el cuerpo yacente de Cristo. Y quizá sin darse cuenta, han predicado el Evangelio con un gesto sencillo y poderoso: han recordado al pueblo que Dios no nos salva desde lejos, sino desde dentro del dolor humano. Porque Cristo ha conocido el cansancio, la injusticia, la soledad, el fracaso y la muerte.

Por eso, esta cofradía tiene hoy una misión muy actual. En un mundo que huye del sufrimiento, que quiere ocultar la enfermedad, la vejez y la muerte, vosotros recordáis que Dios está en el duelo, Dios está en la casa donde falta alguien, Dios está también en el silencio de nuestros momentos más complicados. Ser cofrade del Santo Entierro es aprender a no apartar la mirada del dolor, porque ahí está Cristo.

2. El misterio del cuidado

El Evangelio nos presenta a José de Arimatea y a Nicodemo. No hacen discursos, no organizan actos, no buscan protagonismo. Simplemente hacen algo profundamente cristiano: cuidan el cuerpo de Jesús. Lo bajan con respeto, lo envuelven con delicadeza y lo colocan en el sepulcro con amor.

Ese gesto silencioso es el origen espiritual de vuestra cofradía, porque ser cofrade del Santo Entierro no es sólo procesionar, sino aprender el arte cristiano del cuidado. Hoy eso significa acompañar a los enfermos, estar cerca de los mayores, sostener a quien está pasando un duelo, ayudar a las familias en los momentos difíciles, vivir la hermandad no sólo en los días grandes, sino en la vida cotidiana.

La propia identidad de la cofradía quiere ser la de una hermandad “anciana y joven a la vez”, con vida, al servicio de Almazán y de sus gentes. Y aquí hay una pregunta muy concreta para todos: si mañana desaparecieran las procesiones, ¿se notaría en el pueblo la ausencia de esta cofradía por su caridad, por su cercanía, por su espíritu de servicio?

Si dentro de 50 años alguien pregunta por esta cofradía, lo importante no será cuántos desfilaban, sino cuántas personas fueron acompañadas, consoladas y ayudadas, porque el verdadero hábito del cofrade es la misericordia.

3. El misterio del silencio y la esperanza

El salmo nos ha dado la clave más profunda: “*Mi carne descansa serena*”. El sepulcro de Cristo es el gran silencio de Dios. Todo parece terminado, todo parece perdido, todo parece fracaso. Y, sin embargo, ese silencio no es vacío. Es un silencio lleno de vida. Es el momento en que Dios está actuando en lo escondido.

Por eso, la espiritualidad del Santo Entierro es una espiritualidad muy necesaria hoy. Vivimos en un mundo lleno de ruido, de prisa y de superficialidad. Pero la fe madura en el silencio, la esperanza crece en la espera y muchas veces Dios actúa cuando no lo vemos.

4. El Santo Entierro mira a la Resurrección

Y aquí está lo más importante: el sepulcro de Cristo no es el final, sino el umbral de la vida nueva. Por eso es tan significativo el signo que habéis querido expresar en este aniversario: el encuentro del Señor en el sepulcro con Cristo Resucitado, para mostrar que con su muerte nos libera del pecado y con su resurrección nos lleva a la vida nueva.

Esto es esencial para vuestra espiritualidad: el Santo Entierro no es una cofradía de la tristeza, no es una cofradía del luto, no es una cofradía del pasado. Es una cofradía de la esperanza. Custodiáis el silencio del sepulcro, pero sabiendo que dentro de ese silencio ya está latiendo la Resurrección. Y eso lo cambia todo.

Un cofrade del Santo Entierro no puede ser una persona resignada o pesimista. Tiene que ser alguien que sabe que la última palabra no es la muerte, ni el sufrimiento, ni el pecado. La última palabra es la vida.



5. 350 años: memoria, gratitud y responsabilidad

Hoy damos gracias por los fundadores, por los cofrades que os precedieron, por tantos hermanos fallecidos que hicieron posible llegar hasta aquí. Ellos no vivieron para sí mismos. Mantuvieron viva la fe, transmitieron una tradición y sostuvieron una hermandad. Gracias a ellos hoy celebramos este aniversario.

Pero un aniversario cristiano no mira sólo al pasado. Tiene una pregunta para el presente: ¿qué fe vamos a dejar nosotros? ¿Qué cofradía recibirán los que vengan detrás? La propia cofradía lo expresa con claridad: honrar a los que os precedieron, sostener lo que hoy sois y dejar un buen legado a quienes os sucedan. Y ese legado no son los enseres, ni siquiera las procesiones. El verdadero legado será una fe viva, una hermandad auténtica, una caridad concreta y una esperanza creíble.

Porque las cofradías no mueren cuando faltan recursos. Mueren cuando se convierten en tradición sin fe, en organización sin alma. El futuro de esta cofradía, como el de todas, a no depende del número de hermanos. Depende de la profundidad de su vida cristiana.

6. Conclusión

Queridos hermanos: José de Arimatea depositó a Jesús en el sepulcro. Tres días después, ese sepulcro estaba vacío. Durante 350 años, vosotros habéis custodiado ese sepulcro en Almazán. Ahora el Señor os pide algo más: que no sólo llevéis el cuerpo de Cristo en las procesiones, sino que llevéis su vida, su esperanza y su luz por las calles de este pueblo.

Que quien vea a un cofrade del Santo Entierro pueda decir: aquí hay alguien que cree de verdad, alguien que sabe que el sepulcro no es derrota, sino el umbral de la vida nueva; que sabe que el amor de Cristo es más fuerte que la muerte. Si vivís así vuestra fe, esta cofradía no sólo recordará un pasado glorioso, sino que seguirá siendo un signo de esperanza para Almazán. Porque el Santo Entierro sólo tiene sentido cuando conduce al amanecer de la Pascua. Amén.

Homilía en la vigilia de oración por las vocaciones

Parroquia de San Francisco (Soria), 20 de marzo de 2026

Queridos jóvenes, hermanos todos:

Acabamos de escuchar un Evangelio muy breve, pero que, si lo tomamos en serio, lo cambia todo. La escena es muy sencilla: Jesús va caminando por la orilla del mar. No está en un templo, ni en un momento especial. Es un día normal. Y se encuentra con unos jóvenes que están trabajando, haciendo lo de siempre, ocupados en su vida cotidiana. Y entonces sucede algo inesperado: Jesús se fija en ellos, los mira y les dice sólo dos palabras: *“Venid conmigo”*. Nada más. No les explica un plan, ni les prepara un programa de actos.

Y lo realmente sorprendente no es la invitación de Jesús, sino lo que ellos hacen. El Evangelio dice: *“Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron”*. Es decir, no lo piensan, no lo consultan, no piden tiempo, no dicen “ya veremos”, ni “más adelante”, ni “cuando tenga la vida resuelta”. Lo dejan todo. Así, sin más.

Y si lo pensamos bien, esto es una locura, porque esas redes no eran cualquier cosa; eran su trabajo, su seguridad, su futuro. Eran lo que conocían, lo que controlaban. Y, aun así, cuando Jesús pasa y los llama, confían más en su palabra que en todo lo demás. Por eso este Evangelio no es sólo bonito. Es incómodo, porque nos obliga a preguntarnos: ¿y yo qué hubiese hecho?

1. No es una historia del pasado... está pasando aquí

Esto que acabamos de escuchar no es un recuerdo antiguo ni una escena sugestiva del pasado. Es algo que sigue ocurriendo ahora. Jesús no se quedó en las orillas de Galilea. Sigue caminando hoy. Aquí. En tu vida concreta.

Y esto no es sólo una idea o algo simbólico. Es real. Esta misma noche, en esta vigilia, mientras escuchabas la monición, el salmo, el Evangelio... Jesús ha pasado por tu lado. Y no ha pasado sin más. Se ha detenido. Se ha fijado en ti y te ha mirado, como miró a Pedro y a Andrés, como miró a Santiago y a Juan. Y esa mirada no es casual.

2. “Deja tus redes”

Lo hemos escuchado desde el principio: “Deja tus redes... y sígueme”. Los discípulos dejaron las redes que eran su instrumento de trabajo. Nosotros tenemos otras. Y, si somos sinceros, estamos bastante enredados: en el móvil, en las redes sociales, en lo que los demás piensan de nosotros, en el miedo a complicarnos la vida, en vivir sin preguntarnos para qué estamos aquí.

El problema no es tener redes. Todos las tenemos: cosas, hábitos, relaciones, incluso aficiones buenas. El problema empieza cuando esas redes te atrapan a ti, cuando te quitan libertad porque otras cosas o personas deciden por ti, muchas veces sin tú darte cuenta. Ahí es donde Jesús entra esta noche. No viene a quitarte nada porque sí, ni a complicarte la vida. Viene a devolverte la libertad y a soltarte de lo que te ata para que puedas seguirlo de verdad.

3. Jesús no llama a perfectos

Esto es importante tenerlo claro: parece que Jesús no eligió a los mejores, ni a los más preparados, ni a los más santos. Eligió a gente común; jóvenes con vida normal, con dudas, con límites. Como tú. Por eso, si alguna vez has pensado: “Dios no me puede estar llamando a mí...”, te equivocas. Si estás aquí, ya está pasando algo, porque Dios no suele hacer ruido, pero sí sabe abrir caminos. Y muchas veces empieza así: con una inquietud, con una pregunta que no te deja tranquilo, con una sensación de que hay algo más para ti. No lo ignores. Puede que no lo entiendas del todo, puede que te dé miedo, pero no todo lo que incomoda es malo; a veces es el comienzo de algo grande.

4. “Inmediatamente”

Hay una palabra clave en el Evangelio: “Inmediatamente”. Los discípulos no dicen: “bueno, lo pensamos...”, “ya veremos más adelante...”, “cuando tenga las cosas más claras...” No. Dan el paso.

Y aquí está el problema de muchos jóvenes hoy: quieren vivirlo todo, probarlo todo,



no perderse nada, pero sin decidir nada de verdad. Mantienen todas las puertas abiertas, pero no entran en ninguna. Siguen mil cosas (influencers, tendencias, opiniones), pero en el fondo no siguen a nadie que de verdad pueda dejar huella en su vida. Y así uno acaba distraído y entretenido, pero vacío. Jesús no busca fans que le den “likes” de vez en cuando, sino discípulos que se tomen en serio su palabra y se atreven a vivirla.

5. Lo que viene ahora es clave

Dentro de unos momentos Jesús va a estar realmente presente delante de nosotros: no es un símbolo, no es una idea bonita. Es Él. El mismo que dijo a aquellos jóvenes: *“Venid conmigo”*.

Y lo más exigente es esto: no va a hablar con ruido, ni con emociones fáciles, ni con espectáculo. Va a hablar en el silencio. Y ahí no hay excusas, porque en ese silencio cada uno se encuentra consigo mismo y con Él, y desde dentro, muy dentro, te va a preguntar: ¿Qué estás haciendo con tu vida? ¿Con qué estás entreteniendo tu corazón? ¿Qué te está frenando para dar un paso? ¿Qué tienes que dejar para poder venir conmigo?

Seguir a Jesús no empieza con grandes gestos ni con promesas espectaculares. Empieza con algo mucho más serio y más verdadero: un paso concreto, quizá pequeño por fuera, pero decisivo por dentro. Un paso que no se queda en la emoción de un momento, sino que toca tu vida real y empieza a cambiarla.

6. Y una respuesta

El salmo nos ha puesto en la boca la respuesta justa: *“Aquí estoy, Señor”*. No es una frase perfecta, es una actitud. No significa que lo tengas todo claro ni que lo entiendas todo. Significa algo mucho más valiente: presentarte tal como estás: con dudas, con miedos, con líos, pero de pie delante de Él. Sin postureo, sin esconderte. Porque a Dios no le impresiona lo que aparentas. Le importa lo que eres de verdad. Y eso basta: ponerte delante de Él y decirle, sin rodeos: *“Aquí estoy”*.

7. Termina

Esta vigilia no es un paréntesis. Es un punto de inflexión o puede quedarse en nada. Depende de ti. Jesús sigue pasando, sigue mirando, sigue llamando. Y lo serio es esto: no te va a obligar.

Ahora llega el silencio y el silencio pone las cosas en su sitio. Sin ambiente, sin distracciones, sin esconderte. Estás tú... y Él.

No hace falta que sientas mucho. Hace falta que seas honesto. Si algo te cuestiona, no lo esquives, porque ahí suele empezar lo importante.

Mira a Jesús y cuando todo termine y vuelvas a lo de siempre, habrá una pregunta que no se va a ir tan fácil: ¿vas a seguir como hasta ahora o vas a empezar a responderle?

Homilía en la Asamblea diocesana de ANFE

Parroquia de El Salvador (Soria), 21 de marzo de 2026

Queridas adoradoras nocturnas, queridas hermanas en el Señor:

Las lecturas que acabamos de escuchar nos sitúan ante una escena muy humana y muy actual: la incompreensión ante Jesús. En el Evangelio vemos a la gente dividida. Algunos dicen: *“Este es el profeta”*, otros: *“Este es el Mesías”*, y otros responden con desconfianza: *“¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?”*. Cada uno habla desde sus ideas previas, desde sus prejuicios, desde lo que espera o no espera de Dios. Y, en medio de esas discusiones, Jesús no se deja arrastrar: sigue adelante, fiel a lo que es y a lo que ha venido a hacer.

1. El misterio del cordero manso

La primera lectura del profeta Jeremías nos ofrece una imagen impresionante: *“Yo, como manso cordero, era llevado al matadero”*. Jeremías descubre que hay quienes conspiran contra él. Ha anunciado la palabra de Dios y eso provoca rechazo. Sin embargo, no responde con violencia ni con resentimiento, sino que confía su causa al Señor.

El profeta Jeremías nos recuerda a Jesús. También Él fue rechazado y llevado al sufrimiento sin defenderse. Como un cordero manso, aceptó lo que venía confiando en Dios. Jesús no respondió al mal con más mal, ni al odio con odio. Respondió con amor y con paciencia. Y esto nos enseña algo muy importante: Dios no actúa imponiéndose por la fuerza, sino con humildad y mansedumbre. Su verdad no se grita ni se impone; se ofrece con amor y espera ser acogida.

2. Un mundo dividido ante Jesús

El Evangelio muestra la misma dinámica. La gente se divide: opiniones, discusiones, sospechas. En realidad, lo que ocurre entonces sigue ocurriendo hoy. También hoy hay muchas opiniones sobre Jesús: unos lo consideran un gran personaje histórico, otros un maestro moral, otros sólo una figura del pasado... Pero no todos lo reconocen como el Señor.

La pregunta del Evangelio (*“¿Es que de Galilea va a venir el Mesías?”*) es, en el fondo, una pregunta sobre cómo actúa Dios. Porque Dios no suele actuar según nuestras expectativas. Él elige lo pequeño, lo humilde, lo aparentemente insignificante: Nazaret, Galilea, una cruz..., ese es el camino de Dios.

3. El lugar donde se reconoce a Cristo

Y aquí aparece la vocación tan hermosa que vivís vosotras como adoradoras nocturnas. En el Evangelio muchos discuten sobre Jesús, pero pocos se detienen a escucharlo. Discuten, analizan, juzgan, pero no se ponen ante Él. Vosotras, en cambio, tenéis una intuición profundamente evangélica: ponerse en silencio ante el Señor.

La adoración es precisamente eso: no discutir sobre Dios, sino estar con Dios. Mientras el mundo habla mucho, el adorador escucha. Mientras el mundo discute, el adorador contempla. Mientras el mundo se agita, el adorador permanece. Por eso la adoración nocturna tiene



un valor tan grande para la Iglesia. En la noche (cuando todo parece callar) hay corazones que velan ante el Señor.

4. Adorar es sostener la fe del mundo

A veces puede parecer que la adoración es algo pequeño o escondido, pero en realidad es una misión inmensa. Cuando una adoradora pasa un tiempo ante el Santísimo está sosteniendo la fe de la Iglesia, está intercediendo por el mundo, está acompañando a Cristo que sigue siendo hoy el Cordero manso muchas veces ignorado.

En el silencio del sagrario Cristo sigue recibiendo indiferencia, olvido, incluso rechazo. Y ahí estáis vosotras, como las mujeres fieles del Evangelio, permaneciendo junto al Señor.

5. La fidelidad silenciosa

Hay algo profundamente evangélico en esta fidelidad silenciosa. No hace ruido, no aparece en titulares, no busca reconocimiento. Pero es una fuerza espiritual inmensa.

La Iglesia ha vivido siempre sostenida por personas que oran, que adoran, que interceden. Muchas veces, la verdadera historia espiritual del mundo se escribe en silencio, ante el Sagrario.

6. Permanecer con el Señor

Queridas adoradoras: en este Evangelio muchos hablan de Jesús, mientras que vosotras habéis elegido algo mejor: estar con Él. Seguid manteniendo viva esta llama de la adoración. Seguid siendo mujeres que velan en la noche, que rezan por la Iglesia, por los sacerdotes, por las familias, por los jóvenes, por los que sufren y por los que se han alejado de Dios. Porque quien pasa tiempo ante el Señor aprende poco a poco a parecerse a Él.

Que el Señor os conceda perseverar en esta vocación tan hermosa, y que cada una de vuestras horas de adoración sea siempre un acto de amor al Corazón de Cristo, presente en la Eucaristía, que espera, que llama y que sigue salvando al mundo. Amén.

Homilía en el Día del Seminario

Parroquia de Santa María La Mayor (Soria), 22 de marzo de 2026

Queridos hermanos:

Hoy la Palabra de Dios nos sitúa ante una de las experiencias más profundas del ser humano: la sensación de muerte interior. No sólo la muerte física, sino esas situaciones en las que algo dentro de nosotros se apaga: la esperanza, la alegría, el sentido. Y precisamente ahí (no fuera, sino ahí) es donde Dios actúa.

El profeta Ezequiel lo expresa con una imagen de una fuerza extraordinaria: *“Abriré vuestros sepulcros... pondré mi espíritu en vosotros y viviréis”*. No es la escena de un Dios que se queda fuera, esperando a que el hombre reaccione, sino la de un Dios que desciende

hasta donde parece que ya no hay nada que hacer, hasta esos lugares cerrados donde la vida se ha apagado. Y esto es decisivo, porque muchas veces pensamos que Dios actúa cuando tenemos claridad, cuando somos capaces. Sin embargo, la Escritura insiste una y otra vez en algo más hondo: Dios actúa siempre, pero de un modo especialmente claro cuando nuestras fuerzas se agotan y ya no nos queda nada en lo que apoyarnos. Ahí, precisamente ahí, es donde su gracia empieza a abrir camino.

1. Dios llama a la vida donde nosotros vemos muerte

El Evangelio de hoy es una escena que todos conocemos, pero que nunca deberíamos domesticar: la resurrección de Lázaro. Jesús no llega a tiempo, humanamente hablando. Lázaro ya está muerto. Todo ha terminado. Y ahí, cuando todo parece cerrado, Jesús pronuncia una de las frases más decisivas del Evangelio: *“Yo soy la resurrección y la vida”*. Porque la vida no es una idea, ni un sentimiento, ni una mejora psicológica. La vida es una persona: Cristo.

Y luego hace algo desconcertante: grita con voz fuerte: *“¡Lázaro, sal fuera!”*. No dice simplemente “que salga el muerto”, sino que llama a Lázaro por su nombre. Y esto es decisivo porque el nombre no sólo es un detalle: el nombre es la persona, es su historia y su vida.

Así actúa Dios siempre. También con nosotros; nos conoce, nos llama por el nombre, incluso cuando estamos “muertos”, es decir, cuando estamos cerrados, cuando ya no esperamos, cuando por dentro todo parece apagado.

Y hay algo más: esa voz no sólo llama, sino que tiene poder creador, porque cuando Dios pronuncia nuestro nombre, no lo hace para recordarnos lo que fuimos, sino para abrirnos a lo que podemos llegar a ser.

2. Todos tenemos algo de Lázaro

Si somos sinceros, todos llevamos dentro algún sepulcro: heridas no resueltas, pecados que nos atan, cansancio espiritual, miedo al futuro o simplemente una fe que se ha enfriado. Y el problema no es sólo estar dentro del sepulcro, sino acostumbrarse a él. Por eso, la voz de Cristo no es sólo para Lázaro, es para cada uno: *“sal fuera”*, sal de lo que te tiene bloqueado, de lo que te encierra y no te deja vivir de verdad.

Y fijaos en un detalle muy importante: Jesús resucita a Lázaro, pero no lo hace todo Él. Dice a los demás: *“Desatadlo y dejadlo andar”*. Es decir, la vida que Dios da necesita también de los hermanos para desplegarse. Esto es profundamente eclesial, porque nadie vive la fe por su cuenta, sino que todos necesitamos una comunidad cristiana que nos sostenga, que nos corrija, que nos acompañe y que nos ayude a soltar las vendas que aún nos atan. Porque Dios da la vida, pero ha querido que esa vida crezca y se mantenga en medio de un pueblo, y sin ese pueblo, sin esa comunidad, es muy fácil volver a quedar atados.

3. La vocación nace donde Dios devuelve la vida

Hoy celebramos el Día del Seminario con un lema muy sugestivo: *“Deja tus redes... y sígueme”*. Y esto conecta profundamente con lo que acabamos de escuchar en el Evangelio, porque la vocación no empieza en una idea, ni en un sentimiento pasajero, ni siquiera en un proyecto personal bien pensado. La vocación nace cuando uno ha experimentado que



Cristo le ha devuelto la vida.

Un joven no deja sus redes porque sea más valiente que otros. Las deja porque ha descubierto algo (mejor dicho, a Alguien) que vale más que todo lo que deja. La vocación nace ahí: cuando uno se sabe llamado por su nombre, cuando uno percibe que su vida puede ser más grande, cuando uno entiende que no está hecho solo para sí mismo.

Dios sigue llamando hoy en medio del ruido, de la incertidumbre y también de una cultura que muchas veces no entiende o no valora una vida entregada. Pero una llamada no basta con que exista: tiene que poder ser escuchada, y para eso hacen falta condiciones reales: silencio interior, decisión y también una comunidad cristiana que no distraiga ni apague esa voz, sino que la acompañe con seriedad.

Por eso el Seminario no es simplemente un edificio ni una institución más. Es un lugar necesario en la Iglesia: el espacio donde una llamada se toma en serio, se contrasta, se purifica y va tomando forma. El lugar donde un joven aprende, poco a poco, que vivir de verdad pasa por entregarse.

5. El sacerdote: testigo de que la vida vence

El sacerdote no es un gestor de lo religioso ni alguien que “organiza cosas de Iglesia”. Es el que está donde la vida se tambalea: en una habitación de hospital, en una familia rota, en una conciencia herida, en un duelo que deja sin palabras. Ahí donde parece que todo se apaga, él está para una sola cosa: hacer presente a Cristo que da vida y sostener, incluso cuando cuesta creerlo, que la muerte no tiene la última palabra.

El sacerdote no se anuncia a sí mismo, sino que se gasta anunciando a Cristo: con lo que dice, con cómo vive, con cómo se queda cuando otros se marchan. Es una vocación exigente (pide fe de verdad, entrega diaria y un corazón libre), pero es también una vida con un sentido inmenso: vivir para que otros puedan vivir

6. Una pregunta directa

Hoy la Palabra de Dios no nos deja en paz. Nos obliga a posicionarnos, porque escuchar “*Lázaro, sal fuera*” y quedarse igual, sería no haber entendido nada. Por eso hoy hay una pregunta que no podemos esquivar, especialmente en este Día del Seminario: ¿y si Dios me está llamando? No la despachemos rápido. No la enterremos. No la tapemos con un “esto no es para mí”. Démosle espacio. Y esto también interpela a las familias y a las parroquias: ¿abrimos camino a esa pregunta o la cerramos antes de tiempo? ¿acompañamos o desanimamos? La vocación no se fuerza, pero tampoco se puede asfixiar. Hay llamadas que se apagan no por falta de voz, sino por falta de escucha.

7. Conclusión

Quiero dirigir estas últimas palabras a los jóvenes: hoy no habéis escuchado sólo un relato, sino una llamada. Cristo pasa también por vuestra vida, os mira y os llama por vuestro nombre. Y la cuestión no es si llama (porque llamar llama), sino si estáis dispuestos a escuchar y a responder.

Quizá a alguno le esté pidiendo más. No lo descartéis. No lo dejéis para más adelante. No lo tapéis con miedo o con ruido. Hay decisiones que, si no se toman a tiempo, se enfrían.

Y a todos (familias, parroquias, movimientos, itinerarios de vida espiritual) nos toca acompañar, no apagar; abrir caminos, no cerrarlos. La vocación no se impone, pero tampoco se puede silenciar.

Porque Cristo sigue diciendo hoy: “sal fuera”, “sígueme”. Y ante esa voz no hay término medio: o nos quedamos donde estamos, o nos ponemos en camino. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de Cristo: no quita nada y lo da todo; quien se entrega a Él, recibe el ciento por uno.

Homilía en la Jornada por la vida

Parroquia de Ólvega, 25 de marzo de 2026

Queridos hermanos:

Acabamos de contemplar una escena muy sencilla, pero decisiva: una joven en su casa, en Nazaret, recibe un anuncio inesperado. No hay grandes escenarios, no hay ruido, no hay poder humano. Sólo una casa humilde, una mujer joven y la Palabra de Dios. Y, sin embargo, en ese momento ocurre algo que cambia la historia: en el “sí” de María, Dios comienza a hacerse vida humana en su seno.

La Anunciación no es sólo un recuerdo bonito. Es el momento en que Dios entra en nuestra historia haciéndose uno de nosotros. Y lo hace entrando en nuestra vida por el mismo camino que todos: el de una vida dependiente y necesitada, en el seno de una madre. Dios quiso ser lo que hoy tantos consideran prescindible.

Dios no elige imponerse desde fuera ni aparecer con poder. Elige el camino de la vida humana, con toda su fragilidad. Por eso, no es casualidad que hoy celebremos también la Jornada por la vida. Lo que sucede en María nos enseña algo muy importante: toda vida humana es un don, un regalo de Dios, y tiene un valor inmenso desde el primer instante. Una vida no empieza cuando es aceptada. Empieza cuando es dada.

Las lecturas que hemos escuchado nos ayudan a entenderlo mejor. El profeta Isaías anuncia una señal: *“La virgen está encinta y dará a luz un hijo”*. Es una promesa que parecía lejana, pero que hoy se cumple. Dios no salva desde fuera, sino entrando en nuestra vida, compartiéndola desde dentro.

El salmo nos pone en la actitud correcta: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”*. Es la actitud de quien confía, aunque no lo entienda todo.

La carta a los Hebreos nos dice que Cristo entra en el mundo diciendo eso mismo: *“Aquí estoy”*, es decir, Dios no impone, se ofrece; no invade, se entrega.

Y en el Evangelio, María responde igual: *“Hágase en mí según tu palabra”*. Aquí está la clave: Dios trae la vida, pero cuenta con nuestra libertad. María podría haber tenido miedo, y lo tuvo, podría haberse cerrado o haber dicho que no. Pero confía, y su confianza abre la puerta a la vida.



Y esto nos lleva a una pregunta muy concreta: ¿cómo miramos nosotros la vida? Porque no basta con decir que la vida es importante. La cuestión es qué lugar ocupa de verdad en nuestro corazón, en nuestras decisiones y en nuestra forma de vivir.

Vivimos en una sociedad donde muchas veces la vida se mide por su utilidad, por si es cómoda o por si encaja en nuestros planes. A veces parece que una vida vale sólo si es deseada, si no molesta, si no complica. Pero el Evangelio nos dice algo distinto, mucho más profundo: la vida vale por sí misma, porque viene de Dios. Cada vida humana, sin excepción, tiene una dignidad infinita, una dignidad que no depende de la edad, de la salud, de la situación ni de si es esperada o no. Y esto se ve especialmente en la vida más frágil: la que empieza, la que sufre, la que no tiene voz. Cuando una sociedad olvida esto, empieza a perder algo más que valores: empieza a perder humanidad.

Hoy recordamos de manera especial a los más pequeños e indefensos, los no nacidos. Pero no sólo a ellos. También a tantas madres, a tantos padres y a tantas familias que viven situaciones difíciles, a veces con miedo, con incertidumbre o con soledad. Por eso conviene ser claros, pero también cercanos: defender la vida no es sólo una idea, es una forma concreta de vivir. Significa acompañar a quien tiene miedo ante un embarazo inesperado, significa sostener a quien se siente solo o sin apoyo, significa ayudar a quien no ve salida, significa comprender sin juzgar y ofrecer caminos reales, no sólo palabras. Porque es muy fácil defender la vida en abstracto. Lo difícil y lo cristiano es estar al lado cuando la vida se vuelve cuesta arriba.

Porque muchas veces, detrás de decisiones dolorosas, hay sufrimiento, falta de ayuda y sensación de estar solo. Por eso la Iglesia no sólo anuncia el valor de la vida, sino que quiere ser un lugar de acogida, de acompañamiento y de esperanza. Como se nos recuerda en el mensaje de los obispos, necesitamos construir una sociedad donde ninguna mujer se sienta obligada a elegir contra la vida por falta de apoyo o por sentirse sola.

Volvamos a María. María no lo tuvo fácil. Su “sí” no fue cómodo ni sencillo. Ese “sí” implicaba incertidumbre, dificultades e incomprensión, pero fue un “sí” confiado, valiente y lleno de fe. Y eso nos interpela directamente: ¿somos nosotros personas que dicen “sí” a la vida?: sí a la vida cuando llega sin esperarlo, sí a la vida cuando es débil, sí a la vida cuando exige sacrificio, sí a la vida cuando cuidar implica renunciar a algo propio. Porque cada “sí” a la vida es un eco del “sí” de María. Y también cada pequeño “sí”, es decir, un gesto, una ayuda, una palabra, puede cambiar la historia de alguien. Nunca sabemos hasta dónde llega un “sí” a la vida. Pero siempre llega más lejos de lo que imaginamos.

La Anunciación nos enseña, además, que Dios confía en lo pequeño. El comienzo de la salvación no está en algo espectacular, sino en una vida que empieza en silencio. Esto nos ayuda a cambiar la mirada: lo pequeño no es insignificante, lo frágil no es inútil, lo escondido no es irrelevante. A los ojos de Dios, ahí está lo más grande. El problema es que nosotros miramos con ojos de utilidad y Dios mira con ojos de amor. Por eso, cuidar la vida, especialmente la más débil, no es algo secundario, sino entrar en la forma de actuar de Dios.

Termino con una idea sencilla: Dios sigue llamando a la puerta de nuestra vida, como llamó a la de María, y nos sigue proponiendo lo mismo: que seamos acogedores de la vida, cuidadores de la vida, defensores de la vida. Que en nuestra familia, en nuestra comunidad y

en nuestra sociedad haya más espacio para la vida, más apoyo y más comprensión. Pidamos a la Virgen María, Madre de la Vida, que nos enseñe a mirar como ella, a confiar como ella y a decir también nosotros, en lo concreto de cada día: *“Aquí estoy, Señor. Hágase en mí según tu palabra”*. Amén.

Homilía en el Domingo de Ramos

Concatedral de San Pedro, 29 de marzo de 2026

Hoy comenzamos la Semana Santa entrando con Jesús en Jerusalén. Hemos escuchado dos escenas que parecen opuestas: por un lado, la aclamación (*“¡Hosanna!”*); por otro, la pasión (*“¡Crucifícalo!”*). Y, sin embargo, son la misma historia: la historia del corazón humano, capaz de entusiasmarse con facilidad y, al mismo tiempo, de cambiar, de enfriarse, de abandonar cuando las cosas se complican. La cuestión no es gritar “hosanna”, sino cuánto dura ese “hosanna” en nuestra vida.

El Domingo de Ramos no es sólo un recuerdo; es un espejo. Porque también nosotros podemos aclamar a Jesús y, poco después, vivir como si no estuviéramos. Podemos reconocerlo con los labios y, sin embargo, no dejarle entrar de verdad en nuestras decisiones, en nuestras prioridades, en lo concreto de cada día. Y bien sabemos que una fe que no entra en las decisiones es una fe que se queda en la superficie.

El profeta Isaías nos ha mostrado a ese siervo que no se echa atrás, que no huye, que no se protege, sino que permanece firme incluso en el sufrimiento. San Pablo nos ha llevado al centro de todo: Cristo, siendo Dios, no se aferra a su condición, sino que se abaja, se vacía, se entrega hasta la muerte y una muerte de cruz. Y en la Pasión según san Mateo hemos visto hasta dónde llega ese amor: un amor que no se impone, que no responde con violencia, que no se defiende, sino que permanece fiel incluso cuando todo parece derrumbarse.

Esto es lo esencial de la Semana Santa: no asistimos a una tragedia, sino a una entrega. No vemos simplemente el dolor de Cristo, sino el amor con el que lo vive y lo sostiene, un amor que llega hasta el extremo, un amor que no se retira, un amor que no se rompe.

Por eso, estos días no son para mirar desde fuera, como espectadores que observan algo que ocurrió hace siglos. Son días para entrar, para implicarnos, para acompañar, para dejarnos tocar por el misterio del Dios que se entrega por nosotros.

Acompañemos a Jesús en la Eucaristía del Jueves Santo, donde se queda para siempre, donde se hace alimento y presencia cercana. Acompañémoslo en la cruz del Viernes Santo, donde el amor llega hasta el extremo, donde parece que todo termina, pero en realidad todo se está cumpliendo. Y quedémonos con Él en el silencio del Sábado, cuando todo parece perdido, pero Dios ya está preparando, en lo escondido, la vida nueva.

La pregunta es sencilla y muy concreta: ¿dónde vamos a estar cada uno esta Semana Santa? ¿Entre los que sólo miran, cumplen y pasan o entre los que se quedan, acompañan y dejan que algo cambie por dentro?

Hoy hemos salido con ramos en la mano. Es un gesto hermoso, pero insuficiente si no



va acompañado de algo más profundo: la decisión de seguir a Cristo no sólo en los momentos de entusiasmo, sino también en la oscuridad, en la dificultad y en la cruz. Los ramos se secan en pocos días; la decisión de seguir a Cristo, no.

Porque el mismo Jesús al que hoy aclamamos es el que, en pocos días, será entregado. Y ahí se revela si la fe es sólo palabra o si es una forma de vivir que permanece cuando llega la dificultad.

Que esta Semana Santa no pase como una más. Que no nos quedemos en lo externo, en lo que se ve, en lo que emociona un momento. Que entremos de verdad en el misterio. Y que, al final, podamos llegar con Él a la Pascua, no como espectadores, sino como discípulos que han aprendido que el amor verdadero pasa por la cruz pero no termina en ella. Amén.

Homilía en el Jueves Santo

Catedral, 2 de abril de 2026

Queridos hermanos:

Podríamos pensar que esta tarde repetimos un rito conocido, que sabemos lo que va a pasar, que todo es, más o menos, como otros años. Y, sin embargo, si nos detenemos un momento, lo que celebramos hoy no es algo que se pueda dar por sabido. Porque esta tarde no recordamos simplemente una cena, sino que entramos en la hora en que Cristo decide quedarse para siempre, no con grandes palabras, no con un gesto espectacular, sino con algo tan sencillo y tan decisivo como una mesa, un pan partido y unos pies lavados. Y en esos gestos, aparentemente pequeños, Jesús concentra todo.

Las lecturas que hemos escuchado nos ayudan a entenderlo.

Primero: la Pascua que da origen a todo. El libro del Éxodo nos sitúa en una noche concreta: el pueblo de Israel está a punto de salir de la esclavitud y Dios les da unas instrucciones muy precisas: reunirse, comer y hacer memoria. No es un recuerdo sentimental, sino una memoria que actualiza lo vivido. Cada generación podrá decir: “esto lo hizo el Señor por mí”.

Jesús toma esa misma cena y la lleva hasta el extremo. Ya no se trata sólo de recordar una liberación pasada. Ahora la liberación es Él mismo, entregándose.

Segundo: el pan y el vino. San Pablo nos ha transmitido lo esencial, lo que la Iglesia ha repetido desde el principio: *“Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre”*. Aquí está el centro de todo. Jesús no deja una idea, ni un símbolo vacío. Se queda de verdad, se hace alimento, se hace presencia, se hace cercanía. Y añade algo que cambia la historia: *“haced esto en memoria mía”*.

En ese momento no sólo instituye la Eucaristía; instituye también el sacerdocio, porque para que este gesto llegue a todos los tiempos y lugares Cristo confía a sus apóstoles (y, en ellos, a la Iglesia) la misión de hacerlo presente. El sacerdote no actúa en nombre propio, no “recuerda” a Cristo como quien cuenta algo del pasado, sino que hace presente a Cristo. Por eso, cada Eucaristía es el mismo Señor que se entrega. No otra cosa, no algo parecido. El mismo Señor.

Y esto conviene tenerlo siempre muy presente: sin Eucaristía, la Iglesia se queda sin su centro y sin sacerdocio, la Eucaristía no llega. Por eso, esta tarde es también una llamada a valorar, a cuidar y a pedir por los sacerdotes. No por lo que son humanamente, con sus límites, como todos, sino por lo que han recibido: el don de hacer presente a Cristo.

Aquí hay un peligro serio, y no es pequeño: acostumbrarnos. Acostumbrarnos a la Eucaristía como si fuera una cosa más, acostumbrarnos a comulgar sin darnos cuenta de a quién recibimos, acostumbrarnos a estar delante de lo más grande... y tratarlo como si fuera normal. Y cuando eso ocurre, pasa algo aún más grave: recibimos al Señor y nuestra vida no se mueve; escuchamos su Palabra y no nos toca por dentro; participamos en los sacramentos, pero nos quedamos en la superficie. Todo está ahí, todo se nos da, pero nosotros seguimos igual. Y ese es el verdadero problema: no que Dios deje de actuar, sino que nosotros dejamos de abrirnos a Él.

El tercer gesto nos saca de ahí: los pies lavados. El Evangelio nos muestra algo que desconcierta: Jesús se levanta de la mesa, se arrodilla y comienza a lavar los pies. No es un gesto decorativo, sino una revelación. Dios no se impone, no domina, sino que se pone a los pies.

Pedro se resiste, y en el fondo lo entendemos. También nosotros nos resistimos a un Dios así. Preferiríamos un Dios claro, fuerte, que marque distancia, pero Jesús hace justo lo contrario: se acerca y sirve. Y entonces deja una frase que no podemos suavizar: *“Os he dado ejemplo: haced vosotros lo mismo”*.

54

Aquí está la clave de esta celebración: no se puede separar la Eucaristía del servicio. El mismo Cristo que se nos da en el pan es el que se arrodilla ante nosotros. Por eso, comulgar no es sólo recibir, sino aceptar entrar en su misma lógica, una lógica que no busca quedar por encima, sino ponerse al lado; una lógica que no consiste en dominar, sino en servir; una lógica que no se apoya en el poder, sino en el amor concreto.

Y esto nos deja ante algo muy concreto: no basta con venir, no basta con participar, no basta con “cumplir”. La cuestión es si dejamos que lo que celebramos hoy nos cambie; la cuestión es si dejamos que Cristo entre en lo que somos de verdad: en lo que nos pesa, en lo que nos cuesta, en lo que escondemos; la cuestión es si dejamos que la Eucaristía no sea un gesto más, sino el centro real de nuestra vida; la cuestión es si estamos dispuestos a vivir como Él: sirviendo, perdonando, acercándonos.

Esta tarde comienza un camino, un camino que pasa por la mesa, pero que continúa en la cruz y se abre a la vida nueva. Y ese camino no se entiende desde fuera: o se entra o se queda uno al margen.

Por eso, al comenzar este Triduo pascual se nos pide algo exigente: tomar en serio lo que celebramos y dejar de quedarnos en lo superficial. Porque Cristo esta tarde vuelve a hacer lo mismo: se nos da en el pan, confía su presencia a la Iglesia y se pone a nuestros pies. Y la pregunta ya no es qué significa todo esto. La pregunta es si estamos dispuestos a vivirlo.



Homilía en el Viernes Santo

Catedral, 3 de abril de 2026

Queridos hermanos:

Hoy es un día distinto. Se nota en todo: en el silencio, en lo particular que es esta celebración, en el ambiente. No venimos a hacer muchas cosas ni a escuchar algo complicado. Venimos, sobre todo, a mirar la cruz. Y eso, si lo pensamos bien, no es fácil, porque la cruz habla de sufrimiento, de dolor y de muerte. Y normalmente intentamos apartar la mirada de todo eso. Sin embargo, hoy la Iglesia nos invita a hacer lo contrario: a detenernos y a mirar de frente, porque, si somos sinceros, todos sabemos lo que es mirar hacia otro lado cuando algo duele.

Las lecturas nos ayudan a entender mejor lo que estamos celebrando hoy. El profeta Isaías nos ha hablado de un Siervo que sufre, pero no porque sí ni por casualidad, sino porque carga con el dolor de los demás: *“fue traspasado por nuestras rebeliones”*. Es alguien que no vive para sí mismo, sino que asume sobre sus hombros lo que otros llevan dentro. Ese Siervo del que habla el profeta no es sólo una figura del pasado. Los cristianos reconocemos en él a Jesús. Lo que Isaías anunció muchos siglos antes se cumple en su Pasión. En el Evangelio que acabamos de escuchar vemos cómo Jesús vive exactamente eso: no se aparta del sufrimiento ni huye, sino que lo asume y lo lleva hasta el final.

Por eso, lo que le sucede a Jesús no es algo lejano o que sólo le afecte a Él, sino que tiene que ver directamente con nosotros, porque en la cruz no sufre sólo su propio dolor, sino que carga con todo lo que también forma parte de nuestra vida: el pecado, las heridas, las injusticias, el peso de tantas situaciones que nos cuesta llevar y que a veces incluso escondemos (eso que no contamos, eso que nos preocupa por dentro, eso que a veces nadie ve). Jesús hace suyo todo eso; no lo mira desde fuera, sino que entra en ello, y desde ahí empieza a transformarlo. Por eso, lo que sucede en la cruz no es algo que contemplamos desde lejos, sino algo que nos alcanza de lleno y nos abre un camino nuevo: un camino en el que el dolor quizás no desaparezca, pero deja de ser un callejón sin salida y adquiere un sentido.

El salmo nos ha dejado escuchar unas palabras muy sencillas pero muy profundas: *“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”*. Son palabras de alguien que, en medio del sufrimiento, sigue confiando. Jesús no muere desesperado ni enfadado, sino confiando y poniéndose en manos del Padre. Y desde ahí entendemos algo importante: que incluso en lo más oscuro no todo está perdido, porque cuando alguien se abandona así en Dios, la última palabra ya no la tiene el dolor, sino la confianza en Él.

La carta a los hebreos lo ha explicado de otra manera: Jesús *“aprendió sufriendo a obedecer”*. Es decir, fue fiel hasta el final, no se echó atrás. Y esto nos toca de cerca, porque muchas veces nosotros queremos una vida fácil, sin problemas, sin renunciaciones. Queremos que todo vaya bien siempre, pero la vida real no es así y la fe tampoco consiste en evitar el sufrimiento, sino en aprender a vivirlo de otra manera: abrazándolo con sentido y sin perder la confianza, porque hay momentos en los que no podemos elegir lo que nos pasa, pero sí cómo lo vivimos.

El Evangelio nos ha presentado la Pasión y hay un detalle que sorprende: Jesús no se defiende, no responde con violencia, no intenta evitar lo que viene. Sencillamente permanece y se entrega, lo cual nos desconcierta, porque nosotros solemos movernos en otra lógica: protegernos, imponernos, salir ganando. Sin embargo, Jesús no entra en ese juego. Su manera de vencer es distinta: no vence imponiéndose, sino permaneciendo en el amor incluso cuando todo se vuelve en contra.

En la cruz no hay apariencia de victoria. Más bien todo parece perdido, pero en realidad ahí está sucediendo lo más grande: un amor que no se echa atrás, un amor que lo da todo. Por eso, hoy no se nos pide tener todas las respuestas, sino algo más sencillo: mirar, mirar la cruz con calma, mirar sin apartarnos enseguida, mirar dejándonos tocar por lo que vemos. Y al hacer eso, puede surgir una pregunta muy concreta: ¿qué hago yo con la cruz en mi vida?

Porque todos tenemos cruces: dificultades, preocupaciones, heridas y situaciones que nos pesan. Y muchas veces intentamos evitarlas llenándonos de cosas para no enfrentarnos a ellas, como si así fueran a desaparecer. Pero hoy Jesús nos muestra otro camino: afrontarlas con serenidad, mirarlas de frente y no vivirlas en solitario, sino con confianza, dejándonos ayudar y sin encerrarnos en nosotros mismos.

Es verdad que la cruz no es fácil de mirar, ni de aceptar. Nos cuesta, porque habla de dolor, de límite, de algo que no controlamos. Y, sin embargo, en ella se nos revela hasta dónde llega el amor de Dios: no un amor de palabras o de sentimientos, sino un amor que permanece, que no huye, que no se rompe cuando todo se vuelve oscuro.

Por eso, hoy se nos pide algo sencillo: detenernos, no pasar de largo, quedarnos un rato ante la cruz en silencio, aunque no sepamos muy bien qué decir, aunque por dentro haya preguntas, cansancio o incluso distancia. Porque cuando uno mira la cruz de frente, sin prisa y sin escapar, descubre que no es sólo la historia de Jesús, sino que toca también lo que cada uno lleva dentro: las preocupaciones, las heridas, lo que pesa, lo que cuesta sostener. Y ahí, en ese cruce entre su cruz y la nuestra, se empieza a intuir algo distinto; se empieza a comprender que Dios no está lejos de lo que nos duele, que no mira desde fuera, sino que entra en ello, que no nos deja solos. Y entonces, casi sin darnos cuenta, la cruz deja de ser sólo un signo de sufrimiento y empieza a convertirse en una presencia que sostiene, en una luz discreta que no elimina nuestras oscuridades de golpe, pero que nos permite seguir caminando.

Viernes Santo: el día en que, en medio del dolor y del silencio, Dios nos muestra hasta dónde llega su amor, un amor que atraviesa la muerte y no queda derrotado por ella.

Homilía en la Vigilia pascual

Catedral, 4 de abril de 2026

Queridos hermanos:

Esta noche nos hemos reunido en silencio, con calma, casi a oscuras al comenzar, y poco a poco la luz ha ido creciendo. No es sólo un gesto bonito ni algo que repetimos cada



año: es más bien una manera sencilla de expresar lo que celebramos. Dios no se queda fuera de nuestra vida, sino que entra precisamente en su oscuridad y la ilumina desde dentro. Y esto nos toca de cerca, porque todos sabemos lo que es tener zonas oscuras: preocupaciones, heridas, momentos en los que no vemos claro. Por eso esta no es una celebración más. Es una noche para detenerse, para no pasar de largo, para mirar con más hondura. Porque lo que aquí se anuncia no es algo distante, sino algo que nos toca directamente y que puede cambiar la manera en que cada uno vive lo que hoy tiene entre manos, lo que busca, lo que espera.

Las lecturas que hemos escuchado no son muchas por casualidad; son más bien como un recorrido, como una historia que nos ayuda a entender cómo actúa Dios.

Hemos empezado con Abrahán, un hombre que confía incluso cuando no lo entiende todo. Dios le pide algo que lo descoloca, pero él se fía. Y al final descubre algo fundamental: que Dios no quiere la muerte, sino la vida, que Dios no viene a quitar, sino a dar. Y esto, aunque lo sepamos, necesitamos escucharlo muchas veces, porque a menudo andamos distraídos.

Después hemos contemplado al pueblo de Israel frente el mar, sin salida, bloqueado, con el miedo encima. Y es precisamente ahí donde Dios actúa, no evitando la dificultad, sino abriendo un camino en medio de ella. El mar no desaparece, pero se abre, y el pueblo pasa de la esclavitud a la libertad. Eso no es sólo una historia del pasado, sino una experiencia que, de una forma u otra, todos conocemos, porque hay momentos en los que uno no sabe por dónde tirar. Y esta noche nos recuerda que Dios no siempre quita las dificultades, pero sí abre caminos justamente donde nosotros pensábamos que no había salida.

El profeta Isaías ha puesto palabras a algo que necesitamos escuchar con calma: que Dios no se cansa de nosotros, que, aunque nosotros falemos, Él permanece fiel, que su amor no depende de cómo estemos o de lo que hayamos hecho, ni sube ni baja según nuestras respuestas. El de Dios es un amor firme, constante, que no se retira, y esto es importante, porque muchas veces nosotros funcionamos al revés: nos cansamos de nosotros mismos, nos cuesta volver a empezar, nos pesa lo que arrastramos. Sin embargo, Dios no actúa así. Él no se echa atrás, no se desentiende, no se cierra, sino que permanece, y precisamente por eso siempre queda abierta una posibilidad: la de volver, la de recomenzar, la de no dar nada por perdido.

Y san Pablo nos dice que en el bautismo nos hemos unido a Cristo, es decir, que lo que le ha pasado a Él no es sólo una historia que escuchamos o recordamos, no es algo distante que ocurrió hace mucho tiempo sin tocar nuestra vida. Significa más bien que su muerte y su resurrección no son sólo “de Él”, sino que, por el bautismo, entran en nuestra propia historia; es como si su manera de vivir y de vencer empezara a abrirse camino también dentro de nosotros. Por eso no miramos a Cristo como espectadores, más bien estamos implicados; lo que le sucede a Él tiene que ver con lo que nos pasa a nosotros, con nuestras luchas, con nuestras caídas y también con nuestras posibilidades de empezar de nuevo.

Y así llegamos al Evangelio. Las mujeres van al sepulcro con lo que llevan dentro: tristeza, desconcierto y una sensación muy humana de que todo ha terminado. Van a hacer lo que se hace cuando ya no hay nada más que esperar: cuidar un cuerpo, cerrar una historia y despedirse del todo. No van con esperanza y, sin embargo, justo ahí sucede algo que rompe sus esquemas. Se encuentran con lo inesperado: el sepulcro está vacío. Lo que parecía definitivo ya no lo es, lo que daban por cerrado se ha abierto.

En medio de esa mezcla de sorpresa y desconcierto, escuchan una palabra que lo cambia todo: *“No tenéis miedo. Ha resucitado”*. No es una frase más, sino una palabra que sostiene, que levanta, que abre horizontes, porque significa que la muerte no ha podido con Él, que el final no era el final. Y esa es la noticia central de esta noche, el corazón de todo lo que celebramos: Cristo vive.

Y si esto es verdad, y hoy lo proclamamos con toda la Iglesia, entonces cambia la manera de mirar la vida, porque significa que la muerte no tiene la última palabra, que el mal no es definitivo y que el pecado no es el final; significa también que, incluso en situaciones que parecen sin salida, donde todo apunta a que no hay vuelta atrás, sigue existiendo una posibilidad. La Pascua abre precisamente eso: un horizonte nuevo y la posibilidad real de volver a empezar, también cuando uno pensaba que ya era tarde.

Hay un detalle muy sencillo pero importante: ellas no se quedan paradas; tienen miedo, sí, pero la alegría las mueve y se ponen en camino, salen corriendo. Eso nos dice algo claro: la Pascua no se entiende sólo escuchando o mirando desde fuera. Se empieza a comprender cuando uno da algún paso, aunque sea pequeño y con dudas.

Y ahí es donde esta noche nos toca directamente: podemos escuchar todo esto y dejarlo en algo bonito que no cambia nada o podemos tomárnoslo en serio; podemos seguir viviendo como siempre, tirando sólo de nuestras fuerzas, o empezar a vivir de otra manera: apoyándonos en que Cristo está vivo y actúa, no fuera de nuestra vida, sino dentro de lo que cada uno está viviendo, dando fuerza, abriendo horizontes y haciendo posible lo que por nosotros mismos no sacamos adelante.

Quizá no cambie todo de golpe, pero sí cambia lo decisivo: el fondo. Ya no estamos solos, ya no todo depende exclusivamente de nosotros, y eso cambia la forma de afrontar todo lo demás.

La primera mañana de Pascua fue muy sencilla: un sepulcro abierto, unas palabras breves y unos pasos todavía inseguros. Y, sin embargo, ahí comenzó algo completamente nuevo, aunque en aquel momento apenas se percibiera, porque Dios suele actuar así: sin ruido. También en nosotros puede empezar algo así esta noche, de manera sencilla, casi sin darnos cuenta. No hace falta tenerlo todo claro ni sentir cosas especiales. Hace falta algo más sencillo y más verdadero: dar un paso, aunque sea pequeño, y atrevernos a creer que Dios puede empezar a hacer algo nuevo en aquello que hoy nos preocupa, nos cuesta o nos pesa. Y si eso empieza, aunque sea poco a poco, entonces la Pascua dejará de ser sólo algo que celebramos y empezará a notarse en cómo vivimos.

Homilía en la Pascua de Resurrección

Catedral, 5 de abril de 2026

Queridos hermanos:

El Evangelio nos sitúa en la oscuridad de la madrugada, cuando María Magdalena va al sepulcro. Va con lo que tiene en el corazón: dolor, desconcierto, quizá también una cierta



sensación de final. Para ella, todo ha terminado. Jesús ha muerto y lo único que queda es cuidar su memoria. Pero al llegar, se encuentra con algo inesperado: la piedra está quitada, el sepulcro está abierto. Y ese detalle, aparentemente pequeño, lo cambia todo.

A partir de ahí comienza un movimiento: María corre, avisa a los discípulos, Pedro y el otro discípulo salen también corriendo hacia el sepulcro. Es como si, de repente, algo se hubiera puesto en marcha. La Pascua no empieza con certezas claras, sino con un signo desconcertante que obliga a moverse, a buscar, a no quedarse quieto.

Cuando llegan, ven las vendas, ven el sepulcro vacío, pero no entienden del todo. No hay una explicación inmediata. Sin embargo, el Evangelio dice algo muy significativo: el otro discípulo *“vio y creyó”*. No lo comprendía todo, pero intuyó que aquello no era un final, sino el comienzo de algo nuevo.

Y esto es importante para nosotros, porque la fe en la resurrección no aparece de golpe ni porque todo esté claro desde el principio; empieza de una manera más sencilla: cuando uno da un pequeño paso, cuando se detiene ante lo que ha escuchado y se deja tocar por dentro. No hace falta entenderlo todo para empezar a creer, basta con no cerrarse, con estar dispuesto a escuchar y a acoger lo que Dios puede hacer, aunque a primera vista nos parezca difícil de aceptar o incluso imposible. Así es como comienza la fe: poco a poco, desde dentro, dando pasos.

Por eso, lo que celebramos hoy no es una idea ni un símbolo, sino un acontecimiento real que ha irrumpido en la historia. Así lo hemos escuchado en el libro de los Hechos: los apóstoles no anuncian una doctrina, sino un hecho del que son testigos. Dicen algo muy concreto: que han vivido con Él, que lo han visto muerto y que después han vuelto a comer y beber con Él. Es decir, Jesús no es un recuerdo del pasado. Está vivo.

Y esto cambia radicalmente la forma de mirar la vida. Porque si Cristo ha resucitado, entonces la muerte no tiene la última palabra. Y no sólo la muerte al final de la vida, sino tantas pequeñas muertes que experimentamos cada día: el desánimo, el cansancio, las situaciones que parecen no tener salida, los errores que pesan y que uno arrastra durante años... La resurrección de Cristo entra precisamente ahí, en lo concreto, y hace posible que esas situaciones no sean el final, sino el punto desde el que puede comenzar algo nuevo.

San Pablo lo expresa de una manera muy directa cuando nos dice: *“Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo”*. No se refiere a vivir distraídos de la realidad o a desentendernos de lo que pasa. Al contrario, se trata, sencillamente, de vivir lo de cada día de otra manera, sabiendo que nuestra vida no termina en lo que vemos o en lo que nos pasa, sino que tiene un horizonte más grande.

Y por eso añade también esa imagen tan sencilla: *“barred la levadura vieja para ser una masa nueva”*. Es una invitación muy concreta. La Pascua no es sólo algo que se celebra; es algo que se vive. Supone dejar atrás aquello que ya no encaja con una vida nueva. Supone tomar decisiones, aunque sean pequeñas, que vayan en la dirección de esa vida que Cristo inaugura.

Hay también un riesgo: escuchar que Cristo ha resucitado y dejar que todo siga igual, que no cambie nada en nuestra manera de vivir, de pensar, de relacionarnos con los demás,

de afrontar lo que nos cuesta. Entonces la Pascua se quedaría en una celebración bonita, pero sin fuerza real.

Por eso, el sepulcro vacío no es sólo una historia del pasado ni algo que les pasó a unos pocos; es también una llamada para nosotros hoy. Ellos tuvieron que ponerse en camino: salir, ir deprisa, entrar en el sepulcro, mirar con atención... y poco a poco dar un paso por dentro. A nosotros nos toca hacer algo parecido: no quedarnos como simples espectadores, sino acercarnos de verdad y preguntarnos qué cambia en nuestra vida si Cristo ha resucitado, porque esa respuesta tiene que darla cada uno personalmente.

Porque si Cristo vive, entonces lo que estamos viviendo ahora mismo no decide definitivamente lo que va a ser nuestra vida: una dificultad no tiene por qué hundirnos, un error no nos define para siempre y una situación complicada no es definitiva. Podemos levantarnos, corregir lo que haga falta y empezar de nuevo, incluso cuando parece que ya no hay salida o que no merece la pena intentarlo otra vez.

La primera mañana de Pascua no fue espectacular. Todo comenzó de manera muy sencilla: un sepulcro abierto, unos signos que no se entendían del todo y unos discípulos desconcertados que, poco a poco, fueron abriéndose a creer. No hubo evidencias inmediatas ni respuestas claras, sino un camino que se fue haciendo paso a paso. También hoy sucede así. La resurrección no irrumpe con ruido ni se impone con fuerza, sino que se hace presente de manera discreta, casi silenciosa, en medio de lo que vivimos. Y, sin embargo, tiene una fuerza real, capaz de cambiar la mirada y de abrir caminos donde parecía que no los había.

Por eso, hoy quizá no se nos pide entenderlo todo ni tener una fe perfecta. Se nos pide algo más sencillo: no cerrarnos, no darlo todo por hecho, dejar abierta la posibilidad de que Dios actúe en lo concreto de nuestra vida. Porque la Pascua empieza exactamente ahí: cuando uno, sin tenerlo todo claro, decide no cerrar la puerta y dejar que sea Dios quien tenga la última palabra.

Feliz Pascua a todos. Que Cristo resucitado nos conceda una alegría serena y una esperanza firme, y que sepamos vivir desde Él, dejando que su vida resucitada ilumine lo que somos y sostenga, desde dentro, nuestro caminar diario.

Homilía en la misa por el P. Francisco Jimeno Martínez, O.F.M.

Iglesia de Santo Domingo (Soria), 18 de abril de 2026

Queridos hermanos:

Al comenzar esta celebración, saludo con afecto a los sacerdotes concelebrantes, a los familiares del Padre Paco, a la comunidad de las hermanas clarisas, a los miembros de la Cofradía del *Ecce Homo* y a tantos sorianos y no sorianos que lo habéis conocido, tratado y querido a lo largo de los años. Nos reunimos hoy como Iglesia para encomendar su vida al Señor, pero también como comunidad agradecida por todo lo que, a través de él, hemos recibido.

Nacido en Soria, en la calle Real (como él recordaba con ese “santo orgullo” tan suyo), y enraizado desde muy joven en la vida franciscana, su camino quedó marcado por el



estilo propio de san Francisco: cercanía, humildad y servicio. Desde aquel niño monaguillo que acompañaba cada día la celebración de la Eucaristía hasta el fraile que, siendo ya mayor, seguía participando fielmente en la vida de la comunidad, hay una continuidad muy clara: el deseo de servir.

Las lecturas que hemos escuchado nos ayudan a situar lo que hoy estamos celebrando.

El libro de los Macabeos nos ha recordado que rezar por los difuntos es algo santo y piadoso. Y eso es lo que hacemos hoy: encomendamos al Señor a quien ha sido hermano y sacerdote entre nosotros. Pero lo hacemos con una esperanza que no nace sólo del afecto o del recuerdo, sino de la fe. Sabemos que la vida entregada a Dios no se pierde, que el bien sembrado no desaparece y que la misericordia del Señor es más grande que nuestra propia pobreza.

El salmo ha puesto en nuestros labios una confesión que, de alguna manera, ha sostenido también la vida del Padre Paco: *“El Señor es mi luz y mi salvación”*. Y, en su caso, esa luz se transparentaba en una forma muy concreta de vivir la fe: con sencillez, con cercanía, con una palabra clara. Quienes lo escucharon recuerdan bien ese modo tan suyo de predicar: con una memoria extraordinaria, con una palabra llana, cercana, pero al mismo tiempo bien asentada, capaz de llegar sin esfuerzo aparente al corazón de todos.

San Pablo, por su parte, nos ha llevado al corazón de la esperanza cristiana: *“Habéis recibido un Espíritu de hijos”*. Ahí está el fundamento de todo. No somos extraños ante Dios, ni estamos destinados a la nada. Somos hijos, llamados a una vida que no termina, y esa certeza cambia la manera de vivir. En el caso del Padre Paco, se traducía en una forma muy concreta de ejercer el sacerdocio. Durante tantos años, en los distintos lugares en los que estuvo (desde sus primeros destinos, pasando por Burgos, Valladolid o Trillo, hasta su larga etapa en Soria), supo ser un verdadero “hermano menor”: cercano a las personas, disponible, implicado en la vida de la Iglesia. Su servicio a las religiosas, especialmente a vosotras clarisas, su dedicación como Delegado diocesano para la vida consagrada, su cercanía a la Cofradía del *Ecce Homo* o su implicación con tantos grupos laicales no fueron tareas añadidas, sino expresión de un corazón entregado. Para muchas religiosas fue de verdad un hermano menor: siempre disponible para retiros, charlas, ejercicios, confesiones y acompañamiento.

Y hay un rasgo que no conviene pasar por alto: su sencillez. Solía expresar sin ningún tipo de afectación esa forma tan suya de reconocerse pequeño: “el Señor se fijó en mí...”, decía, “¿en mí!, que era un cantamañanas y un pecador”. Esa mezcla de humildad, sinceridad y buen humor decía mucho de él.

El Evangelio que hemos escuchado nos ofrece una clave muy significativa: *“Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los sencillos”*. El Padre Paco tenía algo de esa sencillez que permite acoger a Dios sin resistencias. Amaba profundamente a santa Clara, a la que llamaba con cariño “su hermana mayor”, y vivía con ese espíritu franciscano que sabe unir profundidad y cercanía.

Por eso también pudo ser instrumento de consuelo para tantos. Las palabras de Jesús (*“venid a mí los que estáis cansados y agobiados”*) no fueron para él sólo un texto que predicar, sino una realidad que encarnar. Cuántas personas habrán encontrado descanso en su cercanía: en la confesión, en una conversación sencilla, en un consejo dado sin prisa, en

su presencia fiel. También en experiencias más exigentes, como su paso por la leprosería de Trillo, que dejó en él una huella profunda y que tantas veces afloraba en su predicación como testimonio vivido. Y también en recuerdos sacerdotales que él guardaba como un verdadero don, como aquel momento en que pudo administrar la unción de enfermos a la Madre Clara; lo evocaba no como una anécdota, sino como una gracia recibida.

Ahora, esas mismas palabras se cumplen para él de una manera nueva. Después de una vida entregada, el Señor lo llama al descanso, no como final vacío, sino como plenitud.

Hay algo especialmente elocuente: hasta el final de su vida ha permanecido unido a aquello que ha sido siempre el centro de su vida, la Eucaristía y la comunidad. Incluso cuando la enfermedad lo llevó a la enfermería provincial de Bermeo, en un contexto que humanamente no le resultaba fácil, se le veía agradecido y sereno. Y no dejó de participar en la vida de comunidad; de hecho, la víspera misma de su muerte celebró todavía la Eucaristía. Eso dice mucho, porque uno no improvisa el final; el final manifiesta lo que ha sido tu vida.

Por eso, hoy el dolor de la despedida no lo ocupa todo. Hay también una serenidad honda, que nace de la fe y que ensancha la mirada. Sabemos en quién ha puesto su vida y confiamos en que Aquel a quien sirvió con fidelidad lo acogerá. Como en el Evangelio: al clarear el día, el Señor estaba allí, esperándolo.

Una vida entregada no se pierde. Confiamos en que el Señor, a quien sirvió con fidelidad, lo acoja, y le pedimos también para nosotros la gracia de vivir con su misma sencillez. Amén.

Homilía en la misa de clausura de Emaús mujeres

Capilla del Seminario, 19 de abril de 2026

La escena del Evangelio que acabamos de escuchar no es ajena a lo que vivimos. Dos discípulos se alejan de Jerusalén, dando por cerrada una etapa. Se marchan dejando atrás todo lo que habían vivido con Jesús, con el peso de unas expectativas que no se han cumplido, con el corazón herido y la cabeza llena de preguntas. No se van en paz: se van desconcertados, desilusionados, con la sensación de que todo se ha venido abajo y de que ya no queda nada que esperar.

Y es precisamente en ese momento cuando Jesús se acerca. No irrumpe ni corrige de golpe; se pone a su lado, camina con ellos, les escucha con paciencia, les deja hablar, desahogarse, sacar lo que llevan dentro y, poco a poco, empieza a dar luz a lo que están viviendo.

Este es el primer punto importante para vosotras hoy: el Señor sale al encuentro tal como estamos, no como podríamos estar. No espera una fe perfecta, ni una vida resuelta. Se acerca a la realidad concreta, incluso cuando está marcada por la duda, el cansancio o la decepción. Si algo habéis vivido en este encuentro de Emaús es precisamente esto: que Cristo se hace el encontradizo, no invade, no fuerza, no se impone. Simplemente se acerca, camina al lado y poco a poco va tocando el corazón.

El Evangelio dice que *“ardía su corazón”* mientras les explicaba las Escrituras. Es una expresión sencilla, pero muy honda. No habla sólo de entender más, sino de experimentar que



algo por dentro se enciende, que el corazón despierta y que la fe deja de ser algo aprendido para empezar a vivirse de forma personal.

Y, sin embargo, aún no caen en la cuenta. Algo se está moviendo, pero no acaban de reconocerlo. Y esto dice mucho de cómo actúa Dios: no se impone de golpe ni fuerza las conclusiones. Va abriendo camino por dentro, respetando los tiempos, dejando que la luz llegue poco a poco hasta que uno pueda acogerla plenamente.

Pero llega un momento decisivo: se sientan a la mesa, Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y entonces lo reconocen. Ahí se les abren los ojos. No lo reconocen por una explicación brillante, ni por un gesto espectacular, sino en un signo sencillo, concreto: al partir el pan. Ahí está el centro. Y aquí es donde todo conecta con lo que estamos celebrando hoy, porque lo que vivieron aquellos discípulos es lo mismo que habéis vivido estos días y lo que culmina en esta Eucaristía. Habéis recorrido un camino: habéis llegado con vuestra historia, con las luces y sombras de vuestra vida, habéis escuchado, habéis compartido, habéis dejado que el Señor se acerque y, en algún momento, cada una a su manera, ha comenzado a descubrirlo de un modo personal y vivo.

Y ahora lo reconocéis allí donde Él mismo ha querido hacerse el encontradizo de modo definitivo: en la Eucaristía. Ahí se hace visible lo esencial. Porque Emaús no es un momento que emociona y pasa, sino un encuentro que nos alcanza, nos sostiene y permanece, aun en medio de las noches del mundo. Por eso conviene no confundirse: no habéis llegado a la meta. Acabáis de cruzar el umbral. Ahora comienza lo que de verdad importa.

Porque el Evangelio no termina en la mesa. Termina en el camino de vuelta. Aquellos dos discípulos que se estaban alejando de Jerusalén, en cuanto reconocen a Jesús se levantan y regresan. De noche, sin esperar, sin excusas.

Y es que la experiencia de Cristo no encierra, sino que envía, no crea un refugio, sino que abre un camino, no se queda en el sentimiento, sino que se convierte en vida. Y aquí está la pregunta directa para vosotras: ¿qué vais a hacer con lo que habéis vivido? Porque sería un error dejarlo aquí, reducido a un recuerdo agradable, a un momento intenso que se guarda pero que no llega a cambiar la vida.

Si de verdad habéis reconocido al Señor, eso tiene consecuencias: cambia la manera de vivir, cambia la manera de situarse ante las dificultades, ante las relaciones, ante la fe; cambia, en definitiva, la manera de mirar.

La primera lectura lo proclama con una fuerza que lo cambia todo: la muerte no pudo retenerlo. Y eso no habla sólo de lo que pasó con Jesús, sino de lo que puede pasar en nosotros. Si Él ha vencido la muerte, entonces ninguna situación está definitivamente cerrada, ninguna herida es irreparable, ninguna historia está perdida del todo. Siempre hay posibilidad de recomenzar, de perdonar y ser perdonados, de levantarse, de recuperar la esperanza, de volver a confiar, de rehacer la vida desde dentro. Pero todo eso no sucede por casualidad: hay que acogerlo y hacer lo posible para que llegue a otros.

Y la segunda lectura lo concreta todavía más: hemos sido rescatados, no con algo pasajero, sino con la sangre preciosa de Cristo. Eso significa que nuestra vida tiene un valor inmenso y que no podemos vivir de cualquier manera; que lo que habéis experimentado aquí

no es algo superficial, sino algo que toca el fondo. Por eso, la clave es muy sencilla y muy exigente: no volváis igual. Volved a vuestra vida, sí, a vuestra familia, a vuestro trabajo, a vuestra realidad concreta pero no igual. Volved con el corazón tocado, volved con el deseo de no caminar solas, sino con Él y con la comunidad.

Y cuando llegue el cansancio, que llegará, cuando la claridad se debilite, que pasará, recordad esto: el Señor vuelve a ponerse a vuestro lado, una y otra vez. No deja de caminar con vosotras.

Termino con una idea muy clara: Emaús no es un punto de llegada, sino un comienzo. Hoy no se cierra algo. Más bien se os confía algo: se os confía una experiencia que no es para guardarla, sino para sostenerla en lo cotidiano: en lo pequeño, en lo repetido, en lo que no se ve. Se os confía una presencia: Cristo vivo, que no desaparece cuando termina el encuentro, sino que permanece y pide espacio en la vida real. Y se os confía una responsabilidad: no apagar lo que ha comenzado.

Habrà momentos de claridad y momentos de sequedad, habrá días en que todo encaje y días en que cueste creer, pero ahí se juega lo decisivo: en permanecer, en no soltar, en volver una y otra vez a ese *"partir el pan"* donde Él sigue dejándose encontrar. Si cuidáis eso, todo lo demás irá encontrando su lugar.

Que lo que hoy ha comenzado en vosotras no se disuelva en la emoción, sino que arraigue en una fe firme y se sostenga en el corazón; que no caminéis solas, sino dentro de la Iglesia, sostenidas por vuestra comunidad parroquial; y que lo que aquí habéis recibido se traduzca en gestos concretos de caridad. Amén.

Homilía en la misa con el Colegio de abogados de Soria

Parroquia de Santa María La Mayor (Soria), 8 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Hoy se cruzan en esta celebración varios hilos que, bien mirados, tienen una profunda unidad: la Palabra de Dios que hemos escuchado, la misión propia del mundo jurídico y la figura de San Saturio, patrono de esta ciudad y también de quienes hoy celebráis vuestro día como Colegio de la abogacía de Soria. No es una coincidencia externa. Hay algo de fondo que los une: la búsqueda de la verdad, el sentido de la justicia y la rectitud de vida.

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos sitúa precisamente ahí. Nos recuerda, en primer lugar, que la verdad no es algo que fabricamos nosotros según intereses o circunstancias. La verdad tiene un fundamento más hondo. Para nosotros, creyentes, ese fundamento es Cristo. No una idea abstracta, sino una persona viva que ilumina la conciencia y orienta la vida. Y esto tiene una consecuencia muy concreta: cuando la verdad se relativiza, cuando se convierte en algo manipulable, la justicia se debilita. Porque no puede haber verdadera justicia sin una referencia firme a la verdad. De hecho, la experiencia cotidiana lo confirma: cuando el lenguaje se retuerce, cuando los hechos se presentan de forma interesada o cuando se pierde el respeto por lo real, lo que se resiente no es solo el debate público, sino la



confianza misma sobre la que se sostiene la convivencia.

Aquí es donde vuestra vocación profesional adquiere todo su peso. El ejercicio del Derecho no es simplemente una técnica. Es, en el fondo, un servicio, un servicio a la persona, a la convivencia y al bien común. Y eso exige algo más que competencia: exige rectitud interior, honestidad y una conciencia bien formada.

En un contexto como el actual, donde a veces las opiniones se imponen a los hechos y donde lo inmediato pesa más que lo verdadero, vuestra tarea se vuelve todavía más delicada y, al mismo tiempo, más necesaria. Porque muchas veces os toca moveros en zonas complejas, donde no todo es blanco o negro, donde entran en juego intereses legítimos, pero también tensiones reales. Precisamente ahí se mide la calidad de una conciencia: en la capacidad de no perder el norte, de no justificar cualquier medio, de no renunciar a lo esencial.

Y aquí aparece con fuerza la figura de San Saturio. San Saturio, evidentemente, no fue jurista, pero sí fue un hombre que se tomó en serio la verdad. Renunció a seguridades, se desprendió de lo accesorio y buscó lo esencial. Su retiro no fue evasión, sino una forma radical de ordenar la vida desde lo verdadero. La tradición lo presenta retirado en la cueva junto al Duero, en silencio, en sobriedad, pero con una lucidez interior que sigue hablando siglos después.

Eso interpela también hoy, porque uno puede estar muy activo, muy implicado, muy reconocido... y, sin embargo, vivir desordenado por dentro. Y al revés: cuando hay verdad interior, todo lo demás se coloca en su sitio. Y esto no es algo teórico: tiene consecuencias muy concretas en la manera de decidir, de actuar y de posicionarse ante situaciones difíciles.

San Saturio nos recuerda algo muy concreto: que la coherencia personal es la base de cualquier servicio auténtico. También del servicio a la justicia. Y nos recuerda, además, que hay decisiones que se toman en soledad, en el ámbito de la conciencia, donde no cuentan tanto las miradas externas sino la verdad que uno reconoce dentro de sí.

Por eso, esta celebración no es un acto institucional o una tradición que se mantiene, sino una oportunidad para preguntarse con sinceridad:

- ¿Desde dónde ejerzo mi trabajo?
- ¿Qué lugar ocupa la verdad en mis decisiones?
- ¿Qué peso tiene la conciencia frente a la presión, la costumbre o el interés?

Podríamos añadir una más, especialmente significativa en vuestro ámbito: ¿hasta qué punto percibo mi trabajo como un verdadero servicio? Porque cuando se pierde esa dimensión de servicio, el Derecho corre el riesgo de reducirse a un mero instrumento, y entonces deja de proteger a la persona para convertirse en algo funcional o incluso manipulable.

La fe no da soluciones técnicas a los problemas jurídicos, pero sí ofrece algo imprescindible: una luz para la conciencia y una orientación para la vida. Ofrece un criterio que va más allá de lo inmediato y que ayuda a sostener decisiones difíciles cuando no hay aplausos, cuando no hay reconocimiento o cuando lo justo no coincide con lo más cómodo.

Y eso se nota. Se nota en la manera de tratar a las personas, en el respeto a su dignidad, en la búsqueda sincera de lo justo, incluso cuando no es lo más fácil. Se nota también

en un estilo: en la sobriedad, en la prudencia, en la capacidad de escuchar, en no convertir el conflicto en enfrentamiento innecesario.

Pidamos hoy al Señor, por intercesión de San Saturio, algo muy concreto: que sepamos vivir con verdad, que sepamos ejercer nuestra responsabilidad con rectitud y que, en medio de la complejidad de la vida y del trabajo, no perdamos nunca de vista lo esencial. Porque al final, más allá de cualquier éxito o reconocimiento, lo que permanece es esto: haber vivido con verdad y poder presentarse ante Dios con una conciencia en paz. Amén.

Homilía en el 75º aniversario de la Cofradía de La Soledad (Soria)

Ermita de La Soledad (Soria), 9 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Saludo cordialmente a mis hermanos sacerdotes, a nuestro Delegado diocesano de cofradías y hermandades, a los miembros de la Cofradía de la Virgen de la Soledad, que celebráis hoy el septuagésimo quinto aniversario de vuestra fundación; a los cofrades de otras hermandades de nuestra Semana Santa; y a todos los fieles que os habéis reunido en esta iglesia de San Francisco para dar gracias a Dios por esta historia compartida.

Celebramos hoy algo más que una fecha. Celebramos 75 años de fe vivida, de tradición recibida y de devoción sostenida en el tiempo. Y eso, en un mundo como el nuestro, no es poco. Mantener viva una cofradía durante tanto tiempo no es solo cuestión de organización o de costumbre; además, en este caso, hablamos de una devoción profundamente unida a la historia misma de Soria, una devoción que ha acompañado las calles, los silencios y la Semana Santa de nuestra ciudad, una imagen ante la que han rezado generaciones de sorianos en momentos de sufrimiento y de esperanza.

Y las lecturas que hemos escuchado nos ayudan a entender bien qué es lo que habéis custodiado durante estos años.

La primera lectura, tomada del libro de las *Lamentaciones*, es un grito, un grito de dolor: “*Mirad si hay dolor como mi dolor*”. No es un texto cómodo: no suaviza el sufrimiento, no lo disfraza, más bien lo pone delante. Y eso es importante, porque la fe cristiana no niega el dolor, no lo oculta. La fe cristiana se atreve a mirarlo de frente.

Y aquí aparece la Virgen de la Soledad. María no es una figura decorativa en la fe, sino una madre que ha pasado por el dolor más grande: ver morir a su hijo; y lo ha vivido sin huir, sin endurecerse y sin perder la fe. Ahí está el Evangelio: “*Junto a la cruz de Jesús estaba su madre*”. No hace nada espectacular, no dice grandes palabras, simplemente está.

Y esto es más importante de lo que parece, porque en un mundo que huye del sufrimiento, que busca evitarlo a toda costa y que muchas veces no sabe qué hacer ante el dolor, la Virgen de la Soledad nos enseña algo decisivo: que el amor verdadero permanece, que la fe verdadera no desaparece cuando todo se oscurece y que hay una manera creyente de estar ante la cruz.



Y eso es lo que, de alguna manera, habéis intentado vivir y transmitir como cofradía durante estos 75 años. No solo sacando una imagen en procesión (que también), sino custodiando un modo de mirar la vida: una fe que no se queda en lo superficial, una devoción que no es solo estética, y una memoria viva de la Pasión del Señor y del dolor de su Madre.

Vuestra historia nos recuerda que esta devoción nace de una tradición muy antigua y profundamente soriana. Ya en el siglo XVI, la antigua Cofradía de la Vera Cruz levantó el Humilladero a las afueras de la ciudad, colocando allí la imagen del Cristo Crucificado, en un lugar unido desde entonces a la contemplación de la Pasión y al silencio de la muerte vivida desde la fe. Más tarde llegaría también la imagen de Nuestra Señora de las Angustias, la actual Virgen de la Soledad, quedando para siempre vinculada a la vida espiritual y penitencial de Soria.

No estamos, pues, ante una devoción superficial, sino ante una espiritualidad profunda, que toca lo más serio de la vida. Y por eso, hoy, al celebrar este aniversario, hay una tentación que conviene evitar: pensar que lo importante es solo mirar al pasado. Sí, hay que dar gracias. Sí, hay que reconocer el camino recorrido. Pero una cofradía no vive de lo que ha sido, sino de lo que es y de lo que está llamada a ser. Y aquí la segunda lectura nos da una clave muy clara.

Nos dice que Cristo *“a gritos y con lágrimas”* presentó su vida al Padre y que precisamente así se ha convertido en fuente de salvación. Es decir, el dolor, vivido con fe, no es estéril, el sufrimiento, unido a Cristo, se transforma, y la cruz, cuando no se rechaza sino que se ofrece, se convierte en camino de vida. Esta es la clave.

Porque la Virgen de la Soledad no es solo una imagen del dolor. Es una imagen de un dolor que no se cierra sobre sí mismo, sino que permanece abierto a Dios. Y esto tiene consecuencias muy concretas para hoy. Ser cofrade de la Virgen de la Soledad no puede quedarse en una tradición heredada, en un sentimiento puntual o un momento intenso en Semana Santa. No. Tiene que traducirse en una manera de vivir: en cómo acompañamos el dolor de los demás, en cómo vivimos nuestras propias cruces, en cómo sostenemos la fe cuando no es fácil y en cómo permanecemos, como María, cuando otros se van.

Aquí se juega la verdad de esta devoción. Por eso, hoy, más que hacer un balance, lo que toca es una pregunta muy sencilla y muy directa: ¿qué significa hoy, en este momento, ser cofrade de la Virgen de la Soledad? Si la respuesta se queda en lo externo, la cofradía se irá apagando. Si la respuesta toca la vida, entonces seguirá teniendo futuro.

Y quizá por eso la Virgen de la Soledad sigue teniendo algo especial para nuestra ciudad. Porque muchos sorianos, incluso alejados a veces de la vida de la Iglesia, siguen reconociendo en esta imagen un lugar de silencio, de verdad y de consuelo. La Soledad forma parte ya de la memoria espiritual de Soria. Forma parte de su alma.

Termino. Hay una escena del Evangelio que lo resume todo: *“el discípulo la recibió en su casa”*. Eso es lo que hizo Juan y eso es lo que estamos llamados a hacer también nosotros: no quedarnos con la Virgen como algo externo, sino acogerla de verdad y dejar que su manera de vivir la fe entre en nuestra vida.

Que después de 75 años, vuestra cofradía no sea solo memoria, sino presencia viva. Y que la Virgen de la Soledad nos enseñe a todos (cofrades y no cofrades) a permanecer, a confiar y a creer también cuando la vida pase por la cruz, como lo han hecho tantos sorianos antes que nosotros.

Homilía en la Pascua del enfermo

Concatedral de San Pedro, 9 de mayo de 2026

Queridos hermanos, especialmente vosotros, enfermos, ancianos, quienes lleváis el peso del dolor en el cuerpo o en el alma:

Hoy la Iglesia nos invita a celebrar la Pascua del enfermo, y no es una celebración secundaria. Es una celebración profundamente pascual porque donde hay enfermedad, donde hay fragilidad, donde hay límite, ahí quiere hacerse presente, de un modo muy especial, Cristo resucitado. Las lecturas que hemos escuchado nos dan una clave muy clara.

En el libro de los Hechos hemos escuchado cómo los apóstoles imponían las manos y los creyentes recibían el Espíritu Santo. No se trata simplemente de una escena lejana de los comienzos de la Iglesia. Es una realidad que continúa hoy. Cada vez que la Iglesia se acerca a quien sufre, cada vez que acompaña, consuela, bendice o celebra los sacramentos junto a un enfermo, está prolongando aquella misma misión: hacer presente la cercanía de Dios sosteniendo la fragilidad humana con la fuerza del Espíritu Santo.

Porque la fe cristiana no significa que desaparezcan de golpe el dolor, la enfermedad o las dificultades. Los creyentes también sufrimos, también pasamos por momentos duros y también experimentamos la fragilidad, pero el Evangelio cambia algo decisivo: cambia la manera de vivir ese sufrimiento, porque nos hace saber que el dolor no tiene la última palabra ni destruye del todo nuestra vida.

Por eso san Pedro decía en la segunda lectura que Cristo fue *“muerto en la carne, pero vivificado en el Espíritu”*, es decir, pasó por el sufrimiento y por la muerte, pero la vida de Dios fue más fuerte que todo eso. Y ahí está nuestra esperanza: la enfermedad puede debilitar el cuerpo, los años pueden traer limitaciones y el sufrimiento puede hacernos sentir pequeños, pero nada de eso puede destruir la vida que Dios pone en nosotros. Hay una esperanza y una vida más profunda que nadie nos puede arrebatar.

Y por eso el Evangelio nos da una promesa que hoy tenemos que escuchar con mucha atención: *“No os dejaré huérfanos... le pediré al Padre que os dé otro Paráclito”*. Es una frase muy importante porque uno de los mayores sufrimientos del enfermo no es solo el dolor físico, sino la sensación de soledad, de sentirse apartado, de pensar: *“ya no cuento”, “ya no sirvo”, “estorbo”*.

Y hoy Cristo responde con claridad: **no estás solo**, Dios no se ha ido, Dios está, Dios permanece, Dios acompaña. El Espíritu Santo es precisamente eso: el que está al lado, el que sostiene, el que consuela, el que da fuerza cuando ya no la hay. Por eso, esta jornada no es solo para *“hablar de los enfermos”*, sino para mirar la enfermedad desde dentro del



Evangelio. Y aquí encaja perfectamente la imagen que este año nos propone el Papa: el buen samaritano. Una imagen muy concreta: alguien que no pasa de largo, que se detiene, que se acerca y que carga con el otro. Porque el amor cristiano no es teórico, sino que se traduce en gestos, en tiempo, en presencia y en cercanía real.

Y todo esto no puede quedarse solo en una idea bonita o en unas palabras piadosas. Tiene una consecuencia muy concreta: la Iglesia está llamada a parecerse a esa posada de la parábola del buen samaritano, el lugar al que llega quien está herido para encontrar acogida, cuidado, consuelo y compañía, porque una comunidad cristiana de verdad no es solo la que celebra, sino también la que se acerca al que sufre y no lo deja solo. Y eso, gracias a Dios, lo vemos también en nuestra diócesis. Por eso hoy quisiera detenerme especialmente en algo que es de justicia y también de fe: el agradecimiento.

Gracias, en primer lugar, a la **pastoral de la salud** de nuestra diócesis por ese trabajo callado, constante, muchas veces invisible. Por tantas visitas a los enfermos, por tanta escucha, por tanta presencia que no hace ruido, pero que sostiene la fe de muchas personas.

Gracias también de manera muy especial a quienes servís en los **hospitales**, capellanes y voluntarios: allí donde el sufrimiento se hace más intenso, más crudo, más humano; allí donde una palabra, una mano, una oración..., lo cambian todo. Allí estáis siendo Iglesia viva.

Y permitidme también una mención a la **Hospitalidad de Lourdes**. Pronto realizaréis vuestra peregrinación anual, y no es un viaje más, sino una expresión muy clara de lo que estamos celebrando hoy: llevar a los enfermos, acompañarlos, ponerlos en el centro y hacer visible que la Iglesia camina con ellos. Eso no es solo organización. Eso es Evangelio vivido.

Y termino. La Pascua del enfermo nos anima hoy a hacernos una pregunta muy sencilla: cuando aparece el sufrimiento, ¿pasamos de largo o nos detenemos? Porque una comunidad verdaderamente cristiana no es la que mira desde lejos, sino la que se acerca, acompaña y sostiene.

Y a vosotros, los que sufrís, quiero deciros que vuestra vida tiene un valor inmenso. No sois un peso ni una presencia secundaria. En vuestra fragilidad, Cristo sigue haciéndose presente de una manera misteriosa pero real.

Pidámosle hoy al Señor que no se nos enfríe nunca el corazón; que sepamos reconocerlo en quien sufre y servirle con cercanía y compasión. Y que jamás olvidemos esto: Cristo vivo camina con nosotros y permanece en medio de su Iglesia. Por eso, incluso en las horas más difíciles, sabemos que la última palabra no la tiene la oscuridad, sino la vida nueva que Él nos ha traído. Amén.

Homilía en el día de las familias del Seminario

Capilla del Seminario diocesano, 10 de mayo de 2026

Queridos formadores del Seminario y seminaristas, sacerdotes concelebrantes, confirmandos, queridas familias:

Hoy celebramos varias cosas importantes. Celebramos vuestra Confirmación y también el día de las familias del Seminario. Y, en el fondo, ambas cosas tienen mucho que ver porque nadie llega a la fe completamente solo; todos necesitamos personas que nos ayuden a crecer, que nos acompañen, que nos enseñen a rezar, que nos lleven a la iglesia y que nos sostengan cuando la fe se enfría. Y eso normalmente empieza en casa. Por eso tiene sentido que hoy estén aquí las familias.

En la primera lectura hemos escuchado cómo los apóstoles imponían las manos sobre aquellos que ya habían sido bautizados y entonces recibían el Espíritu Santo. A primera vista podría parecer una ceremonia más, un gesto sencillo sin demasiada importancia, pero en realidad estaba ocurriendo algo profundo: Dios actuaba en sus vidas y les daba una fuerza nueva. Y eso mismo sucede hoy con vosotros. Dentro de unos momentos vais a recibir el Espíritu Santo. Probablemente no sentiréis nada espectacular ni viviréis una emoción extraordinaria, pero eso no significa que no esté pasando nada importante. La fe no depende solo de lo que uno siente en un momento concreto. Las cosas más importantes de la vida casi nunca empiezan haciendo mucho ruido. Crecen poco a poco, desde dentro, y muchas veces solo se descubren cuando uno es capaz de hacer un poco de silencio en medio de tantas cosas que continuamente nos distraen. Y eso es lo que Dios quiere comenzar hoy en vosotros: ayudaros a vivir de otra manera, a pensar antes de actuar y a tomar mejores decisiones.

Es precisamente ahí, en medio de la vida real y de las decisiones concretas de cada día, donde el Espíritu Santo actúa. Porque hay situaciones que sacan a la luz quién eres de verdad: cuando hay que tomar una decisión difícil, cuando todos hacen una cosa y tú sabes que no está bien, cuando cuesta decir la verdad, cuando uno se siente perdido o cuando parece más fácil pasar de todo. Ahí es donde actúa el Espíritu Santo. No hace magia, pero sí da luz, fuerza y dirección. Más en concreto: el Espíritu Santo es Dios empujándote por dentro hacia lo mejor de ti mismo.

El Evangelio empieza con una frase muy sencilla: *“Si me amáis...”*. Y eso es importante porque Jesús no quiere seguidores “por costumbre”. La fe no es simplemente hacer cosas porque toca, no es ir a catequesis un tiempo y luego desaparecer. La fe es una relación con Jesús. Y la Confirmación significa precisamente esto: que llega un momento en que la fe deja de ser solo “la fe de tus padres” o “la fe de cuando eras pequeño” y empieza a ser tuya. O al menos empieza la posibilidad de que sea tuya, porque Dios no obliga a nadie.

Y hoy celebramos esta misa en el Seminario, lo cual es muy importante. Un seminario no es un edificio raro donde viven chicos raros: los seminaristas también usan móvil, se cansan, tienen dudas y alguno probablemente también deja la habitación desordenada. Un seminario es un lugar donde algunos jóvenes intentan preguntarse en serio qué quiere Dios de ellos. Y esa pregunta, en realidad, deberíamos hacérsela todos, porque todos tenemos una vocación, todos estamos llamados a algo. No todos al sacerdocio, claro, pero sí a vivir la vida con sentido, no simplemente dejándonos llevar. Y ahí el Espíritu Santo tiene mucho que decir, porque el Espíritu Santo no te deja instalado cómodamente: a veces te remueve por dentro, te hace pensar, te hace dar pasos, te hace preguntarte si estás viviendo como de verdad quieres vivir.

Y aquí quiero decir algo a las familias. Muchas veces os preocupáis muchísimo por el futuro de vuestros hijos: qué van a estudiar, cómo les irá, si tendrán trabajo, si serán felices...



Y todo eso es lógico, pero hoy quizá habría que añadir otra pregunta: ¿les ayudamos también a preguntarse qué quiere Dios de ellos? Porque a veces queremos mucho a nuestros hijos, pero nos da miedo que Dios les pida algo grande. Y, sin embargo, cuando Dios llama, nunca quita nada bueno. Al contrario: lleva a cada uno a ser quien realmente está llamado a ser.

La segunda lectura nos decía que Cristo fue *“vivificado en el Espíritu”*, es decir, el Espíritu Santo llena la vida de una fuerza nueva y hace que uno empiece a vivir de verdad, no simplemente a ir tirando. Porque hoy es muy fácil vivir distraído; hay gente que nunca se despegas del móvil, que siempre está conectada o rodeada de cosas, pero que por dentro muchas veces está bastante perdida. Mucha pantalla, mucha imagen, mucho ruido, muchas opiniones, pero poca paz, poca claridad y poca profundidad. Y el problema es que uno puede acostumbrarse a vivir así: pasando el tiempo y siguiendo lo que hace todo el mundo, sin preguntarse hacia dónde va su vida. Por eso el Espíritu Santo es tan importante, porque viene precisamente a despertarnos por dentro, a ayudarnos a pensar, a tener criterio propio, a buscar lo que merece la pena y a descubrir que vuestra vida está llamada a algo mucho más grande que simplemente dejarse llevar.

Termino. Dentro de unos años quizá no recordéis casi nada de esta celebración. Tal vez se olviden las fotos, las canciones, algunos nombres o incluso muchas palabras de esta misa, pero ojalá no olvidéis nunca una cosa: hoy Dios ha pasado por vuestra vida y os ha llamado a algo más grande. Porque la cuestión no es simplemente haberse confirmado. La cuestión es qué vais a hacer con vuestra vida: podéis vivir dejándoos llevar, buscando solo quedar bien por fuera mientras por dentro uno se va vaciando poco a poco, o podéis atreveros a vivir de verdad: con fe, con personalidad, con criterio y con un horizonte mucho más grande que simplemente “ir tirando”. Porque, al final, lo más triste no es equivocarse. Lo más triste es pasar por la vida sin descubrir todo lo bueno que Dios podía haber hecho en vosotros.

Queridos confirmandos: ojalá hoy quede dentro de vosotros una pequeña inquietud que no se apague fácilmente, la inquietud de no conformaros con una vida cualquiera. Y eso vale para todos los seminaristas porque una vocación no se sostiene solo estudiando o haciendo cosas, sino dejando que Dios siga hablando por dentro sin apagar nunca esa pregunta: “Señor, ¿qué quieres de mí?”. No perdáis nunca esa pregunta, porque quien se atreve a escucharla de verdad, aunque a veces le cueste, termina descubriendo una vida mucho más grande de lo que había imaginado. Amén.

Homilía en la fiesta de San Juan de Ávila

Concatedral, 11 de mayo de 2026

Queridos hermanos sacerdotes; sacerdotes que hoy celebráis vuestras bodas sacerdotales; seminaristas; miembros de la vida consagrada; hermanos todos:

Celebramos hoy la fiesta de San Juan de Ávila, maestro de sacerdotes, hombre enamorado de Cristo y apóstol incansable del Evangelio. Y lo hacemos, además, en un contexto muy concreto para nuestra diócesis: en sede vacante, caminando juntos en un tiempo que nos pide serenidad, fidelidad y esperanza.

Esta celebración tiene hoy un tono especialmente fraterno y agradecido. Damos gracias a Dios por los sacerdotes que celebran sus bodas sacerdotales, por tantos años vividos al servicio del pueblo de Dios; años marcados también por el cansancio y las dificultades, pero sostenidos por esa alegría serena que nace cuando uno descubre que merece la pena ofrecer la vida por Cristo y por su Iglesia.

Y creo que hoy la diócesis tiene que decir algo muy sencillo, pero muy importante: gracias a todos vosotros, sacerdotes del presbiterio diocesano, gracias por sostener la vida de nuestras comunidades muchas veces en circunstancias difíciles, gracias por seguir sirviendo incluso cuando faltan las fuerzas, el reconocimiento o los resultados visibles, gracias por vuestra perseverancia en la vocación.

Es verdad que atravesamos un tiempo exigente y que no podemos cerrar los ojos ante ciertas dificultades: la secularización creciente, la despoblación de nuestra tierra, el envejecimiento de muchas comunidades o la falta de vocaciones son realidades que pesan y que sentimos con preocupación. Pero sería un error mirar la vida de la Iglesia sólo desde lo que parece debilitarse, porque Dios sigue actuando también en medio de esta fragilidad. Sigue habiendo una fe humilde y perseverante que resiste, comunidades que continúan reuniéndose para celebrar y rezar, personas que siguen esperando cada semana la llegada de su sacerdote y pueblos donde, aunque aparentemente todo parezca pequeño y frágil, la llama de la fe permanece encendida.

Las lecturas que hemos escuchado nos ayudan precisamente a mirar nuestra misión desde esa clave.

En los Hechos de los Apóstoles vemos a Pablo y Bernabé anunciando el Evangelio con valentía. Encuentran rechazo, dificultades e incomprensiones, pero no se detienen. Hay una frase muy significativa: *“La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región”*. Eso es lo verdaderamente importante: que la Palabra de Dios sigue abriéndose camino también hoy, también en nuestra diócesis, en nuestras parroquias de la ciudad y en las de los pueblos pequeños esparcidos entre pinares, campos y sierras. Quizá sin el brillo o la fuerza externa de otros tiempos, pero de manera real y profunda; en lo cotidiano, en tantos gestos silenciosos que quizás nadie ve ni reconoce, pero que a diario sostienen la vida de la Iglesia.

El Evangelio, por su parte, nos recuerda algo esencial para todo sacerdote. Jesús no nos pide ser influyentes o exitosos según los criterios del mundo. Nos pide ser “sal” y “luz”, y eso es muy significativo: la sal no existe para sí misma, sino que está para dar sabor; la luz no se ilumina a sí misma: está para alumbrar el camino. Y así debería entenderse siempre el ministerio sacerdotal. El sacerdote no está llamado a ocupar el centro, sino a ayudar a que Cristo ocupe el centro. No está para crear un mundo alrededor de sí mismo o de una determinada sensibilidad. Toda realidad eclesial (los grupos, las iniciativas, los movimientos, las actividades pastorales) tiene sentido únicamente si conduce al encuentro personal con Cristo, si fortalece la comunión y si impulsa la evangelización. Porque cuando una pastoral gira demasiado alrededor de determinadas dinámicas particulares, existe el riesgo de fragmentar la comunidad y de perder de vista lo esencial. El sacerdote está llamado, más bien, a servir la unidad, a ensanchar la comunión y a hacer crecer una Iglesia donde nadie trabaje para sí mismo, sino para el Evangelio.



San Juan de Ávila entendió esto de manera admirable. Fue un sacerdote profundamente enamorado de Jesucristo, apasionado por la predicación, austero, orante y con una enorme preocupación por la formación del clero y por las vocaciones. Supo ver que la renovación de la Iglesia comenzaba por sacerdotes bien formados y centrados en lo esencial. Y eso sigue siendo verdad hoy, porque podemos reorganizar estructuras, impulsar proyectos pastorales o buscar nuevos métodos (y todo eso puede ser necesario), pero el futuro de la Iglesia pasa, sobre todo, por la santidad, la fidelidad y la autenticidad de quienes la servimos.

Por eso quisiera detenerme en este día de fiesta en algo particularmente importante: las vocaciones y nuestro Seminario. Nuestra diócesis necesita sacerdotes que amen esta tierra, con sus pueblos pequeños, sus distancias y su manera sencilla y honda de vivir la fe. Y no sirve instalarse ni en el lamento ni en la resignación. Las vocaciones no nacen sólo de estrategias o propuestas bien organizadas que, sin duda, tienen su valor; una vocación nace, sobre todo, cuando una persona se encuentra con Cristo y aprende a escuchar su llamada en profundidad. Por eso debemos cuidar mucho que la propuesta vocacional que podamos hacer a los jóvenes no se quede únicamente en experiencias intensas, sino que ayude realmente a madurar la fe, y madurar la fe significa pasar de una vivencia solamente emocional o individual a una relación consciente y perseverante con el Señor, sostenida en la oración, en los sacramentos, en la escucha de la Palabra de Dios e insertada en la vida concreta de la comunidad eclesial; sólo así una llamada puede echar raíces profundas y sostenerse con verdad a lo largo del tiempo.

Hermanos sacerdotes, tenemos que volver a hablar de la vocación con naturalidad y con esperanza, tenemos que acompañar más a los jóvenes y tenemos que cuidar el Seminario diocesano como una responsabilidad de toda la Iglesia diocesana, porque cuando en una diócesis deja de escucharse la llamada al sacerdocio, poco a poco corre el riesgo de apagarse algo muy profundo en la vida misma de la comunidad cristiana.

Quizá a veces damos por supuesto que las vocaciones “ya no vienen”, pero Dios sigue llamando. La cuestión es si existen ambientes donde esa llamada pueda escucharse, madurar y ser acogida. Creo sinceramente que no nos faltan motivos, pequeños quizá, discretos todavía, pero reales, para mirar el futuro con esperanza. El Señor sigue moviendo el corazón de algunos jóvenes sorianos. Sigue habiendo quienes, en medio de tantos caminos posibles, se preguntan si Dios los llama a entregar su vida en el sacerdocio y miran hacia nuestro Seminario mayor con una inquietud nueva y sincera. Una sola vocación es siempre un signo de que Dios no se ha cansado de llamar ni ha dejado de mirar con amor a nuestra diócesis. Y esas semillas nuevas necesitan ser cuidadas entre todos: con oración, con cercanía, con acompañamiento y también con nuestro testimonio sacerdotal. Esto es especialmente hermoso en una diócesis pequeña como la nuestra, donde una sola vocación no es simplemente una noticia más, sino un motivo de honda alegría para todo el pueblo de Dios.

Queridos hermanos sacerdotes: nuestra diócesis nos necesita, nos necesita cercanos, disponibles y capaces de seguir acompañando a la gente en sus alegrías y en sus heridas. La diócesis necesita nuestro ministerio, sí, pero sobre todo necesita nuestro corazón de pastores. Y quizá hoy sea bueno recordar que, aunque a veces el cansancio pese y los frutos no sean inmediatamente visibles, el Señor nunca deja sin fecundidad una vida entregada al Evangelio. Todo lo que los sacerdotes vivimos con amor termina dando vida a otros de maneras que muchas veces ni siquiera llegamos a imaginar.

Quizá no vivimos tiempos fáciles, pero tampoco fueron fáciles los de los apóstoles ni los de San Juan de Ávila. Y, aun así, siguieron anunciando el Evangelio porque habían descubierto algo más fuerte que el cansancio o la incertidumbre: que Cristo nunca abandona a los suyos. Por eso hoy, en esta fiesta sacerdotal, las palabras del salmo adquieren una hondura especial: *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*. Cuántas veces un sacerdote sólo puede sostenerse desde la certeza humilde de que el Señor lo acompaña y no lo deja solo: un sacerdote no permanece en pie por sus fuerzas, sino por esa confianza serena de saberse sostenido por Cristo. Que San Juan de Ávila nos ayude a seguir siendo sacerdotes con el corazón puesto en Cristo y en la gente. Y que nunca olvidemos que, al final, lo único que permanece es el bien que hayamos hecho, la fe que hayamos ayudado a sostener y las personas a las que hayamos acercado un poco más a Dios.

Homilía en la vigilia de Pentecostés

Catedral, 23 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Muchas veces pensamos que las personas cambian poco, que el corazón humano termina acostumbrándose a vivir siempre igual, con sus rutinas, sus cansancios y también sus heridas. Y, sin embargo, Pentecostés nos recuerda precisamente lo contrario: que Dios puede renovar una vida, abrir caminos nuevos y devolver esperanza incluso allí donde parecía que todo estaba apagado. Esta tarde vamos a contemplar precisamente eso en la celebración del bautismo y de la confirmación de estos adultos que, después de un camino personal de búsqueda y de fe, han decidido dar un paso importante en su vida cristiana.

Porque eso es, en el fondo, lo que celebramos en Pentecostés: que Dios no se ha cansado del hombre y que sigue buscando, llamando y levantando vidas, y las lecturas que acabamos de escuchar lo expresan con una fuerza extraordinaria.

La primera lectura, la visión de los huesos secos del profeta Ezequiel, es una de las páginas más conmovedoras de la Biblia. Aquel valle lleno de huesos habla de una humanidad agotada, vacía y sin esperanza. Siendo sinceros, muchas veces también nosotros conocemos algo de ese cansancio interior. Hay personas que aparentemente lo tienen todo y, sin embargo, viven por dentro con una enorme sequedad porque hay heridas, fracasos, pecados y decepciones que van apagando el alma poco a poco.

Y entonces Dios hace una pregunta desconcertante: *“¿Podrán revivir estos huesos?”* Humanamente era imposible. Pero precisamente ahí actúa el Espíritu de Dios: entrando en las vidas apagadas y despertando de nuevo un corazón que se había resignado a vivir sin esperanza. Y esto tiene mucho que ver con lo que esta tarde vais a recibir quienes os acercáis al bautismo y a la confirmación, porque recibir estos sacramentos siendo adultos tiene una fuerza muy particular. Nadie está aquí simplemente porque “toca”, ni por costumbre social, ni porque lo decidió otro. Hay detrás un camino, preguntas, búsquedas, luchas interiores, quizá también heridas y dudas. Y precisamente por eso esta celebración tiene una gran belleza: porque manifiesta que Dios sigue abriéndose camino en medio de la vida real.



El bautismo no es un rito decorativo. Es algo serio y muy grande: es dejar que Dios entre en la propia existencia y aceptar que uno no puede salvarse solo. Y eso exige humildad, porque hay momentos en la vida en los que uno descubre que, por mucho que tenga, por mucho que corra o intente llenarse de cosas, el corazón sigue teniendo una sed que nada termina de apagar. El bautismo es abrirle la puerta a Cristo para que entre precisamente ahí, en lo más profundo de la vida y encienda una luz nueva donde hay cansancio y oscuridad.

Y la confirmación no es un simple complemento religioso, sino el don del Espíritu Santo para vivir la fe con fortaleza y perseverancia en medio del mundo real, con sus dificultades y contradicciones. Porque creer cuando todo resulta fácil es sencillo; lo difícil es mantener la esperanza cuando llegan las dudas, el sufrimiento y el cansancio. Y precisamente ahí actúa el Espíritu Santo: no alejándonos de la vida real, sino dándonos fuerza para vivirla de otra manera, con más verdad y más paz.

A veces se piensa que creer es apoyarse en sentimientos pasajeros o buscar momentos intensos, pero san Pablo, en la carta a los Romanos, nos ha mostrado algo mucho más hondo. Dice que el Espíritu *“intercede por nosotros con gemidos inefables”*, es decir, que incluso cuando nosotros no sabemos rezar, cuando estamos confundidos, cansados o rotos por dentro, Dios sigue actuando en el interior del corazón humano. Esto significa que la fe adulta no consiste en vivir siempre momentos intensos o sentirse continuamente motivados, sino en mantenerse fieles también cuando la vida se vuelve más difícil.

Y quizá por eso el Evangelio de esta tarde resulta tan actual: *“Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba”*. Qué palabra tan verdadera: sed. Hay mucha sed escondida en el corazón humano: sed de sentido, sed de paz, sed de amor verdadero, sed de esperanza, sed de una vida que no se reduzca simplemente a trabajar, consumir, distraerse y dejar pasar los años. Y muchas veces intentamos apagar esa sed con cosas que terminan dejando todavía más vacío el corazón. Ocurre un poco como cuando alguien bebe agua salada: cuanto más bebe, más sed tiene. Hay cosas que prometen mucho, pero no pueden sostener de verdad la vida interior del ser humano. Sólo Cristo puede llegar hasta esa sed profunda que llevamos dentro. Él no nos promete una felicidad superficial ni una vida sin problemas. Lo que promete es algo mucho más profundo: una fuente interior que no se seca, una vida sostenida desde dentro por Dios mismo.

Y fijaos en algo muy importante: Jesús no dice simplemente “venid y bebed”, sino que añade: *“de sus entrañas manarán ríos de agua viva”*, es decir, quien recibe de verdad el Espíritu termina convirtiéndose también en fuente para otros. Un cristiano auténtico no vive encerrado en sí mismo. Lleva paz, lleva esperanza, lleva luz, lleva fortaleza, no porque sea perfecto, sino porque Dios actúa en él. Y esto es especialmente importante esta tarde para quienes vais a recibir el bautismo y la confirmación. La Iglesia no os pide que seáis ya personas perfectas; os pide algo mucho más verdadero: que dejéis actuar a Dios en vuestra vida, que no le cerréis el corazón y que os toméis en serio de ahora en adelante esta fe que hoy recibís o confirmáis.

Porque el Espíritu Santo no hace desaparecer de golpe los problemas, las preocupaciones o las heridas de la vida. Pero sí cambia profundamente a la persona por dentro. Da fuerza para levantarse cuando uno cae, da paz en medio de las dificultades y ayuda a no vivir encerrado en el desánimo o la superficialidad. Muchas veces el cambio no ocurre haciendo

menos difícil la vida, sino haciendo más fuerte el corazón.

Dentro de unos momentos veremos gestos sencillos: agua, óleo, imposición de manos..., pero esta tarde no asistimos simplemente a una ceremonia. Dios actúa, entra en la vida de las personas, despierta la fe y derrama su Espíritu. Y eso significa que nunca debemos pensar que una persona ya no puede cambiar o que la fe es solo una cosa del pasado. Pentecostés nos recuerda precisamente lo contrario: que cuando una persona le abre de verdad el corazón a Dios, siempre puede comenzar en ella algo nuevo. Amén.

Homilía de Pentecostés (Conclusión del Retiro de Emaús hombres)

Capilla del Seminario, 24 de mayo de 2026

Queridos hermanos: saludo cordialmente a mis hermanos sacerdotes y seminaristas y, de manera muy especial, a vosotros, caminantes de este retiro de Emaús que hoy llega a su meta: ¡Feliz Domingo de Pentecostés!

Hoy es un día de inmensa alegría para toda la Iglesia porque celebramos el cumplimiento de la promesa del Padre: la venida del Espíritu Santo. Pero esta coincidencia litúrgica no es una casualidad para vosotros. Al igual que los discípulos de la primera lectura, que se encontraban reunidos en el Cenáculo, vosotros venís hoy de pasar unos días retirados del ruido del mundo. Habéis hecho vuestro propio camino de Emaús, habéis caminado quizás con el corazón cansado o cargado de preguntas, y en estos días os habéis encontrado con el Señor Resucitado al compartir la vida y al partir el pan. Vuestros corazones, que quizás llegaron fríos o endurecidos por las batallas de la vida, hoy arden con un fuego nuevo.

El Evangelio de san Juan que acabamos de escuchar nos sitúa en una escena con la que cualquier hombre de hoy se puede sentir identificado. Los discípulos estaban escondidos en una casa, con las puertas bien cerradas por miedo. Muchas veces, los hombres de nuestro tiempo también vivimos así, con las puertas del corazón cerradas por dentro. Cerramos los cerrojos por miedo a ser vulnerables, por las heridas del pasado, por el orgullo de querer solucionarlo todo solos, o simplemente por el cansancio de las exigencias diarias. Nos ponemos una armadura ante la sociedad, ante nuestras familias e incluso ante Dios.

Sin embargo, a Jesucristo no le importan nuestros cerrojos ni nuestras paredes. Él traspasa esos muros que construimos para protegernos y se pone en medio de nuestras vidas para decirnos con ternura y autoridad: *“Paz a vosotros”*. A sus apóstoles no les echa en cara que lo abandonaran en la cruz; no viene a juzgar sus debilidades, sino a traerles la paz que sana la culpa y el miedo. Y tras mostrarles las llagas de sus manos y de su costado, realiza el gesto creador: sopló sobre ellos y les dijo: *“Recibid el Espíritu Santo”*.

Queridos caminantes, este fin de semana Jesús ha soplado sobre vuestras vidas, ha entrado en vuestras habitaciones más oscuras, ha disipado vuestros temores como hombres, como esposos, como padres y como hijos, y os ha devuelto la alegría de saberos profundamente amados.

Ese sopro divino es el que transforma radicalmente la realidad, como nos ha narrado el



libro de los Hechos de los Apóstoles. Cuando llega el día de Pentecostés, el Espíritu irrumpe como un viento recio y en forma de lenguas de fuego. Ya no hay espacio para el miedo. Las puertas del Cenáculo se abren de par en par y aquellos hombres, que antes temblaban, salen a la plaza pública a proclamar las maravillas de Dios. Y sucede el gran milagro de la comunión: personas de todas las lenguas y naciones los entienden perfectamente.

Esto nos deja una enseñanza fundamental para vuestra vida a partir de mañana. Los apóstoles no se quedaron a vivir dentro del Cenáculo regodeándose en lo hermoso que había sido el momento. El Espíritu Santo no vino para que se encerraran en un grupo privado, sino para empujarlos hacia afuera. El retiro de Emaús que habéis vivido ha sido un oasis necesario, pero no es una meta en sí mismo ni un lugar para construir un núcleo aislado del resto. San Pablo nos lo explica magistralmente en la segunda lectura: *“Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor”*. Cada uno de vosotros ha recibido una gracia única, pero esa gracia es para el bien común.

Haber vivido Emaús significa integrarse con más fuerza, humildad y generosidad en el tejido vivo de nuestra Iglesia. Vuestros dones están llamados a desplegarse en la comunidad parroquial, compartiendo la fe con los jóvenes, con los mayores, con los enfermos y con tantos otros hermanos que no han vivido este retiro pero que caminan a vuestro lado. Ya no sois hombres aislados que luchan en soledad, sino miembros activos del Cuerpo de Cristo. La Iglesia entera os necesita despiertos, activos y comprometidos en sus realidades cotidianas.

El salmo 103 que hemos recitado exclamaba con fuerza: *“Envías tu espíritu y repueblas la faz de la tierra”*. Ese es el envío que el Señor os hace hoy a cada uno de vosotros al terminar esta Eucaristía. Dentro de unas horas volveréis a vuestra vida cotidiana. Nadie os recibirá con aplausos. Os esperarán los mismos problemas, las mismas preocupaciones y quizá las mismas heridas de siempre. Pero hay una diferencia: ahora sabéis que Cristo está vivo y que no camina lejos de vosotros.

Pentecostés no consiste en sentir algo intenso durante un fin de semana, sino en dejar que el Espíritu Santo cambie de verdad vuestra manera de vivir, porque un hombre tocado por Dios no puede seguir tratando igual a su familia, mirando igual sus heridas ni viviendo igual su fe.

Y quizá el signo más claro de que este retiro ha sido verdadero no será lo que habéis sentido aquí, sino lo que ocurra después: cuando sepáis amar más, escuchar más, perdonar más y servir más. Ahí es donde el Espíritu Santo empieza a notarse de verdad.

La Iglesia y el mundo no esperan hombres perfectos, porque no existen. Necesita más bien hombres con fortaleza, sí, pero también con alma, hombres capaces de sostener a otros sin esconder sus propias heridas.

Que María, la Madre del Cenáculo, os enseñe a conservar encendido este fuego incluso en los días difíciles. Y que nunca olvidéis esto: Dios no os ha traído hasta aquí para dejaros igual. Amén.

Homilía en la clausura del curso con los profesores de religión

Parroquia de San José (Soria), 25 de mayo de 2026

Queridos profesores de religión, queridos hermanos:

Celebramos hoy la clausura de un curso académico y lo hacemos en una memoria muy significativa: la de María, Madre de la Iglesia. Y quizá sea providencial que terminemos el curso mirando precisamente a una madre, porque la educación, en el fondo, tiene mucho de maternidad: acompañar, cuidar, sostener, corregir, esperar, sembrar incluso cuando no se ven inmediatamente los frutos.

Las lecturas de hoy nos sitúan entre dos escenas muy distintas, pero profundamente unidas.

La primera lectura, del Génesis, nos presenta al ser humano escondido. Adán ha pecado y se oculta. Y entonces resuena una pregunta de Dios que atraviesa toda la historia: “¿Dónde estás?”. No es una pregunta para humillar, sino para rescatar, y es que Dios busca al hombre incluso cuando el hombre se ha alejado.

Esa pregunta sigue resonando también hoy en nuestras aulas, en tantos adolescentes y jóvenes, e incluso en muchos adultos: “¿Dónde estás?”. Hay muchos chicos aparentemente conectados con todo, pero profundamente desorientados, jóvenes con mucha comunicación, pero desesperanzados.

Y precisamente ahí aparece vuestra misión. La clase de religión no es simplemente transmitir unos contenidos culturales o explicar unas tradiciones religiosas. Todo eso es importante, sí, pero vuestra tarea va más al fondo: ayudar a abrir preguntas, ayudar a descubrir que la vida tiene una verdad y una esperanza más grandes que el simple éxito, el consumo o la apariencia.

Muchas veces sembráis en silencio y no siempre es fácil; hay cansancio, burocracia, ambientes complicados, indiferencia religiosa, alumnos desmotivados, la sensación de que lo espiritual interesa poco... Y ante esto, a veces uno puede preguntarse si merece la pena.

Y, sin embargo, el Evangelio de hoy nos lleva al Calvario; allí, junto a la cruz, permanece María, no solucionando el sufrimiento, no evitando el dolor, sino permaneciendo, y eso es importantísimo, porque una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo es marcharse cuando las cosas no dan resultados rápidos. Pero María permanece. Y desde la cruz, Jesús entrega a su Madre: “Ahí tienes a tu hijo”. Y al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. En ese momento nace algo nuevo: nace la Iglesia como familia reunida junto a la cruz. Y María aparece como Madre de todos los discípulos.

También vosotros formáis parte de esa misión maternal de la Iglesia. En medio de una sociedad que muchas veces vive como si Dios no existiera, vuestra presencia en la escuela sigue siendo importante, no sólo por lo que enseñáis, sino por cómo miráis, cómo acompañáis, cómo escucháis y cómo permanecéis cerca de tantos alumnos que, aunque a veces no lo expresen, necesitan referencias verdaderas.

Un profesor de religión no es simplemente alguien que explica una asignatura, sino



un testigo. Y los jóvenes detectan enseguida cuándo alguien habla sólo de ideas y cuándo habla desde una fe vivida con verdad.

Quizá no siempre veréis los frutos, probablemente muchos no los veréis nunca, pero eso no significa que no existan: hay palabras que quedan grabadas años después, hay gestos sencillos que un alumno recuerda toda la vida, hay clases aparentemente normales que terminan abriendo caminos interiores muy profundos.

Y hay otra cosa importante en las lecturas de hoy: del costado abierto de Cristo brotan sangre y agua. Los Padres de la Iglesia vieron ahí el nacimiento de la Iglesia y de los sacramentos, es decir, la Iglesia nace del amor entregado de Cristo. También vuestra misión educativa sólo puede sostenerse desde ahí, porque educar cristianamente no consiste únicamente en ofrecer herramientas para afrontar la vida con ciertos criterios positivos. La fe cristiana es mucho más que eso. La tarea del profesor de religión consiste, poco a poco y con sencillez, en acompañar a descubrir que el Evangelio no es una teoría ni una ayuda emocional, sino una verdad capaz de sostener y transformar la vida.

Por eso hoy, al terminar este curso, más que hacer simplemente balance de actividades o resultados, quizá conviene preguntarnos algo más hondo: ¿hemos ayudado a acercar un poco más a Cristo? ¿hemos sembrado esperanza? ¿hemos sido presencia serena de la Iglesia en medio de la escuela? ¿hemos vivido esta tarea como vocación y no sólo como profesión?

Hoy ponemos este curso bajo la mirada de María, Madre de la Iglesia. Ella conoció el cansancio, la incertidumbre y también la perseverancia silenciosa. Que ella os ayude a no desanimaros nunca, porque incluso en una sociedad distraída y muchas veces superficial sigue habiendo corazones que buscan algo verdadero y muchas veces Dios entra en ellos a través de personas concretas: un profesor, una conversación o una palabra sencilla dicha a tiempo.

Gracias por vuestro trabajo, gracias por seguir sembrando, muchas veces sin hacer ruido, y gracias por mantener abierta, en medio de la escuela, una ventana hacia Dios. Que María, Madre de la Iglesia, cuide vuestra vocación educativa y sostenga vuestra esperanza. Amén.

Homilía en la clausura del curso de la pastoral de la salud de Castilla

Capilla del Seminario diocesano, 26 de mayo de 2026

Queridos delegados:

Celebramos esta Eucaristía al final del curso pastoral y llegamos hasta aquí llevando dentro muchas historias vividas junto al sufrimiento humano: momentos de cansancio, situaciones que quizá nos han desbordado y también tantos gestos sencillos de cercanía y de fe callada que sostienen cada día la pastoral de la salud.

Y precisamente por eso las lecturas de hoy resultan muy oportunas. San Pedro nos ha recordado algo importante: *“Sed santos en toda vuestra conducta”*. Con frecuencia pensamos la santidad como algo extraordinario o difícil de alcanzar, pero en la pastoral de la salud aparece en formas muy sencillas y profundamente humanas. Muchas veces consiste simplemente en estar, estar con paciencia, escuchar sin prisa, sostener una mano y llevar esperanza

donde fácilmente puede instalarse el desánimo. Porque el enfermo no necesita sólo eficacia o soluciones técnicas; necesita sentirse mirado como persona y descubrir que su vida sigue teniendo dignidad incluso en medio de la fragilidad.

Vivimos en una sociedad que esconde el sufrimiento, que intenta apartarlo de la vista o reducirlo a un problema exclusivamente sanitario. Pero vosotros sabéis bien que la enfermedad toca dimensiones mucho más profundas: aparecen el miedo, la soledad, las preguntas sobre el sentido, la necesidad de reconciliación o el deseo de no sentirse abandonado. Y ahí la presencia de la Iglesia sigue siendo imprescindible.

A veces puede surgir la tentación del cansancio pastoral, de pensar que falta relevo, que las fuerzas disminuyen o que socialmente nuestra presencia pasa desapercibida. Y, sin embargo, el Evangelio de hoy tiene una fuerza muy especial para vosotros. Pedro le dice a Jesús: *“Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”*. En realidad, esa frase no sugiere sólo grandes renunciaciones heroicas, sino también tantas entregas pequeñas y silenciosas que sostienen cada día la pastoral de la salud: tiempo, cercanía, escucha y capacidad de acompañar el sufrimiento ajeno.

Y Jesús responde con una promesa sorprendente: nada de lo entregado por Él queda perdido. Eso es importante recordarlo hoy, porque muchas veces vuestro trabajo no produce resultados visibles o inmediatos: hay enfermos que no se curan, situaciones familiares que no mejoran o personas que siguen teniendo miedo, pero el Evangelio no mide sólo la eficacia, sino el amor con que se sirve.

Quizá una de las mayores pobreza de nuestro tiempo sea precisamente la soledad. Hay muchas personas rodeadas de tecnología o de información, pero profundamente solas cuando llega la enfermedad o la dependencia, y ahí vuestra misión adquiere un valor enorme: no lleváis únicamente una tarea organizativa o asistencial; lleváis una presencia, lleváis a Cristo cercano al que sufre. Y eso exige también cuidar la propia vida interior, porque nadie puede sostener durante mucho tiempo el dolor ajeno si no aprende a sostenerse antes en Dios. La pastoral de la salud puede desgastar mucho cuando se convierte sólo en gestión, pero cambia completamente cuando nace de la oración, de la Eucaristía y de la conciencia de que es Cristo quien sigue acercándose al enfermo a través de nosotros.

Por eso esta jornada de evaluación de final de curso no debería ser sólo una revisión de actividades, estadísticas o proyectos (que también son necesarios), sino una ocasión para preguntarnos algo más profundo: ¿seguimos siendo una presencia cercana y humana? ¿nuestras delegaciones mantienen vivo el rostro compasivo de Cristo?

En Castilla, además, conocemos todos una realidad especialmente delicada: pueblos pequeños, envejecimiento, dispersión, soledad de muchos ancianos y dificultad para llegar a todos. Precisamente ahí vuestra labor tiene todavía más valor, porque muchas veces una visita sencilla, una llamada o la comunión llevada a una casa se convierten para una persona en el signo concreto de que Dios no la ha olvidado.

La pastoral de la salud quizá nunca ocupará grandes titulares, pero toca uno de los “lugares” más sagrados de la vida humana: el sufrimiento vivido con dignidad y acompañado con amor. Y allí, muchas veces en silencio, la Iglesia muestra uno de sus rostros más verdaderos.



Pidamos hoy al Señor que nunca pasemos de largo ante el sufrimiento humano; que sepamos acercarnos, como el buen samaritano, con una mirada atenta, con manos dispuestas a cuidar y con un corazón lleno de humanidad y de fe. Y que quienes sufren puedan descubrir, a través de nuestra presencia, que Cristo sigue inclinándose hoy sobre las heridas del mundo. Amén.

Homilía en la clausura del curso pastoral

Parroquia de San Francisco, 28 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Celebramos hoy una fiesta muy hermosa y profundamente significativa: la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y la celebramos, además, en el contexto de esta jornada de final de curso pastoral, después de haber contemplado tantos rostros, tantos trabajos, tantas iniciativas y tantos esfuerzos realizados a lo largo de este año en nuestra diócesis.

Quizá precisamente por eso las lecturas de hoy adquieren una fuerza especial, porque todas ellas nos llevan al corazón mismo de la vocación cristiana: aprender a decirle a Dios, incluso en medio del cansancio o de la incertidumbre: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”*.

Eso es lo que vemos en Abrahán. La primera lectura nos presenta uno de los textos más impresionantes de toda la Escritura. Abrahán sube al monte dispuesto a ofrecer lo que más ama. Y más allá de la dificultad del pasaje, lo esencial es esto: Abrahán se fía de Dios incluso cuando no entiende del todo el camino.

La fe verdadera muchas veces pasa por ahí. No consiste sólo en creer cuando todo resulta fácil o claro. La fe madura aparece cuando uno sigue caminando incluso en medio de la oscuridad, del cansancio o de las preguntas. Y creo que algo de eso hay también en toda auténtica tarea pastoral, porque después de un curso entero podemos llegar cansados; hay cansancios visibles y otros más interiores; está el desgaste de las agendas, de los desplazamientos, de las reuniones, de las preocupaciones. Pero también existe ese cansancio silencioso que aparece cuando uno trabaja mucho y los frutos parecen pequeños; cuando se percibe la fragilidad de nuestras comunidades; cuando uno siente que las fuerzas no son las mismas o que los problemas son cada vez más complejos.

Y, sin embargo, seguimos aquí, y eso ya dice mucho, porque la Iglesia no se sostiene sólo por estrategias, ni por estructuras, ni siquiera por nuestras capacidades. La Iglesia se sostiene porque Cristo sigue actuando en medio de ella.

Precisamente eso celebra hoy esta fiesta: Cristo es el verdadero sacerdote. Él es quien sigue ofreciendo su vida por el mundo, Él es quien continúa sosteniendo a su pueblo, Él es quien sigue cargando con el dolor humano y presentándolo ante el Padre.

El Evangelio nos lleva esta tarde a Getsemaní, y ahí contemplamos algo muy importante: Jesús no vive el sufrimiento desde la frialdad ni desde una especie de fortaleza sobrehumana. Dice con total sinceridad: *“Mi alma está triste hasta la muerte”*. Es un Evangelio profundamente

humano. Jesús conoce la angustia, el miedo y el peso de la entrega. Pero precisamente ahí aparece lo decisivo: *“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*. Ahí está el corazón del sacerdocio de Cristo, y ahí está también el corazón de toda vida cristiana auténtica.

Porque servir en la Iglesia no consiste simplemente en realizar tareas, sino en aprender a ofrecer la propia vida, y eso vale para los sacerdotes, pero también para tantos laicos, religiosos, catequistas, voluntarios, visitantes de enfermos, personas que sostienen comunidades pequeñas o que trabajan silenciosamente en tantas realidades diocesanas.

Muchas veces hablamos de pastoral pensando sólo en actividades, pero la pastoral verdadera nace cuando una persona deja espacio a Dios y aprende a decir: *“Aquí estoy”*. Y quizá hoy sea un buen día para preguntarnos algo muy sencillo: ¿desde dónde estamos viviendo nuestra misión? Porque uno puede hacer muchas cosas y, sin embargo, ir vaciándose por dentro. La actividad sola termina agotando. Sólo Cristo sostiene el corazón. Por eso necesitamos volver continuamente al Señor y cuidar la raíz de nuestra fe, porque antes de cualquier tarea pastoral está la relación personal con Cristo.

Hoy hemos contemplado rostros concretos de entrega, de servicio y de fidelidad humilde, y eso merece ser agradecido. Quizá no hacemos cosas espectaculares, pero el Evangelio nunca comenzó desde lo espectacular. El Reino de Dios crece en lo pequeño, en lo escondido, en lo aparentemente frágil.

Y por eso esta Eucaristía de final de curso no es simplemente un cierre, sino una acción de gracias: damos gracias porque el Señor sigue caminando con nosotros y porque, incluso en medio de nuestras limitaciones, sigue suscitando generosidad, vocaciones de servicio y esperanza.

Dentro de unos momentos volveremos a escuchar las palabras de Jesús en la consagración: *“Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros”*. Ahí está el modelo de toda vida cristiana y de toda misión pastoral: una vida entregada. Pidámosle hoy al Señor que no nos deje caer en la rutina ni en el cansancio interior. Que nos conceda un corazón disponible y que, al terminar este curso pastoral, podamos volver a decir con sencillez y verdad las palabras del salmo: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”*. Amén.

Homilía en la clausura de los Centros de cultura popular

Iglesia de San Juan de Rabanera, 3 de junio de 2026

Queridos hermanos:

Saludo con afecto a los sacerdotes concelebrantes, a la Presidenta y responsables de los Centros de cultura popular y promoción de la mujer de nuestra diócesis, y a todas vosotras que hoy os habéis reunido para dar gracias a Dios al finalizar un nuevo curso.

Cada final de curso tiene algo de balance y algo de esperanza. Miramos hacia atrás y descubrimos muchas horas compartidas, encuentros, formación, amistad y crecimiento personal. Pero, al mismo tiempo, miramos hacia delante conscientes de que todo lo vivido no puede quedarse simplemente en una experiencia agradable o en una actividad más, sino



que está llamado a transformar nuestra vida cotidiana.

Y precisamente ahí conectan profundamente las lecturas que hemos escuchado hoy.

En el Evangelio, un escriba pregunta a Jesús cuál es el mandamiento principal y Jesús responde con una claridad desarmante: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todo tu ser; y amarás al prójimo como a ti mismo”*. En el fondo, toda auténtica formación cristiana conduce siempre a eso: aprender a amar mejor. Porque uno puede acumular conocimientos, hacer muchas actividades o participar en numerosos encuentros, pero si eso no nos hace más humanos, más cercanos, más sensibles al sufrimiento de los demás y más capaces de vivir desde Dios, entonces algo esencial falta todavía.

Los Centros de cultura popular nacieron precisamente con esa intuición tan profundamente cristiana y tan necesaria aún hoy: ayudar a las personas, especialmente a las mujeres, a crecer humana, cultural y espiritualmente; abrir horizontes; crear comunidad; combatir la soledad; despertar la conciencia; fortalecer la fe y ofrecer espacios donde sentirse acompañadas y valoradas.

Y eso tiene un enorme valor evangélico porque vivimos en una sociedad que sabe mucho de información, pero poco de sabiduría; mucho de comunicación inmediata, pero poco de encuentro verdadero; mucho de apariencia, pero poco de interioridad. Por eso resulta tan importante seguir cuidando espacios como estos, donde todavía es posible escucharse, dialogar, aprender juntos y descubrir que la fe ilumina también las cosas ordinarias de la vida.

San Pablo, en la segunda lectura, le dice a Timoteo: *“Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti”*. Esa frase puede servirnos también hoy a nosotros: reavivar el don de Dios, ¡qué necesario es esto!, porque la fe puede apagarse lentamente cuando uno se instala en la rutina o en la sensación de que ya nada merece demasiado la pena. Y, sin embargo, el Señor sigue sembrando posibilidades nuevas incluso en medio de nuestras fragilidades y limitaciones.

83

Quizás a veces penséis que vuestra aportación es humilde, pero la Iglesia se sostiene también gracias a esa fidelidad sencilla y silenciosa que rara vez aparece en los titulares y, sin embargo, mantiene viva la esperanza de tantos. Allí donde parece que todo se debilita, el testimonio de personas creyentes que siguen creando comunidad, cuidando las relaciones humanas y manteniendo viva la fe, resulta profundamente valioso.

Además, hay algo especialmente hermoso en vuestro carisma: unir promoción humana y vida cristiana. Porque el Evangelio nunca reduce a la persona. Al contrario: la dignifica, la eleva y la ayuda a desplegar lo mejor de sí misma. Allí donde una persona crece en humanidad, en cultura, en capacidad de relación, en sensibilidad hacia los demás y en apertura a Dios, allí también el Reino de Dios va abriéndose camino silenciosamente.

Por eso os animo a no perder nunca la identidad profunda de los Centros. No sois simplemente una asociación cultural ni un grupo que organiza actividades, sino una presencia cristiana llamada a humanizar la sociedad desde dentro. Y eso exige también cuidar la vida interior, porque el Evangelio de hoy nos recuerda que todo comienza amando a Dios *“con todo el corazón”*. La fe no puede sostenerse sólo desde la costumbre o la tradición, sino que

necesita el encuentro personal con Cristo, la oración, los sacramentos y una vida verdaderamente apoyada en el Señor. Sólo desde ahí podremos amar de verdad al prójimo, no de manera superficial o interesada, sino con paciencia, con gratuidad y con capacidad de entrega.

Al finalizar este curso, demos gracias a Dios por todo el bien sembrado de manera discreta y pidámosle también que os conceda seguir siendo mujeres capaces de sostener la esperanza, de crear comunión y de transmitir humanidad y fe en medio de nuestra sociedad.

Porque quizá hoy más que nunca hacen falta personas que recuerden, con su manera de vivir, que la cultura no consiste sólo en saber más, sino en aprender a vivir mejor; y que la promoción más grande que puede recibir una persona es descubrir que es amada por Dios y llamada a vivir con dignidad, esperanza y sentido.

Que la Virgen María, mujer creyente, sencilla y fuerte, acompañe vuestra tarea y os ayude a seguir llevando luz, cercanía y Evangelio a tantos ambientes de nuestra diócesis.

Homilía por los frutos de la visita del Papa

Iglesia de Santo Domingo, 5 de junio de 2026

Queridos hermanos:

Nos reunimos en esta iglesia de Santo Domingo, en el corazón de Soria, para orar juntos por la visita del Papa León que comienza mañana. Y no es un detalle pequeño hacerlo precisamente aquí, en esta iglesia marcada desde hace tanto tiempo por la oración silenciosa de las hermanas clarisas. Porque antes de cualquier gran acontecimiento eclesial, la Iglesia siempre empieza rezando; antes de organizar o de programar, la Iglesia se pone de rodillas.

Y eso es exactamente lo que estamos haciendo esta tarde. Hemos venido como familias, como matrimonios, como sacerdotes, como jóvenes, como creyentes de esta tierra soriana. Y venimos también como una diócesis que sigue caminando en sede vacante, quizá con algunas incertidumbres, quizá preguntándonos hacia dónde debemos caminar en el futuro.

Pero precisamente por eso resuena con tanta fuerza la palabra que hemos escuchado esta tarde: “Alza la mirada”. Porque cuando acostumbramos los ojos a mirar sólo hacia abajo, terminamos viendo únicamente aquello que preocupa, aquello que falta o aquello que parece deteriorarse. Y dificultades las hay, también entre nosotros: familias que luchan por mantenerse unidas, jóvenes que crecen sin referencias claras de fe y comunidades que sostienen la vida cristiana con esfuerzo y generosidad. Todo eso es real. Pero el Evangelio nos invita a no quedarnos prisioneros de las dificultades. *“Levantad los ojos y contemplad los campos”*, es decir, aprended a mirar con los ojos de Dios: a descubrir la semilla que ya está creciendo, la espiga que comienza a madurar y la cosecha que el Señor prepara silenciosamente mucho antes de que nosotros podamos verla.

Porque incluso en esta tierra nuestra, acostumbrada a la discreción y al silencio, Dios no ha dejado de escribir su historia. Sigue presente en la oración fiel de muchas personas, en la vida sencilla de nuestras parroquias, en matrimonios que perseveran, en abuelos que conservan y transmiten la fe, en sacerdotes y consagrados que sirven con generosidad y en



jóvenes que continúan preguntándose por el sentido de su vida. Son semillas que quizá no hacen ruido al crecer, pero de ellas brotan muchos de los frutos que sostienen hoy la vida de nuestra Iglesia.

Fijaos, quizá el primer peligro de nuestro tiempo no sea el odio a Dios y a las cosas de Dios, sino el cansancio interior de los creyentes, esa especie de resignación que nos hace pensar que ya no merece la pena esperar nada grande. Por eso esta vigilia es importante: porque viene a recordarnos que la Iglesia no vive de sus fuerzas, sino de la esperanza que nace de Cristo.

Después hemos alzado la mirada a la cruz.

Y la cruz nos recuerda esta tarde que el amor verdadero nunca es fácil, pero siempre es fecundo. Vivimos en una cultura que exalta la intensidad de los sentimientos, pero que con frecuencia olvida el valor de la permanencia; una cultura que aprecia lo inmediato, pero que comprende cada vez menos la belleza de la fidelidad mantenida día tras día. Sin embargo, Dios no nos ha salvado mediante un gesto espectacular de poder, sino mediante la entrega paciente de Cristo en la cruz.

Por eso, mirar la cruz es aprender que amar no consiste solamente en sentir, sino en permanecer; no consiste sólo en recibir, sino también en sostener; no consiste únicamente en compartir los días luminosos, sino en seguir caminando juntos cuando llegan la prueba, el cansancio o la oscuridad. El amor de Cristo no retrocede ante la dificultad, sino que la atraviesa y la transforma.

Y esta enseñanza vale para los matrimonios y las familias, vale para la Iglesia entera y vale también para nuestra diócesis. Porque nosotros conocemos bien la perseverancia silenciosa. Sabemos lo que significa mantener viva la fe en pueblos pequeños; sabemos lo que supone seguir sirviendo cuando las fuerzas parecen escasas; sabemos lo que es sembrar generosamente sin calcular los frutos. Siempre deberíamos trabajar con la humildad del sembrador que deposita la semilla en la tierra y espera.

Pero precisamente ahí se esconde una de las grandes lecciones del Evangelio. Cristo nunca prometió el éxito, sino la fecundidad. Y la fecundidad de Dios tiene casi siempre la forma del silencio: el silencio de la semilla enterrada, el silencio de la raíz que se fortalece, el silencio de la espiga que madura lentamente bajo el sol. Nada parece suceder y, sin embargo, la vida avanza. Así actúa también la gracia de Dios en la Iglesia, en las familias y en nuestros corazones: discretamente, pacientemente, hasta que llega el momento en que el fruto aparece y la cosecha sorprende incluso a quien sembró.

Luego hemos escuchado a los discípulos de Emaús: *“Quédate con nosotros”*. Pocas palabras hay en el Evangelio tan sencillas y, al mismo tiempo, tan profundamente humanas. Es la oración de quienes sienten que el día declina, de quienes caminan con preguntas sin respuesta, de quienes han conocido el cansancio de la esperanza y la oscuridad de la incertidumbre.

También nosotros nos parecemos muchas veces a aquellos discípulos. Hay momentos en que la fe pierde brillo, en que el corazón se vuelve más pesado y el camino parece más largo. Hay días en que uno se pregunta, quizá en silencio, dónde está Dios, por qué guarda

silencio o por qué parece tan lejano. Y, sin embargo, el Resucitado sigue haciendo lo mismo que hizo aquella tarde en el camino de Emaús: acercarse discretamente, ponerse a nuestro paso y caminar a nuestro lado. No llega imponiéndose ni reclamando atención. Llega con la delicadeza de quien espera pacientemente a ser reconocido. Muchas veces no advertimos su presencia, pero Él nunca deja de acompañarnos.

Y entonces aparece el momento decisivo: la mesa compartida, el pan partido, los ojos que se abren. Los discípulos reconocieron a Jesús en la Eucaristía. También nosotros necesitamos volver una y otra vez a esa fuente. Porque una familia no vive sólo de afectos, una diócesis no se sostiene únicamente por sus proyectos y un sacerdote o un consagrado no perseveran únicamente por la fuerza de su voluntad. Todos necesitamos algo más profundo: necesitamos a Cristo. Sin Él, poco a poco, el corazón se desgasta; con Él, incluso las cargas más pesadas encuentran sentido.

Por eso la Iglesia vuelve constantemente a la Eucaristía. Porque ahí no sólo recordamos a Cristo, sino que lo encontramos vivo. Ahí aprendemos nuevamente a confiar, a esperar y a comenzar de nuevo. Ahí experimentamos que nunca caminamos solos.

Y quizá esta iglesia de Santo Domingo, custodiada por la oración silenciosa de las hermanas clarisas, nos ayuda especialmente a comprenderlo. Porque existen realidades que sólo se comprenden desde el silencio. Hay una fuerza escondida en la adoración, una fecundidad misteriosa en la oración perseverante y una belleza inmensa en las vidas que, lejos del ruido, permanecen sencillamente junto al Señor. Como la llama discreta que vela día y noche ante el Sagrario, así la oración sostiene el mundo, acompaña el caminar de la Iglesia y mantiene encendida una esperanza que muchas veces nadie ve, pero de la que todos vivimos.

Finalmente, el Evangelio nos ha llevado hacia los demás: *“Cada vez que lo hicisteis con uno de estos pequeños, conmigo lo hicisteis”*. Es una de esas palabras de Jesús que nunca dejan de interpelarnos, porque nos recuerdan que Dios no sólo nos espera en el cielo ni únicamente en el silencio de la oración, sino también en el rostro concreto de nuestros hermanos.

Alzar la mirada hacia Dios no significa apartarla del mundo. Al contrario: cuanto más nos acercamos a Cristo, más aprendemos a mirar como Él mira. Y entonces comenzamos a descubrir sufrimientos que antes pasaban desapercibidos, heridas que nadie ve, soledades que nadie acompaña y búsquedas silenciosas que se esconden detrás de muchas vidas aparentemente satisfechas.

Vivimos en una sociedad llena de posibilidades y, sin embargo, profundamente necesitada de esperanza. Hay personas mayores que atraviesan los días en compañía únicamente de sus recuerdos; familias que intentan recomponer heridas antiguas; jóvenes que buscan un sentido capaz de llenar el corazón; hombres y mujeres que sonríen hacia fuera mientras por dentro cargan con una profunda soledad. Y precisamente ahí está el lugar del cristiano. No para juzgar, sino para ser un reflejo humilde de la ternura de Dios en medio del mundo.

Dentro de poco abandonaremos el recogimiento de esta iglesia y regresaremos a nuestras casas, pero ojalá salgamos de aquí llevando algo más que un buen recuerdo de esta oración. Ojalá salgamos con el corazón un poco más ensanchado y con la mirada un poco más alta. Porque esta tarde el Señor nos ha recordado una verdad sencilla y luminosa: la esperanza cristiana no nace de que desaparezcan las dificultades, sino de la certeza de que



Cristo resucitado sigue caminando con nosotros.

Y eso vale también para nuestra diócesis. A veces podemos sentir el cansancio del camino o detenernos demasiado en lo que nos falta. Pero la Iglesia nunca ha vivido de sus fuerzas, sino de la fidelidad de Dios. Por eso podemos mirar al futuro con confianza. El Señor no abandona a su pueblo y continúa sosteniendo silenciosamente la vida de esta Iglesia de Osma-Soria. Quizá nuestra diócesis sea pequeña en número, pero es rica en generosidad, en cercanía y en esperanza. Y sobre esa riqueza discreta, que tantas veces pasa desapercibida, Dios seguirá escribiendo su historia entre nosotros.

Por eso la visita del Papa León XIV no es sólo un acontecimiento que esperamos con afecto filial, sino una gracia que nos invita a mirar de nuevo quiénes somos: somos la Iglesia de Jesucristo, somos los herederos de una fe que otros nos transmitieron y responsables de entregarla viva a quienes vendrán después. Y esta tarde, aquí, en el silencio de Santo Domingo, casi podemos escuchar la invitación del Evangelio: no tengáis miedo, alzada la mirada, porque Cristo sigue caminando delante de nosotros, sigue llamándonos, sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Que María, Estrella de la esperanza, guíe los pasos del Papa León XIV, provea pronto de un Obispo a nuestra Iglesia de Osma-Soria y nos conduzca a todos hacia Cristo, a quien buscamos en la fe y esperamos contemplar un día en la plenitud de su gloria. Amén.

Homilía en la peregrinación diocesana a Lourdes

27 de junio de 2026

Queridos hermanos:

Creo que todos compartimos hoy un mismo sentimiento: el de la gratitud. Damos gracias a Dios porque nos ha concedido llegar hasta Lourdes, porque hemos podido hacer esta peregrinación y porque, una vez más, María nos ha recibido en su casa.

Cuando uno viene a Lourdes comprende enseguida que este no es un lugar cualquiera. Hay muchos santuarios marianos repartidos por el mundo, todos ellos hermosos, pero aquí se respira algo especial. Quizá sea el silencio de la gruta, quizá el sonido constante del agua que brota de la fuente, quizá la oración ininterrumpida de tantos miles de peregrinos que pasan cada día por este lugar, o quizá sea, sencillamente, la certeza de que aquí una Madre sigue esperando a sus hijos. Porque, en realidad, eso es Lourdes: la casa de una madre. Y cuando uno llega a la casa de su madre no necesita aparentar nada. Puede presentarse tal como es, con sus alegrías y sus preocupaciones, con sus proyectos y sus fracasos, con sus certezas y también con sus dudas. María nos acoge así, sin pedir explicaciones, con esa delicadeza que sólo tienen las madres. Quizá algunos hemos venido a dar gracias por un favor recibido; otros hemos traído el nombre de alguien que ya no ha podido venir con nosotros; otros presentamos una enfermedad, una preocupación familiar, un hijo que se ha alejado de la fe o un futuro que nos inquieta. Cada uno sabe qué ha traído hasta la gruta. María también lo sabe. Y quizá por eso aquí muchas personas lloran. No lloran de tristeza, sino porque sienten que, por fin, pueden dejar descansar el corazón en unas manos de Madre.

Nosotros hemos venido desde Soria. Hemos dejado por unos días nuestros pueblos, nuestras familias, nuestro trabajo y nuestras preocupaciones. Hemos recorrido muchos kilómetros. Pero la distancia más importante no se mide en mapas. La verdadera distancia es la que va de la cabeza al corazón, y esa es la que el Señor quiere que recorramos porque una peregrinación no consiste únicamente en visitar un santuario, sino en dejar que Dios nos cambie por dentro; significa volver a casa siendo, aunque sólo sea un poco, mejores personas y mejores discípulos del Señor.

Bernardita vino aquí siendo una muchacha sencilla, pobre, casi desconocida. Y precisamente a ella quiso dirigirse la Virgen. Es una constante en la historia de Dios. Él no suele elegir a los más importantes según los criterios del mundo; prefiere los corazones humildes, los que saben escuchar, los que dejan espacio para que Él pueda actuar.

Quizá también nosotros necesitamos aprender esa lección. Vivimos en una sociedad donde casi todo gira en torno al ruido, la prisa y la eficacia. Aquí, en cambio, Lourdes nos invita a detenernos, a escuchar, a rezar y a descubrir que Dios sigue hablando, aunque lo haga con la discreción con la que siempre actúa.

Pero si hay algo que distingue este santuario es la presencia de los enfermos. En otros lugares, casi pasáis desapercibidos. Aquí sucede justamente lo contrario, aquí ocupáis el centro, aquí nadie os mira con lástima, sino con respeto, con cariño, con admiración. Lourdes nos recuerda que una persona nunca pierde su dignidad por estar enferma. Al contrario, la fragilidad nos revela algo muy profundo del ser humano: todos nos necesitamos unos a otros.

Y aquí quisiera detenerme un momento para dar gracias por la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes. Durante estos días estáis trabajando muchos hospitalarios y voluntarios con una entrega admirable, ayudáis a desplazarse, acompañáis, escucháis, servís una comida, empujáis una silla de ruedas, estáis pendientes del más pequeño detalle... Son gestos que podrían parecer pequeños, pero que hablan un lenguaje que todos entendemos: el lenguaje del cuidado.

Y hay algo muy hermoso que todos los que han venido alguna vez a Lourdes descubren tarde o temprano: uno piensa que viene a ayudar a los enfermos y termina dándose cuenta de que son ellos quienes le ayudan a uno, porque los enfermos nos enseñan a relativizar muchas preocupaciones que llenan nuestra vida cotidiana, nos enseñan paciencia, nos enseñan fortaleza, nos enseñan a dar gracias por tantas cosas que solemos considerar normales hasta que un día nos faltan. Y, sobre todo, nos enseñan que la esperanza puede seguir viva incluso cuando el sufrimiento llama a la puerta.

Queridos peregrinos de Osma-Soria: mañana emprendemos el camino de regreso, volveremos a nuestros pueblos, a nuestras casas, regresaremos a esa tierra que tanto queremos y que también necesita esperanza, a una diócesis pequeña, dispersa, con muchas dificultades, sí, pero también llena de personas buenas que sostienen la vida de nuestras comunidades con una fidelidad admirable. Regresaremos siendo los mismos... pero no lo mismo, porque sería una pena marcharnos de Lourdes con la maleta un poco más llena y el corazón exactamente igual. Lo mejor que podemos llevarnos de aquí no cabe en una fotografía ni en una botella de agua bendita. Lo mejor es una mirada nueva para afrontar la vida y una confianza renovada en que Dios sigue siendo nuestro mejor compañero.



Ojalá volvamos llevando un poco de Lourdes con nosotros. Que cuando alguien nos vea regresar pueda descubrir un poco más de serenidad en nuestro rostro, un poco más de paciencia en nuestro carácter, un poco más de disponibilidad para ayudar a quien lo necesita, porque ese será el mejor recuerdo de esta peregrinación.

Dentro de unos años quizá olvidemos algunos detalles del viaje. Tal vez no recordemos todas las celebraciones o todos los lugares que hemos visitado. Pero estoy seguro de que nunca olvidaremos la paz experimentada junto a la gruta, el silencio compartido durante la oración, la luz de la procesión de las antorchas, el ejemplo de tantos enfermos que siguen sonriendo en medio de su cruz y el testimonio silencioso de quienes los sirven con tanta generosidad. Que todo eso no quede aquí.

Y cuando las dificultades aparezcan recordemos que la Virgen sigue haciendo hoy lo mismo que hizo con Bernardita: llevarnos siempre de la mano hacia Jesús.

CARTAS SEMANALES

El tiempo que se nos da

2 de enero de 2026

El comienzo de un nuevo año suele verse como una página en blanco que debemos llenar rápidamente. Aparecen las listas, los planes y los propósitos. Sin darnos cuenta, nos enfrentamos al tiempo como si tuviéramos que tomarlo por asalto, organizarlo, aprovecharlo y dominarlo. Sin embargo, tal vez sea mejor detenernos un momento y adoptar una actitud más simple y profunda: recibir el año nuevo como un regalo.

El tiempo no es sólo algo que pasa, sino algo que se nos da. No lo creamos ni lo controlamos del todo. Cada año nuevo llega sin pedir permiso y nos invita a decidir desde qué lugar vamos a vivirlo. Antes de preguntarnos qué haremos con él, quizás debamos preguntarnos cómo lo recibimos.

Vivimos en una cultura que mide el tiempo según su rendimiento. Valoramos los días por lo que producen, lo que nos permiten alcanzar y lo que resuelven. Esta forma de relacionarnos con el tiempo puede provocar prisa, cansancio y, muchas veces, una sensación de no ser suficientes.

Recibir el año como un regalo abre otra posibilidad: vivirlo no desde la presión constante, sino desde la confianza y la atención. Esta actitud comienza con el agradecimiento. Reconocer lo que ha sido útil y también lo que nos ha hecho más conscientes de nuestros límites. Agradecer no es negar lo difícil, sino integrarlo sin resentimiento. Sólo así el pasado deja de pesar y el futuro deja de intimidar.

Recibir el año como un regalo también implica aceptar la incertidumbre. Nadie sabe con certeza qué traen los próximos meses: habrá encuentros y pérdidas, momentos de claridad

y otros de confusión. Aceptar esta fragilidad no es una derrota, sino una forma de realismo tranquilo. Ver el tiempo como un regalo no elimina la incertidumbre, pero la hace más llevadera.

Desde una perspectiva comunitaria, esta visión es igualmente importante. No todo empieza de nuevo y no todo depende de nosotros. Las comunidades, las instituciones y los proyectos compartidos avanzan paso a paso, aprendiendo a cuidar lo que ya existe antes de fomentar lo nuevo. A veces, es mejor escuchar, discernir y acompañar que apresurarse.

Recibir el año como un regalo nos invita, finalmente, a cuidar los ritmos. No debemos dejarnos llevar por la urgencia constante ni por la obsesión de aprovechar cada momento. Hay tiempos que sólo dan fruto cuando se viven despacio: el encuentro, la reflexión, el silencio y la palabra adecuada. Sin estos espacios, el tiempo se vacía y se vuelve pesado.

Ojalá podamos comenzar este año con una actitud simple y abierta, dispuestos a recibir cada día tal como venga. No como un territorio que debemos conquistar, sino como un espacio que se nos ofrece para vivir, aprender y cuidar. Cuando el tiempo se recibe como un regalo, deja de ser una carga y puede convertirse en una oportunidad plena de significado.

Venezuela y la manipulación del derecho

9 de enero de 2026

90

Hay algo profundamente perturbador, no sólo desde una perspectiva política, sino también moral, en la forma en que parte del debate público europeo, especialmente en España, ha reaccionado frente a lo que ocurre en Venezuela. Se alzan voces indignadas que critican a Estados Unidos por no respetar el derecho internacional, como si ese fuera el único criterio ético importante. Al mismo tiempo, se mantiene un silencio denso y cómplice sobre casi tres décadas de dictadura, empobrecimiento sistemático y destrucción deliberada de las libertades de un pueblo entero.

Toda ética humanista se basa en una convicción fundamental: la dignidad de cada persona es más importante que cualquier ideología. Cuando olvidamos este principio, el derecho deja de ser una herramienta de protección y se convierte en una excusa. Esto es lo que estamos presenciando: el uso selectivo del derecho internacional. No se trata de decidir si la actuación de Estados Unidos ha sido legal o ilegal. Este debate, válido en teoría, se usa para evitar afrontar una realidad más grave: Venezuela lleva casi treinta años bajo un régimen autoritario que ha desmantelado las instituciones, ha vaciado los derechos individuales y ha reducido a millones de ciudadanos a la pobreza, dependencia y exilio.

El chavismo, y su continuidad bajo Nicolás Maduro, no sólo ha fallado en términos políticos y económicos, sino que ha traicionado el principio más básico de toda ética social: gobernar para el bienestar del pueblo. Ha saqueado los recursos del país, ha convertido la riqueza petrolera en un instrumento de control y ha entregado soberanía a potencias como Cuba, Rusia y China, en acuerdos opacos que sólo han servido para perpetuar una élite corrupta, mientras la población sufría escasez y represión.

Desde una perspectiva moral, resulta inaceptable que se critique con vehemencia



una posible violación del derecho internacional, mientras se ignora la violación diaria de los derechos humanos de millones de venezolanos. ¿Desde cuándo el respeto formal a una norma puede justificar la indiferencia ante el sufrimiento prolongado de un pueblo entero? ¿En qué momento el legalismo sustituyó a la justicia? La historia proporciona analogías incómodas, pero necesarias. Si los aliados no hubieran desembarcado en Normandía en 1944, difícilmente se habría puesto fin al régimen nazi. Aquella decisión no surgió de un seminario jurídico, sino de un juicio moral frente a un mal mayor. ¿Quebrantaron los aliados el derecho internacional? Tal vez. Pero la pregunta realmente importante no era esa, sino otra más exigente: ¿era moralmente aceptable, en nombre del respeto formal a la legalidad, permitir que una dictadura totalitaria continuara destruyendo Europa?

Hoy la pregunta se plantea de nuevo: ¿con quién estamos? ¿Con la dictadura de Maduro, que ha robado elecciones, encarcelado disidentes, perseguido a la oposición y empujado a millones a escapar de su país? ¿O con los derechos, la dignidad y la libertad del pueblo venezolano? En este contexto, son particularmente repulsivas las manifestaciones en España por parte de grupos extremistas que lamentan la salida o el debilitamiento del régimen de Maduro, mientras aceptan o silencian el abuso sistemático contra millones de venezolanos. Protestar en nombre de una supuesta justicia internacional mientras se ignora el hambre, la represión y el exilio forzado no es coherente éticamente, ni pacifismo, ni defensa del derecho: es cinismo ideológico en estado puro. Toda ética humanista (ya sea religiosa o laica) exige hacerse cargo de las víctimas reales, no de las historias cómodas. Quien hoy critica con furia a Estados Unidos pero guarda silencio ante la dictadura venezolana no defiende la paz ni el derecho internacional, sino que justifica al opresor y abandona a quienes han estado años sin voz, sin futuro y sin derechos. Y la historia no pregunta qué principios se invocaron en abstracto, sino a quién se defendió en concreto.

Una semana por la unidad

16 de enero de 2026

Cada año, entre el 18 y el 25 de enero, millones de cristianos de distintas Iglesias y tradiciones celebran la Semana de oración por la unidad. Se trata de una iniciativa con más de un siglo de historia que invita a reflexionar y orar por una aspiración que atraviesa el cristianismo desde sus orígenes: la unidad de todos los seguidores de Jesús.

Aunque su expresión más visible es la oración, esta semana no se reduce a un acto religioso interno. La unidad cristiana tiene una dimensión histórica, cultural y social que trasciende el ámbito estrictamente confesional. En un mundo marcado por la fragmentación, la desconfianza y el enfrentamiento, la búsqueda de unidad entre quienes comparten una misma raíz espiritual adquiere un significado que interpela también a la sociedad en su conjunto: la diversidad no es incompatible con la unidad cuando existe un horizonte común.

El lema que acompaña la Semana de este año resume esa convicción: “Un solo Espíritu, una sola esperanza”. La expresión remite a la comprensión cristiana de la Iglesia como un cuerpo vivo, compuesto por miembros diversos, pero animado por una misma fuente de vida. No se trata de uniformidad ni de absorción de diferencias, sino de una comunión capaz de

integrar pluralidad de lenguajes, tradiciones y formas de entender la fe.

Desde una perspectiva histórica, las divisiones entre los cristianos son el resultado de procesos complejos, en los que se entrecruzan factores teológicos, culturales y políticos. A lo largo de los siglos, estas rupturas han configurado un mapa cristiano plural, con Iglesias y comunidades que comparten elementos fundamentales, pero que no viven aún en plena comunión visible. La Semana de oración nace precisamente como una respuesta a esa realidad, no desde la confrontación, sino desde el reconocimiento mutuo y el deseo de acercamiento.

La unidad cristiana, tal como se plantea en este contexto, no se concibe como un proyecto inmediato ni como una operación de ingeniería institucional. Es entendida más bien como un proceso paciente, sostenido por el diálogo, la colaboración y la confianza. En este sentido, la oración actúa como un lenguaje común que permite a comunidades distintas reconocerse parte de una misma historia y de una misma esperanza.

Este esfuerzo por la unidad tiene también una dimensión pública. En sociedades cada vez más polarizadas, donde las diferencias ideológicas y culturales se convierten con frecuencia en motivo de exclusión, el hecho de que comunidades diversas apuesten por el encuentro y la cooperación ofrece un mensaje significativo. En este sentido, la celebración de esta semana no sólo interpela a los creyentes, sino que plantea una cuestión de fondo relevante para cualquier sociedad plural: cómo aprender a convivir desde la diferencia sin renunciar a la búsqueda de lo común. Esa es, en último término, la aportación más amplia y duradera de esta cita anual con la unidad.

La Semana de oración por la unidad de los cristianos no pretende ofrecer soluciones rápidas ni cerrar debates abiertos desde hace siglos. Su fuerza reside precisamente en su carácter modesto y persistente. Año tras año, recuerda que la unidad no es un punto de partida, sino un horizonte hacia el que se camina. Un horizonte que, en el caso del cristianismo, se vincula a una esperanza compartida, pero que también dialoga con anhelos universales de paz, reconciliación y cohesión social.

El cansancio pastoral y el cuidado de quienes cuidan

23 de enero de 2026

En la vida de la Iglesia, se siente actualmente un cansancio, a veces escondido, pero que llega silenciosamente a muchos de los que llevan adelante la labor pastoral. Sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos afrontan un desgaste que no es sólo cansancio físico o una simple fase difícil, sino que toca la esencia de la misión, la conexión con Dios, con los demás y consigo mismos. No es sólo un fallo de alguien, ni un problema de organización, sino algo que nos obliga a examinar cómo entendemos el servicio en la Iglesia.

Este cansancio a menudo se oculta. Durante mucho tiempo, la dedicación total, la resistencia y el “poder con todo” se han valorado como prueba de fidelidad. Así, admitir el agotamiento se veía con frecuencia como falta de vocación, tibieza espiritual o entrega poco generosa. Sin embargo, cuando el cansancio persiste emergen ciertas señales: la alegría en el servicio se desvanece, el interior se endurece, hay un activismo carente de alma, orar se



vuelve un desafío, la soledad aparece y, a veces, surge una profunda desafección pastoral. No se pueden ignorar estas señales que agotan tanto a los individuos como a las comunidades.

Las causas de este agotamiento son ciertamente complejas. Ciertamente es que la escasez de vocaciones y las muchas tareas pesan con el pasar del tiempo. Pero el cansancio pastoral posee raíces más profundas: soledad no buscada, presiones por cumplir expectativas, ausencia de espacios para expresar la fragilidad y una mentalidad pastoral que mide la fecundidad basándose en la actividad y en los resultados. Todo esto se agrava cuando se olvida que la vocación debe tener en cuenta la fragilidad de la condición humana.

En esta cuestión el Evangelio brinda una clave determinante: Jesús no ignora el agotamiento de los suyos ni lo espiritualiza. Lo reconoce y lo acepta con cariño: “Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco” (Mc 6, 31). El descanso aparece aquí no como una huida de la misión, sino como una forma concreta de fidelidad a ella. Volver a Jesús implica reaprender un ritmo humano, reconciliado con los límites, donde la misión no devora la vida, sino que brota de ella. Desde esta óptica, el cuidado deja de ser algo de poca importancia, mostrando una dimensión fundamental de la vida cristiana. Cuidarse no es aislarse, sino resguardar el regalo recibido para poder seguir ofreciéndolo. Nadie puede sostener la esperanza ajena si pierde la propia, ni acompañar procesos de fe si está hundido en la extenuación interna.

Por todo ello, la Iglesia está llamada a revisar modelos pastorales y a favorecer procesos más que acumulación de actividades. Resulta crucial integrar el acompañamiento espiritual y humano en el ministerio y en el compromiso pastoral de manera habitual, creando, además, espacios fraternos donde la función o eficiencia no lo dominan todo. Admitir los límites personales y comunitarios no significa un fracaso pastoral sino, más bien, un acto de verdad evangélica.

En estos momentos, donde tanto se habla de sinodalidad y conversión pastoral, el cuidado de quienes cuidan emerge como un indicativo crucial de autenticidad. Una Iglesia que escucha, discierne y camina unida no puede sustentarse en individuos exhaustos, solos o emocionalmente sobrecargados. Detenerse, delegar, compartir responsabilidades y respetar los ritmos humanos es, igualmente, una forma concreta de conversión misionera.

En esencia, el cansancio pastoral nos revela una verdad liberadora: no somos los salvadores ni de la Iglesia ni de la fe de los demás. Somos servidores, colaboradores de una obra que nos precede y nos sobrepasa por completo. Recuperar esta conciencia facilita librarse de fardos innecesarios y posibilita el retorno a una vivencia del ministerio sacerdotal y del compromiso cristiano impulsado por la confianza, la humildad y la esperanza. Después de todo, solamente una Iglesia que se esmera en valorar la vida en todas sus dimensiones es capaz de predicar fielmente a un Dios que cuida de los suyos.

España, país sin responsables

30 de enero de 2026

El accidente de trenes en Adamuz ha demostrado una vez más que la principal fortaleza del sistema político español es su increíble habilidad para no asumir responsabilidades. Los trenes chocan, los sistemas fallan con frecuencia y se toman decisiones equivocadas o tardías, pero nadie dimite porque nadie se equivoca. Nadie sabía nada y, por supuesto, nadie podía preverlo, aunque muchos, especialmente los maquinistas, lo habían advertido.

Después del trágico accidente, se siguió el mismo guion de siempre: comparecencias solemnes, caras preocupadas y palabras elegidas con cuidado: “se investigará hasta el final”, dicen con solemnidad. Y en parte es cierto: se investiga tanto que la responsabilidad se pierde en el camino, agotada y sin energía para llegar hasta arriba. En nuestro país, una investigación profunda es la forma más eficaz de asegurar que nada cambie.

Lo realmente admirable es la resistencia de esta forma de hacer política. En otros países, un ministro dimite por un simple error; aquí se ha perfeccionado un modelo más robusto: el error nunca es político, sino técnico, humano, meteorológico o metafísico. La política permanece siempre inmaculada, como si no gestionara nada, como si no decidiera presupuestos, prioridades ni calendarios.

Algunos pueden pensar que el accidente en Adamuz no tiene responsables, pero sí tiene contexto: infraestructuras tensadas, inversiones pospuestas y advertencias previas. Todo eso existe, pero no actúa como causa, sino como simple decorado. La verdadera causa, al parecer, es una desafortunada combinación de factores que, misteriosamente, nunca apuntan a quienes dirigen el sistema: parece que, cuanto más alto es el cargo, más abstracta se vuelve la responsabilidad. En los niveles más bajos hay nombres, apellidos y expedientes, pero en los altos sólo hay estructuras, protocolos y “herencias recibidas” de gobiernos anteriores. El poder, piensan, no se equivoca; más bien, en el peor de los casos, “gestiona una situación compleja”. Lamentable.

Dimisión es una palabra tabú en español y sólo se menciona en condicional o en pasado. “En otros países se dimite”, se dice con la misma pasión que se habla de los fiordos noruegos o del civismo japonés. En España, resistir es casi un acto virtuoso, algo así como un mérito: “resiliencia”, dicen algunos con orgullo. Pedir perdón, si se hace, nunca conlleva consecuencias; es sólo un gesto decorativo, no un acto político. Mientras tanto, las víctimas reciben condolencias, homenajes y minutos de silencio, pero no la tranquilidad de saber que alguien ha pagado un precio político por lo ocurrido.

En España, el precio siempre lo pagan otros: los usuarios, los trabajadores, los ciudadanos, pero el poder no. Los trenes chocan, se promete mejorar la seguridad, se anuncia un plan, se forma una comisión. Después, el tiempo hace su trabajo, el ruido mediático se apaga y el responsable queda oficialmente absuelto por agotamiento informativo.

Una democracia donde nadie rinde cuentas por sus negligencias termina pareciendo una administración sin rostro, eficiente en recaudar impuestos pero ineficiente en garantizar la transparencia. El colapso de Adamuz pasará, como otros, y habrá más declaraciones, más



informes y más promesas. Lo único que no sucederá, salvo un milagro, son las dimisiones. Porque en España, cuando algo sale mal, la responsabilidad siempre se desvanece antes de llegar al cargo correspondiente. En última instancia, tal vez deberíamos reconocer esto como un rasgo cultural: aquí, los trenes pueden chocar, pero las carreras políticas nunca.

Declara la guerra al hambre

Jornada de Manos Unidas 2026

13 de febrero de 2026

Queridos hermanos en Cristo:

Cada año, la Jornada de Manos Unidas que celebra la Iglesia en España, y, por supuesto, también nuestra Diócesis de Osma-Soria, es un momento importante para pararse, observar más allá y reflexionar, apoyados en la fe, sobre lo que pasa en el mundo. No es simplemente un día de concienciación ni una campaña benéfica más, sino una llamada al cambio del corazón ante el sufrimiento de millones de hombres y mujeres que sufren la pobreza, la marginación y la vulnerabilidad en todas sus formas.

Manos Unidas empezó como una respuesta de creyentes, fuertes y con coraje, contra el hambre en el mundo. Desde su comienzo, impulsado por cristianas amantes de la vida y la justicia, esta entidad ha fusionado fe y acción, oración y compromiso, denuncia y trabajo continuo. Sus muchos años demuestran que la caridad cristiana, organizada y orientada al desarrollo, cambia la vida de las personas y las transforma verdaderamente.

Con el paso del tiempo, Manos Unidas ha comprendido que sólo atender necesidades inmediatas no basta. Es imperativo afrontar las raíces de la pobreza; de ahí que sus iniciativas se centren en la educación, la potenciación de la mujer, la defensa de los derechos humanos, el cuidado de la creación y el fortalecimiento de las comunidades locales. Todo se lleva a cabo con un profundo respeto a las culturas, siempre en colaboración con los colaboradores locales y confiando en la capacidad de los pueblos para ser artífices de su propio progreso.

En este marco, deseo resaltar, con enorme gratitud, el trabajo de la Delegación de Manos Unidas en la Diócesis de Osma-Soria. Su perseverancia, su habilidad para motivar y su fidelidad a la misión encomendada son un auténtico regalo para nuestra Iglesia diocesana. Es justo destacar, sobre todo, el rol de las mujeres que sostienen esta delegación, así como el de los voluntarios; ellas, con su tiempo, esfuerzo, creatividad y generosa dedicación, mantienen viva la conciencia solidaria en nuestras comunidades, recordándonos que la fe es creíble cuando se manifiesta en acciones de amor y justicia.

Con frecuencia esta labor se lleva a cabo discretamente, sin reconocimiento, en medio de reuniones, campañas, visitas a las parroquias, preparando recursos y prestando apoyo cercano. Pero su influencia es enorme ya que difunde la sensibilidad evangélica, fomenta la solidaridad y amplía las expectativas de esperanza tanto aquí como en los lugares más desfavorecidos del planeta.

Este año, nuestra diócesis afronta la oportunidad de participar de manera destacada en dos proyectos específicos. El primero se lleva a cabo en Brasil, en el Valle del Javari, una de las áreas más sensibles y marginadas de la nación. Allí, más de tres mil personas de diferentes tribus indígenas, Kulina, Mayoruna, Kanamari y Marubo, serán favorecidas por un proyecto que tiene como objetivo fortalecer sus asociaciones comunitarias y adiestrar en innovadoras técnicas de producción que mejoren su economía habitual. Con el respaldo del Consejo Indigenista Misionero (CIMI), entidad de la Iglesia católica en Brasil, estos pueblos aspiran a defender su dignidad, su identidad cultural y su derecho a una vida en armonía con su entorno natural.

El segundo proyecto nos lleva a India, concretamente al estado de Odisha, donde muchas comunidades rurales sufren las consecuencias de la pobreza estructural, la falta de acceso a la educación y la exclusión social. Este proyecto busca ofrecer mejores oportunidades a niños y mujeres, mejorando la educación infantil mediante centros de estudio, apoyo escolar y la implicación activa de las familias. También capacita a las mujeres para su incorporación al mundo laboral, lo que ayuda a generar ingresos y mejorar las condiciones de vida de toda la comunidad.

Ambos proyectos expresan el estilo de Manos Unidas con gran claridad: cercanía, respeto y un compromiso que va a largo plazo, además de confianza en las personas. Nos hacen recordar que detrás de cada cifra hallamos rostros concretos, historias verdaderas y sueños legítimos que buscan futuro. Por eso, desearía invitar con mucha esperanza al pueblo de Dios que peregrina en Osma-Soria a que se involucre activamente en esta Jornada. Que nuestras parroquias, comunidades educativas, también movimientos y asociaciones, acepten esta llamada y la manifiesten en acciones tangibles: en colaboración económica, en sensibilización, en oración compartida y también en educación de las nuevas generaciones, para que la solidaridad de todos sea comprometida y perseverante.

Que nadie piense que su aportación es insignificante. En la lógica del Evangelio, cada gesto de amor cuenta. Cuando compartimos lo que somos y lo que tenemos, participamos en la construcción de un mundo más justo y humano y damos testimonio de una fe viva, encarnada y coherente.

Que el Señor bendiga la labor de Manos Unidas, que dé fuerzas a quienes hacen posible su trabajo en nuestra diócesis y nos conceda a todos un corazón atento al clamor de los pobres, capaz de compasión, compromiso y esperanza.

Una sociedad sin silencio

20 de febrero de 2026

Vivimos en una época paradójica porque nunca habíamos tenido tantos medios para comunicarnos y para acceder a la información y, sin embargo, crece cada vez más la sensación de dispersión y vacío. El flujo constante de mensajes, notificaciones, imágenes y opiniones nos mantiene conectados de forma permanente, pero cada vez es más complicado detenerse, concentrarse o simplemente estar en silencio. Y es que uno de los problemas más serios de



nuestras sociedades no es la falta de estímulos, sino más bien su exceso.

El ruido que nos rodea no es sólo ambiental, sino mental y emocional; además, ocupa todos los espacios: el ámbito del trabajo, el de las redes sociales que reclaman una atención continua, el de una actualidad que parece exigirnos una reacción inmediata, etc. Vivimos en una cultura de la respuesta rápida, y en ese contexto lo que llamamos “vida interior” que podemos describir como ese espacio donde reflexionamos, integramos lo vivido y tomamos distancia, se va reduciendo poco a poco hasta casi desaparecer.

Las consecuencias de esto son cada vez más visibles: aumentan la ansiedad, el agotamiento emocional y la dificultad para sostener la atención; muchas personas experimentan una necesidad permanente de distracción y una cierta incomodidad ante el silencio. De ahí que estar a solas, sin una pantalla o sin un estímulo externo, se haya vuelto algo realmente difícil. Al mismo tiempo, el pensamiento se vuelve más superficial, más reactivo y menos capaz de matices. En definitiva, una sociedad sin espacios de interioridad corre el riesgo de convertirse en una sociedad sin profundidad.

Sin embargo, no pensemos que el silencio es un lujo o una rareza reservada a quienes pueden retirarse del mundanal ruido; es más bien una necesidad básica, pues sólo en el silencio podemos ordenar los pensamientos, reconocer las emociones y preguntarnos por el sentido de lo que vivimos. Sin esos momentos de recogimiento, la vida corre el riesgo de fragmentarse en una sucesión de estímulos y tareas, pero sin unidad. No hay que tener miedo al silencio; el silencio no nos vacía, más bien al contrario, nos permite integrar, comprender y elegir con mayor libertad.

Recuperar la vida interior no es solamente una tarea individual, sino un desafío cultural, pues nuestro entorno premia la velocidad, la visibilidad y la conexión permanente, pero apenas deja espacio para la pausa. Quizás por eso resulta urgente educar en la atención, en la capacidad de detenerse y en el valor de la desconexión. Pequeños gestos como caminar sin auriculares, prescindir más frecuentemente de las pantallas o dedicar unos minutos al día a la pura reflexión, pueden ser formas sencillas de resistencia frente a la saturación.

En el fondo, el gran reto de nuestro tiempo es poner los medios para formar personas con profundidad interior, porque sólo quien se encuentra consigo mismo puede después relacionarse de manera más libre con los demás. Tal vez uno de los gestos más necesarios y, desde luego, más contraculturales, sea hoy simplemente este: aprender a hacer silencio para volver a escucharnos por dentro.

El fenómeno therian

27 de febrero de 2026

Últimamente está ganando visibilidad el fenómeno “therian”, impulsado por personas que dicen identificarse como animales, y que es el resultado de su inserción en una cultura que transforma la identidad subjetiva en criterio de verdad: “si lo siento, entonces lo soy”, dicen. Ahora bien, cuando la identidad no está anclada en la biología y en la experiencia compartida y se apoya sólo en la autopercepción, el concepto mismo de identidad se diluye.

Esto plantea una pregunta incómoda pero necesaria: ¿estamos ante una forma de autoexpresión, o ante un síntoma de la existencia de dificultades en la construcción de una identidad humana integrada?

El crecimiento del fenómeno no puede entenderse sin el entorno digital, que crea comunidades que validan y refuerzan cualquier forma de autodefinición, eliminando la posibilidad del cuestionamiento crítico: en estos entornos la duda se interpreta como agresión y el análisis crítico se considera intolerancia. El riesgo es la aparición de identidades débiles que dependen de la aprobación del grupo.

Por otra parte, la identificación con animales refleja una dificultad para aceptar los límites de la condición humana. Sabemos que ser humano implica complejidad, responsabilidad, conflicto interior y vulnerabilidad. Frente a lo cual, la fantasía de una identidad animal puede representar el deseo de una existencia instintiva y libre de exigencias sociales. En este sentido, el fenómeno puede interpretarse como una forma de evasión ante las demandas de la vida adulta.

Ante todo esto, hay que decir que el discurso cultural que normaliza cualquier auto-percepción como identidad incuestionable tiene consecuencias graves: cierta dificultad para detectar un malestar psicológico real, desincentivación de la búsqueda de ayuda profesional y eliminación del papel de la realidad como marco común, entre otras.

Cuando cualquier percepción interna, sea la que sea, se afirma sin matices, la sociedad pierde herramientas para distinguir entre la expresión personal y posibles señales de sufrimiento psicológico. De ahí que el respeto a las personas no significa aceptar sin examen cualquier narrativa identitaria. Una cultura madura debe ser capaz de ofrecer comprensión sin renunciar al pensamiento crítico ni a la referencia a la realidad.

Este fenómeno no es sólo una excentricidad juvenil ni una subcultura inofensiva, sino el síntoma de una tendencia más profunda: la sustitución de la realidad por la autopercepción subjetiva como criterio último de identidad. Por eso, conviene preguntarse qué lleva a una persona a autoidentificarse como animal: quizás la soledad, la fragilidad identitaria, la necesidad de pertenencia o la dificultad para habitar plenamente la condición humana.

Una respuesta verdadera no consiste en validar cualquier identidad, sino en ayudar a las personas a reconciliarse con lo que son, sin necesidad de huir de su propia humanidad.

Una alegoría

6 de marzo de 2026

Había una vez un pueblo antiguo, construido con piedra sólida y memoria larga. Sus calles estaban llenas de historias y durante siglos había comerciado con muchos vecinos y había aprendido que cuando el horizonte se oscurece, conviene mirar el cielo con atención. Pues bien, una tarde empezó a verse humo en la distancia. Al principio era sólo una línea gris sobre las colinas, pero los viajeros que llegaban por el camino traían noticias inquietantes: en tierras lejanas gobernaba un señor severo que no toleraba preguntas, ni libros incómodos, ni mujeres demasiado libres.



Los pueblos vecinos empezaron a reunirse en la plaza para hablar del incendio. – “No podemos ignorarlo”, decían algunos, “porque si el viento cambia, las chispas llegarán hasta aquí”.

En nuestro viejo pueblo también se convocó consejo. El alcalde, hombre hábil en palabras, aunque hoy sería tildado de manipulador, subió al balcón del ayuntamiento para dirigirse a los vecinos. – “No debemos precipitarnos”, dijo, “porque, antes de hablar del incendio, hay que ver quién está hablando del incendio”. Los vecinos se miraron entre sí, perplejos. – “Pero... ¿hay o no hay fuego?”, preguntó un panadero. – “Eso es secundario”, respondió el alcalde, “lo importante es que uno de los pueblos más grandes del otro lado del mar está gritando demasiado fuerte que hay fuego”.

– “¿Y si lo hay?”, insistió el panadero. El alcalde frunció el ceño y dijo: “no podemos permitir que parezca que estamos de acuerdo con ellos...”

En la taberna, un agudo y experimentado pastor dijo en voz baja: “cuando ves humo, lo primero no es discutir quién lo ha visto antes, sino mirar si el bosque arde”. Pero el debate en la plaza seguía creciendo: unos hablaban del incendio, otros hablaban del tono con que algunos denunciaban el incendio, y así.

– “Quizá no deberíamos señalar demasiado al señor de aquellas tierras lejanas”, dijo el alcalde: “podría parecer hostil”. – “Pero ese señor encierra a quienes discrepan y amenaza a sus vecinos”, respondió la maestra. – “Las cosas no son tan simples”, replicó el alcalde, “el mundo es complejo”. Pero el viejo pastor volvió a murmurar desde el fondo de la sala: “el fuego también lo es”.

Mientras tanto, el humo ya se veía claramente desde las torres del pueblo. Sin embargo, el consejo municipal seguía ocupado en un asunto más delicado: cómo demostrar que el pueblo era independiente de quienes gritaban demasiado fuerte que el bosque estaba ardiendo.

Y así, mientras discutían sobre la forma correcta de nombrar el incendio, algunos vecinos empezaron a sospechar algo incómodo: que la verdadera habilidad de su alcalde no consistía en apagar fuegos, sino en organizar debates muy elegantes mientras el bosque se quemaba. Como reza el antiguo aforismo latino, “*intelligentibus pauca*”, es decir, a los que entienden, les bastan pocas palabras. Y una última pregunta: los ciudadanos de nuestro país, ¿quieren entender lo que está pasando o prefieren mirar para otro lado, otra vez?

La fe de los jóvenes

13 de marzo de 2026

Hay una sensación que muchos jóvenes reconocen, aunque no siempre sepan explicarla con claridad; es la sensación de que les falta algo, algo así como la sed: sed de sentido, sed de autenticidad, sed de saber quién se es y hacia dónde se camina, etc. La cultura actual ofrece muchas formas de intentar apagar esa sed: distracciones, entretenimiento, ruido, pero ocurre que, cuanto más se intenta llenar el tiempo con cosas superficiales, más aparece el vacío. Esta experiencia humana no es nueva; por eso resulta tan sugerente la escena del

Evangelio de Juan que relata el encuentro de Jesús con una mujer samaritana junto a un pozo de agua. La escena es sencilla: una mujer llega a sacar agua al mediodía y allí se encuentra con Jesús, que le pide de beber. La conversación comienza de forma cotidiana, pero pronto adquiere un tono más profundo. Jesús le dice una frase sorprendente: “El que bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás”. En realidad, no están hablando sólo de agua, sino de la sed interior del ser humano: esa búsqueda de sentido que atraviesa toda vida. Y la mujer del relato lo descubre poco a poco.

Hace unos días una conocida actriz española dijo públicamente que le daba pena que algunos jóvenes se acerquen hoy al cristianismo, como si necesitaran “creer en algo” y se agarraran a la fe como a una especie de refugio. Ese comentario dice más sobre la visión reducida de la fe que sobre la realidad de los jóvenes que hoy se plantean creer. Lo llamativo no es que algunos jóvenes busquen la fe, sino que a ciertos ambientes “culturales” les incomode que lo hagan. Durante años se ha repetido que todo es relativo, que cada uno inventa su verdad, que lo importante es simplemente seguir lo que uno siente o lo que está de moda en cada momento. Pero muchos jóvenes están empezando a descubrir algo muy sencillo: que esa manera de vivir promete mucho, pero ofrece muy poco.

Cuando alguien vuelve a hacerse preguntas serias (quién soy, qué es el amor verdadero, qué sentido tiene vivir) rompe la comodidad de una cultura que prefiere no plantearse esas cuestiones. Por eso a veces se caricaturiza la fe como si fuera una forma de evasión. Pero, en realidad, ocurre justo lo contrario: creer exige tomarse la vida en serio.

Muchos jóvenes que hoy se acercan al cristianismo no lo hacen por tradición social, sino porque perciben que detrás de la fe hay una respuesta a las preguntas profundas que siguen habitando en el corazón humano. No buscan un refugio sentimental, sino la verdad. Y eso es precisamente lo que incomoda a cierta mentalidad dominante: que alguien se atreva a cuestionar la superficialidad de una cultura que reduce la felicidad al consumo, al entretenimiento o a la aprobación social.

Cuando un joven descubre a Cristo ya no se conforma con cualquier ideología pasajera ni con lo que hoy es tendencia y mañana nadie recuerda. Si a ciertos sectores de nuestro país les da rabia que los jóvenes crean y estén descubriendo en la Iglesia un lugar de encuentro personal con Cristo, quizá es porque todavía no han entendido algo muy sencillo: que la fe no es un refugio para débiles, sino una rebelión profunda contra la superficialidad del mundo. Y tal vez lo que de verdad desconcierta es esto: que haya jóvenes que ya no quieren beber de cualquier charco porque han descubierto dónde está el agua viva.

“No a la guerra”..., ¿y a lo demás qué?

20 de marzo de 2026

Es evidente que nadie en su sano juicio quiere la guerra, como tampoco la corrupción, los abusos, la mentira institucionalizada o la manipulación mediática de la opinión pública; ahora bien, el problema no es lo que decimos que no queremos, sino lo que estamos dispuestos a hacer, o callar, para evitarlo. El “no a la guerra” es para algunos un eslogan de



temporada o una excusa para indignarse pero de manera intermitente. Porque hay “noes” que son universales pero que se aplican según conviene a algunos: ahora sí, ahora no.

No a la guerra, desde luego, pero también no a las dictaduras que encarcelan a las mujeres por no someterse o por llevar el velo mal colocado; no a la represión que conocemos en muchos países, pero que algunos relativizan porque “no es el momento” de actuar; no a la violencia en sus diversas formas que se justifica con matices o no se condena cuando quien la comete es de nuestro partido o comparte ideología.

No a la guerra, desde luego, pero también no a la simplificación de conflictos complejos en pancartas de cuatro palabras; no a esa aparente superioridad moral de saldo que pretenden algunos y que les permite indignarse sin entender nada de lo que pasa; no a la corrupción que en España ya no escandaliza a casi nadie porque se ha naturalizado; no a las redes clientelares que convierten el dinero público y lo público en general en un botín, y al ciudadano en un espectador; no a la degradación institucional que se normaliza a base de repetir que “siempre ha sido así”.

No a la guerra, desde luego, pero también no a la demagogia que utiliza cualquier conflicto internacional para tapar miserias nacionales; no a los discursos huecos de algunos gobernantes que sustituyen la responsabilidad por el eslogan; no a quienes descubren el pacifismo según marque el calendario político.

No a la guerra, desde luego, pero también no a la infantilización del debate público; no a la idea de que basta con declararse “en contra” para estar, se dice, en el lado correcto de la historia: casi nada...; no a esa comodidad rastrera e indecente que consiste en señalar lejos para no mirar cerca.

101

El mundo, y también España, no se arregla a base de consignas sino de coherencia, de aplicar los mismos principios cuando resulta incómodo, de sostener el mismo “no” aunque no dé votos, de empezar por la propia casa antes de dar lecciones fuera.

Quizá el verdadero problema no es que haya quien diga “no a la guerra” sino que muchos sólo dicen eso y nada más, y sin ese “nada más” el “no” es puro ruido.

Si de verdad estamos contra la guerra tendremos que estar en contra de todo aquello que la hace posible: la injusticia, el fanatismo político, la corrupción y la mentira, también cuando tiene acento propio y nombre cercano. Y si no estamos dispuestos a eso, conviene ser honestos: no estamos contra la guerra sino contra ciertas guerras.

Si tu “no”, el que sea, no te cuesta nada, probablemente no sirve para nada.

Semana Santa: más que una tradición

27 de marzo de 2026

Para muchos, la Semana Santa es un tiempo de procesiones, de imágenes que conmueven con su belleza y de tradiciones arraigadas en la historia y la identidad de nuestras comunidades. Y todo ello tiene, sin duda, un gran valor porque ahí reside una forma visible de expresar lo que muchas generaciones han creído.

Ahora bien, si nos quedamos ahí corremos el riesgo de nadar en la superficie, porque la Semana Santa, en una perspectiva de fe, no es simplemente un conjunto de manifestaciones externas, sino la entrada a un misterio que nos afecta personalmente. No es sólo algo para observar, sino algo para vivir; no es sólo una tradición, sino una experiencia que toca la vida. Se trata, pues, de hacer un sencillo itinerario: de ver a comprender, de comprender a dejarnos conmover, y de dejarnos conmover a transformar la vida.

Lo que se celebra estos días no es simplemente el recuerdo de acontecimientos pasados, sino la continuación de algo que sigue ocurriendo hoy: el amor de Dios llevado al extremo, un amor que no se queda en palabras.

El Domingo de Ramos es la entrada de un Mesías que no llega con poder, que no se impone, que no busca el aplauso fácil. Él viene con humildad, sabiendo que la misma multitud que lo aclama hoy puede rechazarlo mañana. Ahí comienza a forjarse una forma de vida que no depende del reconocimiento, sino de la fidelidad.

El Jueves Santo nos sitúa ante un gesto desconcertante: Dios se arrodilla, lava los pies, se convierte en pan partido y en vino derramado. La Eucaristía no es sólo un rito, sino una forma de vida: aprender a entregarse a los demás, a estar presente, a servir sin esperar nada a cambio. Ahí se pone a prueba la autenticidad de la fe.

El Viernes Santo nos sitúa ante la cruz, que no es un adorno ni un símbolo vacío, sino el lugar donde se revela una nueva forma de amar: frente a la lógica de la fuerza, surge un amor que no responde al mal con más mal y que no huye del sufrimiento, sino que lo atraviesa y lo transforma.

Y luego está el silencio del Sábado Santo, quizás el día más difícil de comprender; aquí no hay palabras, ni señales, ni consuelo inmediato. Es un momento de espera y de sensación de ausencia. Y, sin embargo, Dios también está allí, obrando en secreto, preparando una nueva vida que aún no se ve. Es un escenario muy relevante para tantas situaciones en las que parece que todo ha terminado.

Por todo ello, no basta con conmoverse ante una imagen, sino preguntarse qué dice esa imagen a la propia vida; no basta con admirar la cruz, sino preguntarse si el amor que se nos da tiene cabida en nuestras decisiones, en cómo tratamos a los demás, en cómo afrontamos el dolor o el conflicto.

La Semana Santa es una invitación a adentrarnos en la lógica de Dios, que a menudo no coincide con la nuestra, una lógica donde ganar no siempre significa vencer y donde el amor silencioso tiene más poder que cualquier gesto espectacular. Por eso la Semana Santa no termina cuando las carrozas se guardan, sino cuando lo que hemos contemplado empieza a traducirse en vida concreta: en un perdón difícil, en un servicio silencioso, en una fidelidad mantenida incluso cuando no nos apetece o en una esperanza sostenida incluso cuando todo parece oscuro. Ahí es donde vemos si la Semana Santa ha sido sólo una tradición o un verdadero encuentro que deja una huella en la vida cotidiana y en la vida de fe.



La Cruz en la Babel del mundo

3 de abril de 2026

En el comienzo de la Biblia aparece el conocido relato de la Torre de Babel. En él se describe cómo la humanidad, que vivía unida y hablaba una sola lengua, decidió emprender un gran proyecto común: construir una ciudad con una torre que alcanzara el cielo. No se trataba sólo de una obra material, sino de un intento de afirmarse por sí mismos, de asegurarse un nombre y un futuro sin necesidad de apoyarse en Dios. Sin embargo, aquel esfuerzo que parecía encaminado a la unidad terminó produciendo justo lo contrario: surgió la incomprensión, las lenguas se confundieron y lo que había empezado como un proyecto compartido acabó en ruptura y dispersión.

La confusión descrita en la historia bíblica de la Torre de Babel es la que experimentamos hoy en nuestra sociedad, incluso en nuestras familias y dentro de la Iglesia. Vivimos rodeados de ruido, de opiniones que cambian cada día y de una sensación de desorientación que a veces se mete muy dentro de nosotros. Una Babel dramática, a menudo compuesta de derramamiento de sangre, crisis económicas masivas, ira, mentiras, incertidumbre y montañas de basura arrojadas a través de las redes sociales. Y lo notamos también en lo pequeño: conversaciones que no llevan a nada, familias que no se entienden, personas que viven juntas, pero cada una encerrada en su mundo.

Y entonces surge la pregunta inevitable: ¿queda algo firme en medio de todo esto o todo se nos está escapando de las manos? Estoy convencido de que la bondad y el altruismo existen en muchas personas de bien. Estoy seguro de que aún hay hombres y mujeres de paz que siguen pagando personalmente por su compromiso diario con la justicia y la verdad.

Pero esto por sí solo no basta para darnos esperanza, es decir, incluso eso, siendo real, no consigue sostener del todo la vida cuando llegan el dolor, la muerte o el sin sentido. En efecto, hay una pregunta que nadie puede esquivar: ¿qué hacemos con la muerte? Sólo la victoria sobre la muerte abre horizontes hacia una vida plena. Y esto es precisamente lo que sucedió hace dos mil años en Pascua. En la Babel del mundo, en la confusión de ideas y la incertidumbre del cambio, permanece un centro de gravedad permanente, un punto sólido plantado en el mundo: es la Cruz de Cristo, la muerte y resurrección del Hijo de Dios hecho hombre por amor. No es una idea ni un símbolo bonito: es un acontecimiento que atraviesa la historia y también nuestra propia vida.

Un antiguo y sabio lema cristiano proclama: “Stat crux dum volvitur orbis”, una cruz, la Cruz de Cristo, permanece firme allí en la roca del Calvario, suspendida entre la tierra y el cielo, mientras ahora, como entonces, desfila ante nosotros la escena de un mundo que, torpemente, continúa su curso efímero, persiguiendo ídolos y quimeras. Es decir, todo cambia, todo pasa, todo se tambalea, pero la Cruz de Cristo permanece. El Crucificado resucitado es el amor que todo lo conquista y por ello merece ser seguido: apostar por él es la jugada ganadora de la vida. Por eso, la Pascua no es sólo una noticia que se escucha, sino una decisión que se toma: o seguimos apoyándonos en lo efímero, o nos apoyamos en Aquel que permanece. Y de esa elección depende mucho más de lo que pensamos. Feliz Pascua.

Cuando una nación olvida quién es

10 de abril de 2026

Hablar con naturalidad de la propia identidad parece, en algunos ambientes, casi un gesto incómodo, como si afirmar lo que somos necesitara justificación, o como si el orgullo sereno por lo propio tuviera que ir acompañado de disculpas. Sin embargo, basta mirar a nuestro alrededor para comprobar que esto no sucede en la mayoría de los países, porque las naciones que saben lo que son, de dónde vienen, cuál es su historia, etc., no tienen problema en reconocer y cuidar su identidad: la enseñan y la transmiten con orgullo. Y a nadie en su sano juicio se le ocurre pensar que sintiendo así estén haciendo algo contra nadie.

España también en esto es una triste excepción. Nuestra identidad no es una construcción reciente, sino el fruto de una historia larga, compleja y fecunda, de una cultura que ha dado forma a generaciones enteras y de una manera de vivir, de celebrar, de relacionarse y de entender la vida en común. Y, sin embargo, con frecuencia da la impresión de que todo eso debe ser rebajado, relativizado o incluso silenciado para no incomodar a..., no se sabe a quién. Como si afirmar o defender lo propio fuera un problema.

Ahora bien, una sociedad que no valora lo que es, termina perdiéndolo, no de golpe, sino poco a poco: primero se deja de enseñar, luego se deja de transmitir y, finalmente, se deja de reconocer. Tristemente en España se puede cantar “español el que no bote”, gritar “gora ETA”, insultar al Rey, pitar contra el himno y ofender y denigrar símbolos de nuestra tradición cristiana, con la seguridad de que casi nadie protestará ni hablará de odio. Cuando eso ocurre, lo que queda no es una sociedad más abierta, sino una sociedad más débil, más insegura y más fácilmente fragmentable.

Preservar la propia identidad no es cerrarse, ni excluir, ni despreciar a nadie, sino, sencillamente, no renunciar a lo que uno es; es saber que la convivencia no se construye diluyendo las identidades, sino asentándolas con serenidad, porque sólo quien tiene una identidad definida puede abrirse a los otros sin miedo, y sólo quien sabe de dónde viene puede acoger sin perderse.

El verdadero problema, pues, no es que existan identidades diversas; el problema aparece cuando una sociedad duda de su propia identidad, la reduce a algo secundario o la considera menos digna de ser afirmada. Por eso, más que discutir continuamente sobre identidades en abstracto, que es el deporte nacional de nuestro país, quizá ha llegado el momento de afrontar una tarea más sencilla y más exigente: reconocer sin complejos lo que somos, cuidarlo y transmitirlo, no para imponerlo a nadie, sino para que no desaparezca, porque lo que no se cuida, se desvanece, y lo que se abandona, acaba siendo sustituido.

También la identidad española, con todo lo que implica de historia, cultura y forma de vivir, merece ser reconocida, respetada y preservada sin prejuicios. Debemos hacerlo con la misma naturalidad con la que otros pueblos cuidan la suya. Y hacerlo no implica excluir a nadie. Simplemente significa no renunciar a ser lo que somos.



La verdad en crisis

17 de abril de 2026

Vivimos en el reino de la opinión y, sin embargo, en medio de tal abundancia de palabras, se percibe una sensación creciente de fragilidad porque se afirma mucho, pero con poca solidez. Las conversaciones, tanto en medios públicos como en contextos más privados o personales, están siempre llenas de afirmaciones rotundas, se discute con intensidad y se emiten juicios con precipitación. Pero esa aparente firmeza es, con frecuencia, más aparente que real, pues basta un poco de presión, una dificultad o una confrontación seria para que muchas de esas convicciones se evaporen.

Cuando esto ocurre, no es que estemos sólo ante una mera falta de información, sino, lo que es más preocupante, ante una evidente crisis de la verdad, no en el sentido de que no existan hechos o realidades, sino en la dificultad creciente para reconocer la verdad de las cosas de manera nítida. La grave crisis gnoseológica de la llamada “autodeterminación de género” es un ejemplo de la grave crisis por la que atraviesa el reconocimiento de la realidad objetiva, en este caso biológica.

Algunos piensan que todo es relativo, que cada uno tiene “su verdad” y que pretender algo común es, en el fondo, una forma de imposición fascista. Este planteamiento, que en apariencia promueve la tolerancia, acaba teniendo el efecto contrario porque debilita la posibilidad misma de entenderse, ya que, si no hay un mínimo de verdad compartida, el diálogo es sólo una concatenación de opiniones que no se encuentran. En estos casos, no se busca comprender, sino reafirmarse, y así no se construye, solamente se reacciona.

Desde la perspectiva del humanismo cristiano, esto es especialmente grave porque el ser humano no puede vivir sólo de impresiones o de opiniones cambiantes; necesita, por el contrario, un cierto grado de verdad para orientarse, tomar decisiones y construir una vida con coherencia. Sin este punto de apoyo, todo se tambalea. La mirada creyente introduce aquí un matiz relevante: la verdad no es algo que uno posee de forma absoluta, pero tampoco es algo que se inventa. Es, más bien, algo que se busca, que se recibe y que, en cierto modo, nos precede. Por eso exige humildad y compromiso.

El problema de fondo no es la existencia de muchas opiniones, sino la falta de convicciones profundas, convicciones que no nacen de la reacción inmediata, sino de un proceso más exigente que se sustancia en escuchar, contrastar, pensar y dejarse interpelar por la realidad, lo cual tiene consecuencias muy concretas, y es que, cuando las convicciones son débiles, las decisiones también lo son: cuesta sostener proyectos en el tiempo, mantener posiciones en contextos adversos o incluso dialogar con quien piensa distinto sin caer en el enfrentamiento o en la indiferencia.

Por eso, uno de los retos más importantes en estos momentos no es multiplicar las opiniones (eso es lo fácil), sino recuperar el sentido de la verdad, no como una bandera para imponerse al otro, sino como un camino que exige búsqueda, paciencia y honestidad; sin ese camino todo acaba siendo más frágil de lo que pensamos.

La misión del Papa en un mundo polarizado

24 de abril de 2026

En los últimos días, a raíz de las críticas dirigidas al Papa León, han vuelto a surgir interpretaciones que sitúan a la Iglesia en el mismo plano que los actores políticos; se trata de una lectura comprensible en el clima actual, pero equivocada. La Iglesia no es un partido, ni compite por el poder, ni busca imponerse en el juego de mayorías o intereses. Su naturaleza es distinta y su misión también lo es: nace del Evangelio y se debe a él. Por eso, cuando habla o actúa, no lo hace desde una estrategia de influencia, sino desde una responsabilidad que tiene que ver con la verdad del ser humano y con la dignidad de toda persona.

Esto no significa que la Iglesia esté al margen del mundo. Al contrario: está profundamente implicada en él, pero su presencia no es la de quien disputa espacios de poder, sino la de quien ofrece un criterio y, sobre todo, un horizonte. La Iglesia tiene una forma propia de estar en la vida pública que no se reduce a categorías políticas. En este sentido, también el Papa ejerce una misión que no puede interpretarse en clave partidista. Su palabra no busca alinearse con bloques ni responder a agendas ideológicas, sino iluminar la realidad desde el Evangelio: recordando la centralidad de la persona, denunciando aquello que hiere la dignidad humana y proponiendo caminos de encuentro incluso en contextos de confrontación.

Por eso, cuando el Papa habla de paz, de migraciones, de justicia social o de cultura del encuentro, no está haciendo política en el sentido habitual del término, sino ejerciendo una forma de responsabilidad moral y espiritual que la Iglesia ha tenido siempre, aunque incomode o no encaje fácilmente en los esquemas habituales.

La Iglesia posee también una larga tradición de presencia internacional, que incluye lo que comúnmente llamamos “diplomacia”. Pero tampoco aquí se trata de una diplomacia al uso porque no responde a intereses económicos ni a estrategias de poder; es, más bien, una diplomacia al servicio del diálogo, de la paz y de la mediación, muchas veces silenciosa, otras veces incomprendida, pero casi siempre necesaria. Reducir esta misión a una lectura política desfigura su sentido, y lo mismo ocurre cuando se juzga al Papa como si fuera un líder político más: se pierde de vista aquello que realmente representa.

Esto no significa que sus palabras no puedan ser discutidas o que no exista legítima diversidad de opiniones, pero hay una diferencia importante entre la reflexión crítica y la descalificación, y esa diferencia marca también el tipo de sociedad que queremos construir. En un momento como el actual, marcado por la polarización y por la tendencia a simplificarlo todo en categorías de “a favor” o “en contra”, conviene recuperar una mirada más amplia. La Iglesia no está llamada a situarse en uno u otro lado, sino a recordar que hay algo previo: la dignidad de la persona, el bien común y la posibilidad real de encuentro.

Defender al Papa, en este contexto, no es convertirlo en una figura intocable, sino reconocer lo que representa y situarlo en el lugar que le corresponde. Y, al mismo tiempo, aceptar que su voz no siempre será cómoda ni para unos ni para otros. Quizá ahí radique, precisamente, su valor.



Primeras comuniones y confirmaciones

1 de mayo de 2026

Cada primavera, en nuestras parroquias, se repite una escena reconocible: niños vestidos de blanco, familias reunidas, restaurantes completos y agendas cuidadosamente planificadas. Es tiempo de primeras comuniones y confirmaciones, dos celebraciones muy arraigadas en la vida de la Iglesia y, cada vez más, también en el calendario social.

No hay nada negativo, en sí mismo, en el carácter festivo que rodea estos días. Al contrario: celebrar es humano y compartir la alegría forma parte de la vida. El problema aparece cuando lo accesorio desplaza a lo esencial y cuando la celebración externa acaba por eclipsar aquello que se está celebrando.

Porque, en su sentido más propio, la primera comunión no es una costumbre ni un rito de paso cultural, sino el primer encuentro consciente del niño con la Eucaristía, es decir, con Jesús mismo. Y eso no es algo que se pueda colocar al mismo nivel que el resto de preparativos. Requiere una preparación interior y, sobre todo, una continuidad. De lo contrario, el gesto queda reducido a una fecha señalada sin repercusión en la vida.

Algo parecido sucede con la confirmación. Durante años se ha instalado, de forma casi silenciosa, la idea de que este sacramento marca el final de una etapa, una especie de “graduación” tras la cual muchos jóvenes se desvinculan de la vida cristiana. Sin embargo, su sentido es justo el contrario. La confirmación es un envío, un impulso para vivir la fe con mayor responsabilidad y madurez. Convertirla en un punto final es desvirtuarla.

107

En este contexto, no es extraño que muchos agentes pastorales (sacerdotes y catequistas, particularmente) expresen una preocupación creciente, no tanto por la celebración en sí, que sigue siendo necesaria, sino por el modo en que se vive. La preparación, en algunos casos, se percibe como un trámite, la participación en la vida de la comunidad como algo puntual y la fe como un elemento secundario frente a la organización del evento.

El contraste es evidente: meses dedicados a cuidar detalles externos frente a una implicación más débil en lo que da sentido a todo ello. No se trata de oponer una cosa a la otra, sino de ordenar bien las prioridades.

En el fondo, la cuestión es sencilla, aunque no siempre fácil de asumir: ¿qué se está celebrando realmente? Si la respuesta no está clara, o queda diluida entre otros elementos, el riesgo es evidente. Se celebra mucho, pero se comprende poco; se cuida la forma, pero se debilita el contenido.

Por eso, cada vez son más las voces que insisten en la urgencia de recuperar el sentido profundo de estas celebraciones, no con planteamientos abstractos, sino volviendo a lo esencial: acompañar a los niños y a los jóvenes en un verdadero proceso de fe, implicar a las familias y dar continuidad a lo vivido más allá del día concreto.

Porque, en realidad, tanto la primera comunión como la confirmación no son una meta, sino un comienzo, y ahí se juega lo decisivo: no en la intensidad de un día, sino en la capacidad de que ese día marque de verdad un camino.

Una generación que vuelve a buscar sentido

8 de mayo de 2026

Un reciente informe de la Fundación SM sobre los jóvenes españoles señala que la dimensión religiosa está experimentando un renovado interés entre ellos, algo que no se observaba con esta intensidad desde hace décadas. No se trata de una impresión subjetiva, sino de una tendencia respaldada por datos que apuntan a un cambio de clima cultural.

Lejos de desaparecer, la fe se asienta con fuerza en un contexto social complejo y cambiante. En apenas cinco años, el porcentaje de jóvenes católicos practicantes se ha duplicado y alcanza cifras que no se registraban desde finales del siglo pasado. Este crecimiento no es sólo cuantitativo, sino también cualitativo, es decir, muchos jóvenes consideran hoy que sus creencias influyen en su vida cotidiana: la fe deja de ser un elemento estrictamente privado para convertirse en un criterio que orienta la existencia; cada vez más jóvenes reconocen que sus convicciones influyen en ámbitos tan concretos como la elección de pareja, la forma de afrontar el sufrimiento, la vivencia del tiempo libre o incluso la manera de entender la vida social y las relaciones personales.

Además, el informe muestra que esta apertura a lo religioso no es meramente cultural, pues se percibe una búsqueda real de sentido y una inquietud espiritual que atraviesan a jóvenes de distintos perfiles, niveles educativos o posiciones ideológicas. En una sociedad marcada por la incertidumbre y los continuos cambios, emerge la necesidad de apoyarse en algo sólido que dé coherencia y profundidad a la vida.

Resulta también significativo que esta tendencia se manifieste con especial intensidad en aquellos jóvenes que han vivido momentos decisivos de su desarrollo personal en contextos de crisis recientes. Estas experiencias parecen haber despertado preguntas de fondo.

Es también cierto que esta búsqueda convive con una cierta mezcla de creencias y con elementos culturales diversos, en ocasiones poco coherentes entre sí. Sin embargo, lejos de interpretarse únicamente como una dificultad, este hecho puede entenderse también como una etapa propia de un proceso más amplio de búsqueda. Precisamente ahí se abre una oportunidad clara: la de acompañar, orientar y ofrecer propuestas que ayuden a dar profundidad, claridad y coherencia a esa inquietud espiritual creciente.

En conjunto, el estudio deja un claro mensaje de fondo: los jóvenes no están cerrados a la fe, sino que, en muchos casos, la están redescubriendo como un camino para responder a las grandes preguntas de la vida. En medio de un cambio de época, esta tendencia es profundamente esperanzadora y plantea un horizonte en el que la propuesta cristiana puede volver a ser percibida como una respuesta llena de sentido para las nuevas generaciones.



Con la Guardia civil

15 de mayo de 2026

La reciente muerte de dos guardias civiles, mientras perseguían a narcotraficantes, ha sido calificada por una política andaluza como un “accidente laboral”. Decir eso no sólo es una mezquindad ética, sino una forma de banalizar el sacrificio de quienes cada día arriesgan su vida defendiendo el Estado de derecho frente a organizaciones criminales.

Un guardia civil que muere en acto de servicio no fallece como quien sufre un percance en una oficina; muere cumpliendo una misión especialmente peligrosa al servicio de todos. Y las palabras importan porque expresan la forma en que una sociedad mira a quienes la protegen, es decir, cuando el lenguaje político rebaja estos hechos a una categoría deshumanizada, se traslada a la opinión pública una preocupante falta de sensibilidad moral y de respeto institucional.

Pero lo verdaderamente grave es que estas muertes ponen de nuevo sobre la mesa una realidad que muchos agentes llevan años denunciando: la sensación de abandono. La Guardia civil merece algo más que homenajes emotivos después de cada tragedia. Merece respaldo real, medios suficientes, protección jurídica y reconocimiento público sin complejos, porque una democracia sería no puede permitirse que quienes combaten el crimen organizado tengan menos medios que los delincuentes a los que persiguen. Y, sobre todo, merece que la muerte de sus agentes sea tratada con la dignidad que corresponde a quienes han dado la vida por el servicio a los demás. Hay palabras que ofenden no sólo a las familias, sino también al sentido común y a la conciencia moral de un país entero.

A todo ello se añade la impresión, cada vez más extendida entre muchos ciudadanos, de que determinadas instituciones del Estado sólo reciben apoyo político pleno cuando encajan en ciertos relatos ideológicos. Frente a esto, hay que recordar que la Guardia civil no pertenece a una ideología, ni a un partido, ni a una sensibilidad concreta; pertenece a todos los españoles y a todos presta servicio, piensen como piensen. Convertirla, aunque sea indirectamente, en objeto de recelo político supone una grave quiebra institucional.

Porque detrás de algunos discursos ambiguos, de ciertas omisiones calculadas o de determinadas decisiones presupuestarias, se percibe una incomodidad hacia lo que representa autoridad, deber, disciplina, servicio y sentido de Estado. Y una sociedad que mira con sospecha a quienes la defienden acaba debilitándose a sí misma.

Además, es moralmente insoportable pedir heroísmo constante a quienes trabajan en condiciones claramente insuficientes. Quiero decir que un Estado responsable no debería acostumbrarse a que sus servidores públicos compensen con valor personal aquello que falta en medios materiales y respaldo institucional. El heroísmo puede admirarse; lo que no puede hacerse es administrarlo como sustituto de una política seria. Y quizá eso es lo que más indignación provoca: la sensación de que algunos sólo descubren la importancia de la Guardia civil cuando ocurre una tragedia. Mientras tanto, demasiadas veces se tolera su desgaste, se minimizan sus denuncias o se trivializa el riesgo real que asumen cada día. Pero la seguridad y la lucha contra el crimen organizado no se sostienen con discursos vacíos, sino con apoyo efectivo y con la convicción de que defender a quienes nos defienden es una obligación moral y política de primer orden.

El laberinto de la impunidad

22 de mayo de 2026

Cada mañana nos levantamos en España con la noticia de un nuevo escándalo político. Nos hablan de millones de euros desaparecidos, de contratos sospechosos firmados en mitad de una crisis y de amigos de gobernantes que se hacen ricos de la noche a la mañana. Aunque nos intenten convencer de que son casos aislados, la realidad es mucho más preocupante y es que cuando quienes deben cuidarnos usan el poder para llenarse los bolsillos, la sociedad entera empieza a romperse.

La pérdida de confianza en las instituciones no pasa por casualidad, sino porque algunos políticos deciden, de forma muy consciente, usar sus despachos como si fueran su negocio privado. Cuando los contratos públicos se regalan a dedo y las leyes se usan para proteger a los amigos, la democracia se convierte en una trampa. La corrupción no es un “despiste”, sino la decisión de robar el dinero y el esfuerzo de todos los ciudadanos.

Hoy en día, las trampas ya no son tan fáciles de ver como antes. Los delincuentes de guante blanco se han vuelto muy listos. Ya no hacen falta maletines llenos de billetes en una gasolinera. Ahora la corrupción se disfraza de informes técnicos falsos, asesorías que no sirven para nada y empresas pantalla que ocultan a los verdaderos dueños del dinero. Lo más indignante no es sólo que ese dinero público no llegue a los hospitales o a los colegios; lo peor es la chulería de estos gobernantes que actúan como si el dinero de los impuestos fuera suyo por derecho propio.

El daño más peligroso de todo esto es que la gente de a pie se cansa y se vuelve cí-nica. Al ver que los políticos corruptos y sus cómplices viven en el lujo mientras las familias sufren para llegar a fin de mes, los ciudadanos tiran la toalla y la rabia se transforma en pasotismo, y un pueblo que se acostumbra a la corrupción es un pueblo indefenso. Mientras tanto, los partidos políticos funcionan muchas veces como bandas que se protegen entre sí: en lugar de limpiar sus filas, atacan al rival diciendo que ellos roban más. Es un espectáculo lamentable que asfixia cualquier esperanza de cambio.

Para acabar con este saqueo no sirven las promesas vacías en campaña electoral ni las disculpas falsas en televisión. Hace falta una justicia rápida y con recursos, jueces que no se dejen presionar por el poder y leyes que obliguen a devolver hasta el último euro robado. Ocupar un cargo público tiene que ser un honor basado en la honradez y el control constante, no un escudo para librarse de la cárcel. Una sociedad sana debe echar a los corruptos sin importar de qué partido sean, pues mirar hacia otro lado por simpatía política nos hace cómplices de sus delitos.



Tecnología y humanidad

29 de mayo de 2026

La primera encíclica del papa León XIV, “Magnifica humanitas” se sitúa en la tradición de la doctrina social de la Iglesia, pero afrontando una cuestión nueva: cómo proteger la dignidad humana en una época marcada por el poder creciente de la tecnología. Desde el comienzo, deja clara una idea fundamental: la tecnología no es mala en sí misma, pero tampoco neutral pues depende de quienes la diseñan, la controlan y la utilizan. Por eso, el verdadero problema no es técnico, sino humano y moral. La gran pregunta es si el progreso servirá al bien común o terminará concentrando el poder, debilitando la libertad y reduciendo a la persona a un simple dato o instrumento económico.

La encíclica insiste en la dignidad inviolable de toda persona humana; frente a una cultura que mide el valor de la persona por su utilidad, el Papa recuerda que la dignidad no se gana ni se merece, sino que pertenece a cada ser humano por el simple hecho de existir. Desde ahí, reafirma también la defensa de la vida humana, la protección de los más débiles y la necesidad de una mayor justicia social.

Uno de los núcleos del documento es el análisis crítico de la inteligencia artificial. León XIV reconoce sus posibilidades, pero advierte de riesgos muy concretos: la concentración tecnológica en manos de unos pocos, la manipulación de la información, el control social mediante algoritmos, la pérdida de pensamiento crítico y la deshumanización del trabajo. La IA imita procesos humanos, pero no posee conciencia moral, ni empatía ni verdadera capacidad de relación. Por ello, reclama marcos éticos y jurídicos internacionales que impidan que la tecnología quede sometida únicamente a intereses económicos o militares.

111

Especial importancia adquieren las reflexiones sobre la verdad y la comunicación. El Papa denuncia una cultura digital dominada por la superficialidad y la manipulación emocional, frente a la que propone una “ecología de la comunicación” basada en la transparencia, el pensamiento crítico y la búsqueda de la verdad. También subraya el papel de la educación, insistiendo en que las nuevas generaciones deben aprender no sólo a usar la tecnología, sino también a mantener una sana distancia crítica respecto a ella.

La encíclica dedica páginas importantes al trabajo humano y señala que la automatización no puede justificar una economía centrada únicamente en la productividad y el beneficio. La técnica debe aliviar el esfuerzo humano, no sustituir al hombre ni degradar su dignidad.

Uno de los aspectos más llamativos del documento es su reflexión sobre la guerra y la paz. El Papa critica duramente el uso militar de la inteligencia artificial. Ante un mundo marcado por la polarización, el rearme y los conflictos híbridos, propone superar la teoría de la “guerra justa” y apostar decididamente por el diálogo, la diplomacia y el multilateralismo.

En definitiva, “Magnifica humanitas” no es sólo una encíclica sobre tecnología, sino una llamada a defender lo humano en medio de una transformación histórica. León XIV invita a mirar el futuro sin miedo, pero también sin ingenuidad, recordando que el verdadero progreso no depende únicamente de máquinas más potentes, sino de personas capaces de vivir en la verdad, la justicia, la fraternidad y la paz.

Carta al Papa León

5 de junio de 2026

Querido Santo Padre: la Iglesia en España recibe con profunda alegría y gratitud su visita. Su presencia entre nosotros es mucho más que un acontecimiento institucional: es más bien una llamada espiritual, dirigida a todo un pueblo creyente que necesita volver a levantar la mirada hacia Dios en medio de las incertidumbres de nuestro tiempo.

El lema elegido para esta visita (“Alzad la mirada”) resuena con una fuerza especial en nuestra realidad actual, pues vivimos con frecuencia demasiado pendientes de lo inmediato, de las preocupaciones diarias, de las heridas sociales, de las divisiones y también de ciertas formas de desánimo que pueden apagar silenciosamente la esperanza. Muchas personas caminan hoy con la mirada baja: personas heridas, familias preocupadas por el futuro, jóvenes que buscan sentido sin saber muy bien dónde encontrarlo y creyentes sencillos que esperan una palabra de aliento. Y precisamente por eso su presencia entre nosotros adquiere un profundo significado evangélico.

“Alzad la mirada” es, ante todo, una invitación a volver a contemplar lo esencial, a recordar que la vida humana no queda encerrada en el individualismo o en el cálculo, sino abierta siempre a una esperanza más grande. Viene, Santo Padre, a recordarnos que la fe cristiana no es una reliquia del pasado ni una costumbre social, sino un encuentro vivo con Jesucristo, capaz de iluminar el corazón humano y de sostener la vida de nuestros pueblos.

Su visita llega, además, en un momento particularmente significativo para la Iglesia en España. Somos conscientes de nuestras fragilidades y limitaciones; conocemos bien el peso de la secularización, el envejecimiento de muchas comunidades y el cansancio que a veces afecta también a la vida pastoral. Pero junto a todo ello seguimos contemplando signos silenciosos de fidelidad, comunidades que perseveran, sacerdotes y consagrados que entregan generosamente su vida, familias creyentes, jóvenes cada vez en mayor número que buscan sinceramente a Dios y personas sencillas que continúan sosteniendo la vida de la Iglesia desde la oración y la caridad cotidiana.

Por eso la llamada a “alzar la mirada” no es una evasión ingenua de la realidad, sino una manera nueva de afrontarla, porque sólo quien levanta la mirada puede volver a descubrir horizontes, sólo quien mira a Cristo encuentra razones para no resignarse.

Santo Padre, gracias por venir a esta tierra marcada por una larga historia de fe, de cultura y de santidad, gracias por confirmar en la fe a nuestras comunidades y por recordarnos que la Iglesia no puede vivir de la nostalgia, sino de la presencia del Señor resucitado.

Deseamos que esta visita deje una huella profunda en nuestra Iglesia y también en toda la sociedad española. Que nos ayude a recuperar una mirada más limpia, más esperanzada y más abierta a Dios y a los demás. Que nadie salga de estos días igual que entró en ellos. Y que, al escuchar sus palabras y compartir su cercanía, volvamos a comprender que el Evangelio sigue siendo una buena noticia capaz de iluminar las noches del mundo.

Le esperamos, Santo Padre, con afecto sincero, con gratitud y también con la esperanza sencilla de quienes necesitan volver a escuchar una palabra que anime, sostenga y ayude a mirar más alto.



La emoción de un Papa

12 de junio de 2026

La visita del Papa León XIV a España ha dejado muchas imágenes para el recuerdo, pero quizá una de las más significativas ha sido la emoción visible del propio Santo Padre ante la acogida recibida. Más allá de los gestos protocolarios y de los actos cuidadosamente preparados, hubo momentos en los que se percibió con claridad la conmoción de un pastor que veía cómo un pueblo entero salía a su encuentro. Y es que, durante horas, calles, plazas y recintos se llenaron de personas que deseaban ver de cerca al Papa, saludarlo, escucharlo o simplemente sentirse parte de un momento que sabían especial. Había familias enteras, niños, jóvenes, personas mayores, sacerdotes, religiosos y laicos llegados de todas las diócesis de España. Cada uno aportaba su propia historia, pero todos compartían el mismo deseo de encontrarse con el Pastor de la Iglesia católica.

En varios momentos pudo apreciarse cómo el Papa se detenía a contemplar a la multitud, cómo prolongaba los saludos, cómo respondía con una sonrisa emocionada a los cánticos y aplausos que surgían espontáneamente. Era la emoción de quien descubre que la fe sigue viva en el corazón de muchas personas; la alegría de quien comprueba que, a pesar de las dificultades y desafíos de nuestro tiempo, permanece intacta la capacidad del pueblo cristiano para reunirse en torno a Cristo y a la Iglesia.

Quienes seguimos de cerca estos encuentros pudimos percibir también algo más profundo. León XIV no parecía limitarse a agradecer una muestra de afecto personal. Más bien daba la impresión de sentirse conmovido por la vitalidad espiritual que encontraba ante sus ojos. En una sociedad frecuentemente descrita desde el distanciamiento religioso, el Papa pudo contemplar a una multitud capaz de rezar, de guardar silencio y de expresar con alegría su pertenencia a la Iglesia.

Particularmente impresionante resultó la respuesta de los jóvenes. Su presencia masiva, su entusiasmo y su capacidad para crear un clima festivo y creyente ofrecieron una imagen esperanzadora de la Iglesia en España. No fueron pocos los momentos en los que el Santo Padre dirigió su mirada hacia ellos con evidente afecto, consciente quizá de que en aquellas voces, en aquellos cantos y en aquella alegría se encontraba una de las expresiones más hermosas de la esperanza cristiana.

En una época marcada por la rapidez de las comunicaciones y la distancia de las relaciones, la visita ha recordado la importancia de la cercanía física y del encuentro personal. El Papa no ha sido para los españoles una imagen en una pantalla ni una voz lejana llegada desde Roma. Ha estado entre ellos, ha recorrido sus calles, ha escuchado sus cantos y ha sentido el calor de una Iglesia que le ha mostrado su cariño. Y, al mismo tiempo, los fieles han podido experimentar que el ministerio de Pedro no es una realidad abstracta, sino el servicio concreto de una persona que comparte las alegrías y preocupaciones de todo el Pueblo de Dios.

Los grandes acontecimientos eclesiales no se miden únicamente por el número de asistentes ni por la repercusión mediática. Su verdadera grandeza se encuentra en esos momentos sencillos en los que se hace visible la comunión de la Iglesia. Y eso fue lo que pudo

contemplarse estos días: un Papa emocionado ante el cariño de un pueblo que quiso hacerle sentir como en casa y que respondió con generosidad a su invitación constante a “alzar la mirada”. Quienes tuvimos la oportunidad de participar en estos encuentros difícilmente olvidaremos esa emoción compartida. La emoción de un pueblo que acogía a Pedro y la emoción de Pedro al sentirse acogido por su pueblo.

El corazón del mensaje de León XIV a España

19 de junio de 2026

La visita apostólica del Papa León XIV a España ha dejado tras de sí mucho más que imágenes multitudinarias, celebraciones solemnes o encuentros institucionales. Durante los días transcurridos entre Madrid, Barcelona y Canarias, el Santo Padre ofreció a la Iglesia y a la sociedad española una reflexión de gran profundidad espiritual y humana, articulada en torno a un lema tan sencillo como exigente: “Alzad la mirada” para contemplar la vida desde Dios y así comprender mejor al hombre y sus desafíos.

El primer gran mensaje de la visita fue la insistencia en que el cristianismo no puede reducirse a una tradición cultural o a un conjunto de valores éticos, pues en su núcleo está el encuentro con una persona viva: Jesucristo. Especialmente significativa fue su invitación a los jóvenes: “Sed humanos”; frente a una cultura que a menudo reduce la libertad al individualismo y el éxito a la apariencia, el Papa los animó a vivir una humanidad auténtica, arraigada en la verdad, el amor y la búsqueda del bien.

León XIV mostró también su preocupación por la creciente polarización social, frente a la cual propuso una cultura del encuentro capaz de escuchar, dialogar y buscar el bien común. Recordando algunos ejemplos de la historia de España, señaló que las sociedades más fecundas son aquellas que saben construir puentes sin renunciar a la verdad, porque la paz no nace del enfrentamiento, sino de la voluntad de caminar juntos.

La celebración del Corpus Christi fue uno de los momentos más significativos de la visita. En ella, León XIV recordó que la Eucaristía no puede reducirse a una devoción privada ni a una tradición cultural, porque quien reconoce a Cristo en el pan consagrado debe reconocerlo también en el hermano. Por eso no basta con llevar a Cristo por las calles; es necesario permitir que Él transforme nuestra vida y nos impulse hacia la caridad y el servicio a los demás.

A lo largo de toda la visita, el Papa puso a los pobres y vulnerables en el centro de su mensaje. Recordó que la caridad forma parte del corazón mismo del Evangelio y que la verdadera ayuda no consiste sólo en atender necesidades materiales, sino también en ofrecer cercanía, escucha, respeto y dignidad.

Fue quizá en Canarias donde el Papa abordó con mayor intensidad uno de los desafíos más complejos de nuestro tiempo: el fenómeno migratorio. Sus palabras evitaron tanto la simplificación ideológica como los planteamientos meramente emocionales. Partió de un principio fundamental: toda persona posee una dignidad inviolable que debe ser respetada independientemente de su origen, situación administrativa o condición social. Sin embargo,



el Papa quiso ir más allá de una visión unilateral de la acogida. En sus discursos apareció con claridad la idea de que la integración es una responsabilidad compartida. Por una parte, las sociedades de acogida están llamadas a vencer el miedo, la indiferencia y la tentación de la exclusión y, al mismo tiempo, deben crear condiciones que permitan una acogida digna de quienes llaman a sus puertas. Pero, al mismo tiempo, León XIV recordó que quienes llegan a una nueva tierra están llamados a asumir responsabilidades concretas porque la integración exige respetar las leyes del país que acoge, valorar su patrimonio cultural, participar en la vida social, contribuir al bien común mediante el trabajo honesto y asumir los deberes inherentes a toda convivencia humana.

En definitiva, ésta ha sido la gran invitación de León XIV a España: alzar la mirada para no quedar atrapados en los miedos, las divisiones o las incertidumbres del presente; volver a Cristo para redescubrir la dignidad de cada persona y la fuerza de la fraternidad; y caminar hacia el futuro con una esperanza renovada, capaz de abrir caminos allí donde otros sólo perciben dificultades.

Ejemplaridad

26 de junio de 2026

Cada vez con más frecuencia la actualidad nos recuerda una realidad que nunca debería convertirse en costumbre: nuevos casos de corrupción, investigaciones judiciales, favores indebidos, contratos bajo sospecha, utilización interesada de recursos públicos o conductas incompatibles con el servicio que se espera de quienes desempeñan responsabilidades institucionales. Lo preocupante, además, no es que estos hechos se produzcan, sino que empiecen a ser recibidos por la sociedad con una mezcla de resignación y cansancio.

La corrupción nunca es un problema sólo económico; el dinero malversado o los beneficios obtenidos ilícitamente son, sin duda, graves, pero existe un daño todavía más profundo: el deterioro de la confianza de los ciudadanos.

El problema, además, no se limita a las altas esferas del Estado; la falta de ejemplaridad aparece también en administraciones autonómicas, provinciales y locales, en cualquier ámbito donde alguien gestione recursos que pertenecen a todos.

Precisamente por eso, la ejemplaridad debería ser la primera exigencia de quien acepta una responsabilidad pública. No basta con actuar dentro de los límites de la legalidad; las leyes son indispensables, pero por sí solas no bastan. Ningún ordenamiento jurídico puede sustituir a la conciencia, ningún código penal puede garantizar la integridad moral de quien ha perdido el sentido del deber. Cuando desaparece la convicción de que el cargo es un servicio, siempre aparecerán formas de justificar lo injustificable.

Resulta, igualmente, preocupante la creciente tendencia a valorar los comportamientos según quién los protagonice; con frecuencia, la corrupción deja de ser condenable cuando afecta a los propios y se convierte en escándalo cuando salpica al adversario. La honestidad no puede depender de las siglas políticas ni de la conveniencia del momento.

España necesita recuperar una cultura de la responsabilidad pública, una cultura en la que dimitir cuando corresponde sea considerado un acto de dignidad y en la que asumir las consecuencias de los propios actos forme parte natural del ejercicio del poder.

Seguro que la mayoría de quienes trabajan en la administración pública desempeñan su labor con profesionalidad y honradez. Precisamente por respeto a ellos conviene ser especialmente exigentes con quienes traicionan esa confianza. La corrupción no puede convertirse en una sombra que desfigure el trabajo de tantos hombres y mujeres que sirven al bien común con ejemplaridad.

Una sociedad madura no puede acostumbrarse al escándalo. Cuando la corrupción deja de indignar, se normaliza, y cuando se normaliza, termina erosionando los fundamentos mismos de la vida pública. La regeneración institucional de España no llegará mediante nuevas normas o mayores controles, aunque sean necesarios, sino cuando volvamos a considerar que el mayor patrimonio de quien ejerce una responsabilidad pública no es el poder que posee, sino la confianza que inspira, porque la autoridad nunca nace del cargo que se ocupa, sino del ejemplo que se ofrece.

OTRAS CARTAS

Celebración del Domingo de la Palabra de Dios

Soria, 13 de enero de 2026

Queridos hermanos:

En el III Domingo del tiempo ordinario y en el marco del Octavario de oración por la unidad de los cristianos, la Iglesia celebra el Domingo de la Palabra de Dios, una ocasión para renovar en nuestras comunidades la escucha y la centralidad de la Sagrada Escritura.

Como nos recuerda el lema de este año —*“La palabra de Cristo habite entre vosotros”* (Col 3,16)—, la Palabra de Dios no es sólo objeto de proclamación litúrgica, sino alimento imprescindible para la vida del creyente y de nuestras comunidades. De ella nace la fe, se sostiene la esperanza y se configura la vida cristiana.

Os invito, por tanto, a cuidar y promover de manera especial la celebración de este Domingo en vuestras parroquias y ámbitos pastorales, y a aprovechar los días cercanos para fomentar la lectura y la meditación de la Palabra en la pastoral ordinaria: en la catequesis, en los grupos, en la liturgia y en la vida personal.

Adjunto os hago llegar el subsidio litúrgico-pastoral preparado por el Dicasterio para la Evangelización que puede servir de ayuda para la preparación de la celebración y para impulsar iniciativas sencillas y fecundas en torno a la Palabra de Dios.

Que este Domingo de la Palabra nos ayude a todos —pastores y fieles— a dejarnos iluminar, interpelar y transformar por la Palabra viva del Señor, para que sea verdadera refe-



rencia de nuestra espiritualidad y de nuestra misión evangelizadora.

Con mi afecto fraterno, recibid un cordial saludo en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Convenio con Caja Rural para la restauración de imágenes

Soria, 26 de enero de 2026

Queridos hermanos sacerdotes:

En relación con la próxima firma del convenio que la Diócesis de Osma-Soria formalizará con Caja Rural para la restauración de imágenes devocionales, me dirijo a vosotros para informaros con antelación del contenido y alcance de dicho acuerdo.

Este convenio establece el marco de colaboración económica y técnica que permitirá apoyar a nuestras parroquias en la conservación y restauración de imágenes de especial valor histórico, artístico y devocional, muchas de ellas vinculadas de manera directa a la vida litúrgica y a la religiosidad popular de nuestros pueblos.

A través de este instrumento se regulan tanto los criterios de concesión de las ayudas como las condiciones de ejecución de las intervenciones, garantizando que los trabajos se realicen con el debido rigor profesional y conforme a la normativa vigente en materia de patrimonio cultural.

Con el fin de facilitar la planificación y presentación de solicitudes, os envío mediante la presente carta la convocatoria de concesión de ayudas económicas correspondiente al año 2026, cuyas bases reguladoras se detallan a continuación.

Con afecto en el Señor,

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

117

BASES REGULADORAS

1. Objeto y finalidad

Concesión de ayudas para la **conservación y restauración** de bienes muebles de valor histórico-artístico que sean esculturas. El fin es garantizar la preservación del patrimonio cultural y su legado a generaciones futuras.

2. Entidades beneficiarias

Las parroquias y ermitas que pertenezcan al Obispado de Osma-Soria y se hallen ubicadas en la provincia de Soria, excluida la capital.

3. Actuaciones subvencionables

- Tratamientos de limpieza, consolidación y fijación de policromías.
- Tratamientos contra xilófagos (en imágenes de madera).
- Eliminación de repintes y añadidos no históricos.

4. Cuantía de la ayuda

La subvención podrá cubrir entre 2.000 y 3.000€.

5. Criterios de valoración

Las solicitudes se puntuarán conforme a:

- **Estado de conservación:** prioridad de bienes con riesgo inminente de deterioro o pérdida irreversible.
- **Valor cultural:** grado de protección (BIC, catalogado) e interés histórico.
- **Uso público:** si la imagen está expuesta al culto o disponible para visitas turísticas y culturales.

6. Requisitos técnicos

Las intervenciones deben ser realizadas por profesionales con titulación oficial en Conservación y restauración de bienes culturales.

7. Presentación

La solicitud deberá formalizarse mediante instancia dirigida al Delegado de patrimonio en formato papel (los originales) y a través del correo electrónico en formato PDF (patrimonio@osma-soria.org).

8. Plazo

El plazo de presentación de solicitudes será hasta el **20 de febrero**.



SOLICITUD PARA LA RESTAURACIÓN DE IMÁGENES

TÍTULO:

PROCEDENCIA:

PROPIEDAD:

TÉCNICA ARTÍSTICA USADA:

BREVE DESCRIPCIÓN DEL BIEN:

ESTADO DE CONSERVACIÓN:

Adjuntar fotografías del anverso y del reverso del bien

REMITIR ESTE DOCUMENTO Y LAS FOTOGRAFÍAS A:

Delegación episcopal de patrimonio cultural: patrimonio@osma-soria.org

119

Carta a los sacerdotes sobre el Encuentro con los animadores de celebraciones dominicales en espera de presbítero

Soria, 12 de febrero de 2026

Querido hermano sacerdote:

El pasado martes, 10 de febrero, mantuve un encuentro con los animadores de las celebraciones dominicales en espera de presbítero, en el que participaron alrededor de cuarenta y cinco personas procedentes de distintas parroquias de la diócesis.

Deseo compartir contigo una valoración de esta jornada. Fue un encuentro provechoso que permitió conocernos personalmente, fortalecer los vínculos entre quienes prestan este servicio y ofrecer un espacio de escucha e intercambio de experiencias.

Durante la sesión presenté y les entregué un subsidio litúrgico que ahora te adjunto. Su finalidad es ofrecer un marco común que ayude a cuidar la calidad celebrativa, evitando improvisaciones y favoreciendo una mayor unidad en toda la diócesis. Te agradeceré que lo conozcas y que, en diálogo con los animadores de tu parroquia o zona pastoral, les ayudes a aplicarlo (junto a otros subsidios) con sentido eclesial y siempre en comunión contigo como párroco.

Asimismo, hemos previsto convocar periódicamente nuevos encuentros de formación y acompañamiento. El objetivo es ofrecer una formación específica vinculada al servicio que realizan y, al mismo tiempo, seguir fortaleciendo su sentido de pertenencia eclesial y el acompañamiento por parte de la diócesis.

Quiero aprovechar esta comunicación para agradecer también tu cercanía y tu acompañamiento a estas personas que colaboran en el sostenimiento de la vida cristiana de nuestras comunidades allí donde no es posible la presencia habitual del presbítero.

Con mi gratitud por tu ministerio, recibe un fraternal saludo.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Apertura del Centro jubilar “San Saturio”

Soria, 26 de febrero de 2026

Queridos diocesanos:

Con alegría os comunico la apertura esta mañana del **Centro jubilar San Saturio**, fruto social del Año santo de la esperanza recientemente clausurado. El Jubileo ha sido un tiempo de gracia que no queríamos que quedara sólo en celebraciones y recuerdos, sino que dejara una obra concreta y duradera al servicio de las personas. El Centro nace precisamente con este espíritu: hacer visible que la esperanza cristiana se traduce en cercanía, acogida y acompañamiento a quienes más lo necesitan.

Promovido por la Diócesis y gestionado por Cáritas diocesana, el Centro ofrece una atención diurna integral a personas en situación de vulnerabilidad o exclusión. En él se proporcionan servicios básicos (alimentación, higiene personal, lavado de ropa y espacios de descanso), así como acompañamiento individualizado, orientación social y administrativa, apoyo emocional, actividades formativas y de convivencia, y acciones orientadas a la inserción social y laboral.

El Centro, ubicado en la calle Sanz Oliveros 8 de Soria, abre de lunes a viernes, en horario de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 19:00 horas. Os animo a que os acerquéis para conocer sus instalaciones y os pido de manera especial que orientéis hacia él a aquellas personas que puedan beneficiarse de la atención que presta.

Con mi gratitud y afecto fraterno, recibid un cordial saludo.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.



Año conmemorativo de San Pedro de Osma, restaurador de la diócesis

Soria, 9 de marzo de 2026

Queridos hermanos:

Como sabéis, este año 2026 celebramos en nuestra diócesis el 925º aniversario de la elección episcopal de Pedro de Bourges como obispo de Osma, una efeméride que queremos vivir como un tiempo de memoria agradecida, renovación espiritual y estímulo pastoral para nuestra Iglesia diocesana.

Con este motivo os hago llegar la carta titulada “*Volver al Evangelio para recomenzar*”, en la que os ofrezco una breve reflexión sobre la figura de nuestro patrono y sobre el significado que su testimonio puede tener hoy para la vida de nuestra diócesis.

Junto a esta publicación, a lo largo de los próximos meses se irán desarrollando diversas iniciativas pastorales, culturales y formativas que nos ayudarán a celebrar este aniversario y a redescubrir la herencia espiritual de san Pedro de Osma.

Os invito a acoger este año conmemorativo como una oportunidad para fortalecer nuestra comunión diocesana y renovar nuestra mirada hacia el Evangelio, siguiendo el ejemplo de san Pedro de Osma, pastor sencillo y fiel que supo edificar la Iglesia sobre la roca de Cristo.

Con afecto fraterno,

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Administrador diocesano, s.v.

Con motivo de la Solemnidad de san José

Soria, 13 de marzo de 2026

Muy estimados en el Señor:

La persona y la vida de san José tienen una importancia reconocida por la sagrada liturgia y las leyes canónicas al proponer su fiesta como día de precepto (cf. CIC, c. 1246; CEE, *Calendario litúrgico pastoral*, p. 22). En 2026 este día ha sido declarado laborable por el gobierno regional. De todos modos, es preciso tener presente cuanto sigue:

1. Se mantiene el 19 de marzo, solemnidad de san José, como *fiesta de precepto*, con la obligación de participar en la Santa Misa.
2. Lógicamente, quedan *excusados de este precepto* quienes, por motivos laborales, de salud u otros, no puedan cumplirlo.
3. Se pide a los párrocos que *informen a los fieles* con antelación y acomoden en lo posible los horarios de misas a las posibilidades y necesidades de los fieles.

4. Siguiendo el calendario litúrgico, la solemnidad de San José comenzará a celebrarse ya con la misa vespertina del miércoles 18.

Recibid un saludo cordial en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Celebración de la Misa Crismal. Colecta por los Santos Lugares el Viernes Santo

Soria, 18 de marzo de 2026

Queridos hermanos:

El próximo día **1 de abril**, Miércoles Santo, tendrá lugar la celebración de la **Misa Crismal** en la Catedral a las 12.00h., que será presidida por D. Vicente Jiménez. Previamente, como todos los años, los sacerdotes tendremos la **celebración comunitaria del Sacramento de la Penitencia**. Será en la Capilla Mayor del Seminario, a las 11.00h.

La **comida fraterna** será también en el Seminario a las 14.00h. Por cuestiones organizativas, os ruego encarecidamente que lo comunicéis con antelación a vuestro arcipreste **antes del próximo viernes 27**.

Por último, os recuerdo que la **colecta del Viernes Santo** será destinada al sostenimiento de los Santos Lugares y de las comunidades católicas que viven en Tierra Santa. Os adjunto una carta que el Prefecto del Dicasterio para las Iglesias orientales ha enviado a todas las diócesis para pedir que este año se insista con más fuerza en la necesidad de hacer esta colecta dada la dura situación por la que atraviesan nuestros hermanos de Tierra Santa.

El resultado de los últimos años ha sido el siguiente:

2021..... 4.995,57€

2022..... 6.799,38€

2023..... 7.501,38€

2024..... 7.169,57€

2025..... 8.381,45€

A todos deseo una fructuosa preparación para las fiestas pascuales.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.



Campaña de la “X” en la declaración de la renta

Soria, 6 de abril de 2026

Queridos hermanos:

Acaba de comenzar el periodo para realizar la declaración de la renta, un momento que, además de su dimensión fiscal, puede convertirse también en una ocasión concreta de compromiso y corresponsabilidad. Como cada año, la Iglesia en España pone en marcha la campaña de la “X”, invitando a marcar la casilla destinada a la Iglesia católica. Se trata de un gesto sencillo, pero con un alcance real y cercano. Al hacerlo, el 0,7% de la cuota íntegra se destina al sostenimiento de la misión de la Iglesia, sin que suponga ningún incremento en la cantidad a pagar ni disminución en la devolución.

La campaña de este año insiste en una idea clara: **detrás de la “X” hay mucho más de lo que se ve**. No se trata sólo de números, sino de personas concretas, de historias reales y de una presencia silenciosa que llega a muchos ámbitos de la vida cotidiana.

Gracias a este gesto, la Iglesia puede acompañar a quienes más lo necesitan a través de la acción caritativa y social; sostener a los sacerdotes y la vida de nuestras parroquias; estar presente en la educación, la cultura y el cuidado del patrimonio; y ofrecer espacios de acogida, escucha y esperanza, especialmente en contextos de soledad o dificultad.

Os pido que, en la medida de lo posible, deis a conocer esta campaña en vuestras parroquias, comunidades y grupos.

Agradezco sinceramente la generosidad de tantos fieles (y también la de quienes, sin compartir nuestra fe, reconocen la labor de la Iglesia) y os animo a seguir haciendo visible, también a través de esta iniciativa, el rostro servicial de nuestra Iglesia diocesana.

Con mis mejores deseos de una fructífera Pascua, recibid un cordial saludo.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Carta de apoyo al Santo Padre

Soria, 17 de abril de 2026

Queridos hermanos:

En los últimos días han llegado a nosotros informaciones y declaraciones públicas que afectan a la figura del Papa León. Ante ello, considero oportuno dirigirme a vosotros con sencillez, desde la responsabilidad que tengo como Administrador diocesano.

La Iglesia no vive de equilibrios políticos ni se sostiene en apoyos humanos. Su fundamento es Cristo y en su designio ha querido que el ministerio del Sucesor de Pedro sea

signo visible de unidad y comunión para todos los fieles. Por eso, más allá de opiniones, sensibilidades o contextos concretos, los católicos reconocemos en el Papa a quien ha recibido la misión de confirmar en la fe a sus hermanos.

En este momento, no se trata de entrar en polémicas ni de responder en el mismo tono en que a veces se formulan determinadas críticas. El Evangelio nos invita a otro camino: el de la verdad vivida con caridad, el del respeto incluso en la discrepancia y el de la firmeza sin estridencias.

Por eso, como Iglesia diocesana, queremos expresar con claridad nuestra cercanía y comunión con el Santo Padre. Lo hacemos no por afinidad personal ni por razones circunstanciales, sino porque la unidad en torno al Papa forma parte de nuestra identidad como Iglesia.

Al mismo tiempo, este momento puede ser también una oportunidad para examinarnos: cómo hablamos y cómo escuchamos, porque no todo vale, tampoco para nosotros. Los cristianos estamos llamados a ser testigos de un estilo distinto, también en medio de un clima social cada vez más polarizado.

Os invito a sostener al Santo Padre con la oración. La Iglesia ha hecho siempre así en los momentos de dificultad: no respondiendo primero con palabras, sino poniendo a sus pastores en manos de Dios.

Que el Señor nos conceda vivir este momento con serenidad y en comunión, evitando juicios precipitados y fortaleciendo aquello que realmente construye la Iglesia.

Con afecto fraterno,

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

A los sacerdotes de la diócesis con motivo de la fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español

Soria, 27 de abril de 2026

Queridos hermanos sacerdotes:

Con motivo de la fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero secular español, os invito a participar en la celebración que tendrá lugar el próximo **11 de mayo**.

Nos reuniremos para celebrar la **Eucaristía a las 12.00h. en la S.I. Concatedral de San Pedro** de Soria, en una jornada que quiere ser, ante todo, acción de gracias por el don del sacerdocio y ocasión para renovar nuestra comunión presbiteral.

De manera especial, tendremos presentes a los hermanos que celebran sus bodas sacerdotales, dando gracias a Dios por su fidelidad y su entrega.

Tras la celebración, compartiremos un momento fraterno en la **comida a las 14.00h.**



en el restaurante Leonor. Ruego a los arciprestes que comuniquen al Delegado del clero el número de comensales **antes del día 4.**

Os animo a hacer un esfuerzo por participar. En un momento como el que vivimos, estos encuentros no son un simple gesto, sino una ayuda real para sostenernos mutuamente en el ministerio y vivir con más hondura lo que somos.

Recibid un cordial saludo en el Señor.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

A los sacerdotes y seminaristas de la Diócesis **Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno sacerdote**

Soria, 19 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Con motivo de la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que celebraremos el próximo 28 de mayo, quiero haceros llegar mi felicitación y agradecimiento por vuestro ministerio y vuestra entrega cotidiana.

En una diócesis como la nuestra, con pueblos pequeños, distancias, dificultades y también mucha entrega silenciosa, es hermoso comprobar cómo, de manera sencilla y muchas veces callada, el Señor sigue sosteniéndonos en el ministerio y actuando a través de nosotros.

Precisamente en este día quisiera acompañaros con un pequeño regalo: el libro de Jean Marc Eychenne, *Sacerdotes. En la escuela del lavatorio de los pies*. El título ya es, en sí mismo, todo un programa sacerdotal, porque el ministerio que hemos recibido no se comprende desde el protagonismo, sino desde el servicio, a ejemplo del Señor que se arrodilla para lavar los pies a los suyos.

Ojalá estas páginas puedan ayudarnos a volver una vez más a lo esencial: a cuidar nuestra vida interior, a vivir el sacerdocio con sencillez y verdad y a recordar que, antes que administradores de tareas, somos hombres llamados a transparentar a Cristo.

Que en este día renovemos con serenidad y esperanza nuestra entrega sacerdotal, sabiendo que el Señor no deja de acompañarnos y sostenernos.

Con afecto y gratitud,

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Carta sobre la importancia de la clase de religión "Son tantas las razones... apúntale a Reli"

Soria, 15 de junio de 2026

Queridas familias:

Dentro de poco concluirá el proceso de matriculación para el próximo curso escolar. Entre las decisiones que habéis de tomar aparece una que quizá pueda parecer pequeña, pero que, en realidad, tiene una gran importancia: elegir la asignatura de Religión Católica para vuestros hijos.

Vivimos en una sociedad llena de información, de tecnología y de respuestas rápidas. Sin embargo, las preguntas más importantes de la vida siguen siendo las mismas: ¿quién soy?, ¿qué sentido tiene mi vida?, ¿qué es el bien?, ¿cómo aprender a amar?, ¿qué significa ser feliz?, ¿por qué existe el sufrimiento?, ¿qué lugar ocupa Dios en nuestra historia? La asignatura de Religión ayuda a los niños y jóvenes a acercarse a estas cuestiones fundamentales desde la riqueza de la fe cristiana y de nuestra tradición cultural.

La clase de Religión no es únicamente una transmisión de conocimientos religiosos, sino una propuesta educativa que contribuye al crecimiento integral de la persona: ayuda a desarrollar el pensamiento crítico, la sensibilidad ética, el conocimiento de nuestras raíces culturales y la capacidad de dialogar con quienes piensan de manera diferente. En un mundo cada vez más tecnológico, sigue siendo necesario educar el corazón, la conciencia y la dimensión más profunda del ser humano.

Además, la Religión forma parte de la historia, el arte, la literatura y la cultura de nuestro país. Resulta difícil comprender nuestro patrimonio, nuestras tradiciones y buena parte de la realidad que nos rodea sin conocer el mensaje cristiano que las ha inspirado durante siglos. Por eso quisiera animaros a que marquéis la casilla de Religión en la matrícula del próximo curso. No se trata simplemente de elegir una asignatura más, sino de ofrecer a vuestros hijos una oportunidad para crecer en conocimientos, en valores y en humanidad; una oportunidad para descubrir la figura de Jesucristo y para acercarse a las grandes preguntas que acompañan toda existencia humana.

A vosotros, queridos niños y jóvenes, os diría también que no tengáis reparo en elegir Religión. En sus clases encontraréis mucho más que contenidos académicos: encontraréis espacios para reflexionar, dialogar, preguntar y descubrir que la fe tiene algo importante que decir a vuestra vida y a vuestro futuro.

Agradezco de corazón la dedicación de tantos profesores de Religión que, con profesionalidad y vocación educativa, realizan una tarea tan valiosa en nuestros centros escolares de la provincia de Soria.

Que el Señor ilumine a las familias en esta decisión y que María, Madre y Maestra, acompañe el crecimiento humano y espiritual de nuestros niños y jóvenes.

Con mi afecto y estima.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.



Sobre el Seminario Menor

Soria, 17 de junio de 2026

Queridos hermanos sacerdotes:

Hay una preocupación que llevo en el corazón y que deseo compartir con vosotros con sencillez y confianza. Se trata de nuestro Seminario Menor. Todos conocemos la realidad: el número de alumnos es hoy muy reducido. No es únicamente una cuestión de cifras, sino una llamada a preguntarnos si nuestras comunidades ayudan a los adolescentes a descubrir que el Señor sigue llamando y que vale la pena entregarle la vida.

El Seminario Menor no es responsabilidad exclusiva del Rector, sino una causa diocesana. En cierto modo, es el reflejo de nuestra capacidad para proponer con naturalidad la belleza del sacerdocio. Las vocaciones nacen frecuentemente cuando nos atrevemos a preguntar a un muchacho, con delicadeza y libertad: *“¿Has pensado alguna vez que el Señor pueda llamarte a ser sacerdote?”*. Quizá, sin darnos cuenta, hemos dejado de hacer esa pregunta. Por eso os invito a renovar la preocupación por las vocaciones y por nuestro Seminario. Que recemos más por él, que cuidemos a nuestros monaguillos, que acompañemos a los jóvenes, que hablemos con las familias y que no tengamos miedo de presentar nuestro Seminario Menor como un camino hermoso de formación cristiana y vocacional.

Una diócesis que deja de preocuparse por las vocaciones comienza, casi sin advertirlo, a renunciar a su propio futuro. Nosotros, en cambio, queremos mirar al futuro con esperanza.

Agradezco vuestro ministerio, vuestra entrega cotidiana y el testimonio que ofrecéis en las comunidades. Que esta preocupación compartida nos ayude a crecer en comunión, a hacer de la pastoral vocacional una prioridad de nuestra acción pastoral y a no tener miedo de presentar a las familias y a los adolescentes el Seminario Menor como una posibilidad concreta de formación.

Con afecto y gratitud, os encomiendo a la intercesión de la Virgen María, Madre de los sacerdotes, y de san Pedro de Osma.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Solemnidad de san Pedro y San Pablo y colecta del Óbolo

Soria, 22 de junio de 2026

Queridos hermanos:

La Iglesia celebra la solemnidad de San Pedro y San Pablo **el 29 de junio**. En nuestra diócesis, queda a la libre elección de cada párroco hacerlo el domingo 28 de junio o bien el 5 de julio.

En cualquier caso, en todas las parroquias, iglesias y oratorios se hablará a los fieles sobre el ministerio del Sucesor de Pedro, animando a permanecer unidos al Santo Padre, a sus enseñanzas, y a orar por su persona e intenciones. También se realizará la **colecta para el Óbolo de San Pedro**, exhortando a los fieles a contribuir con generosidad para cooperar con el Santo Padre en el cumplimiento de sus tareas de evangelización y de ayuda a los más necesitados. En el último año esta colecta ha experimentado un incremento significativo del que todos nos felicitamos:

AÑO 2017 5.421,85 €

AÑO 2018 4.970,05 €

AÑO 2019 4.513,92 €

AÑO 2020 3.971,90 €

AÑO 2021 4.080,42 €

AÑO 2022 3.384,60 €

AÑO 2023 3.783,50 €

AÑO 2024 5.483,40 €

AÑO 2025 6.894,83 €

Os invito a consultar la web de esta campaña pontificia <https://www.obolodisanpietro.va/es/giornate-dell-obolo.html>.

A vuestra disposición, recibid un cordial saludo.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

OTROS

Presentación de la Jornada de Manos Unidas

Casino Círculo Amistad Numancia (Soria), 6 de febrero de 2026

Buenas tardes y muchas gracias a todos por vuestra presencia.

Nos reunimos hoy con motivo de la Jornada de Manos Unidas, una cita ya bien conocida para nuestras comunidades cristianas y que, año tras año, nos ofrece la oportunidad de detenernos, mirar más allá de nuestro entorno inmediato y reflexionar, desde la fe, sobre la realidad del hambre, la pobreza y la desigualdad en nuestro mundo.



Manos Unidas no necesita una larga presentación entre nosotros. Conocemos su trayectoria, su estilo de trabajo y su apuesta constante por un desarrollo humano integral, que no se queda en la atención a las urgencias, sino que busca transformar las causas profundas de la pobreza. Por eso, esta jornada no es sólo informativa ni meramente solidaria, sino que tiene un claro sentido pedagógico y ético.

La campaña de este año nos recuerda una convicción de fondo: no puede haber paz verdadera sin justicia, ni justicia mientras tantas personas carezcan de lo necesario para vivir con dignidad. El hambre no es una realidad aislada; está estrechamente vinculada a la violencia, a la exclusión y a la falta de oportunidades. Combatirla es, por tanto, una manera concreta de trabajar por la paz.

Antes de dar paso al desarrollo del encuentro, quisiera expresar un agradecimiento especial a las mujeres de Manos Unidas, que sostienen desde hace años esta labor con una fidelidad discreta y constante. Su dedicación, muchas veces silenciosa, es clave para que esta campaña llegue a parroquias, comunidades educativas y grupos cristianos, manteniendo viva la sensibilidad solidaria de nuestra Iglesia. Junto a ellas, agradecemos también el compromiso de todos los voluntarios y colaboradores que hacen posible este trabajo.

Este encuentro quiere ayudarnos a profundizar en el sentido de la campaña y a conocer con más detalle los proyectos y propuestas de este año, que la Delegada diocesana presentará a continuación. A todos se nos invita, una vez más, a escuchar, a dejarnos interpelar y a renovar nuestro compromiso personal y comunitario.

Gracias de nuevo por vuestra presencia y por vuestra cercanía a la misión de Manos Unidas. Damos ahora paso al desarrollo del encuentro.

Deja tus redes y sígueme Día del Seminario 2026

19 de febrero de 2026

El Concilio Vaticano II recuerda que *“los presbíteros, pródigos cooperadores del orden episcopal y ayuda e instrumento suyo, llamados para servir al pueblo de Dios, forman, junto con su obispo, un solo presbiterio, dedicado a diversos ministerios”* (LG, 28). Esta verdad ilumina el sentido del Día del Seminario que nos invita cada año a tomar conciencia de que el cuidado de las vocaciones sacerdotales es responsabilidad de toda la Iglesia diocesana. En nuestra diócesis contamos en estos momentos con cuatro seminaristas mayores que se forman en el Seminario de Burgos y con los alumnos del Seminario menor de El Burgo de Osma que continúa siendo un espacio valioso de acompañamiento donde los jóvenes pueden crecer humana y cristianamente y aprender a escuchar la posible llamada del Señor.

El Seminario desempeña la importante tarea de formar a los futuros sacerdotes, asistiendo al obispo en su responsabilidad de completar el discernimiento vocacional de los candidatos. Como en el Evangelio, también hoy el Señor sigue pasando por la orilla de nuestra vida y llamando a algunos a dejar sus redes para seguirlo con una entrega total al servicio del Pueblo de Dios.

El Seminario es importante porque prepara para la vida comunitaria y para el compromiso compartido en una época intensamente individualista; educa para la oración en un tiempo que se esfuerza poco por encontrar espacios de silencio y que, desgraciadamente, extingue el deseo de bondad y de infinito poniendo como excusa una aparente racionalidad que ya no entiende que “lo esencial es invisible a los ojos”.

El Seminario prepara también para la colaboración y el servicio, de manera que los futuros sacerdotes colaboren entre sí y con el Obispo y sirvan con disponibilidad plena al pueblo de Dios. Se trata de una tarea que requiere pasión y competencia, capacidad de leer los signos de los tiempos, disposición a escuchar e imaginación para ayudar a los candidatos al sacerdocio a navegar por los desafiantes caminos del mundo y de la Iglesia de hoy.

Para llevar adelante esta delicada tarea, el Seminario debe ser cada vez más un lugar abierto: abierto al soplo del Espíritu Santo, con una vida litúrgica y de oración capaz de expresar alabanza y de escuchar “la voz del silencio” con la que el Señor habla al corazón de los hombres; abierto a una pasión por la formación en todos los niveles: humano, espiritual, intelectual y pastoral; abierto a comprender la vida de la diócesis, los acontecimientos de la época que vivimos y las preguntas de sentido que plantean los hombres de nuestro tiempo.

El Seminario está llamado a ser un lugar donde la necesaria y fructífera fidelidad a la Tradición no signifique “custodiar las cenizas, sino preservar el fuego”, en feliz expresión del Papa Francisco.

Para garantizar la fidelidad a este mandato, toda la Diócesis debe velar por la formación de los futuros sacerdotes, junto con el Seminario. Esta formación no puede ser difusa, sino que requiere un centro de experiencia y vida comunitaria, pero tampoco puede delegarse completamente en una sola institución, por muy completa y competente que sea. Las vocaciones se despiertan en comunidades vivas, en familias creyentes, en parroquias que rezan y que no tienen miedo en proponer con alegría la posibilidad de una vida entregada al Señor.

Por eso, el Día del Seminario es una llamada a toda la comunidad diocesana a rezar por las vocaciones y por nuestros seminaristas en concreto; a acompañar con cercanía a quienes pueden experimentar una inquietud vocacional y a colaborar también materialmente para sostener esta obra tan relevante para el presente y el futuro de nuestra diócesis.

Doy las gracias a los formadores, profesores y a cuantos hacen posible el camino formativo de nuestros seminaristas, así como a las personas y comunidades que los sostienen con su oración y ayuda.

Que el Señor siga pasando por la orilla de nuestra diócesis y suscite nuevas respuestas generosas, y que sepamos decir: *“pon, Señor, en mis manos tus redes, bregando a tu lado y entregando amor”*.



Bendición e inauguración del Centro jubilar “San Saturio”

26 de febrero de 2026

Buenos días; muchas gracias a todos por venir. Saludo a los miembros del Colegio de consultores, al equipo técnico y equipo de dirección de Cáritas diocesana, así como a las autoridades que nos honráis con vuestra presencia y al responsable de la Cruz Roja provincial.

Hoy presentamos este Centro Jubilar “San Saturio”, una obra que nace del Jubileo de la esperanza celebrado en el Año Santo de 2025. El Jubileo ha terminado, pero la esperanza no termina; continúa ahora aquí, hecha servicio concreto y compromiso con las personas.

En la tradición de la Iglesia, el Jubileo no es sólo un tiempo de celebración, sino una llamada a renovar la vida y a traducir la fe en gestos concretos de cercanía, de justicia y de cuidado, especialmente hacia los más vulnerables. Por eso quisimos que el Jubileo dejara una obra duradera. No sólo un recuerdo, sino una respuesta. Este Centro es el fruto social del Jubileo.

Como Iglesia diocesana, hemos promovido este proyecto y hemos confiado su gestión a Cáritas, a quienes agradezco su entrega y profesionalidad, así como el servicio generoso de tantos voluntarios. Mi gratitud se extiende también a las parroquias, comunidades y a todas las personas y realidades eclesiales que, día a día, sostienen una amplia red de cercanía en favor de quienes más lo necesitan: la atención y el acompañamiento a las personas privadas de libertad desde la pastoral penitenciaria; el trabajo de Manos Unidas y la preocupación constante por las comunidades más empobrecidas en los países del tercer mundo; la pastoral de la salud, que acompaña a las personas enfermas y a sus familias; la atención a las personas mayores y a quienes viven en soledad; la tarea eficaz y discreta de nuestro Centro de orientación familiar que tanto apoyo presta a los matrimonios y familias, así como otras iniciativas de acogida, orientación y apoyo que se desarrollan en parroquias y comunidades a lo largo y ancho de la diócesis.

131

Este Centro no es una iniciativa aislada. Forma parte del compromiso permanente de nuestra Iglesia con la realidad social de nuestra tierra. En nuestra provincia crecen las situaciones de vulnerabilidad: precariedad laboral, soledad no deseada, dificultades de relación y falta de redes de apoyo. Hasta ahora no contábamos con un recurso diurno que ofreciera, al mismo tiempo, atención a las necesidades básicas, acompañamiento personal y un espacio donde reconstruir vínculos.

El Centro Jubilar nace para cubrir ese vacío. No quiere ser sólo un lugar donde recibir ayuda material, sino un espacio de acogida y de escucha, un lugar donde cada persona pueda sentirse valorada y donde pueda iniciar un camino de mejora, de integración y de autonomía. Porque la esperanza no es sólo un mensaje: es una respuesta concreta para quien sufre.

Con esta iniciativa queremos seguir estando donde ya estamos: cerca de quienes viven la fragilidad, la soledad o la dificultad. Donde la vida se hace más dura, allí quiere estar la Iglesia.

El Jubileo nos impulsó a dar una respuesta necesaria y permanente. Y este Centro quiere expresar algo muy sencillo y muy importante: que la esperanza no es una palabra, sino una tarea; una tarea de cercanía, de cuidado y de compromiso.

Saludo en el encuentro de formación de animadores de Vida ascendente

Casa diocesana (Soria), 26 de febrero de 2026

Buenas tardes a todos, sean bienvenidos.

Quisiera comenzar dirigiendo un saludo cordial y agradecido a todos los presentes en este encuentro que celebramos aquí, en nuestra diócesis de Osma-Soria. Un saludo muy especial al Presidente nacional de Vida ascendente, cuya presencia es un signo de comunión y de estímulo para nuestra tarea. Saludo también con gratitud a la Presidenta diocesana y al Consiliario por su dedicación y su servicio constante a este movimiento. Y, por supuesto, mi saludo más cercano a todos ustedes, participantes en este encuentro.

Nos reunimos hoy en Soria con una finalidad muy concreta: conocer mejor Vida ascendente y descubrir juntos cómo esta etapa de la vida puede seguir siendo un tiempo de crecimiento, de entrega y de misión.

Vivimos en una sociedad en la que cada vez hay más personas mayores. La esperanza de vida ha aumentado, y eso es una buena noticia, pero junto a este dato aparece otra realidad que todos conocemos: la soledad y la sensación de que, al llegar a cierta edad, uno ya no cuenta demasiado.

También en la Iglesia podemos caer, sin darnos cuenta, en una idea equivocada: pensar que la misión es sólo cosa de los jóvenes, pero el Papa Francisco recordaba muchas veces que en la Iglesia nadie se jubila del anuncio del Evangelio.

La edad avanzada no es el final del camino, sino un tiempo nuevo, un tiempo de madurez, de sabiduría, de fe más profunda, y también un tiempo de misión: desde esta convicción nace Vida ascendente.

Vida ascendente es un movimiento de Iglesia dirigido a personas mayores que desean vivir esta etapa no como un tiempo de retirada, sino como un tiempo de crecimiento y de servicio. Su propuesta es sencilla y muy humana, y se apoya en tres pilares fundamentales:

El primero es la amistad porque una de las pobreza más grandes de nuestro tiempo es la soledad. En los grupos de Vida ascendente las personas se encuentran, se escuchan, se acompañan y crean lazos de cercanía y de apoyo.

El segundo pilar es la espiritualidad. El centro del grupo es la Palabra de Dios, la oración compartida y el crecimiento en la fe. No se trata sólo de reunirse, sino de dejar que el Señor siga actuando en nuestra vida.

Y el tercer pilar es el apostolado porque el grupo no se queda en sí mismo. Desde la experiencia de fe y de amistad, nace el deseo de acercarse a otros mayores, de visitar, de acompañar y de llevar consuelo y esperanza.

En el fondo, Vida ascendente parte de una intuición muy sencilla: los mayores pueden acompañar mejor a otros mayores. La experiencia de la vida, la cercanía, el lenguaje común, la comprensión..., hacen posible un acompañamiento que nadie puede sustituir.

Y aquí hay algo muy importante. Vida ascendente no es un servicio que la parroquia



ofrece desde fuera. Es un movimiento de laicos. Los grupos los llevan los propios miembros. Es decir, los mayores no son sólo destinatarios, sino protagonistas.

Por eso hoy este encuentro tiene un sentido especial. La Iglesia necesita personas que den un paso adelante, personas que estén dispuestas a animar un grupo, a coordinar un encuentro, a cuidar a otros. Ser animador no significa saber mucho, no se trata de ser expertos. Se trata, sobre todo, de cuatro cosas muy sencillas: tener fe, aunque sea humilde, tener corazón para acoger y escuchar, tener disponibilidad para servir, y creer que el Señor sigue llamando también en esta etapa de la vida.

Quizá alguien piense: “Yo no sabría hacerlo”. Pero la experiencia nos dice algo muy claro: lo que más necesitan los grupos no son especialistas, sino personas cercanas, constantes y con espíritu de servicio.

Hoy, mientras participamos en este encuentro, cada uno puede hacerse una pregunta sencilla y profunda: ¿Podría el Señor estar llamándome a este servicio? ¿Podría yo ser esa persona que ayude a que otros no estén solos? ¿Podría colaborar para que Vida ascendente crezca en nuestras parroquias y en nuestra diócesis?

Que este encuentro nos ayude a comprender que la edad madura no es el final de nada, sino una oportunidad para poner al servicio de los demás el tiempo, la experiencia y la fe que hemos recibido. La Iglesia necesita hoy esa presencia cercana, esa escucha y ese acompañamiento que muchos de ustedes pueden ofrecer. Hoy la Iglesia en nuestra diócesis necesita personas que quieran acompañar a otros mayores. Si alguno siente que podría ofrecer su tiempo, su cercanía y su fe, este puede ser el momento de decir sencillamente: “Aquí estoy”.

Palabras en el acto de clausura del curso pastoral

Iglesia de San Francisco, 28 de mayo de 2026

Queridos hermanos:

Al llegar al final de este curso pastoral quisiera, ante todo, expresar mi agradecimiento a todos los que sostenéis la vida de nuestra diócesis con vuestro trabajo y vuestra entrega cotidiana. Gracias a los sacerdotes, religiosos y religiosas, delegados, catequistas, miembros de movimientos y cofradías, trabajadores y voluntarios de las Cáritas parroquiales y diocesana, profesores de religión y personas comprometidas en tantas tareas sencillas que muchas veces apenas se ven, pero sin las cuales la Iglesia no podría caminar.

Acabamos de contemplar algunos momentos y realidades significativas de este curso. Vivimos en una tierra marcada por la dispersión de los pueblos, la falta de relevo en muchos ámbitos y el cansancio que a veces aparece después de años de entrega. Todo eso es real y sería absurdo negarlo, pero también es verdad que, en medio de esa realidad, sigue habiendo mucha generosidad y mucho bien silencioso que continúa sosteniendo la vida de nuestras comunidades. Y eso merece ser reconocido hoy.

Porque una diócesis no se sostiene únicamente en las iniciativas más visibles, sino también en quien abre cada domingo la iglesia de un pequeño pueblo, en quien prepara con

cariño una catequesis, en quien visita a un enfermo, en quien acompaña una celebración en espera de presbítero y en quien dedica horas discretas a escuchar, organizar, limpiar, cuidar o servir sin esperar reconocimiento alguno.

En el fondo, la vida de la Iglesia siempre ha crecido así: muchas veces no desde lo espectacular, sino desde la fidelidad humilde de tantas personas con rostro. Y quizá precisamente ahí está hoy una de las mayores fortalezas de nuestra diócesis. A veces podemos caer en la tentación de mirar solamente lo que falta, lo que disminuye o lo que preocupa. Pero conviene no olvidar que el Señor sigue actuando también en lo pequeño, en lo escondido y en lo aparentemente frágil. Y cuando una comunidad conserva la fe, continúa rezando, sigue reuniéndose para celebrar al Señor y mantiene viva la caridad, allí la Iglesia sigue teniendo futuro.

Quizá una de las palabras más importantes de este curso pastoral ha sido precisamente “corresponsabilidad”. La Programación pastoral de este año insistía repetidamente en la necesidad de avanzar hacia una Iglesia más participativa, más misionera y más corresponsable, donde cada bautizado descubra que tiene un lugar y una misión concreta dentro de la comunidad cristiana.

Y creo sinceramente que eso se ha ido viendo de manera especial en algunas iniciativas que hoy hemos recordado. Pienso, por ejemplo, en el servicio de los laicos que animan celebraciones dominicales en espera de presbítero en tantas parroquias pequeñas de nuestra diócesis. No es simplemente una solución organizativa ante la escasez de sacerdotes. Es también un signo de una Iglesia que intenta seguir acompañando y sosteniendo la fe de las comunidades incluso en medio de las dificultades. De hecho, la propia Programación pastoral hablaba explícitamente de la necesidad de formar laicos para este servicio y de cuidar especialmente a las parroquias con muy pocos fieles. No puedo dejar de recordar y valorar en este sentido la inestimable tarea que desarrolla nuestra Escuela de formación de laicos: gracias a quienes han asistido a ella este año, a los profesores y a su Director.

Y quizá aquí hay también una llamada importante para el futuro. Durante mucho tiempo hemos identificado demasiado la vida de la Iglesia únicamente con la figura del sacerdote. Y evidentemente el ministerio sacerdotal sigue siendo absolutamente esencial e insustituible. Pero al mismo tiempo estamos redescubriendo cada vez con más claridad que toda la comunidad cristiana está llamada a implicarse activamente en la misión evangelizadora. Necesitamos comunidades menos acostumbradas simplemente a “recibir” y más conscientes de que todos los bautizados tenemos algo que aportar a la vida de la Iglesia.

Y junto a ello hemos contemplado también otro signo importante de este curso: la puesta en marcha del Centro Jubilar San Saturio como fruto del Año jubilar de la esperanza. Desde el principio quisimos que el Jubileo no fuera solamente una sucesión de celebraciones o peregrinaciones, sino que dejara una huella concreta de caridad y cercanía. La propia Programación pastoral señalaba la necesidad de que el Año jubilar desembocara en una “iniciativa diocesana de carácter social como concreción de la gracia jubilar”. Y creo que el Centro jubilar San Saturio quiere ser precisamente eso: una forma concreta de convertir la esperanza en servicio. Vivimos en una sociedad donde muchas personas experimentan distintas formas de vulnerabilidad, de soledad o de incertidumbre y la Iglesia no puede limitarse únicamente a contemplar esas situaciones desde lejos. El Evangelio nos empuja a acercarnos y a intentar



aliviar el sufrimiento concreto de las personas. Por eso creo que este centro expresa muy bien lo que debería ser siempre la vida cristiana: una fe que se hace cercanía y una esperanza que se transforma en obras.

Además, este año está marcado de una manera especial por la celebración del 925º aniversario de la restauración de nuestra diócesis por San Pedro de Osma. Y pienso que esta conmemoración nos puede ayudar a mirar nuestra realidad con una perspectiva más profunda y más esperanzada. San Pedro de Osma llegó a una tierra necesitada de reconstrucción espiritual y humana. Le tocó recomenzar, organizar, sembrar, levantar comunidades y abrir caminos en una situación compleja. Y quizá también nosotros estamos llamados hoy, salvando todas las distancias, a vivir algo parecido: no instalarnos en el lamento, sino preguntarnos cómo seguir anunciando el Evangelio en la realidad concreta que nos toca vivir.

Y precisamente en este contexto creo que debemos mirar también con esperanza a la próxima visita del Papa a España. Más allá de los detalles meramente organizativos, una visita del Sucesor de Pedro siempre supone una llamada a renovar la comunión eclesial, a redescubrir la alegría de la fe y a sentirnos parte de una Iglesia mucho más grande que nuestras propias preocupaciones o límites cotidianos. Estoy convencido de que será también una oportunidad providencial para reavivar el ánimo de muchas comunidades cristianas y para recordar que la Iglesia sigue teniendo una palabra que ofrecer a la sociedad española.

En este contexto vivimos además el tiempo de sede vacante. Es normal que en algunos momentos aparezca cierta inquietud o incluso impaciencia. Humanamente es comprensible, pero creo que todos estamos llamados a vivir esta etapa con serenidad, sentido eclesial y confianza. La Iglesia tiene sus tiempos y también nosotros debemos aprender a caminar con paciencia y comunión mientras esperamos al nuevo obispo que el Señor quiera conceder a nuestra diócesis.

A veces tendemos a pensar que estos periodos son simplemente tiempos de transición o de espera pasiva. Pero también pueden convertirse en momentos de maduración eclesial, porque nos ayudan a recordar que la Iglesia no depende únicamente de las personas concretas, sino ante todo de Cristo, que continúa guiando a su pueblo. Y quizá este tiempo nos está invitando también a crecer en responsabilidad compartida, en oración y en sentido de comunión.

Mientras tanto, la diócesis sigue caminando y todos nosotros seguimos teniendo la responsabilidad de sostener y cuidar esta Iglesia particular que el Señor nos ha confiado. Precisamente por eso debemos empezar ya a mirar al próximo curso pastoral. Hace unos días, y tras la última reunión con el Colegio de consultores, pedí a los sacerdotes y a los delegados diocesanos que nos hicieran llegar algunas reflexiones, ideas y sugerencias que nos ayuden a ir perfilando unas líneas pastorales sencillas, realistas y útiles para el próximo curso, puesto que justo este año 2026 ha expirado el Plan pastoral cuatrienal que nos dimos en 2022.

No se trata de elaborar un documento complicado, sino más bien de discernir juntos qué necesita hoy nuestra diócesis, cómo acompañar mejor a nuestras comunidades, cómo sostener la vida cristiana en nuestros pueblos y cómo evangelizar en medio de una sociedad cada vez más descreída. Y creo que ese discernimiento debemos hacerlo entre todos, escuchándonos, compartiendo experiencias y dejando espacio al Espíritu Santo. Se trata, en

definitiva, de ver cómo podemos aplicar en nuestra diócesis las intuiciones de la reciente asamblea de la Iglesia en Castilla celebrada en Ávila.

Quizá necesitamos también aprender a distinguir mejor entre lo esencial y lo secundario. No podremos mantener siempre todas las estructuras del pasado tal como las hemos conocido durante décadas. Pero sí podemos seguir transmitiendo la fe con autenticidad si permanecemos unidos al Señor y si somos capaces de centrarnos verdaderamente en lo fundamental: el anuncio del Evangelio, la celebración de la fe, el acompañamiento de las personas y el testimonio concreto de la caridad. Este es el núcleo de la experiencia cristiana.

Termino renovando una vez más mi agradecimiento sincero a todos vosotros. Gracias por vuestra entrega, por vuestra paciencia, por vuestra fe y por vuestro amor a esta Iglesia diocesana. Ojalá podamos vivir este verano también como un tiempo de descanso, de renovación interior y de mayor cercanía al Señor. Y os pido que sigamos rezando unidos por nuestra diócesis y por quien, cuando Dios lo disponga, será llamado a pastorearla como nuevo obispo.

Recemos también por la Iglesia en España y por el Santo Padre, para que su próxima visita dé frutos de fe y de comunión. Y pidamos al Señor que sepamos acoger este tiempo no con desánimo, sino con la serenidad de quienes saben que Dios sigue actuando en medio de nuestras fragilidades.

Seguimos caminando juntos y, aunque no falten dificultades, tenemos motivos para la esperanza, porque Cristo continúa sosteniendo a su Iglesia también aquí, en esta tierra nuestra de Osma-Soria, una tierra austera y sencilla, pero profundamente marcada por una fe que ha sabido mantenerse viva generación tras generación.

Inauguración de la exposición “*Petrus, Episcopus Oxomensis. Vida, fe y legado en el Año de San Pedro de Osma*”

Catedral, 23 de junio de 2026

Buenos días, sean todos bienvenidos a esta Catedral de la Asunción para la inauguración de la exposición *Petrus, Episcopus Oxomensis. Vida, fe y legado en el Año de San Pedro de Osma*, que forma parte de los actos conmemorativos del 925º aniversario de la elección de san Pedro de Osma como obispo de nuestra diócesis. Con aquella elección no comenzó únicamente el ministerio de un nuevo obispo, sino la restauración efectiva de la antigua sede oxomense, que volvía a tener un pastor residente tras siglos de interrupción provocados por la invasión musulmana.

Podría parecer, a primera vista, que nos encontramos simplemente ante una exposición de carácter histórico, y ciertamente lo es. Los paneles e imágenes que hoy presentamos nos acercan a una época fascinante: aquella Castilla de finales del siglo XI y comienzos del XII, marcada por la Reconquista, la repoblación, el nacimiento del románico, la reforma gregoriana y la llegada de los monjes cluniacenses que contribuyeron decisivamente a integrar estas tierras en la gran corriente espiritual y cultural de la Europa cristiana. Si hoy existe esta diócesis, si hoy celebramos la fe en nuestros templos, si esta Catedral continúa siendo el



corazón espiritual de nuestra tierra, es porque hace nueve siglos hubo hombres que, confiando en Dios, supieron comenzar de nuevo.

Pero esta exposición pretende ser mucho más que una mirada al pasado. No hemos querido recordar a san Pedro de Osma únicamente porque fue el primer obispo residente después de casi cuatro siglos de ausencia efectiva de los obispos de esta sede episcopal. Tampoco porque iniciara la construcción de la catedral románica o porque organizara nuevamente la diócesis. Todo eso forma parte de nuestra historia y merece ser conocido.

La razón más profunda por la que celebramos este aniversario es otra, y es que San Pedro de Osma sigue teniendo algo que decirnos hoy. Hace novecientos veinticinco años llegó a una tierra que acababa de salir de una larga etapa de incertidumbre. Encontró una Iglesia que debía ser reconstruida material y espiritualmente. Encontró comunidades dispersas, estructuras debilitadas y enormes desafíos pastorales. Sin embargo, no se dejó paralizar por las dificultades, no se limitó a lamentar lo que faltaba, no se instaló en la nostalgia de tiempos mejores. La historia de la Iglesia demuestra que Dios nunca abandona a su pueblo; cambian las circunstancias, cambian las generaciones, cambian los desafíos; pero el Señor sigue suscitando personas capaces de abrir caminos nuevos.

Comenzó a construir y lo hizo desde lo esencial: desde el Evangelio. Quizá por eso su figura resulta especialmente actual para nosotros. También nuestra diócesis vive hoy desafíos importantes. Somos conscientes de ellos. Los vemos cada día en nuestros pueblos, en nuestras parroquias, en nuestras familias: la despoblación, el envejecimiento, la secularización o la disminución de recursos humanos podrían llevarnos fácilmente al desánimo.

Sin embargo, cuando contemplamos la vida de san Pedro de Osma descubrimos que las verdaderas renovaciones de la Iglesia nunca comienzan por los números ni por los medios materiales. Comienzan siempre por la fe. Comienzan por hombres y mujeres que creen que Dios sigue actuando en la historia. Comienzan por personas capaces de mirar más allá de las dificultades inmediatas. Comienzan por cristianos que saben que el futuro pertenece siempre a Dios. Eso fue san Pedro de Osma: un monje que cambió la armadura por el hábito, un hombre culto que eligió la humildad, un pastor que gobernó más como padre que como señor, un obispo que entendió que la construcción de una catedral sólo tiene sentido cuando va acompañada de la construcción de una comunidad viva de creyentes.

De aquella obra de restauración iniciada por san Pedro surgiría pocos años después otro de los grandes frutos de esta tierra: santo Domingo de Guzmán, formado en esta diócesis y llamado después a renovar la vida de la Iglesia universal.

Por eso esta exposición no termina realmente en las piezas que hoy contemplamos. Cada visitante encontrará aquí fechas, acontecimientos, personajes, obras de arte y testimonios de devoción. Descubrirá cómo nació la diócesis restaurada, cómo surgió El Burgo de Osma, cómo se levantó la primera catedral y cómo la memoria del santo ha permanecido viva durante siglos en la piedad de nuestro pueblo.

Pero, ojalá descubra también algo más. Ojalá cada persona que recorra esta exposición se pregunte qué significa hoy reconstruir la Iglesia. Ojalá se pregunte qué significa hoy ser discípulo de Cristo. Ojalá comprenda que la herencia más valiosa que san Pedro nos dejó no es una piedra, ni una reliquia, ni siquiera una tradición venerable, sino un modo de vivir el

Evangelio. El patrimonio cristiano nunca nació para ser contemplado únicamente como una obra artística, sino para anunciar la fe, para conducir a Dios y para hablar de Cristo a cada generación. Cuando olvidamos eso, las piedras se convierten en museo; cuando lo recordamos, vuelven a ser testigos vivos del Evangelio.

Porque el verdadero legado de san Pedro de Osma está en la fe transmitida de generación en generación durante casi diez siglos; en las comunidades cristianas que han perseverado en esta tierra; en los sacerdotes, religiosos y laicos que han continuado su misión; en tantos hombres y mujeres sencillos que han mantenido viva la llama del Evangelio.

Antes de concluir, deseo expresar mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible esta exposición. Mi gratitud, en primer lugar, a quienes han elaborado sus contenidos, realizando el trabajo de investigación, selección y síntesis histórica que ha permitido presentar de forma accesible la figura de san Pedro de Osma y el contexto en el que desarrolló su misión. Gracias por el rigor, el cuidado y el cariño con que han trabajado para acercarnos a nuestras raíces. Mi reconocimiento también a todos los que han colaborado en el diseño, la producción y el montaje de la exposición. Detrás de cada panel, de cada imagen y de cada detalle visible hay horas de dedicación generosa que merecen ser reconocidas. Específicamente quiero personalizar esta acción de gracias en el delegado de patrimonio, D. José Sala; en el profesor D. Jesús Alonso, y en la responsable de nuestro Taller de restauración. D^a. Paquita Diestro.

Las piedras que contemplamos hablan de un pasado admirable; pero el Evangelio que las hizo nacer sigue vivo. Mientras haya hombres y mujeres dispuestos a creer, a servir y a anunciar a Cristo, la obra iniciada por san Pedro de Osma continuará creciendo. Que este aniversario nos ayude a sentirnos no sólo herederos de una gran historia, sino también responsables de escribir sus próximas páginas. Muchas gracias.

DECRETOS

Decreto de nombramiento de administrador parroquial

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, Administrador diocesano de la Diócesis de Osma-Soria, en virtud de la elección legítima efectuada por el Colegio de Consultores con fecha 29 de septiembre de 2025 (cf. c. 421 § 1; c. 427);

CONSIDERANDO

- Que la sede episcopal de Osma-Soria se encuentra actualmente vacante.
- Que es nuestro deber proveer al cuidado pastoral de los fieles (cf. c. 427 § 1).
- Que las parroquias de Andaluz, Bayubas de Abajo, Bayubas de Arriba, Fuente-lárbol, Fuentepinilla, Osona, Tajueco, Torreandaluz, Valdenebro, Valderrodilla y Valderrueda necesitan un pastor.
- Las condiciones personales y sacerdotales del Rev. D. Kodjo Mignamenou.



Por las presentes letras, y en uso de las facultades que el Derecho Canónico me confiere (cf. c. 539; c. 540), vengo en nombrar y nombro al Rev. D. Kodjo Mignamenou ADMINISTRADOR PARROQUIAL de las citadas parroquias.

Establezco, al mismo tiempo, las siguientes condiciones al nombramiento:

- Temporalidad: Se establece por el período fijado de un año a partir de la fecha del presente decreto, de no mediar antes la toma de posesión del nuevo Obispo diocesano.
- Derechos y deberes: El nombrado asume los mismos derechos y obligaciones que el párroco (cf. c. 540 § 1).
- Limitaciones: No podrá realizar actos que perjudiquen los derechos del futuro párroco (cf. c. 540 § 2).

Se dé traslado del presente decreto al presbítero designado y publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en Soria, a 14 de mayo de 2026.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.

Por mandato del Sr. Administrador diocesano,

Víctor Otín Gonzalo
Canciller-Secretario General



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 14 de mayo el Administrador Diocesano, s.v. nombró Administrador Parroquial de Andaluz, Bayubas de Abajo, Bayubas de Arriba, Fuentelárbol, Fuentepinilla, Osona, Tajueco, Torreandaluz, Valdenebro, Valderrodilla y Valderrueda a D. Kodjo Mignamenou.

IN MEMORIAM

Agustín del Pino Luis

En la tarde del 4 de enero de 2026, falleció en la Residencia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Osma, D. Agustín del Pino Luis. El funeral *corpore insepulto* tuvo lugar el martes a las 16.00h en El Burgo de Osma presidido por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

Agustín del Pino Luis nació el 5 de febrero de 1932 en Medinaceli. Recibió la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Saturnino Rubio Montiel el 29 de junio de 1958 en la Capilla Menor del Seminario Diocesano “Santo Domingo de Guzmán” de El Burgo de Osma. Ejerció el ministerio sacerdotal en Espeja de San Marcelino, Orillares, Ágreda, Navaleno, San Leonardo de Yagüe y San Pedro Manrique. Estuvo vinculado al “Movimiento por un Mundo Mejor” y, ya en Madrid, fue colaborador de la fundación del centro de enseñanza especial y con los grupos que ayudó a poner en marcha la temática del Concilio Vaticano II.

Martín Zamora Borobio

En la tarde del 13 de enero de 2026, fallecía en el Hospital Santa Bárbara de Soria, D. Martín Zamora Borobio. El funeral *corpore insepulto* tuvo lugar el miércoles a las 16.30h en la parroquia de Ntra. Sra. del Espino de Soria presidido por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán y concelebrado por un gran número de sacerdotes.

Martín Zamora Borobio nació el 14 de agosto de 1942 en Tajahuerce (Soria). Realizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario de El Burgo de Osma y en Comillas (Santander). También estudió filosofía y letras en Madrid y un máster en Doctrina Social de la Iglesia. Fue ordenado sacerdote el 26 de marzo de 1967 en Comillas (Santander). Atendió múltiples pueblos en la provincia; además, durante ocho años fue misionero en México. A su vuelta, fue delegado de misiones, capellán del centro penitencia de Soria, delegado de apostolado seglar, consiliario de los centros de cultura popular y, junto a D. Jesús Mendoza, puso en marcha la iniciativa de la recogida de papel para reciclar destinado a la recaudación de dinero para los proyectos de los misioneros sorianos.



VIDA DIOCESANA

Fiesta de San Manuel González

La capilla de las Hermanas Nazarenas de Soria acogió el día 4 de enero la celebración del II Domingo después de Navidad y la fiesta de san Manuel González. El Administrador diocesano de Osma-Soria, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, que presidió la celebración, subrayó en su homilía el significado profundo de la Encarnación como un Dios que “pone su tienda” en medio de su pueblo y decide permanecer de forma humilde y silenciosa en la historia humana.

También señaló que la vida consagrada, y en particular el carisma nazareno, brota de saberse bendecidos y elegidos en Cristo, antes que de cualquier tarea o compromiso, y afirmó que la adoración eucarística no aparta del mundo, sino que es el manantial de toda misión auténtica.

Finalmente, evocó Nazaret como estilo de vida cristiana (hecha de silencio, fidelidad y entrega cotidiana) y animó a redescubrir el valor evangelizador de lo escondido y perseverante en un mundo marcado por la prisa y el ruido, concluyendo que Dios sigue confiando su presencia al amor fiel de corazones disponibles.

La Cofradía de la Oración en el Huerto inició los actos de su 75º aniversario

El sábado 17 de enero, la Cofradía de la Oración en el Huerto de Soria comenzó los actos de los 75 años de su fundación. A las 12.00h, la Iglesia del Carmen de los PP. Carmelitas de Soria, sede de la Cofradía, acogió la Eucaristía que fue presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía subrayó el valor del acompañamiento fiel a Cristo en la noche del Getsemaní como rasgo esencial de la identidad cofrade. Partiendo del Evangelio del Huerto de los Olivos, presentó la súplica de Jesús (“quedaos aquí y velad conmigo”) como una llamada que atraviesa el tiempo y llega hoy a la comunidad cristiana de Soria, invitándola a permanecer junto al Señor sin huir del silencio, del cansancio ni de la prueba.

Al finalizar la Eucaristía, la junta de gobierno de la hermandad desveló la programación diseñada para celebrar esta fecha señalada. El calendario previsto abarca celebraciones litúrgicas especiales, iniciativas culturales sobre la historia de la hermandad y actos de encuentro para cofrades y ciudadanos. El objetivo de estas actividades es poner en valor el legado religioso, patrimonial y humano que la cofradía ha construido a lo largo de las últimas siete décadas en Soria.

La Cofradía de la Oración en el Huerto de Soria fue promovida por la Hermandad ferroviaria de Soria, se constituyó en 1951 y tiene su sede en la iglesia del Carmen (PP Carmelitas). Su particular procesión, junto con la Cofradía de la Flagelación del Señor, tiene lugar el Martes Santo. También participa en la procesión general del Santo Entierro de Cristo, el Viernes Santo. Actualmente tiene alrededor de 150 cofrades.

Confirmaciones en la parroquia de Ágreda

El día 17 de enero, en la Eucaristía vespertina del II Domingo del tiempo ordinario, la parroquia de Ntra. Sra. de los Milagros de Ágreda acogió la confirmación de 12 jóvenes de manos del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

El Administrador diocesano centró su homilía en una idea clave: la fe confirmada es una fe asumida con responsabilidad personal. Recordó a los confirmandos que este sacramento no marca el final del camino cristiano, sino el momento en que la Iglesia y Dios mismo confían en ellos como creyentes adultos.

Jornada de la infancia misionera

El domingo 18 de enero, nuestra Diócesis, en unión con toda la Iglesia, celebró la Jornada de la infancia misionera. El acto central tuvo lugar en la Parroquia de El Salvador de Soria con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía se dirigió de modo directo y cercano a los niños, recordándoles que también ellos son protagonistas de la misión de la Iglesia. Partiendo del lema “Tu vida, una misión”, insistió en que cada niño es conocido por Dios por su nombre y que su vida no es sólo un regalo recibido, sino una tarea confiada.

Les explicó que la misión no exige gestos extraordinarios ni lugares lejanos, sino que se vive en lo cotidiano: en la familia, en el colegio, con los amigos y en la parroquia. Destacó los pequeños gestos de bondad, ayuda y perdón como verdaderos “superpoderes” que Dios regala para hacer el bien y ser luz allí donde cada uno se encuentra.

Acudieron a celebrar este día numerosos niños y adolescentes de las parroquias de la ciudad de Soria, junto con sus familias y sus catequistas. También, durante la semana previa a esta jornada, el delegado episcopal de misiones, Óscar Carrascosa y el misionero D. Emilio José Almajano, visitaron algunas parroquias de la ciudad de Soria para mantener un encuentro con los jóvenes que se están preparando para recibir el sacramento de la confirmación.

Este día de la Jornada de la infancia misionera es un día muy importante, en el que los niños están invitados a ayudar a los demás niños, especialmente a los que no tienen lo necesario para vivir o no conocen a Dios. Todos somos misioneros y podemos ayudarlos con nuestra oración y nuestros donativos. En el año 2025, la Diócesis de Osma-Soria aportó a Obras Misionales Pontificias para esta campaña de la infancia misionera, 11.480.30€.

Asamblea anual de la CONFER diocesana

El día 24 de enero, a las 17.00h., tuvo lugar en la Casa de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret la asamblea anual de la CONFER diocesana, presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán que, en su saludo, agradeció a las comunidades presentes su disponibilidad y esfuerzo, subrayando el valor de estos encuentros en una diócesis donde la vida consagrada es minoritaria y, en muchos casos, envejecida. Desde el realismo evangélico, destacó la importancia de caminar unidos, compartir esfuerzos y evitar el aislamiento de los distintos carismas, apostando por una mayor coordinación entre los religiosos y la pastoral diocesana.



El punto central de la asamblea fue la elección de la nueva presidenta de la CONFER diocesana, cargo que recayó en la escolapia Inmaculada Martínez. En el diálogo posterior se puso de relieve la necesidad de seguir discerniendo juntos la misión de la vida consagrada en la diócesis, especialmente al servicio de las personas más vulnerables y de las realidades más olvidadas.

La asamblea concluyó con el deseo compartido de fortalecer la fraternidad entre las comunidades religiosas y de avanzar en una colaboración más estrecha con la Iglesia diocesana, conscientes de que, aun con pocas fuerzas, la vida consagrada sigue siendo una presencia significativa y necesaria.

Semana de oración por la unidad de los cristianos

Del 18 al 25 de enero, la Iglesia celebró la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que este año llevó por lema «Un solo Espíritu, una sola esperanza», lema que invitó a orar y a trabajar para que la unidad entre los cristianos sea cada vez más visible y para que Jesucristo, luz de luz, sea la meta común que ilumine el camino de todos.

En nuestra diócesis, a lo largo de esos días se desarrollaron diversos momentos de oración y encuentro ecuménico. De manera especial, el martes 20 de enero, la iglesia del convento del Carmen de Soria y el Carmelo seglar hicieron suya, un año más, la intención orante de esta semana, uniéndose a la oración de toda la Iglesia por la plena comunión entre los cristianos.

Los actos concluyeron el sábado 24 de enero con una celebración ecuménica en la iglesia de San Juan de Rabanera, presidida por el Administrador diocesano y con la participación fraterna de miembros de la comunidad ortodoxa rumana presente en nuestra ciudad. La vigilia fue un signo elocuente de que la búsqueda de la unidad no es una realidad abstracta, sino un camino concreto que se construye con encuentros reales, gestos de acogida y oración compartida.

La celebración concluyó con una llamada a no reducir esta Semana a un gesto puntual, sino a vivirla como un compromiso permanente. Caminar en la luz de Cristo, recordó el Administrador, implica sembrar palabras de paz, sobrellevarnos unos a otros con amor y avanzar juntos allí donde el mundo herido espera un signo creíble de esperanza, para que la Iglesia refleje cada vez más la gloria de Dios en la comunión a la que está llamada.

Jornada de oración, reflexión y convivencia en el arciprestazgo de Tierras Altas

El sábado 31 de enero, tuvo lugar en San Pedro Manrique el encuentro del grupo de laicos del Arciprestazgo de Tierras Altas con los sacerdotes y religiosas que componen el Consejo Pastoral. El motivo de dicho encuentro fue celebrar una jornada de oración, reflexión y convivencia para culminar el trabajo personal que se había ido realizando sobre el material enviado desde la Diócesis, de cara a la próxima Asamblea Eclesial de la Iglesia en Castilla a celebrar en Ávila, dentro de unos meses.

Se reunieron 19 personas llegados de las tres UAPAs del Arciprestazgo: Almarza-El Valle; Almajano-El Campillo y San Pedro Manrique-Yanguas-Fuentes de Magaña.

Tras un buen y fecundo rato de trabajo en los grupos, y tras un descanso, se pasó a la puesta en común, con aportaciones trabajadas y variadas. Se recogieron las conclusiones del trabajo para enviarlas a la Vicaría de Pastoral, para con otras de nuestra diócesis, completar la aportación de nuestra Iglesia diocesana de cara a la Asamblea Eclesial.

Nuestra diócesis celebró la jornada de la vida consagrada

Cada dos de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, la Iglesia celebra la Jornada de la vida consagrada, este año bajo el lema “¿Para quién eres?”. El lema está relacionado con el espíritu del Congreso de vocaciones de 2025, recordándonos que somos “una vocación para la misión”.

Los religiosos y religiosas de nuestra Diócesis celebraron este día con una Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en la Iglesia de Santo Domingo de Soria a las 19.30h de la tarde, junto a la Comunidad de Hermanas Clarisas.

En su homilía, el Administrador diocesano se dirigió con gratitud y cercanía a las personas consagradas presentes en la diócesis, destacando su vocación como una vida ofrecida y puesta cada día en manos de Dios para el bien de la Iglesia y del mundo.

Destacó de modo especial el valor de la vida contemplativa, representada en la diócesis por las comunidades que, desde el silencio y la oración, sostienen la vida de la Iglesia desde dentro, a semejanza de Simeón y Ana. Subrayó que sin esta fidelidad escondida no es posible una auténtica renovación eclesial.

146

Finalmente, invitó a dar gracias por el camino recorrido y a mirar el futuro con esperanza, animando a vivir (consagrados y laicos) con un corazón disponible, para que la vida cristiana sea ofrenda silenciosa, luz humilde y esperanza fiel al servicio del Evangelio en la Iglesia de Osma-Soria.

67ª campaña contra el hambre de Manos Unidas

Manos Unidas realizó en el mes de febrero una nueva Campaña contra el Hambre, la número 67, bajo el lema “Declara la Guerra al hambre, alimenta la paz”. La delegación de la Diócesis de Osma-Soria asumió este año dos proyectos para cuya financiación organizó una serie de eventos solidarios que se han ido desarrollando a lo largo de varios meses.

El viernes 15 de mayo celebró su tradicional «Cena Solidaria» o «Cena del Hambre» que tuvo lugar en el Colegio Santa Teresa de las Madres Escolapias. Como siempre, el Hotel Leonor proporcionó unas sopas de ajo y Nufri de La Rasa unas manzanas para completar la cena. Para Manos Unidas, esta cita también es una oportunidad para presentar a la gente los proyectos en los que trabajan durante este año y agradecer la respuesta ante todas las actividades que se organizan.

Este año Manos Unidas ha asumido dos proyectos: en India se trabajará para mejorar las oportunidades para niños y mujeres de 16 comunidades rurales de Keonjar. El número de beneficiarios directos se estima en 480 niños y 120 mujeres, y unos 2.500 indirectos. El importe de esta acción se eleva a 29.055 euros. En Brasil se va a trabajar por el fortalecimiento de los pueblos indígenas en el Javari con un importe total de 54.064 euros.



En la delegación de Soria hay once voluntarias y 233 socios.

El acto central de esta campaña tuvo lugar el domingo 8 de febrero con una Eucaristía en la parroquia de Santa María la Mayor de Soria presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía expresó su reconocimiento y gratitud a la tarea de las mujeres de esta ONG eclesial y a los voluntarios por su labor constante y discreta en la lucha contra el hambre y la pobreza. Subrayó que esta tarea constituye una expresión concreta de la fe y de la caridad organizada de la Iglesia, orientada no sólo a la ayuda inmediata, sino también a la promoción de la dignidad humana y al desarrollo integral.

Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora del Espino de Soria

El domingo 8 de febrero, coincidiendo con la Jornada de Manos Unidas, la Parroquia de Ntra. Sra. del Espino de Soria, acogió la confirmación de un grupo de 22 jóvenes de manos del Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán. Estos confirmados han seguido un itinerario de iniciación cristiana ininterrumpido desde que comenzaron a prepararse para la primera comunión. Tres de ellos han recibido igualmente la primera comunión.

Encuentro diocesano de animadores de celebraciones en espera de presbítero

El Administrador diocesano, acompañado por el Vicario de pastoral, mantuvo el martes 10 de febrero un encuentro con los animadores de las celebraciones dominicales en espera de presbítero. En torno a 45 participantes, llegados de diversas parroquias de la diócesis, se dieron cita marcados por la convivencia fraterna, el intercambio de experiencias y el fortalecimiento de los lazos que sostienen este importante servicio eclesial.

El encuentro tuvo como objetivo principal acompañar y alentar a quienes, en sus comunidades, hacen posible la celebración de la Palabra allí donde no puede estar presente el presbítero. En un clima cercano y participativo, los asistentes compartieron las realidades y vivencias de sus respectivas zonas pastorales, poniendo de relieve la riqueza, las dificultades y los frutos de esta tarea.

Durante la sesión, el Administrador diocesano presentó un nuevo subsidio litúrgico que queda a disposición de los animadores. Este material busca ofrecer un marco común que ayude a cuidar la calidad celebrativa, evitando la improvisación y favoreciendo una mayor unidad en toda la diócesis.

Jornada del enfermo 2026

El día 11 de febrero nuestra Diócesis celebró la Jornada mundial del enfermo bajo el lema “La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”. El acto central de esta jornada fue la Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, en la Capilla del Hospital Virgen del Mirón. A ella acudieron los capellanes de los hospitales, la Delegada y el equipo de la pastoral de la salud y tercera edad, la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes, personal sanitario, enfermos y un gran número de fieles.

El Administrador diocesano en su homilía subrayó que el centro de esa jornada es la llamada del Evangelio a “hacerse prójimo” del que sufre, a ejemplo del buen samaritano. Inspirado en el lema de este año, recordó que la mayor tentación de la sociedad actual es la

indiferencia, fruto de la prisa y de una cultura que pasa de largo ante el sufrimiento. Destacó que la verdadera caridad cristiana no se reduce a un sentimiento, sino que implica cercanía personal, tiempo, responsabilidad y compromiso. En este sentido, puso en valor la labor de los capellanes hospitalarios, los voluntarios de pastoral de la salud y la reciente Hospitalidad diocesana de Lourdes, subrayando que el cuidado de los enfermos es una tarea comunitaria que expresa el rostro samaritano de la Iglesia.

Charla testimonio en la semana del matrimonio

La Conferencia Episcopal Española inició hace años una “Semana del Matrimonio” con iniciativas en las diócesis para dar a conocer la belleza del matrimonio cristiano. Este año 2026, la Semana tuvo por lema: “El amor, la aventura más épica de todas”.

Nuestra diócesis organizó una charla-testimonio de varios matrimonios el jueves 12 de febrero, a las 17.00h. en la Casa Diocesana de Soria, sobre la belleza del matrimonio cristiano. Tres matrimonios de diferentes realidades eclesiales y diversos años de convivencia conyugal expusieron cómo es su vida de esposos desde cuatro dimensiones: la comunidad de personas que integra la familia como escuela de virtudes cristianas; ser santuario de la vida humana, abiertos al don de la vida y su cuidado; ser parte de nuestra sociedad implicándose como familia cristiana en las diversas realidades sociales y, por último, ser Iglesia doméstica, lugar en donde se aprende a rezar y a vivir la fe.

El domingo 15 de febrero, la Parroquia de Santa María La Mayor de Soria acogió la Eucaristía que clausuraba la Semana del Matrimonio y que fue presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía, subrayó que la vocación matrimonial, como toda vida cristiana, es una respuesta libre a la llamada de Dios y se sostiene no tanto en los sentimientos iniciales como en la decisión diaria de amar, escuchar, perdonar y permanecer fieles.

Testimonio sobre amar y acompañar a un hijo hasta el final de la vida

La Delegación de pastoral de la salud y tercera edad organizó el viernes día 20 de febrero una charla testimonio bajo el título «Amar y acompañar el dolor de un hijo hasta el final de la vida». Impartida por Marta Enríquez, en el contexto de la Jornada del enfermo, fue un testimonio, vivido en primera persona, con la enfermedad y muerte de su hija.

La delegada Montserrat Ballesteros contó cómo a menudo hemos malinterpretado la palabra “compasión”, dándole un tono caduco y poco vital; sin embargo, el Papa León, hombre de muchas vivencias humanas en el sufrimiento y de gran espiritualidad, ha querido matizar este término, basándose en la parábola del Samaritano. Porque la compasión es “amar llevando el dolor del otro”.

Renovación del convenio de colaboración entre Caja Rural y el Obispado de Osma-Soria

El 20 de febrero el presidente de Caja Rural de Soria, Carlos Martínez Izquierdo, y el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, renovaron el convenio de colaboración a través del cual se actuará en la restauración y conservación de algunas imágenes religiosas de las parroquias de la Diócesis.



Este convenio establece el marco de colaboración económica y técnica que permitirá apoyar a las parroquias en la conservación y restauración de imágenes de especial valor histórico, artístico y devocional, muchas de ellas vinculadas de manera directa a la vida litúrgica y a la religiosidad popular de nuestros pueblos. Los trabajos que se llevan a cabo con este convenio son principalmente: tratamientos de limpieza, consolidación y fijación de policromías; tratamientos contra xilófagos (en imágenes de madera) y la eliminación de repintes y añadidos no históricos.

El Colegio de consultores abordó diversos asuntos pastorales, organizativos y conmemorativos en su tercera sesión

El Colegio de consultores de la diócesis de Osma-Soria celebró el 23 de febrero su tercera sesión, presidida por el Administrador diocesano. El encuentro comenzó con un momento de oración y unas palabras de bienvenida, tras lo cual se procedió a la lectura y aprobación del acta de la reunión anterior.

Durante la sesión se trataron diversos temas de carácter pastoral y organizativo. Entre ellos, se abordó la situación de los celebrantes de la Palabra; asimismo, se presentó el programa de actos previstos con motivo del año conmemorativo de San Pedro de Osma, que incluye iniciativas pastorales, culturales y formativas, como una exposición en la catedral, conferencias, conciertos, materiales divulgativos y una peregrinación juvenil.

Los consultores también analizaron la inauguración del Centro jubilar “San Saturio” y conocieron el plan de la Conferencia episcopal española relativa a la visita del Santo Padre a España. Igualmente, se compartió información sobre diversas actuaciones en el ámbito de las infraestructuras diocesanas, entre ellas el traslado temporal de la librería diocesana para acometer su rehabilitación.

En el ámbito de la vida diocesana, se informó sobre otras cuestiones relativas al clero y a la organización pastoral. La reunión concluyó con un espacio de ruegos y preguntas, en un clima de trabajo y colaboración al servicio de la vida y la misión de la diócesis en este período de sede vacante.

La Diócesis abrió el Centro jubilar San Saturio, fruto social del año jubilar de la esperanza

La Diócesis de Osma-Soria presentó el 26 de febrero el Centro Jubilar San Saturio, un nuevo espacio de atención y acompañamiento a personas en situación de exclusión o vulnerabilidad social. Este proyecto nació como el principal fruto social del Año Jubilar 2025, celebrado por la Iglesia como Jubileo de la esperanza. *“El Jubileo ha terminado, pero la esperanza continúa, y continúa aquí, en este Centro”*, señaló el Administrador diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez, que estuvo acompañado por el Director de Cáritas, Ricardo Martínez, el Secretario General, Roberto Las Heras, y el Ecónomo diocesano, Alberto Martín.

El Centro responde a la invitación de la Iglesia a que los años jubilares dejen no sólo celebraciones espirituales, sino también obras concretas y duraderas al servicio de la sociedad. En este sentido, el Administrador diocesano subrayó: *“Queríamos que el Jubileo dejara una obra, no sólo un recuerdo. No queríamos celebrar solamente un año; queríamos responder a una realidad”*.

Se pretende que sea un espacio integral de acogida y acompañamiento donde se atiendan las necesidades básicas (desayunos y meriendas, higiene personal, control de medicación, lavado de ropa, etc.) y también un espacio de acompañamiento, orientación y escucha.

El Centro Jubilar San Saturio ha sido promovido por la Diócesis de Osma-Soria y su gestión ha sido encomendada a Cáritas diocesana

La inversión realizada para la puesta en marcha del Centro fue de 75.735,0€, y el coste anual previsto ascenderá a 60.700€, incluyendo personal, actividades y mantenimiento, según declaró el Ecónomo diocesano, Alberto Martín. El Centro abre de lunes a viernes, en horario de 9:00 a 14:00 y de 16:00 a 19:00 horas, adaptando sus servicios a las necesidades de las personas atendidas.

Taller de formación de vida ascendente

El 26 de febrero, la Casa Diocesana de Soria acogió el primer taller de formación de animadores del movimiento eclesial Vida Ascendente. La tarde comenzó con unas palabras de bienvenida del Administrador Diocesano, D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán y a continuación comenzó el taller de formación que contó con la presencia del Presidente Nacional de Vida Ascendente, D. Jaime Tamarit y la Secretaria Nacional, D^a Mercedes Montoya. También estuvieron presentes la Presidenta de Vida Ascendente de la Diócesis de Osma-Soria, D^a Juana Oteo y el consiliario, D. Isidoro Javier Gamarra.

El Administrador diocesano de Osma-Soria subrayó la importancia de esta iniciativa para la Diócesis. Destacó que el objetivo del encuentro es profundizar en el conocimiento del movimiento y descubrir cómo la etapa de la madurez puede vivirse como un tiempo de crecimiento, entrega y misión.

Retiro de cuaresma para los sacerdotes

El 4 de marzo tuvo lugar en la iglesia de La Mayor de Soria el retiro espiritual de Cuaresma para los sacerdotes de la Diócesis de Osma-Soria, que fue predicado por el Administrador diocesano. La meditación invitó a los presbíteros a vivir este tiempo litúrgico como una oportunidad para “volver al centro”, redescubriendo lo esencial de la vocación sacerdotal y renovando la relación personal con el Señor.

A partir de recientes palabras del Santo Padre dirigidas al clero, el retiro reflexionó sobre algunos desafíos de la vida sacerdotal hoy, como el cansancio pastoral, la dispersión interior o la soledad, y subrayó la importancia de cuidar la vida espiritual, fortalecer la fraternidad sacerdotal y sostener el ministerio desde una profunda comunión con Cristo.

El encuentro concluyó con una invitación a vivir la Cuaresma como un camino de renovación interior, recordando que sólo un sacerdote que se deja cuidar por el Señor puede, a su vez, cuidar al pueblo de Dios.

Reunión de la Comisión diocesana para la administración del Fondo para la sustentación del clero

La Comisión diocesana para la administración y gestión del Fondo para la sustentación del clero celebró el día 5 de marzo una nueva sesión ordinaria en la Casa diocesana, con la



participación de sus miembros y bajo la presidencia del Administrador diocesano.

Durante la reunión se revisaron diversos asuntos relacionados con la gestión económica vinculada a la sustentación del clero diocesano. Entre los temas tratados se abordaron cuestiones relativas a la planificación económica para el presente ejercicio, el seguimiento de las aportaciones al Fondo de sustentación y el análisis de distintos aspectos administrativos vinculados a su funcionamiento.

Asimismo, se presentaron informes y datos de gestión correspondientes al último ejercicio, lo que permitió a los miembros de la Comisión valorar la evolución de distintos indicadores económicos y revisar algunas previsiones para el año en curso.

Segundo retiro Bartimeo

Del 6 al 8 de marzo tuvo lugar en el Seminario diocesano el segundo retiro Bartimeo que se celebra en la diócesis. En esta ocasión participaron 38 jóvenes de entre 16 y 19 años, llegados de diferentes parroquias de Soria capital, Ágreda, Ólvega, Almazán, El Burgo de Osma y otras. Además, ayudaron en la organización más de 50 servidores, entre jóvenes y adultos. También participaron varios sacerdotes.

El retiro concluyó el domingo a las cinco de la tarde con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y con la participación de numerosos familiares y amigos. En su homilía, el Administrador diocesano invitó a los jóvenes a reconocer la “sed” profunda que muchas veces experimenta el corazón humano, una sed de sentido, de verdad y de amor que no se sacia con el ruido, las distracciones o las redes sociales.

Jornada de las escuelas católicas en la Diócesis

Los centros educativos católicos de la Diócesis celebraron el jueves 12 de marzo el día de “Escuelas Católicas Soria” con una jornada que reunió a alumnos de 6º de primaria y 1º de ESO junto a docentes y párrocos. La cita tuvo lugar en la iglesia de El Salvador de Soria con una Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y concelebrada por los sacerdotes vinculados a los colegios participantes. Fue una ceremonia sencilla, cercana y participativa, que sirvió para reforzar la vivencia de fe y la identidad compartida de los centros concertados de Soria. Participaron alumnos y docentes de los cinco centros de Soria, Almazán y El Burgo de Osma (Nuestra Señora del Pilar Escolapios, Santa Teresa de Jesús Escolapias, Trilema Soria, Calasancio y Seminario Diocesano Santo Domingo de Guzmán).

Charlas cuaresmales y 24 horas para el Señor

La delegación de laicos junto con el arciprestazgo de Soria organizó desde el 9 hasta el 11 de marzo las charlas cuaresmales en la Parroquia de El Salvador de Soria a las 20.00h, en el contexto de la celebración de la Eucaristía. El encargado de compartir la reflexión cuaresmal fue el párroco de la citada iglesia, D. Alberto de Miguel Machín. El día 12 se celebró la Eucaristía con las confesiones.

Y como en años anteriores en vísperas del cuarto domingo de Cuaresma, la Diócesis se unió a las “24 horas para el Señor”, iniciativa cuaresmal de oración y reconciliación instituida por el Papa Francisco. Esta iniciativa se lleva a cabo mediante la exposición del Santísimo para su adoración durante 24 horas seguidas. En Soria se realizó desde las 5 de la tarde del viernes 13 hasta las 5 de la tarde del sábado 14 en la iglesia de San Juan de Rabanera, tiempo en el que acudieron los fieles de las diferentes parroquias y grupos de la ciudad a adorar y orar ante el Señor.

350 años de la Cofradía del Santo Entierro de Almazán

El día 14 de marzo, la Cofradía del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo de Almazán, celebró el 350º aniversario de su creación, siendo la firma de aprobación de las primeras reglas el 18 de marzo de 1676.

Los actos arrancaron a las 12.00h. con una procesión con el Santo Sepulcro y el Cristo Resucitado que partieron de la ermita de Jesús Nazareno y de la iglesia de San Pedro, para juntarse en la Plaza Mayor de la localidad y culminar en la iglesia de Santa María de Calatañazor donde tuvo lugar la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán y concelebrada por los párrocos de la localidad, D. José María de Miguel y D. Álvaro Chávez. En su homilía, el Administrador diocesano recordó que la Cofradía del Santo Entierro, al celebrar sus 350 años de historia, está llamada no sólo a conservar una tradición, sino a custodiar y anunciar el misterio de Cristo muerto y resucitado. Señaló que la espiritualidad de la cofradía se expresa en tres actitudes fundamentales: contemplar el dolor redentor de Cristo, aprender el arte cristiano del cuidado y vivir el silencio del sepulcro como espacio de esperanza. Finalmente, invitó a los cofrades a que este aniversario sea también una llamada a renovar la fe, la fraternidad y el servicio, para seguir siendo en el pueblo un signo creíble de la esperanza de la Resurrección.

Por la tarde, tuvo lugar la XVI edición de la “Exaltación del tambor, la corneta y el bombo Villa de Almazán” que organiza la Cofradía de la Vera Cruz y que contó con la participación de doce Asociaciones Musicales de diferentes Cofradías.

400 diocesanos peregrinaron a Javier

Alrededor de 400 peregrinos de la Diócesis de Osma-Soria participaron el sábado 14 de marzo en la tradicional “Javierada”, una peregrinación que se realiza al Castillo de Javier (Navarra) en honor a San Francisco Javier. La jornada arrancó muy pronto en varias localidades de la provincia para llegar en torno a las once de la mañana a la Abadía Cisterciense del Monasterio de la Oliva en Carcastillo (Navarra). Tras visitar el Monasterio y realizar la oración del peregrino que fue presidida por D. Julián Ortega Peregrina, los diocesanos compartieron una comida rápida antes de partir para Sangüesa.

Los peregrinos diocesanos caminaron los ocho kilómetros que unen Sangüesa con Javier y allí participaron en la Eucaristía antes de regresar a la Diócesis. Participaron peregrinos de varias parroquias de la provincia: Almazán, Ólvega, Ágreda, El Burgo de Osma, San Leonardo de Yagüe, Navaleno, Vinuesa... entre otras.



Testimonio sacerdotal de Ramón Mirada

El 16 de marzo comenzó la semana vocacional en nuestra diócesis. La primera actividad tuvo lugar en la Casa Diocesana de Soria y consistió en el impactante testimonio de Ramón Mirada, sacerdote diocesano de Getafe y autor del libro “Me enamoré de un leproso”. A lo largo de una hora relató cómo su camino hasta el sacerdocio no fue nada sencillo. Sus problemas empezaron siendo todavía un niño y le acompañaron hasta bien entrada la juventud. El momento decisivo de su vida fue cuando se acercó al sacramento de la reconciliación, después de muchos años sin hacerlo. Poco tiempo después descubrió que Dios le llamaba a ser sacerdote. Actualmente es vicario parroquial en la parroquia de San José Obrero de Móstoles y se considera una persona nueva, gracias al amor y la misericordia de Dios. Después del testimonio, hubo un tiempo de preguntas y de compartir lo que había supuesto para los asistentes lo relatado por el sacerdote.

Hora santa por las vocaciones sacerdotales

El viernes 20 de marzo, el Seminario Diocesano “Santo Domingo de Guzmán” celebró una Hora Santa para rezar por las vocaciones sacerdotales en la parroquia de San Francisco de Asís de Soria. Fueron numerosos los fieles de Soria capital y de otros puntos de la diócesis los que quisieron acercarse a pedir por las vocaciones al ministerio ordenado y para mostrar su afecto y cercanía a los seminaristas que actualmente se forman en nuestro Seminario.

La celebración fue presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán y centró su homilía en el pasaje evangélico de la llamada de los primeros discípulos (Mt 4, 18-22), subrayando que la llamada de Jesús no es un hecho del pasado, sino una realidad actual que acontece en la vida concreta de cada persona, especialmente de los jóvenes. Destacó el carácter radical e inmediato de la respuesta de los discípulos, que dejaron sus seguridades para seguir a Cristo, invitando a los presentes a preguntarse por su propia disposición ante esa llamada.

Asamblea anual de ANFE

El sábado 21 de marzo, la Adoración Nocturna Femenina de la Diócesis (ANFE) celebró su asamblea anual a la que asistieron prácticamente la totalidad de las adoradoras. La mañana comenzó con el rezo de laudes, a continuación, se dio lectura a la memoria de los últimos cinco años, se aprobaron las actas de las reuniones y por último se eligió a la nueva presidenta de ANFE en la Diócesis, resultando elegida D^a Milagros Blasco Rodríguez.

El centro de la jornada fue la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y concelebrada por el consiliario Alberto de Miguel Machín.

Retiro espiritual de cuaresma para laicos

La delegación de laicos organizó, desde el viernes 20 hasta el domingo 22 de marzo, el retiro espiritual para laicos en el Seminario de El Burgo de Osma para el tiempo de Cuaresma. Fueron días de encuentro con el Señor para, desde la debilidad y fragilidad de la vida, entrar en comunión con Él de cara a la Pascua de Resurrección. El Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, dirigió el retiro en el que propuso un itinerario interior centrado en el encuentro personal con Dios y la renovación de la vida cristiana.

A través de diversas meditaciones, guio a los participantes desde la necesidad de detenerse y recuperar la interioridad, pasando por la confrontación con la propia verdad y la experiencia de la misericordia divina, hasta la invitación a vivir la cruz cotidiana con sentido pascual.

El retiro concluyó con una llamada al envío, animando a los asistentes a traducir lo vivido en decisiones concretas y en un testimonio cristiano coherente en la vida ordinaria, especialmente en el ámbito familiar, laboral y social.

Encuentro de cofradías

El 21 de marzo tuvo lugar el Encuentro Diocesano de Cofradías y Hermandades de Osma-Soria que con carácter anual promueve la Delegación de Cofradías. En esta ocasión, se celebró en Almazán, en el marco de los actos del 350º aniversario de la Cofradía del Santo Entierro de dicha localidad, que fue la organizadora del evento.

Contó con la participación de hermandades de la capital y la provincia y discurrió según el programa previsto con el café de bienvenida, una interesante ponencia del párroco de Almazán Don José María de Miguel y un recorrido turístico, para acabar con una comida de hermandad. Dentro del Encuentro, quedó determinado que la próxima edición será en San Esteban de Gormaz, con la organización a cargo de su Cofradía de la Vera Cruz.

Día del Seminario 2026: “Deja tus redes y sígueme”

El 22 de marzo, el domingo posterior a la solemnidad de san José, se celebró el día del Seminario, este año bajo el lema, «Deja tus redes y sígueme». El objetivo de esta jornada es recordar y honrar la figura de san José, patrón de los seminarios y modelo para los sacerdotes.

La celebración central en nuestra diócesis tuvo lugar en la Parroquia de Santa María La Mayor de Soria con una Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y a la que asistió toda la familia del Seminario. El Administrador centró su homilía en la acción de Dios que devuelve la vida allí donde el ser humano experimenta muerte interior, pérdida de sentido o desesperanza.

Concluyó invitando a los fieles a acoger la llamada de Dios con valentía, superando miedos y comodidades, y a responder de manera concreta a la invitación del Señor a seguirle.

Formación de sacerdotes

El día 25 de marzo se celebró en el Seminario Diocesano la segunda sesión de formación de los sacerdotes programada para el presente curso pastoral. El presbítero zaragozano especializado en catequesis y Dean del Cabildo del Pilar, Juan Sebastián Teruel Pérez, fue el encargado de impartir la formación. En un primer bloque presentó el Directorio para la catequesis publicado por la Santa Sede en el año 2020. Durante la segunda parte disertó sobre el proceso catequético. El acto contó con muy buena asistencia del clero diocesano.

Jornada por la vida

El miércoles 25 de marzo, Solemnidad de la Anunciación del Señor, la parroquia de Ólvega acogió la Jornada por la vida bajo el lema “La vida, un don inviolable”.



El mensaje de los Obispos para esta jornada indicaba que “la defensa de la vida humana no es solo una cuestión de fe, sino una exigencia de la recta razón y de la ciencia”. “Se invita a todos, creyentes y personas de buena voluntad, a ser “enamorados” de la vida y no simplemente “acostumbrados” a una cultura del descarte”.

La delegación de Familia y vida de la Diócesis organizó en la parroquia de Santa María La Mayor de Ólvega una hora de Adoración Eucarística por la vida y, como centro de la jornada, tuvo lugar la Eucaristía que fue presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

Entrega de premios del V concurso escolar de dibujo de la Semana Santa

El jueves 26 de marzo tuvo lugar en la Casa Diocesana de Soria la entrega de premios a los ganadores del concurso escolar de dibujo sobre la Semana Santa. Está organizado por la Delegación de Cofradías de la Diócesis de Osma-Soria en colaboración con la Delegación diocesana de Enseñanza y la Dirección provincial de Educación de la Junta de Castilla y León. El acto contó con la presencia del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, del Director Provincial de Educación, José Alfredo de Pablo Hervás, del Delegado de Cofradías, José Damián Ferrero Monge y de la Delegada de Enseñanza, Julia Gómez, así como de los niños y adolescentes premiados acompañados de sus familiares y profesores.

En esta ocasión han sido 1.870 los dibujos presentados de prácticamente la totalidad de los centros educativos de la provincia.

Operación bocata y chocolatada solidaria

Manos Unidas recaudó el sábado 28 de marzo 5.200 euros en la Operación Bocata que se celebró en la capital y 1.250 en la Chocolatada solidaria de Osma. Pese a que el día resultó incómodo con el viento, la lluvia respetó una cita imprescindible con la solidaridad que no ha faltado en el calendario soriano desde su primera edición en 1988. La recaudación de Soria se destinó a un proyecto en Brasil, en una zona en la que trabaja el misionero soriano, Javier Martínez Rodrigo, con el que tratan de fortalecer a los pueblos indígenas.

Manos Unidas agradeció la implicación de la sociedad soriana en la Operación Bocatada en la que colaboran panaderías, carnicerías, fábricas y un nutrido grupo de gente para hacer de la jornada una fiesta solidaria.

La Diócesis celebró la Misa Crismal

Al mediodía del Miércoles Santo, 1 de abril, la Iglesia que peregrina en Osma-Soria celebró la Santa Misa Crismal en la Catedral de El Burgo de Osma. La solemne concelebración eucarística estuvo presidida por el Obispo Emérito de Sigüenza-Guadalajara, D. Atilano Rodríguez Martínez; con él concelebró el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, la mayor parte del presbiterio diocesano y el Prior del Monasterio de Santa María de Huerta.

Antes de la Santa Misa, a las once de la mañana, los sacerdotes fueron convocados a participar en la celebración del Sacramento de la reconciliación que presidió el Delegado para el clero, Mario Muñoz Barranco, en la Capilla de Santo Domingo del Seminario diocesano.

Al término de la celebración eucarística, todos los presentes compartieron la comida de fraternidad en los comedores del Seminario diocesano.

Presentación del año conmemorativo de San Pedro de Osma

La Diócesis de Osma-Soria presentó el Año conmemorativo de San Pedro de Osma con motivo del 925º aniversario de su elección como obispo de la diócesis, una efeméride que remite al año 1101 y a un momento clave en la historia diocesana.

Bajo el lema *“Volver al Evangelio para recomenzar”*, esta iniciativa propone no sólo una mirada al pasado, sino una invitación a redescubrir lo esencial de la fe y a afrontar el presente con esperanza.

El programa se articula en torno a cuatro iniciativas:

Exposición *“Petrus. Episcopus oxomensis”*, que tendrá lugar en la catedral de El Burgo de Osma entre junio y octubre haciendo un recorrido histórico por el proceso de restauración de la Diócesis.

Ciclo musical *“Ecclesia resurgens: cantemus”*. El Coro *Proyecto Didaskalía* ofrecerá un conjunto de conciertos centrados en la música litúrgica medieval, especialmente el canto gregoriano, recreando el ambiente sonoro de la época.

Ciclo de conferencias a cargo del profesor Jesús Alonso Romero sobre la figura de San Pedro de Osma y su contexto histórico.

Peregrinación juvenil: del 2 al 8 de julio tendrá lugar una peregrinación juvenil que finalizará en la catedral de El Burgo de Osma, donde reposan los restos del santo obispo. El recorrido transcurrirá por Santo Domingo de Silos, Caleruega, Peñaranda de Duero, Langa de Duero, San Esteban de Gormaz, hasta llegar al sepulcro de San Pedro de Osma.

Además de las actividades programadas, el Año conmemorativo se apoya en una serie de iniciativas que buscan dar profundidad y continuidad a la propuesta. En primer lugar, destaca la *Carta* del Administrador diocesano, que actúa como marco de referencia de todo el proyecto. Junto a este documento, se ha editado una *estampa* con una oración a San Pedro de Osma, pensada como un recurso sencillo y cercano. Finalmente, el programa se completa con el folleto *“San Pedro de Osma. El personaje y su época”*, elaborado por el profesor Jesús Alonso Romero. Este material ofrece un contexto histórico riguroso y accesible que permite comprender mejor la figura del santo y el momento en el que llevó a cabo la restauración de la diócesis.

El Administrador diocesano expresó su cercanía y comunión con el Papa ante recientes críticas públicas

El Administrador diocesano de Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez, dirigió una carta a la diócesis en la que expresa su cercanía y comunión con el Santo Padre, el Papa León, en el contexto de recientes declaraciones públicas críticas hacia su persona.

En su escrito, el Administrador diocesano recordó que la Iglesia *“no vive de equilibrios políticos ni se sostiene en apoyos humanos”*, sino que tiene su fundamento en Cristo. En este sentido, subrayó que el ministerio del Papa es *“signo visible de unidad y comunión para todos los fieles”*, y que la adhesión a su persona no responde a afinidades circunstanciales, sino a una convicción de fe y a un sentido profundo de Iglesia.



Asimismo, señaló que este tipo de situaciones no deben afrontarse desde la confrontación, sino desde el estilo propio del Evangelio: *“la verdad vivida con caridad, el respeto incluso en la discrepancia y la firmeza sin estridencias”*. Por ello, invitó a los fieles a evitar entrar en polémicas estériles y a cuidar el modo en que participan en la vida pública, especialmente en un contexto social marcado por la polarización.

El Administrador diocesano destacó también que este momento puede ser una oportunidad para reforzar la comunión eclesial y revisar las propias actitudes, recordando que *“no todo vale, tampoco para nosotros”*, y que los cristianos estamos llamados a ofrecer un testimonio diferente.

Finalmente, hizo una llamada expresa a la oración por el Santo Padre, como gesto concreto de cercanía y apoyo, siguiendo la tradición de la Iglesia en los momentos de dificultad. *“La Iglesia ha hecho siempre así: no respondiendo primero con palabras, sino poniendo a sus pastores en manos de Dios”*, afirma en la carta.

Eucaristía de funeral por el Padre Francisco Jimeno

La iglesia de Santo Domingo de Soria acogió el 18 de abril una Eucaristía por el eterno descanso del Padre franciscano, Francisco Jimeno Martínez, presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en el cual destacó su vida marcada por la sencillez, la cercanía y el servicio, propias del carisma franciscano.

En su homilía, subrayó la profunda huella que el religioso dejó en la diócesis a través de su ministerio sacerdotal, especialmente en el acompañamiento a comunidades religiosas, su dedicación a la vida consagrada y su cercanía a numerosos fieles y grupos eclesiales. Recordó también su estilo de predicación, caracterizado por la claridad, la sencillez y la capacidad de llegar al corazón.

El P. Paco nació en Soria el 28 de mayo de 1935. A los 12 años ingresó en el Seminario franciscano de Aránzazu y realizados los estudios eclesiásticos en Olite (Navarra) y en Aránzazu (Guipúzcoa) profesó solemnemente en la Orden Franciscana. Fue ordenado sacerdote el 10 de julio de 1960. En el ejercicio de su ministerio tuvo como destinos Santo Toribio de Liébana, Burgos, tres años en Soria como P. Guardián, Valladolid, Trillo y nuevamente Burgos.

Desde el año 1984 estuvo de nuevo en Soria, en el año 2020, tras el cierre del Convento de PP. Franciscanos de Soria, fue destinado a Valladolid y posteriormente a Bermeo donde falleció el 10 de abril.

Celebrado el octavo retiro Emaús para mujeres

Del 17 al 19 de abril tuvo lugar en el Seminario diocesano de El Burgo de Osma el octavo retiro de Emaús para mujeres de la diócesis de Osma-Soria. Caminaron 19 mujeres y sirvieron 35, la mayoría de nuestra diócesis.

El retiro concluyó el domingo a las cinco de la tarde con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador diocesano, D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y con la participación de muchos familiares y amigos de las participantes.

El Administrador diocesano participó en la plenaria de la Conferencia Episcopal Española

El Administrador Diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, participó, junto a los obispos españoles, en la 129ª Asamblea Plenaria del 20 al 24 de abril en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE). La sesión inaugural tuvo lugar el lunes 20 a las 11.00 horas con el discurso del presidente, Mons. Luis Argüello, tras el que intervino el nuevo Nuncio Apostólico en España, Mons. Piero Pioppo.

Encuentro diocesano de catequistas

El día 23 de abril se celebró el encuentro anual de catequistas en la Casa diocesana de Soria, a la que asistieron más de 60 de las distintas parroquias de la Diócesis.

Comenzó con un momento de oración en la iglesia de San Juan de Rabanera. Posteriormente, el Vicario de pastoral presentó la sesión y saludó a todos los asistentes en nombre del Administrador diocesano que se encontraba en la asamblea de la Conferencia episcopal. A continuación, Raúl Pereda Sancho, sacerdote de la diócesis de Burgos, profesor y secretario de su Facultad de teología, reflexionó sobre la reciente Nota doctrinal de la Comisión para la doctrina de la fe de la CEE sobre el papel de las emociones en el acto de fe. Tras un breve descanso para compartir un café, se inició un diálogo distendido con el ponente.

En la última parte de la mañana, el Ecónomo diocesano, Alberto Martín Marín, presentó a los catequistas el programa de cumplimiento normativo de la Diócesis, concluyendo la jornada con el rezo del Regina Coeli y una comida fraterna en la misma Casa diocesana.

Asamblea de Iglesia en Castilla en Ávila

Una delegación encabezada por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, sacerdotes y laicos de nuestra diócesis, participó del 30 de abril al 2 de mayo en la Asamblea de Iglesia en Castilla que se celebró en Ávila bajo el lema 'Renovados para la misión'.

Fruto del discernimiento de los 300 delegados de las nueve diócesis en pequeños grupos de trabajo que siguieron la metodología de la conversación en el Espíritu, empleada también en el reciente Sínodo de los Obispos, la Asamblea eligió un total de siete propuestas que se ofrecen como pistas para el camino que emprende Iglesia en Castilla y que se concretarán atendiendo a las realidades particulares en cada diócesis.

Carta sobre las primeras comuniones y confirmaciones

El Administrador diocesano de Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, dirigió una carta a sacerdotes, catequistas, padres y responsables de la pastoral juvenil en la que invitaba a recuperar el sentido profundo de las primeras comuniones y confirmaciones, evitando que estas celebraciones queden reducidas únicamente a acontecimientos sociales.

En el escrito recordaba que no hay nada negativo en el carácter festivo que rodea estos días, pero advierte del riesgo de que "lo accesorio desplace a lo esencial". Subrayaba que la primera comunión es "el primer encuentro consciente del niño con la Eucaristía" y que la confirmación no puede entenderse como un punto final o una "graduación" en la fe, sino como un envío y un impulso para vivirla con mayor madurez.



El texto concluía con una llamada a “cuidar lo esencial” y a preparar estas celebraciones con oración, sentido y verdad, para que sean realmente “un encuentro con el Señor Jesús que marque la vida y la oriente”.

75º aniversario de la Cofradía de la Soledad

El día 9 de mayo a las 12:00h la cofradía de la Virgen de la Soledad celebró el acto central de su 75º aniversario con una solemne Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en la iglesia de San Francisco de Asís de Soria. En su homilía destacó que esta celebración no era sólo una efeméride histórica, sino el testimonio de “75 años de fe vivida, de tradición recibida y de devoción sostenida en el tiempo”. Subrayó que la Virgen de la Soledad representa una fe capaz de permanecer junto al sufrimiento sin perder la esperanza y recordó que la verdadera devoción no puede quedarse en lo externo o estético, sino traducirse en una manera concreta de vivir y acompañar el dolor de los demás. Asimismo, animó a la cofradía a mirar al futuro con autenticidad, evitando reducir su identidad a una mera tradición heredada, para seguir siendo una presencia viva de fe en medio de la sociedad actual.

La cofradía está formada por más de 550 hermanos cofrades y es una de las más numerosas de la provincia; se fundó en 1951 bajo la tutela de la parroquia de Ntra. Sra. del Espino, siendo su párroco D. Florentino Zamora Lucas.

Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora del Pilar de Soria

El 9 de mayo, la parroquia de Ntra. Sra. del Pilar, atendida por los PP. Escolapios, acogió las confirmaciones de treinta y nueve jóvenes que se distribuyeron en dos celebraciones. A las 17.00h. el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, administró el sacramento de la confirmación a trece jóvenes y a las 19.00h. hizo lo propio el párroco, P. Francisco Aísa, con autorización expresa del Administrador Diocesano, a veintiséis jóvenes.

Día de las familias y confirmaciones en el Seminario diocesano

El domingo 10 de mayo se celebró el día de las familias en el Seminario Diocesano de El Burgo de Osma. Fue una jornada de encuentro y acción de gracias a Dios en la que participaron aquellos que forman la comunidad del Seminario, como son los seminaristas menores y mayores, los formadores, los profesores y el personal de servicio del centro, las familias, algunos sacerdotes de la diócesis y los amigos del Seminario.

La jornada comenzó a las 18.30h. con la Eucaristía dentro de la cual tres seminaristas menores recibieron el sacramento de la Confirmación. La celebración estuvo presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, y fue concelebrada por los formadores del Seminario junto con varios sacerdotes diocesanos. En la homilía destacó el papel fundamental de la familia en la transmisión y el acompañamiento de la fe.

La jornada concluyó con un vino español en los comedores del centro.

Pascua del enfermo

El VI Domingo de Pascua, la Iglesia celebró la Pascua del enfermo, este año bajo el lema: “La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”. El Papa León quiso poner

de relieve la imagen del buen samaritano con una dimensión caritativa y social, para poner de manifiesto que la compasión verdadera es llevar el dolor del otro por amor. El samaritano del siglo XXI solo puede vivir desde el amor más profundo al Señor.

En nuestra Diócesis se llevaron a cabo varios actos; el primero fue una conferencia el día 6 de mayo a las 19.30h. en el Casino Amistad Numancia de Soria con el título “Compasión del samaritano: análisis socio – sanitario a la luz del s. XXI”, cuyo ponente fue D. José Luís Martín Marín, médico y director del C.O.F. de la Diócesis, en la que disertó sobre la compasión del samaritano del siglo XXI, con sus dificultades y retos. Y el acto central de esta jornada fue la Eucaristía en la Concatedral de San Pedro de Soria presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía recordó que la enfermedad y la fragilidad son lugares donde Cristo resucitado se hace especialmente presente.

Concluyó la jornada con una actuación musical en el claustro románico.

Fiesta de San Juan de Ávila

El presbiterio diocesano celebró el lunes 11 de mayo la fiesta de su patrón, San Juan de Ávila. A las 12.00h., el Administrador Diocesano presidió la Eucaristía en la Concatedral de San Pedro de Soria en la que se recordó a los sacerdotes que celebraban alguna boda sacerdotal y a los que fallecieron durante el último año. Esta entrañable cita en la que los sacerdotes comparten un día de oración, convivencia y reconocimiento concluyó con una comida de fraternidad.

El Administrador Diocesano pronunció una homilía marcada por el agradecimiento a los sacerdotes del presbiterio diocesano y, de manera especial, a quienes celebraban sus bodas sacerdotales.

Este año 4 sacerdotes celebraron sus bodas de plata, dos las de diamante (60 años), otros dos las de platino (65 años) y por último 4 sacerdotes celebraron sus 70 años de sacerdocio, bodas de titanio.

Nueva sesión del Colegio de consultores

La mañana del miércoles 13 de mayo tuvo lugar en la Casa diocesana de Soria la cuarta sesión ordinaria del Colegio de consultores de la diócesis de Osma-Soria, presidida por el Administrador diocesano.

La reunión comenzó con un momento de oración y la lectura del acta de la sesión anterior. Posteriormente, los miembros del Colegio abordaron diversos asuntos relacionados con la vida y el funcionamiento ordinario de la diócesis, así como distintas cuestiones de carácter pastoral y organizativo.

La reunión se desarrolló en un clima de trabajo, diálogo y comunión eclesial.

Confirmaciones en la parroquia de Santa María la Mayor de Soria

El día 15 de mayo, la parroquia de Santa María La Mayor de Soria acogió la confirmación de 11 jóvenes por la imposición de manos y la unción del Santo Crisma de manos del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. Todos los confirmandos participaron durante los dos últimos cursos pastorales en las catequesis y convivencias parroquiales.



El Administrador diocesano, en su homilía, animó a los jóvenes a descubrir la acción del Espíritu Santo como una fuerza capaz de transformar la vida y de dar sentido profundo a la existencia.

Cena del hambre de Manos Unidas

Manos Unidas celebró el viernes días 15 de mayo su tradicional «Cena Solidaria» o «Cena del Hambre» que tuvo lugar en el Colegio Santa Teresa de las Madres Escolapias.

Como siempre, el Hotel Leonor proporcionó unas sopas de ajo y Nufri de La Rasa unas manzanas para completar la cena.

Para Manos Unidas, esta cita también es una oportunidad para presentar a la gente los proyectos en los que trabajan durante este año y agradecer la respuesta ante todas las actividades que se organizan.

La delegación de la Diócesis de Osma-Soria asume este año dos proyectos para cuya financiación organiza una serie de eventos solidarios.

En India hay un proyecto para mejorar las oportunidades para niños y mujeres de 16 comunidades rurales de Keonjar. Se trata de una zona afectada por la deforestación, con población tribal económicamente frágil donde el acceso a la educación y la atención médica es muy limitado siendo las mujeres y los niños los principales afectados. El proyecto pretende mejorar la educación de los niños y la empleabilidad de las mujeres jóvenes que serán capacitadas en habilidades que permitan avanzar en su acceso laboral. El número de beneficiarios directos se estima en 480 niños y 120 mujeres y unos 2.500 indirectos. El importe de esta acción se eleva a 29.055 euros.

En Brasil se trabaja por el fortalecimiento de los pueblos indígenas en el Javari con un importe total de 54.064 euros. Los habitantes de esa zona no tienen acceso a la educación, a la salud, no cuentan con una alimentación adecuada y tampoco con autonomía económica. El objetivo del proyecto es fortalecer las organizaciones locales, captar nuevas técnicas de producción y formar a los misioneros.

Formación sacerdotal en el Seminario

El 20 de mayo se celebró en el Seminario diocesano la tercera convivencia sacerdotal del presente curso pastoral 2025-2026. El presbítero Juan Sebastián Teruel Pérez, sacerdote de la diócesis de Zaragoza y profesor de catequética en el Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (CRETA), fue el encargado de impartir la formación. Al igual que en anteriores sesiones, se profundizó en el Directorio para la Catequesis, en concreto se trabajó la tercera parte que lleva por título “La catequesis en las Iglesias particulares”. La jornada concluyó con la comida en los comedores del Seminario.

Una conferencia abrió los actos del año conmemorativo de San Pedro de Osma

El jueves 21 de mayo tuvo lugar en la Casa diocesana de Soria una conferencia con motivo del Año conmemorativo de San Pedro de Osma a cargo de Jesús Alonso Romero bajo el título “San Pedro de Osma y la restauración de la diócesis”.

San Pedro de Osma fue el primer obispo que residió en Osma después de la dominación musulmana.

En la charla se recordaron algunos datos biográficos, desde su nacimiento en Bourges, hacia el año 1040, pasando por su profesión monástica en Saint-Orens de Auch, su estancia en el monasterio de Sahagún y en el arcedianato de Toledo, cargo desde el que, en 1101, fue elegido obispo oxomense para ser el primer prelado que residiera en Osma tras el dominio musulmán y para restaurar y organizar la diócesis.

San Pedro de Osma fue fiel reflejo de la espiritualidad de su época, marcada por la influencia del monasterio de Cluny. La vida monástica fue paradigma de santidad y guía espiritual, lo que favoreció la proliferación de monasterios.

El ponente se detuvo especialmente en la labor de San Pedro de Osma como restaurador de la diócesis. Asumir el liderazgo de restaurar material y espiritualmente una diócesis que estaba sin pastor desde hacía cuatrocientos años no era tarea baladí. Tampoco lo eran las circunstancias sociopolíticas del momento. Pedro promovió la construcción de un nuevo templo catedralicio. Al tiempo que se volcó en la promoción de la iglesia material trabajó con denuedo en la labor espiritual. Fue especialmente ardoroso en eliminar abusos y conductas corruptas y en defender los derechos de la Iglesia frente a la apetencia de ciertos nobles

La charla finalizó con un sucinto recorrido iconográfico por el sepulcro del santo, en el que se esculpieron algunos de los prodigios más conocidos que San Pedro de Osma obró, y la admiración que su figura provocó ya en vida y la devoción de la que fue objeto desde que murió.

Confirmaciones en la parroquia de San Esteban de Gormaz

La parroquia de San Esteban Protomártir de San Esteban de Gormaz acogió el viernes 22 de mayo, a las 20.00h. la Eucaristía presidida por D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán, Administrador Diocesano, en la que once jóvenes de la localidad recibieron el sacramento de la confirmación. En su homilía, recordó que el Espíritu Santo no es una idea abstracta, sino la presencia viva de Dios actuando en el interior de cada persona. Subrayó que la Confirmación no es un simple rito de paso ni el final de una etapa, sino el comienzo de una vida nueva en la que Dios fortalece, orienta y acompaña especialmente en medio de las dudas, miedos e incertidumbres propias de la juventud.

A la Eucaristía asistieron numerosos familiares, padrinos y miembros de la comunidad parroquial, quienes acompañaron a los jóvenes en este importante paso de su madurez en la fe cristiana.

Celebración de la vigilia de Pentecostés

El domingo 24 de mayo se celebró la Solemnidad de Pentecostés y la Jornada del apostolado seglar, este año con el lema: "Pueblo de Dios que sale al encuentro". El mensaje de los Obispos para esta jornada invita a subrayar la importancia de la presencia en la vida pública por parte de los cristianos.

El sábado 23 tuvo lugar la celebración diocesana de la vigilia de Pentecostés, pre-



sidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, en la S. I. Catedral a las siete de la tarde. En ella recibieron el bautismo y/o la confirmación 24 adultos de diferentes parroquias de la diócesis. El Administrador Diocesano, en su homilía, subrayó que la fe cristiana sigue siendo hoy una realidad viva capaz de transformar el corazón humano. Refiriéndose al bautismo y la confirmación de varios adultos, destacó la belleza de una fe acogida libremente tras un camino personal de maduración interior.

V retiro de Emaús

Del 22 al 24 de mayo se celebró el V retiro de Emaús hombres con la participación de 22 caminantes y 33 servidores. Como en anteriores ocasiones, el lugar escogido para el retiro fue el Seminario diocesano de El Burgo de Osma que una vez más fue lugar de hospitalidad y encuentro, donde se favorece la convivencia, la oración y la experiencia comunitaria. La Eucaristía de clausura, que coincidió con la solemnidad de Pentecostés, fue presidida por el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía, destacó que el Espíritu Santo sigue abriendo hoy los corazones al encuentro con Cristo. Dirigiéndose especialmente a los participantes del retiro, subrayó que habían realizado un camino interior, pasando del cansancio, las heridas o el miedo a la experiencia de saberse amados por Dios.

Comentando el Evangelio, señaló que muchos hombres viven “con las puertas del corazón cerradas”, protegidos por el miedo, el orgullo o el cansancio, pero recordó que Cristo atraviesa esos muros interiores para ofrecer su paz y derramar el don del Espíritu Santo. Explicó también que Pentecostés no encierra a los discípulos en el Cenáculo, sino que los impulsa a salir y anunciar el Evangelio con valentía. En esta línea, insistió en que el retiro de Emaús no puede convertirse en un grupo cerrado sobre sí mismo, sino que debe conducir a una integración más viva y comprometida en la Iglesia y en la comunidad parroquial.

Final de curso pastoral de los profesores de religión

El día 25 de mayo la parroquia de San José de Soria acogió el fin de curso de los profesores de religión. La tarde tuvo momentos de escucha a los profesores, tanto de la escuela pública como la concertada, presentación de las líneas de acción del nuevo curso y finalizó con la celebración de la Eucaristía.

Con la mirada puesta en San Pedro de Osma, se invitó a los profesores a ser conscientes de que la clase de religión tiene la misión de reconstruir la propia vida interior y dar a los alumnos una esperanza basada en la fraternidad. Se insistió en la necesidad de hacer comunión con la Iglesia que peregrina en Osma-Soria y redescubrir la belleza y la caridad como claves de la misión educativa cristiana.

La jornada concluyó con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía subrayó que la tarea educativa tiene mucho de acompañamiento y maternidad, especialmente en una sociedad donde muchos jóvenes viven desorientados interiormente pese a estar aparentemente conectados con todo. Recordó que la clase de religión no consiste sólo en transmitir contenidos, sino en ayudar a abrir preguntas profundas sobre el sentido de la vida, la esperanza y la verdad.

Encuentro de delegados de pastoral de la salud de Iglesia en Castilla

El día 26 de mayo el Seminario Diocesano “Santo Domingo de Guzmán” de El Burgo de Osma, acogió al Secretariado interdiocesano de pastoral de la Salud (SIPS) de Iglesia en Castilla para evaluar las líneas de formación que se programaron a inicio de curso para el grupo de delegados, capellanes y voluntarios de la pastoral de la salud.

La jornada empezó con unas palabras de bienvenida del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán; a continuación, tuvo lugar la evaluación del primer curso del plan trienal que se basó en la antropología del hombre de hoy. Concluido este punto se planteó el segundo curso que se basará en la forma de enfrentarse el hombre de hoy a la enfermedad, el dolor, el sufrimiento y la muerte. Terminó la mañana con la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano y con una comida de trabajo. Por la tarde los asistentes realizaron la visita guiada a la Catedral.

Confirmaciones en la parroquia de San Leonardo de Yagüe

El martes 26 de mayo la parroquia de San Leonardo de Yagüe acogió el sacramento de la confirmación de 9 jóvenes de San Leonardo de Yagüe, Espejón y Hontoria del Pinar, que durante dos años de formación han recorrido un camino de fe, compromiso y crecimiento personal. Con ilusión y gratitud recibieron de manos del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, el don del Espíritu Santo para seguir viviendo y compartiendo su fe en medio de la comunidad parroquial.

Jornada de fin de curso pastoral

El día 28 de mayo la parroquia de San Francisco de Asís de Soria acogió la jornada diocesana de fin de curso pastoral. El objetivo de este encuentro fue dar gracias a Dios como familia diocesana por todo lo vivido en este tiempo; hacer memoria del curso 2025/2026, valorar las diferentes iniciativas pastorales y compartir la experiencia vivida en la asamblea de Iglesia en Castilla. Terminó la jornada con la celebración de la Eucaristía presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán.

Tras la bienvenida a los asistentes y la oración, se proyectó un video resumen de los momentos más significativos del curso pastoral. A continuación, se hizo una valoración de dos iniciativas pastorales especialmente significativas que expresan algunos de los desafíos y también de las esperanzas de nuestra diócesis.

La primera de ellas hizo referencia al servicio de los laicos que animan las celebraciones dominicales en espera de presbítero en aquellas parroquias donde el sacerdote no puede estar presente cada domingo.

La segunda iniciativa que se presentó fue la puesta en marcha del Centro Jubilar San Saturio, que nació como fruto social del Año Jubilar de la Esperanza. Con este proyecto, nuestra diócesis ha querido que el Jubileo deje también una huella concreta y permanente de cercanía, acogida y servicio a las personas más vulnerables.

El Vicario de Pastoral fue el encargado de presentar algunas iniciativas pastorales que se trataron en la Asamblea de Iglesia en Castilla que tuvo lugar en Ávila a finales de abril.



Y finalmente el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, se dirigió a los presentes antes de la celebración de la Eucaristía, realizando un balance agradecido del curso pastoral, destacando la fidelidad silenciosa de sacerdotes, religiosos y laicos que sostienen la vida de la diócesis en medio de las dificultades propias de una tierra envejecida y dispersa.

Confirmaciones en la parroquia de Almazán

La parroquia de San Pedro Apóstol de Almazán acogió el pasado día 30 de mayo la celebración del sacramento de la confirmación de un grupo de 15 jóvenes que se habían preparado a lo largo de los dos últimos cursos junto a sus catequistas y sacerdotes. En su homilía, el Administrador diocesano animó a los jóvenes a descubrir la fuerza transformadora del Espíritu Santo y a vivir una fe personal, valiente y comprometida.

Semana de la caridad y presentación de la Memoria 2025 de Cáritas

La primera semana de junio Cáritas de Osma-Soria celebró la Semana de la Caridad que concluyó el día 5 con la Solemnidad del Corpus Christi. El objetivo, según el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, fue ayudarnos a mirar de frente la realidad social que nos rodea y a tomar conciencia de que la caridad no es un añadido opcional en la vida de la Iglesia, sino una dimensión esencial del Evangelio.

El miércoles día 3 se presentó la Memoria 2025 en la que se recogen tanto datos, como programas y recursos y sobre todo el trabajo silencioso y constante de todas las personas que trabajan y colaboran con Cáritas.

Esa misma tarde se celebró la Asamblea de Cáritas en la Casa Diocesana y el jueves se vivió una mañana de sensibilización en la antigua Plaza de San Esteban. El viernes se celebró una Eucaristía y comida para trabajadores y voluntarios en la Parroquia de San José. El cierre llegó el domingo con la celebración parroquial del Corpus Christi.

Clausura del curso de los centros de cultura popular

El día 3 de junio los Centros de cultura popular de la Diócesis clausuraron el curso 2025-2026 con la celebración de la Eucaristía en la Iglesia de San Juan de Rabanera de Soria, presidida por el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, con el consiliario de los centros y varios sacerdotes. El Administrador diocesano subrayó en su homilía el valor profundamente humano y cristiano de estos espacios de formación y encuentro, destacando que toda auténtica educación debe ayudar a las personas a amar mejor, crecer en humanidad y vivir desde Dios. Recordó que los Centros nacieron para promover especialmente a las mujeres, combatir la soledad, crear comunidad y mantener viva la fe en medio de una sociedad marcada por la superficialidad y la falta de interioridad. Asimismo, animó a reavivar el don de Dios presente en cada persona y agradeció la fidelidad silenciosa de tantas mujeres que sostienen la esperanza y la vida de la Iglesia desde lo cotidiano. Finalmente, invitó a no perder la identidad cristiana de los Centros, llamados a humanizar la sociedad desde dentro mediante una vida apoyada en la fe, la oración y el encuentro con Cristo.

Carta del Administrador al Papa León

El día 6 de junio, el Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, escribió una carta al Papa León con motivo de su visita a España. En ella, expresa la profunda alegría y gratitud de la Iglesia en España y destaca que su presencia no es solo un acto institucional, sino una llamada espiritual dirigida a todos los creyentes, invitándonos a volver a mirar hacia Dios en medio de las incertidumbres.

Rodríguez Millán señaló que el lema «Alzad la mirada» es especialmente relevante en la situación actual, donde muchas personas viven centradas en las preocupaciones diarias, heridas sociales y el desánimo. Subrayó que la presencia del Santo Padre es motivo de alegría y gratitud, ya que llega en un momento de desafíos para la Iglesia en España, marcada por la secularización y el envejecimiento de las comunidades. Sin embargo, también destacó la existencia de signos de fidelidad: comunidades perseverantes, sacerdotes y consagrados entregados, familias creyentes, jóvenes que buscan sinceramente a Dios y personas sencillas que sostienen la vida de la Iglesia con oración y caridad diaria.

El Administrador diocesano siguió la visita de León XIV en Madrid y Barcelona. La Diócesis estuvo presente en la vigilia de oración del sábado con más de un centenar de jóvenes que pasaron el fin de semana en la capital. A la expedición se sumaron otros 60 diocesanos que participaron en la Eucaristía del Corpus Christi presidida por el Papa en la plaza madrileña de Cibeles.

Vigilia de oración por la visita del Papa León XIV a España

El viernes 5 de junio tuvo lugar en la iglesia de Santo Domingo de Soria una vigilia de oración por la visita apostólica del Papa León XIV a España. La delegación de familia y vida fue la encargada de su preparación, uniéndose a todas las diócesis de España, para rezar y pedir al Señor que la visita del Santo Padre ilumine y aliente a la Iglesia que peregrina en España y para pedir a Dios que fortalezca e impulse su misión como pastor de la Iglesia universal.

El Administrador diocesano presidió la vigilia de oración y, a partir del lema «Alzad la mirada», invitó a contemplar la realidad con esperanza, descubriendo la acción silenciosa de Dios en la vida de las personas, las familias y las comunidades cristianas.

Confirmaciones en la parroquia de El Burgo de Osma

El día 13 de junio la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de El Burgo de Osma acogió la confirmación de 19 jóvenes por la imposición de manos y la unción del Santo Crisma de manos del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. Todos los confirmandos participaron durante los dos últimos cursos pastorales en la catequesis adecuada a su edad.

El Administrador diocesano centró su homilía en presentar la Confirmación no como el final de la catequesis, sino como el comienzo de una fe asumida personalmente.

El Administrador diocesano anima a apuntarse a la clase de religión

El Administrador diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, escribió una carta sobre la importancia de la clase de religión. En ella, motivaba a los alumnos e invitaba a los padres para



que, al realizar la matrícula para el próximo curso, optaran por inscribirse en esta asignatura.

Rodríguez Millán insistió en que no se trata simplemente de elegir una asignatura más, sino de ofrecer “una oportunidad para crecer en conocimientos, en valores y en humanidad”.

Los Obispos y Administradores diocesanos de Castilla y León se reunieron en Valladolid

Los obispos y administradores diocesanos de las diócesis de Castilla y León mantuvieron los días 17 y 18 de junio una reunión de trabajo en Valladolid para abordar diversas cuestiones de interés común para la vida de la Iglesia en la Comunidad. A la reunión asistió D. Gabriel-Ángel Rodríguez, Administrador diocesano de Osma-Soria.

A lo largo de la tarde del 17 de junio y del día 18 se valoró la Asamblea que tuvo lugar en Ávila a finales de abril, también se analizaron asuntos relaciones con la enseñanza de la religión católica y las reuniones mantenidas con la Consejería de educación de Castilla y León sobre esta materia. Asimismo, se trataron diversas cuestiones vinculadas al patrimonio cultural de la Iglesia, la acción de Cáritas, la coordinación de los medios de comunicación diocesanos y otros ámbitos de colaboración entre las diócesis.

La jornada del 18 de junio se centró en la reunión ordinaria del Patronato de la Fundación Las Edades del Hombre. Durante la sesión, el secretario general, José Enrique Martín, presentó las cuentas correspondientes al ejercicio 2025, que fueron objeto de estudio por los patronos, y se analizaron las principales líneas de trabajo de la Fundación, con especial atención a las exposiciones que organizará en los próximos años.

Confirmaciones en la parroquia de Duruelo

El día 20 de junio, en la Eucaristía vespertina del XII Domingo del tiempo ordinario, la parroquia de San Miguel Arcángel de Duruelo de la Sierra acogió la confirmación de 9 jóvenes (6 de la propia localidad y 3 de Covaleda), de manos del Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán. En su homilía, alentó a los jóvenes a asumir un rol activo y protagonista dentro de la Iglesia.

“Petrus, Episcopus Oxomensis. Vida, fe y legado en el año de San Pedro de Osma”

El martes 23 de junio se inauguró en la Catedral de El Burgo de Osma la exposición “*Petrus, episcopus oxomensis. Vida, fe y legado en el año de San Pedro de Osma*”. La muestra forma parte de los actos conmemorativos del 925º aniversario de su toma de posesión organizados por la Diócesis de Osma-Soria. Estará abierta hasta mediados de septiembre en horario de 11 a 13:30 y de 16 a 19 de martes a domingo.

Tras una presentación y reflexión del Administrador Diocesano en la que destacó que San Pedro de Osma sigue teniendo algo que decirnos hoy, ya que en la actualidad nuestra diócesis también vive desafíos importantes como la despoblación, el envejecimiento y la secularización, el profesor Jesús Alonso Romero hizo un primer recorrido por la exposición que comienza con paneles explicativos y sigue con una cincuentena de obras de escultura, pintura, grabados, orfebrería, tejidos, códices, documentos y libros impresos, además de la propia arquitectura románica integrada como elemento fundamental en el marco expositivo.

Ejercicios espirituales para sacerdotes

Desde la noche del domingo 21 hasta la tarde del 26 de junio se celebró en el Seminario diocesano de El Burgo de Osma la primera tanda de ejercicios espirituales para sacerdotes organizados por la diócesis. El director fue D. Ildefonso Asenjo Quintana, sacerdote diocesano de Burgos y muy vinculado y querido por el clero oxomense-soriano. En los ejercicios participaron 12 sacerdotes.

El silencio, tres meditaciones diarias, la Eucaristía, la adoración del Santísimo, la celebración de laudes y vísperas, tiempo de reflexión y oración personal, centraron el día a día de estas jornadas tan importantes para los sacerdotes. Con la Eucaristía y la comida fraterna del viernes concluyó esta primera tanda de ejercicios.

Fin de curso en el taller diocesano de restauración

El Taller diocesano de restauración cerró el 25 de junio el curso 2025-2026 con una visita a la exposición conmemorativa sobre San Pedro de Osma en la Catedral de El Burgo de Osma. El doctor en historia del arte y miembro de la comisión organizadora de la muestra, Jesús Alonso Romero, fue el encargado de realizar el recorrido de las diferentes piezas expuestas y explicar sus contenidos. A continuación, la velada se cerró con una merienda de convivencia en las instalaciones del Taller diocesano.

Segunda peregrinación de la hospitalidad de Lourdes

El jueves día 25 de junio salió desde Soria la peregrinación con 38 peregrinos camino al Santuario de Lourdes; una vez instalados allí, se celebró la emotiva Eucaristía y presentación de la peregrinación en la capilla de Santa Bernardita. El viernes hubo infinidad de actos: la Eucaristía en la gruta, la celebración penitencial, el paso de los enfermos por la gruta y depósito de peticiones, una visita guiada a la exposición “Tras las huellas de Bernadette”, un viacrucis para los enfermos, concluyendo el día con la espectacular procesión mariana de antorchas en la explanada. El sábado tuvo lugar la unción de enfermos y un paseo con los mismos por el pueblo de Lourdes. Es imprescindible destacar el gesto del agua en la capilla de Santa Bernardita y la novedosa posibilidad de acceder a las piscinas, de la que los enfermos y peregrinos disponían hasta su cierre por el COVID, causando un antes y un después en la vivencia de este acto tan particular; por la tarde, se unió a la peregrinación el Administrador Diocesano, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, para acompañar en la procesión eucarística, adoración y bendición de los enfermos, presidiendo además la Eucaristía a los peregrinos de la Diócesis en la Capilla del Accueil. Al final del día, los voluntarios tuvieron la fiesta de despedida, un momento en el que compartieron experiencias vividas en la peregrinación, crearon vínculos y consolidaron amistades conmovedoras. Llegando al final de la peregrinación, el domingo por la mañana tuvo lugar la Santa Misa internacional en San Pío X, tras la cual se dio por finalizada la segunda peregrinación de la Hospitalidad de Lourdes.

El Administrador diocesano pide oración y solidaridad con Venezuela

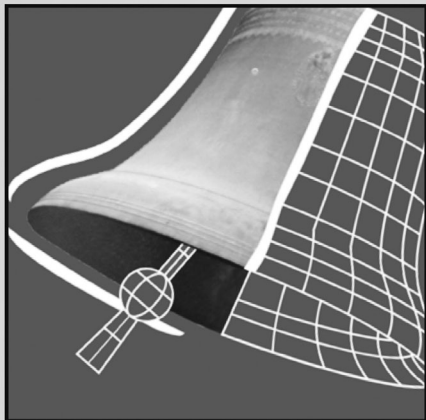
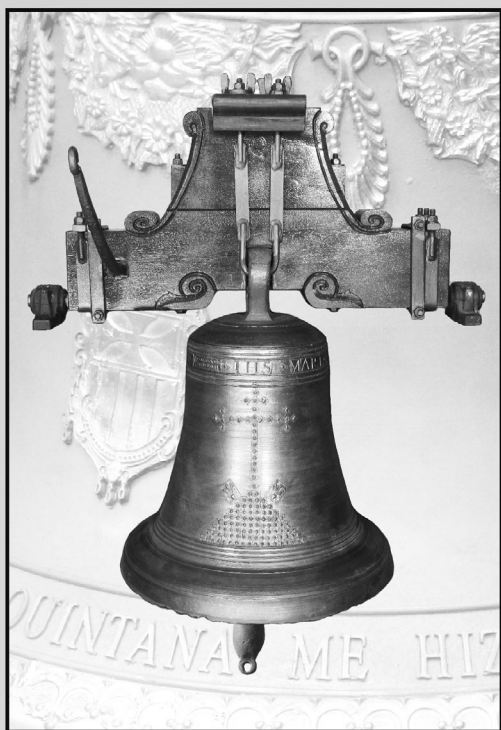
El Administrador diocesano de Osma-Soria, Gabriel Ángel Rodríguez Millán, ante los terremotos que sacudieron Venezuela, escribió una carta a los diocesanos en que también se



dirige, de manera especial, a la comunidad venezolana. Rodríguez Millán quiso hacer llegar un mensaje de cercanía, afecto y esperanza.

En sus palabras “a los venezolanos que viven entre nosotros y forman parte de nuestras parroquias, comunidades y pueblos” destacó que “compartimos vuestro dolor porque sabemos que, aunque estéis lejos de vuestra tierra, vuestro corazón permanece junto a vuestras familias y amigos”. Subrayó que “queremos que sintáis que vuestro sufrimiento también es el nuestro” y que “la Iglesia de Osma-Soria os acompaña con el cariño, la cercanía y la oración de una gran familia que quiere caminar a vuestro lado en estas horas tan difíciles”.

También hizo un llamamiento a todos los fieles diocesanos para que dieran testimonio de la generosidad que tantas veces ha caracterizado a nuestra tierra. El Administrador invitó a las parroquias, comunidades, movimientos e instituciones eclesiales a secundar generosamente las campañas de ayuda promovidas desde Cáritas para atender las necesidades más urgentes y contribuir a la reconstrucción de las zonas devastadas. Para Rodríguez Millán, la respuesta de la Iglesia “solo puede ser la del buen samaritano: acercarse, vendar las heridas y ayudar a levantar de nuevo la vida allí donde el dolor parece haber apagado toda esperanza”.



SI HEMOS
LLEGADO HASTA HOY...

... SABEMOS DE CAMPANAS

ESTUDIOS, PROYECTOS

CONSTRUCCIÓN

INSTALACIONES

FUNDICIÓN-RESTAURACIÓN

MANTENIMIENTO

PROTECCIÓN DE LAS CAMPANAS



CAMPANAS QUINTANA S.A.

www.campanasquintana.es

quintana@campanasquintana.es

(+34) 979 89 25 06

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

